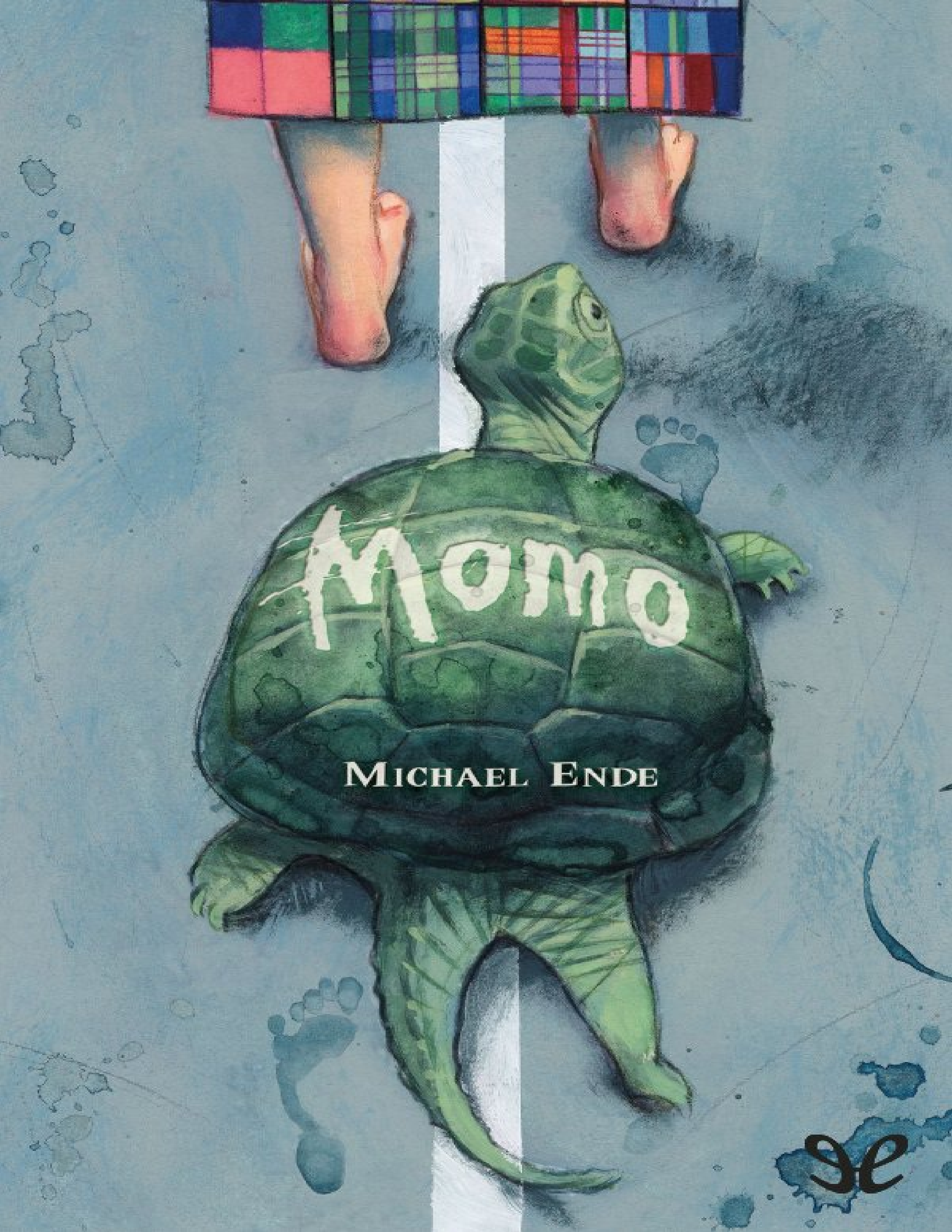

Momo
Michael Ende

Momo es una niña con un don muy especial: sólo con escuchar consigue que todos se sientan mejor. Pero pronto la llegada de los hombres grises va a cambiar su vida. Prometen que ahorrar tiempo es lo mejor que se puede hacer, y poco a poco nadie tiene tiempo ni para jugar con los niños. Momo es la única que no se deja engañar, y con la ayuda de la tortuga Casiopea y del maestro Hora emprenderá una aventura fantástica contra los ladrones de tiempo.

Una novela única con la que redescubrir la importancia de la amistad, la bondad y el valor de las cosas sencillas. En definitiva, sobre lo que de verdad nos hace felices.



Michael Ende

Momo

ePub r2.1

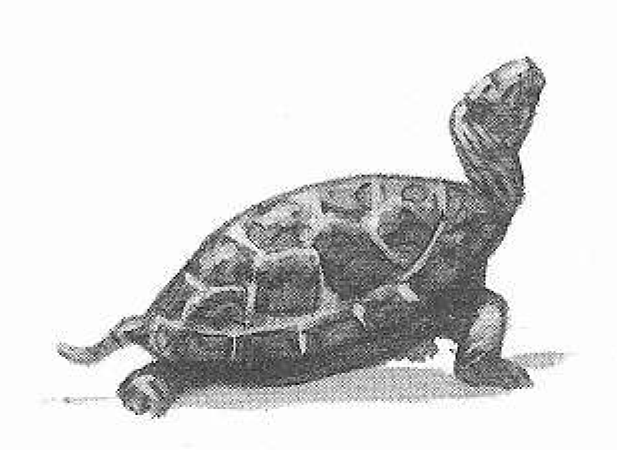
Titivillus 23.07.16

Título original: *Momo*
Michael Ende, 1973
Traducción: Susana Constante
Ilustraciones: Fernando Vicente

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Rintxo (r1.0 a r1.1)
Corrección de erratas: mponpol, amo_cf & Danielgon21
ePub base r1.2







MICHAEL ENDE

En la noche brilla tu luz.
De dónde, no lo sé.
Tan cerca parece y tan lejos.
Cómo te llamas, no lo sé.
Lo que quiera que seas:
¡luce, pequeña estrella!

(Según una vieja canción infantil de Irlanda).

PRIMERA PARTE: *Momo y sus amigos*

Una ciudad grande y una niña pequeña

En los viejos, viejos tiempos cuando los hombres hablaban todavía muchas otras lenguas, ya había en los países ciudades grandes y suntuosas. Se alzaban allí los palacios de reyes y emperadores, había en ellas calles anchas, callejas estrechas y callejuelas intrincadas, magníficos templos con estatuas de oro y mármol dedicadas a los dioses; había mercados multicolores, donde se ofrecían mercaderías de todos los países, y plazas amplias donde la gente se reunía para comentar las novedades y hacer o escuchar discursos. Sobre todo, había allí grandes teatros. Tenían el aspecto de nuestros circos actuales, sólo que estaban hechos totalmente de sillares de piedra. Las filas de asientos para los espectadores estaban escalonadas como en un gran embudo. Vistos desde arriba, algunos de estos edificios eran totalmente redondos, otros más ovalados y algunos hacían un ancho semicírculo. Se les llamaba anfiteatros.

Había algunos que eran tan grandes como un campo de fútbol y otros más pequeños, en los que sólo cabían unos cientos de espectadores. Algunos eran muy suntuosos, adornados con columnas y estatuas, y otros eran sencillos, sin decoración. Esos anfiteatros no tenían tejado, todo se hacía al aire libre. Por eso, en los teatros suntuosos se tendían sobre las filas de asientos tapices bordados de oro, para proteger al público del ardor del sol o de un chaparrón repentino. En los teatros más humildes cumplían la misma función cañizos de mimbre o paja. En una palabra: los teatros eran tal como la gente se los podía permitir. Pero todos querían tener uno, porque eran oyentes y mirones apasionados.

Y cuando escuchaban los acontecimientos conmovedores o cómicos que se representaban en la escena, les parecía que la vida representada era, de modo misterioso, más real que su vida cotidiana. Y les gustaba contemplar esa otra realidad.

Han pasado milenios desde entonces. Las grandes ciudades de aquel tiempo han

decaído, los templos y palacios se han derrumbado. El viento y la lluvia, el frío y el calor han limado y excavado las piedras, de los grandes teatros no quedan más que ruinas. En los agrietados muros, las cigarras cantan su monótona canción y es como si la tierra respirara en sueños.

Pero algunas de esas viejas y grandes ciudades siguen siendo, en la actualidad, grandes. Claro que la vida en ellas es diferente. La gente va en coche o tranvía, tiene teléfono y electricidad. Pero por aquí o por allí, entre los edificios nuevos, quedan todavía un par de columnas, una puerta, un trozo de muralla o incluso un anfiteatro de aquellos lejanos días.

En una de esas ciudades transcurrió la historia de Momo.

Fuera, en el extremo sur de esa gran ciudad, allí donde comienzan los primeros campos, y las chozas y chabolas son cada vez más miserables, quedan, ocultas en un pinar, las ruinas de un pequeño anfiteatro. Ni siquiera en los viejos tiempos fue uno de los suntuosos; ya por aquel entonces era, digamos, un teatro para gente humilde. En nuestros días, es decir, en la época en que se inició la historia de Momo, las ruinas estaban casi olvidadas. Sólo unos pocos catedráticos de arqueología sabían que existían, pero no se ocupaban de ellas porque ya no había nada que investigar. Tampoco era un monumento que se pudiera comparar con los otros que había en la gran ciudad. De modo que sólo de vez en cuando se perdían por allí unos turistas, saltaban por las filas de asientos, cubiertas de hierbas, hacían ruido, hacían alguna foto y se iban de nuevo. Entonces volvía el silencio al círculo de piedra y las cigarras cantaban la siguiente estrofa de su interminable canción que, por lo demás, no se diferenciaba en nada de las estrofas anteriores.

En realidad, sólo las gentes de los alrededores conocían el curioso edificio redondo. Apacentaban en él sus cabras, los niños usaban la plaza redonda para jugar a la pelota y a veces se encontraban ahí, de noche, algunas parejitas.

Pero un día corrió la voz entre la gente de que últimamente vivía alguien en las ruinas. Se trataba, al parecer, de una niña. No lo podían decir exactamente, porque iba vestida de un modo muy curioso. Parecía que se llamaba Momo o algo así.

El aspecto externo de Momo ciertamente era un tanto desusado y acaso podía asustar algo a la gente que da mucha importancia al aseo y al orden. Era pequeña y bastante flaca, de modo que ni con la mejor voluntad se podía decir si tenía ocho años sólo o ya tenía doce. Tenía el pelo muy ensortijado, negro, como la pez, y con todo el aspecto de no haberse enfrentado jamás a un peine o unas tijeras. Tenía unos ojos

muy grandes, muy hermosos y también negros como la pez y unos pies del mismo color, pues casi siempre iba descalza. Sólo en invierno llevaba zapatos de vez en cuando, pero solían ser diferentes, descabalados, y además le quedaban demasiado grandes. Eso era porque Momo no poseía nada más que lo que encontraba por ahí o lo que le regalaban. Su falda estaba hecha de muchos remiendos de diferentes colores y le llegaba hasta los tobillos. Encima llevaba un chaquetón de hombre, viejo, demasiado grande, cuyas mangas se arremangaba alrededor de la muñeca. Momo no quería cortarlas porque recordaba, previsoramente, que todavía tenía que crecer. Y quién sabe si alguna vez volvería a encontrar un chaquetón tan grande, tan práctico y con tantos bolsillos.

Debajo del escenario de las ruinas, cubierto de hierba, había unas cámaras medio derruidas, a las que se podía llegar por un agujero en la pared. Allí se había instalado Momo como en su casa. Una tarde llegaron unos cuantos hombres y mujeres de los alrededores que trataron de interrogarla. Momo los miraba asustada, porque temía que la echaran. Pero pronto se dio cuenta de que eran gente amable. Ellos también eran pobres y conocían la vida.

—Y bien —dijo uno de los hombres—, parece que te gusta esto.

—Sí —contestó Momo.

—¿Y quieres quedarte aquí?

—Sí, si puedo.

—Pero ¿no te espera nadie?

—No.

—Quiero decir, ¿no tienes que volver a casa?

—Ésta es mi casa.

—¿De dónde vienes, pequeña?

Momo hizo con la mano un movimiento indefinido, señalando algún lugar cualquiera a lo lejos.

—¿Y quiénes son tus padres? —siguió preguntando el hombre.

La niña lo miró perpleja, también a los demás, y se encogió un poco de hombros. La gente se miró y suspiró.

—No tengas miedo —siguió el hombre—. No queremos echarte. Queremos ayudarte.

Momo asintió muda, no del todo convencida.

—Dices que te llamas Momo, ¿no es así?

—Sí.

—Es un nombre bonito, pero no lo he oído nunca. ¿Quién te ha llamado así?

—Yo —dijo Momo.

—¿Tú misma te has llamado así?

—Sí.

—¿Y cuándo naciste?

Momo pensó un rato y dijo, por fin:

—Por lo que puedo recordar, siempre he existido.

—¿Es que no tienes ninguna tía, ningún tío, ninguna abuela, ni familia con quien puedas ir?

Momo miró al hombre y calló un rato. Al fin murmuró:

—Ésta es mi casa.

—Bien, bien —dijo el hombre—. Pero todavía eres una niña. ¿Cuántos años tienes?

—Cien —dijo Momo, como dudosa.

La gente se rió, pues lo consideraba un chiste.

—Bueno, en serio, ¿cuántos años tienes?

—Ciento dos —contestó Momo, un poco más dudosa todavía.

La gente tardó un poco en darse cuenta de que la niña sólo conocía un par de números que había oído por ahí, pero que no significaban nada, porque nadie le había enseñado a contar.

—Escucha —dijo el hombre, después de haber consultado con los demás—. ¿Te parece bien que le digamos a la policía que estás aquí? Entonces te llevarían a un hospicio, donde tendrías comida y una cama y donde podrías aprender a contar y a leer y a escribir y muchas cosas más. ¿Qué te parece, eh?

—No —murmuró—. No quiero ir allí. Ya estuve allí una vez. También había otros niños. Había rejas en las ventanas. Había azotes cada día, y muy injustos. Entonces, de noche, escalé la pared y me fui. No quiero volver allí.

—Lo entiendo —dijo un hombre viejo, y asintió.

Y los demás también lo entendían y asintieron.

—Está bien —dijo una mujer—. Pero todavía eres muy pequeña. *Alguien* ha de cuidar de ti.

—Yo —contestó Momo aliviada.

—¿Ya sabes hacerlo? —preguntó la mujer.

Momo calló un rato y dijo en voz baja:

—No necesito mucho.

La gente volvió a intercambiar miradas, a suspirar y a asentir.

—Sabes, Momo —volvió a tomar la palabra el hombre que había hablado primero

—, creemos que quizá podrías quedarte con alguno de nosotros. Es verdad que todos tenemos poco sitio, y la mayor parte ya tenemos un montón de niños que alimentar, pero por eso creemos que uno más no importa. ¿Qué te parece eso, eh?

—Gracias —dijo Momo, y sonrió por primera vez—. Muchas gracias. Pero ¿por qué no me dejáis vivir aquí?

La gente estuvo discutiendo mucho rato, y al final estuvo de acuerdo. Porque aquí, pensaban, Momo podía vivir igual de bien que con cualquiera de ellos, y todos juntos cuidarían de ella, porque de todos modos sería mucho más fácil hacerlo todos juntos que uno solo.

Empezaron en seguida, limpiaron y arreglaron la cámara medio derruida en la que vivía Momo todo lo bien que pudieron. Uno de ellos, que era albañil, construyó incluso un pequeño hogar. También encontraron un tubo de chimenea oxidado. Un viejo carpintero construyó con unas cajas una mesa y dos sillas. Por fin, las mujeres trajeron una vieja cama de hierro fuera de uso, con adornos de madera, un colchón que sólo estaba un poco roto y dos mantas. La cueva de piedra debajo del escenario se había convertido en una acogedora habitación. El albañil, que tenía aptitudes artísticas, pintó un bonito cuadro de flores en la pared. Incluso pintó el marco y el clavo del que colgaba el cuadro.

Entonces vinieron los niños y los mayores y trajeron la comida que les sobraba, uno un pedacito de queso, el otro un pedazo de pan, el tercero un poco de fruta y así los demás. Y como eran muchos niños, se reunió esa noche en el anfiteatro un nutrido grupo e hicieron una pequeña fiesta en honor de la instalación de Momo. Fue una fiesta muy divertida, como sólo sabe celebrarlas la gente modesta.

Así comenzó la amistad entre la pequeña Momo y la gente de los alrededores.

Una cualidad poco común y una pelea muy común

Desde entonces, Momo vivió muy bien, por lo menos eso le parecía a ella. Siempre tenía algo que comer, unas veces más, otras menos, según fuesen las cosas y según la gente pudiera prescindir de ellas. Tenía un techo sobre su cabeza, tenía una cama, y, cuando tenía frío, podía encender el fuego. Y, lo más importante: tenía muchos y buenos amigos.

Se podía pensar que Momo había tenido mucha suerte al haber encontrado gente tan amable, y la propia Momo lo pensaba así. Pero también la gente se dio pronto cuenta de que había tenido mucha suerte. Necesitaban a Momo, y se preguntaban cómo habían podido pasar sin ella antes. Y cuanto más tiempo se quedaba con ellos la niña, tanto más imprescindible se hacía, tan imprescindible que todos temían que algún día pudiera marcharse.

A eso se debe que Momo tuviera muchas visitas. Casi siempre se veía a alguien sentado con ella, que le hablaba solícitamente. Y el que la necesitaba y no podía ir, la mandaba buscar. Y a quien todavía no se había dado cuenta de que la necesitaba, le decían los demás:

—¡Vete con Momo!

Estas palabras se convirtieron en una frase hecha entre la gente de las cercanías. Igual que se dice: «¡Buena suerte!», o «¡Que aproveche!», o «¡Y qué sé yo!», se decía, en toda clase de ocasiones: «¡Vete con Momo!».

Pero ¿por qué? ¿Es que Momo era tan increíblemente lista que tenía un buen consejo para cualquiera? ¿Encontraba siempre las palabras apropiadas cuando alguien necesitaba consuelo? ¿Sabía hacer juicios sabios y justos?

No; Momo, como cualquier otro niño, no sabía hacer nada de todo eso.

Entonces, ¿es que Momo sabía algo que ponía a la gente de buen humor? ¿Sabía cantar muy bien? ¿O sabía tocar un instrumento? ¿O es que —ya que vivía en una

especie de circo— sabía bailar o hacer acrobacias?

No, tampoco era eso.

¿Acaso sabía magia? ¿Conocía algún encantamiento con el que se pudiera ahuyentar todas las miserias y preocupaciones? ¿Sabía leer en las líneas de la mano o predecir el futuro de cualquier otro modo?

Nada de eso.

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar. Eso no es nada especial, dirá, quizás, algún lector; cualquiera sabe escuchar.

Pues eso es un error. Muy pocas personas saben escuchar de verdad. Y la manera en que sabía escuchar Momo era única.

Momo sabía escuchar de tal manera que a la gente tonta se le ocurrían, de repente, ideas muy inteligentes. No porque dijera o preguntara algo que llevara a los demás a pensar esas ideas, no; simplemente estaba allí y escuchaba con toda su atención y toda simpatía. Mientras tanto miraba al otro con sus grandes ojos negros y el otro en cuestión notaba de inmediato cómo se le ocurrían pensamientos que nunca hubiera creído que estaban en él.

Sabía escuchar de tal manera que la gente perpleja o indecisa sabía muy bien, de repente, qué era lo que quería. O los tímidos se sentían de súbito muy libres y valerosos. O los desgraciados y agobiados se volvían confiados y alegres. Y si alguien creía que su vida estaba totalmente perdida y que era insignificante y que él mismo no era más que uno entre millones, y que no importaba nada y que se podía sustituir con la misma facilidad que una maceta rota, iba y le contaba todo eso a la pequeña Momo, y le resultaba claro, de modo misterioso mientras hablaba, que tal como era sólo había uno entre todos los hombres y que, por eso, era importante a su manera, para el mundo.

¡Así sabía escuchar Momo!

Una vez fueron a verla al anfiteatro dos hombres que se habían peleado a muerte y que ya no se querían hablar, a pesar de ser vecinos. Los demás les habían aconsejado que fueran a ver a Momo, porque no estaba bien que los vecinos vivieran enemistados. Los dos hombres, al principio, se habían negado, pero al final habían accedido a regañadientes.

Ahí estaban los dos, en el anfiteatro, mudos y hostiles, cada uno en un lado de las filas de asientos de piedra, mirando sombríos ante sí.

Uno era el albañil que había hecho el hogar y el bonito cuadro de flores que había

en la «salita» de Momo. Se llamaba Nicola y era un tipo fuerte con un mostacho negro e hirsuto. El otro se llamaba Nino. Era delgado y siempre parecía un poco cansado. Nino era el arrendatario de un pequeño establecimiento al borde de la ciudad, en el que por lo general sólo había unos pocos viejos que en toda la noche no bebían más que un solo vaso de vino y hablaban de sus recuerdos. También Nino y su gorda mujer estaban entre los amigos de Momo y muchas veces le habían traído cosas buenas que comer.

Como Momo se dio cuenta de que los dos estaban enfadados, no supo, al principio, con quién sentarse primero. Para no ofender a ninguno, se sentó por fin en el borde de piedra de la escena a la misma distancia de uno y de otro y miraba alternativamente a uno y a otro. Simplemente esperaba a ver qué ocurría. Algunas cosas necesitan su tiempo, y tiempo era lo único que Momo tenía de sobra.

Después de que los hombres hubieran estado así un buen rato, Nicola se levantó de repente y dijo:

—Yo me voy. He demostrado que tenía buena voluntad al venir aquí. Pero tú ves, Momo, lo obstinado que es él. ¿A qué esperar más?

Y, efectivamente, se volvió para irse.

—Sí, ¡lárgate! —le gritó Nino—. No hacía ninguna falta que vinieras. Yo no me reconcilio con un criminal.

Nicola giró en redondo. Su cara estaba roja de ira.

—¿Quién es un criminal? —preguntó en tono amenazador y volvió a su sitio—. ¡Repítelo!

—¡Lo repetiré cuantas veces quieras! —gritó Nino—. ¿Tú te crees que porque eres grande y fuerte nadie se atreve a decirte las verdades a la cara? Yo me atrevo, y te las cantaré a ti y a cualquiera que quiera escucharlas. Adelante, ven y mátame, como ya dijiste una vez que harías.

—¡Ojalá lo hubiese hecho! —chilló Nicola y apretó los puños—. Ya ves, Momo, cómo miente y calumnia. Sólo lo agarré una vez por el cuello y lo tiré al charco que hay detrás de su covacha. Allí no se ahoga ni una rata —volviéndose de nuevo a Nino, gritó—. Por desgracia vives todavía, como se puede ver.

Durante un rato volaron en una y otra dirección los peores insultos, y Momo no podía entender de qué iba la cosa y por qué estaban tan enfadados los dos. Pero poco a poco fue sabiendo que Nicola sólo había cometido aquella salvajada porque Nino, antes, le había dado una bofetada delante de algunos de sus parroquianos. A eso, por su parte, le había antecedido el intento de Nicola de hacer añicos toda la vajilla de Nino.

—¡No es verdad! —se defendió amargamente Nicola—. Sólo tiré a la pared una sola jarra que, además, ya tenía una grieta.

—Pero la jarra era mía, ¿sabes? —respondió Nino—. Y, además, no tienes derecho a eso.

Nicola pensaba que sí tenía derecho a eso, porque Nino lo había ofendido en su honor de albañil.

—¿Sabes lo que dijo de mí? —gritó dirigiéndose a Momo—. Dijo que yo no era capaz de construir una pared derecha, porque estaba borracho día y noche. Que era igual que mi tatarabuelo, que había trabajado en la torre inclinada de Pisa.

—Pero, Nicola —contestó Nino—, si eso era una broma.

—¡Bonita broma! —protestó Nicola—. No tiene ninguna gracia.

Resultó que Nino sólo había devuelto una broma anterior de Nicola. Porque una mañana se había encontrado con que en su puerta habían escrito con grandes letras rojas:

GATOS Y VENTEROS, TODOS RATEROS

Y eso, a su vez, no le había hecho ninguna gracia a Nino.

Durante un rato se pelearon, muy en serio, sobre cuál de las dos bromas era peor, y volvieron a encolerizarse. Pero de repente se quedaron cortados.

Momo los miraba con grandes ojos, y ninguno de los dos podía explicarse bien, bien, su mirada. ¿Es que, por dentro, se estaba riendo de ellos? ¿O estaba triste? Su cara no se lo decía. Pero a los dos hombres les pareció, de repente, que se veían a sí mismos en un espejo, y comenzaron a sentir vergüenza.

—Bien —dijo Nicola—, puede ser que no debiera haber escrito aquello en tu puerta, Nino. No lo hubiera hecho si tú no te hubieras negado a servirme un vaso de vino más. Eso iba contra la ley, ¿sabes? Porque siempre te he pagado y no tenías ninguna razón para tratarme así.

—¡Ya lo creo que la tenía! —contestó Nino—. ¿Es que ya no te acuerdas de aquel asunto del san Antonio? ¡Ah, ahora te has puesto blanco! Porque me estafaste con todas las de la ley, y no tengo por qué aguantártelo.

—¿Que yo te estafé a ti? —gritó Nicola—. ¡Al revés! Tú querías engañarme a mí, sólo que no lo conseguiste.

El asunto era el siguiente: en el pequeño establecimiento de Nino colgaba de la pared una pequeña imagen de san Antonio. Era una foto en color que Nino había recortado una vez de una revista.

Un día, Nicola le quiso comprar esa imagen; según decía, porque le gustaba mucho. Regateando hábilmente, Nino había conseguido que Nicola le diera, a cambio, su vieja radio. Nino se creyó muy listo, porque Nicola hacía muy mal negocio. Se pusieron de acuerdo.

Pero después resultó que entre la imagen y el marco de cartón había un billete de banco, del que Nino no sabía nada. De repente era él el que hacía un mal negocio, y eso le molestaba. Exigió que Nicola le devolviera el dinero, porque éste no formaba parte del trato. Nicola se negó, y entonces Nino no le quiso servir nada más. Así había comenzado la pelea.

Cuando los dos llegaron al principio del asunto que los había enemistado, callaron un rato.

Entonces preguntó Nino:

—Dime ahora con toda honradez, Nicola, ¿ya sabías de ese dinero antes del cambio o no?

—Claro que sí; si no, no hubiera hecho el cambio.

—Entonces estarás de acuerdo en que me has estafado.

—¿Por qué? ¿En serio que tú no sabías nada de ese dinero?

—No, palabra de honor.

—¡Lo ves! Eras tú quien querías estafarme a mí. Porque, ¿cómo podías pedirme mi radio a cambio de un trozo de papel de periódico?

—¿Y cómo te enteraste tú de lo del dinero?

—Dos noches antes había visto cómo un cliente lo metía allí como ofrenda a san Antonio.

Nino se mordió los labios:

—¿Era mucho?

—Ni más ni menos que lo que valía mi radio —contestó Nicola.

—Entonces, toda nuestra pelea —dijo Nino pensativamente— solamente es por el san Antonio que recorté de una revista.

Nicola se rascó la cabeza:

—En realidad, sí. Si quieres te lo devuelvo, Nino.

—¡Qué va! —contestó Nino, con mucha dignidad—. Lo que se da no se quita. Un apretón de manos vale entre caballeros.

Y de repente, ambos se echaron a reír. Bajaron los escalones de piedra, se encontraron en medio de la plazoleta central, se abrazaron dándose palmadas en la espalda. Después, ambos abrazaron a Momo y le dijeron:

—¡Muchas gracias!

Cuando, al cabo de un rato, se fueron, Momo siguió diciéndoles adiós con la mano durante mucho rato. Estaba muy contenta de que sus amigos volvieran a estar de buenas.

Otra vez, un chico le trajo su canario, que no quería cantar. Eso era una tarea mucho más difícil para Momo. Tuvo que estarse escuchándolo toda una semana hasta que por fin volvió a cantar y silbar.

Momo escuchaba a todos: a perros y gatos, a grillos y ranas, incluso a la lluvia y al viento en los árboles. Y todos le hablaban en su propia lengua.

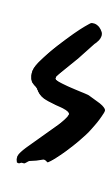
Algunas noches, cuando ya se habían ido a sus casas todos sus amigos, se quedaba sola en el gran círculo de piedra del viejo teatro sobre el que se alzaba la gran cúpula estrellada del cielo y escuchaba el enorme silencio.

Entonces le parecía que estaba en el centro de una gran oreja, que escuchaba el universo de estrellas. Y también que oía una música callada, pero aun así muy impresionante, que le llegaba muy adentro, al alma.

En esas noches solía soñar cosas especialmente hermosas.

Y quien ahora siga creyendo que el escuchar no tiene nada de especial, que pruebe, a ver si sabe hacerlo tan bien.

Una tempestad de juego y una tormenta de verdad



e entiende que al escuchar, Momo no hacía ninguna diferencia entre adultos y niños, pero los niños tenían otra razón más para que les gustara tanto ir al viejo anfiteatro. Desde que Momo estaba allí, sabían jugar como nunca habían jugado. No les quedaba ni un solo momento para aburrirse. Y eso no se debía a que Momo hiciera buenas sugerencias. No, Momo simplemente estaba allí y participaba en el juego. Y por eso —no se sabe cómo— los propios niños tenían las mejores ideas. Cada día inventaban un juego nuevo, más divertido que el anterior.

Una vez, era un día pesado y bochornoso, había unos diez u once niños sentados en las gradas de piedra esperando a Momo, que se había ido a dar una vuelta, según solía hacer alguna vez. El cielo estaba encapotado con unas nubes plomizas. Probablemente habría pronto una tormenta.

—Yo me voy a casa —dijo una niña que llevaba un hermanito pequeño—. El rayo y el trueno me dan miedo.

—¿Y en casa? —preguntó un niño que llevaba gafas—. ¿Es que en casa no te dan miedo?

—Sí —dijo la niña.

—Entonces, igual te puedes quedar aquí —respondió el niño.

La niña se encogió de hombros y asintió. Al cabo de un rato dijo:

—A lo mejor Momo ni siquiera viene.

—¿Y qué? —se mezcló en la conversación un chico con aspecto un tanto descuidado—. Aun así podemos jugar a cualquier cosa, sin Momo.

—Bien, pero ¿a qué?

—No lo sé. A cualquier cosa.

—Cualquier cosa no es nada. ¿Alguien tiene una idea?

—Yo sé una cosa —dijo un chico con una aguda voz de niña—: podríamos jugar a que las ruinas son un gran barco, y navegamos por mares desconocidos y vivimos aventuras. Yo soy el capitán, tú eres el primer oficial, y tú eres un investigador, porque es un viaje de exploración, ¿sabéis? Y los demás sois marineros.

—Y nosotras, las niñas, ¿qué somos?

—Vosotras sois marineras; se trata de un barco del futuro.

¡Eso era un buen plan! Intentaron jugar, pero no conseguían ponerse de acuerdo y el juego no funcionaba. Al rato, todos volvían a estar sentados en las gradas y esperaban.

Entonces llegó Momo.

La espuma saltaba furiosa cuando la proa cortaba el agua. El buque oceanográfico *Argo* cabeceaba majestuosamente en el oleaje mientras avanzaba tranquilamente, a toda máquina, por el mar del Coral del Sur. Nadie recordaba que un barco se hubiese atrevido a navegar por estos mares peligrosos, llenos de bajíos, arrecifes de coral y monstruos marinos desconocidos. Había aquí, sobre todo, lo que llamaban el «tifón eterno», un ciclón que nunca descansaba. Recorría incansable esos mares buscando víctimas como si fuera un ser vivo, incluso astuto. Su camino era impredecible. Y todo lo que caía en las garras de ese huracán no volvía a aparecer hasta que quedaba reducido a astillas.

Bien es cierto que la nave expedicionaria *Argo* estaba muy bien preparada para un encuentro con el «ciclón andarín». Estaba hecha enteramente de acero especial, azul, elástico e irrompible como una espada toledana. Y, merced a un sistema de construcción especial, estaba fundido enteramente de una pieza, sin ninguna soldadura.

Aún así, es difícil que otro capitán y otra tripulación hubieran tenido el valor de exponerse a estos peligros. Pero el capitán Gordon tenía mucho valor. Desde el puente de mando miraba orgulloso a sus marineros y marineras, todos ellos grandes especialistas en sus respectivos campos.

Al lado del capitán estaba su primer oficial, don Melú, un lobo de mar de los que quedan pocos; había sobrevivido a ciento veintisiete huracanes.

Un poco más atrás, en la toldilla, se podía ver al profesor Quadrado, director científico de la expedición, con sus dos auxiliares, Mora y Sara, que merced a su

prodigiosa memoria suplían bibliotecas enteras. Los tres estaban inclinados sobre sus instrumentos de precisión y se consultaban en su complicada jerga científica.

Un poco más allá estaba, en cuclillas, la bella nativa Momosan. De vez en cuando el profesor le preguntaba acerca de algún detalle de esos mares y ella le respondía en su hermoso dialecto *hula*, que sólo el profesor entendía.

El objetivo de la expedición era hallar las causas del «ciclón andarín» y, de ser posible, eliminarlo, para que esos mares volvieran a ser navegables para los demás barcos. Pero, de momento todo seguía tranquilo, y no había indicio de tempestad.

De repente, un grito del vigía arrancó al capitán de sus pensamientos.

—¡Capitán! —gritó desde la cofa haciendo bocina con las manos—. Si no estoy loco veo ahí delante una isla de cristal.

El capitán y don Melú miraron inmediatamente a través de sus catalejos. También el profesor Quadrado y sus auxiliares se acercaron, interesados. Sólo la bella nativa se quedó tranquilamente sentada. Las misteriosas costumbres de su pueblo le prohibían mostrar curiosidad.

Pronto llegaron a la isla de cristal. El profesor bajó del barco por una escala de cuerda y pisó el suelo transparente. Éste era enormemente resbaladizo y al profesor Quadrado le costaba mucho mantenerse en pie.

La isla era totalmente redonda y tenía un diámetro de unos veinte metros. Hacia el centro se levantaba como una cúpula. Cuando el profesor hubo alcanzado el lugar más alto pudo distinguir claramente una luz titilante en su interior.

Comunicó sus observaciones a los demás, que esperaban, atentos, apoyados en la borda.

—Según eso —dijo la auxiliar Mora—, debe de tratarse de una *Cestapuntia briscatresia*.

—Puede ser —dijo la auxiliar Sara—, pero también puede ser un *Códulo leporífero*.

El profesor Quadrado se enderezó, se ajustó las gafas y gritó hacia el puente:

—En mi opinión, tenemos que vérnoslas con una variedad del *Comodus intarsicus común*. Pero no podremos estar seguros hasta no haberlo visto por debajo.

Al instante se echaron al agua tres de las marineras que eran, además, submarinistas de fama mundial y que, mientras tanto, ya se habían vestido con sus trajes de inmersión.

Durante un rato, no se vieron en la superficie del mar más que montones de burbujas, pero de repente sacó la cabeza del agua una de las niñas, de nombre Sandra, que gritó con voz entrecortada:

—Es una medusa gigante. Las otras dos submarinistas están atrapadas entre los tentáculos y no pueden soltarse. Tenemos que ayudarlas antes de que sea demasiado tarde.

Dicho esto, volvió a sumergirse.

Inmediatamente se lanzaron al agua cien expertos hombres-rana a las órdenes del capitán Blanco, conocido por el apodo de «el Delfín». Bajo el agua comenzó un combate increíble, y el mar se cubrió de espuma. Pero ni siquiera esos valerosos marineros consiguieron librar a las dos chicas de los terribles tentáculos. La fuerza de la gigantesca medusa era demasiado grande.

—Hay en ese mar alguna cosa —dijo el profesor, con la frente arrugada, a sus dos auxiliares— que provoca el gigantismo en los seres vivos. Esto es sumamente interesante.

Mientras tanto, el capitán Gordon y su primer oficial don Melú, que habían estado conferenciando, habían tomado una decisión.

—¡Atrás! —gritó don Melú—. ¡Todo el mundo a bordo! Partiremos al monstruo en dos, si no, no podremos librar a las dos marineras.

El Delfín y sus hombres volvieron a subir a bordo. El *Argo* retrocedió un poco y se lanzó después con toda su potencia avante, hacia la medusa gigante. La proa del buque era aguda como una cuchilla de afeitar. Cortó la medusa en dos mitades, sin que a bordo se notara apenas un pequeño temblor. La maniobra no carecía de peligro para las dos submarinistas presas entre los tentáculos, pero el primer oficial había calculado su posición con la mayor exactitud y pasó por medio de las dos. Al instante, los tentáculos del monstruo perdieron toda su fuerza y las dos prisioneras pudieron librarse de ellos.

Fueron recibidas jubilosamente a bordo. El profesor Quadrado se acercó a las dos muchachas y les dijo:

—Ha sido culpa mía. No debería haberos enviado. Perdonadme por haberos puesto en peligro.

—No hay nada que perdonar, profesor —respondió una de las chicas con una risa alegre—. Al fin y al cabo nos hemos embarcado para eso.

A lo que la otra chica añadió:

—El peligro es nuestra profesión.

Ya no quedaba tiempo para más palabras. Durante los trabajos de rescate, el capitán y la tripulación se habían olvidado de observar el mar. De modo que sólo ahora, en el último instante, se dieron cuenta de que por el horizonte había aparecido el «ciclón andarín» que se dirigía a toda velocidad hacia el *Argo*.

Llegó al barco una primera ola, impresionante, lo alzó en su cresta y lo lanzó por una sima acuosa de cincuenta metros de profundidad, por lo menos. De haberse tratado de una tripulación menos experta y valerosa que la del *Argo*, en este primer embate la mitad habría sido arrastrada por la borda, mientras que la otra mitad se habría desmayado. Pero el capitán Gordon estaba bien plantado sobre el puente de mando, como si no hubiera pasado nada, y toda la tripulación había aguantado del mismo modo. Sólo la hermosa indígena Momosan, no acostumbrada a los peligros del mar, se había refugiado en un bote salvavidas.

En pocos segundos se oscureció todo el cielo. El torbellino se lanzó, ululante, sobre el barco, al que hacía saltar sobre las olas como un corcho. Su furia parecía crecer de minuto en minuto por no poder romperlo.

El capitán daba sus órdenes con voz sosegada, y su primer oficial las repetía en voz alta. Incluso el profesor Quadrado y sus auxiliares seguían junto a sus instrumentos. Calculaban dónde debía estar el centro del tifón, pues hacia allí tenía que ir el barco. El capitán Gordon admiraba en silencio la sangre fría de los científicos que, al fin y al cabo, no conocían el mar como él y sus hombres.

El primer rayo cayó sobre el buque de acero, que quedó cargado eléctricamente. Hacia cualquier parte que se extendiera la mano saltaban chispas. Pero todos, a bordo del *Argo*, se habían entrenado durante meses para ello. A nadie le importaba ya.

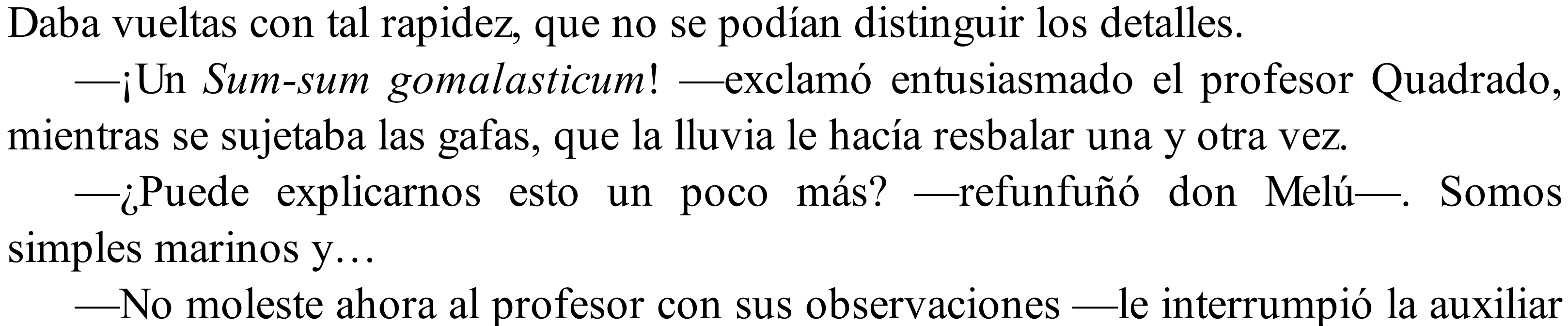
Lo único malo era que las partes más delgadas del barco, cables de acero y barras de hierro, se ponían incandescentes como el filamento de una bombilla, y eso dificultaba un poco el trabajo de la tripulación, aunque todos llevaban guantes de amianto. Quiso la suerte que esa incandescencia se apagara pronto, porque comenzó a caer una lluvia tal, como nadie de a bordo —a excepción de don Melú— había visto jamás; una lluvia tan espesa que pronto desplazó todo el aire respirable. La tripulación tuvo que ponerse gafas y escafandras de submarinista.

Un relámpago sucedía a otro, un trueno a otro. La tempestad ululaba. Se levantaban olas enormes y blanca espuma.

El *Argo*, con los motores a toda máquina, avanzaba metro a metro contra la fuerza incontenible del tifón. Los maquinistas y fogoneros, en el vientre del barco, hacían esfuerzos sobrehumanos. Se habían atado con gruesas sogas para que los bruscos movimientos del barco no los lanzaran hacia las fauces abiertas de las calderas.

Por fin llegaron al centro del tifón. ¡Qué espectáculo se les ofreció allí!

Sobre la superficie del mar, liso como un espejo, porque la propia fuerza del huracán barría las olas, bailaba un ser gigantesco. Se sostenía sobre una pata, se ensanchaba por arriba y parecía realmente un trompo del tamaño de una montaña.



Daba vueltas con tal rapidez, que no se podían distinguir los detalles.

—¡Un *Sum-sum gomalasticum*! —exclamó entusiasmado el profesor Quadrado, mientras se sujetaba las gafas, que la lluvia le hacía resbalar una y otra vez.

—¿Puede explicarnos esto un poco más? —refunfuñó don Melú—. Somos simples marinos y…

—No moleste ahora al profesor con sus observaciones —le interrumpió la auxiliar Sara—. Es una ocasión única. Esa especie de trompo animal procede, probablemente, de las primeras etapas de la evolución. Debe de tener más de mil millones de años. Hoy no queda más que una variedad microscópica que a veces se encuentra en la salsa de tomate y, excepcionalmente, en la tinta verde. Un ejemplar de ese tamaño es, seguramente, el único superviviente de su especie.

—Pero nosotros estamos aquí —gritó a través del ulular del viento el capitán— para eliminar las causas del «tifón eterno». Así que el profesor ha de decirnos cómo se puede hacer parar esa cosa.

—No lo sé —dijo el profesor—. La ciencia no ha tenido todavía ninguna ocasión de investigarlo.

—Está bien —dijo el capitán—. Primero le dispararemos y ya veremos qué pasa.

—Es una pena —se quejó el profesor— disparar sobre el único ejemplar de *Sum-sum gomalasticum*.

Pero el cañón contraficción ya apuntaba al trompo gigantesco.

—¡Fuego! —ordenó el capitán.

De la boca del cañón salió una llamarada azul de un kilómetro de longitud. No se oyó nada, porque, como todo el mundo sabe, el cañón contraficción dispara proteínas.

El proyectil luminoso voló hacia el *Sum-sum*, pero cayó bajo el efecto del trompo, se desvió, dio varias vueltas al monstruo y fue arrastrado hacia lo alto, donde desapareció entre las negras nubes.

—¡Es inútil! —gritó el capitán Gordon—. Tenemos que acercarnos más.

—Es imposible acercarnos más —respondió don Melú—. Las máquinas trabajan a toda potencia y lo único que logramos es que la tempestad no nos empuje más lejos.

—¿Tiene alguna idea, profesor? —preguntó el capitán.

Pero el profesor se encogió de hombros, al igual que sus auxiliares, que tampoco sabían qué aconsejar. Parecía que la expedición había fracasado.

En ese momento, alguien tiró de la manga del profesor. Era la bella indígena.

—¡*Malumba*! —dijo con gesto elegante—. *Malumba oisitu sono. Erbini samba insaltu lolobindra. Cramuna heu beni beni sadogau.*

—¿*Babalu*? —preguntó sorprendido el profesor—. ¿*Didi maha feinosi intu ge doinen malumba*?

La bella indígena asintió repetidamente y contestó:

—*Dodo um aufu sulamat vafada*.

—*Oi oi* —respondió el profesor, mientras se acariciaba pensativamente el mentón.

—¿Qué es lo que dice? —quiso saber el primer oficial.

—Dice —explicó el profesor— que en su pueblo hay una canción antiquísima, con la que se puede hacer dormir al «ciclón andarín», si es que alguien se atreve a cantarla.

—¡Qué ridículo! —refunfuñó don Melú—. Una nana para un tifón.

—¿Qué opina usted profesor? —preguntó la auxiliar Sara—. ¿Es posible una cosa así?

—No hay que tener prejuicios —dijo el profesor—. Muchas veces hay un fondo de verdad en las tradiciones de los indígenas. Quizá haya unas vibraciones sonoras determinadas que tienen alguna influencia sobre el *Sum-sum gomalasticum*. No sabemos nada acerca de sus condiciones de vida.

—No puede perjudicarnos —decidió el capitán—. Tenemos que probarlo. Dígale que cante.

El profesor se dirigió a la bella indígena y dijo:

—*Malumba didi oisafal huna-huna, ¿vafadu*?

Momosan asintió y comenzó a entonar una cantinela muy peculiar que se componía de unas pocas notas que se repetían cada vez:

Eni meni allubeni
wanna tai susura teni.

Se acompañaba con palmadas y saltaba al compás.

La sencilla melodía y la letra eran fáciles de recordar. Poco a poco, otros fueron haciéndole coro, de modo que, pronto, toda la tripulación cantaba, batía palmas y saltaba al compás siguiendo el ritmo. Era un espectáculo bastante sorprendente ver cantar y bailar como niños al viejo lobo de mar don Melú y al profesor Quadrado.

Y sucedió lo que nadie había creído. El trompo gigantesco empezó a dar vueltas más y más lentamente, se paró finalmente y comenzó a hundirse. Con el ruido de un trueno se cerraron las olas sobre él. La tempestad acabó de repente, el cielo se volvió transparente y azul y las olas del mar se calmaron. El *Argo* se mecía plácidamente sobre las tranquilas aguas como si jamás hubiera existido una tormenta.

—¡Hombres! —dijo el capitán Gordon mientras los miraba a la cara, uno a uno—. ¡Lo hemos conseguido! —nunca hablaba mucho, todos lo sabían; por eso pesaba tanto más el que ahora añadiera—. Estoy orgulloso de vosotros.

—Creo —dijo la chica que llevaba a su hermanito— que ha llovido de verdad. Yo, por lo menos, estoy calada.

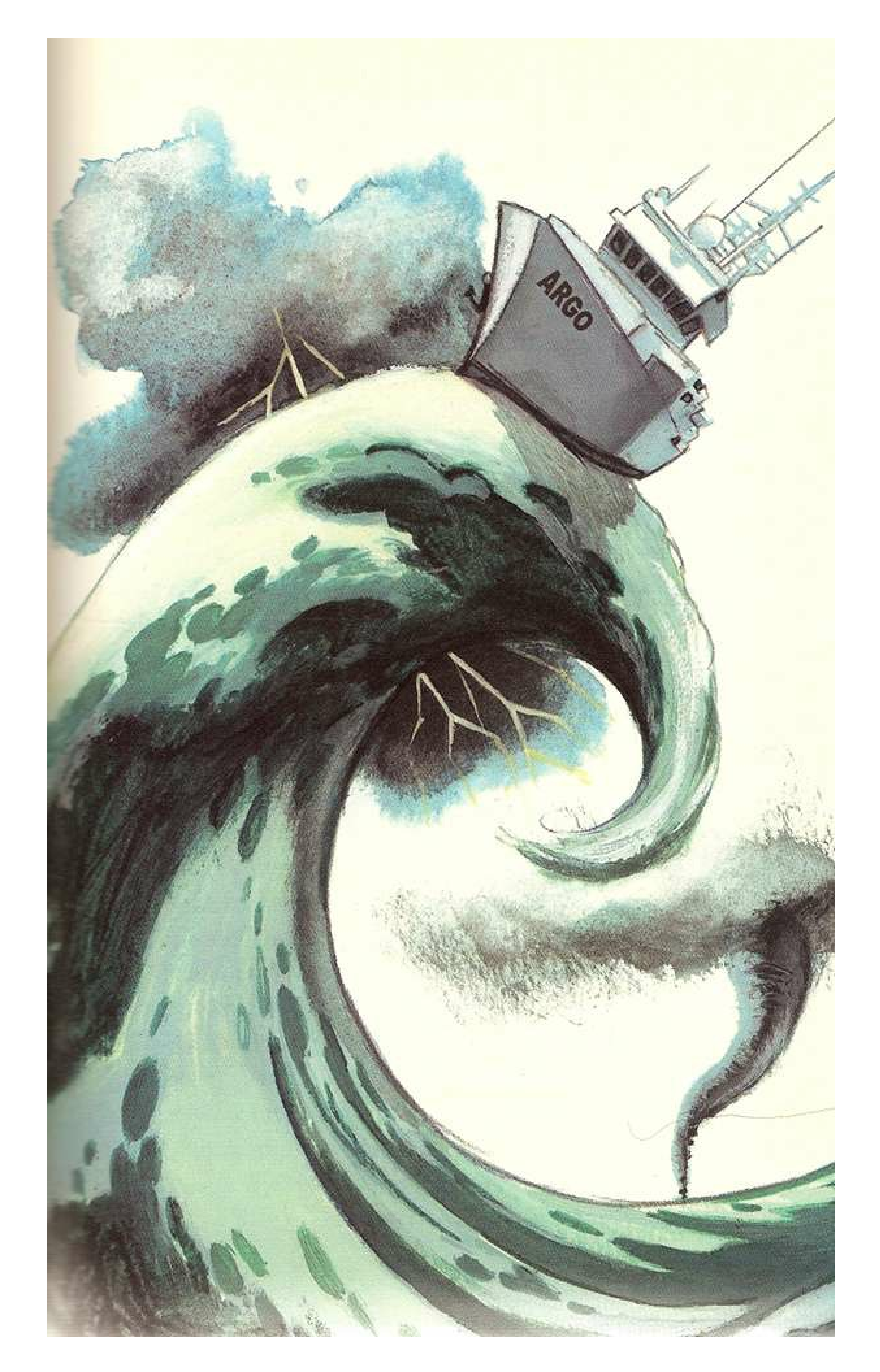
Es verdad que mientras tanto había descargado la tormenta. Y sobre todo la niña con su hermanito se sorprendía de que había olvidado tener miedo al rayo y al trueno mientras había estado en el barco de acero.

Siguieron hablando durante un rato sobre la aventura y se explicaban detalles, los unos a los otros, que cada uno había visto y vivido para sí. Entonces se separaron para ir a casa y secarse.

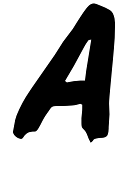
Sólo había uno que no estaba del todo satisfecho con el curso del juego: el niño de las gafas. Al despedirse le dijo a Momo:

—En el fondo es una lástima que hayamos hundido el *Sum-sum gomalasticum*. ¡El último ejemplar de su especie! Me hubiera gustado poder estudiarlo un poco más de cerca.

Pero en un punto estaban todos de acuerdo: en ningún otro lado se podía jugar como con Momo.


ARGO

Un viejo callado y un joven parlanchín



un cuando alguien tiene muchos amigos, suele haber entre ellos unos pocos a los que se quiere todavía más que a los demás. También en el caso de Momo era así.

Tenía dos grandes amigos que iban a verla cada día y que compartían con ella todo lo que tenían. Uno era joven y otro viejo.

Momo no habría sabido decir a quién de los dos quería más.

El viejo se llamaba Beppo Barrendero. Seguro que en realidad tendría otro apellido, pero como era barrendero de profesión y todos le llamaban así, él también decía que ése era su nombre.

Beppo Barrendero vivía en una choza que él mismo se había construido, cerca del anfiteatro, a base de ladrillos, latas y cartón embreado. Era extraordinariamente bajo e iba siempre un poco encorvado, por lo que apenas sobrepasaba a Momo. Siempre llevaba su gran cabeza, sobre la que se erguía un mechón de pelos canosos, un poco torcida, y sobre la nariz llevaba unas pequeñas gafas.

Algunos opinaban que a Beppo Barrendero le faltaba algún tornillo. Lo decían porque ante las preguntas se limitaba a sonreír amablemente y no contestaba. Pensaba. Y cuando creía que una respuesta era innecesaria, se callaba. Pero cuando la creía necesaria, pensaba sobre ella. A veces tardaba dos horas en contestar, pero otras tardaba todo un día. Mientras tanto, el otro, claro está, había olvidado qué había preguntado, por lo que la respuesta de Beppo le sorprendía.

Sólo Momo sabía esperar tanto y entendía lo que decía. Sabía que se tomaba tanto tiempo para no decir nunca nada que no fuera verdad. Pues en su opinión, todas las

desgracias del mundo nacían de las muchas mentiras, las dichas a propósito, pero también las involuntarias, causadas por la prisa o la imprecisión.

Cada mañana iba, antes del amanecer, en su vieja y chirriante bicicleta, hacia el centro de la ciudad, a un gran edificio. Allí esperaba, con sus compañeros, en un patio, hasta que le daban una escoba y le señalaban una calle que tenía que barrer.

A Beppo le gustaban estas horas antes del amanecer, cuando la ciudad todavía dormía. Le gustaba su trabajo y lo hacía bien. Sabía que era un trabajo muy necesario.

Cuando barría las calles, lo hacía despaciosamente, pero con constancia; a cada paso una inspiración y a cada inspiración una barrida. Paso-inspiración-barrida. Paso-inspiración-barrida. De vez en cuando, se paraba un momento y miraba pensativamente ante sí. Después proseguía paso-inspiración-barrida.

Mientras se iba moviendo, con la calle sucia ante sí y la limpia detrás, se le ocurrían pensamientos. Pero eran pensamientos sin palabras, pensamientos tan difíciles de comunicar como un olor del que uno a duras penas se acuerda, o como un color que se ha soñado. Después del trabajo, cuando se sentaba con Momo, le explicaba sus pensamientos. Y como ella le escuchaba a su modo, tan peculiar, su lengua se soltaba y hallaba las palabras adecuadas.

—Ves, Momo —le decía, por ejemplo—, las cosas son así: a veces tienes ante ti una calle larguísima. Te parece tan terriblemente larga, que nunca crees que podrás acabarla.

Miró un rato en silencio a su alrededor; entonces siguió:

—Y entonces te empiezas a dar prisa, cada vez más prisa. Cada vez que levantas la vista, ves que la calle no se hace más corta. Y te esfuerzas más todavía, empiezas a tener miedo, al final estás sin aliento. Y la calle sigue estando por delante. Así no se debe hacer.

Pensó durante un rato. Entonces siguió hablando:

—Nunca se ha de pensar en toda la calle de una vez, ¿entiendes? Sólo hay que pensar en el paso siguiente, en la inspiración siguiente, en la siguiente barrida. Nunca nada más que en el siguiente.

Volvió a callar y reflexionar, antes de añadir:

—Entonces es divertido; eso es importante, porque entonces se hace bien la tarea. Y así ha de ser.

Después de una nueva y larga interrupción, siguió:

—De repente se da uno cuenta de que, paso a paso, se ha barrido toda la calle. Uno no se da cuenta cómo ha sido, y no se está sin aliento.

Asintió en silencio y dijo, poniendo punto final:

—Eso es importante.

Otra vez se sentó al lado de Momo, callado, y ella vio que estaba pensando y que quería decir algo muy especial. De repente, él la miró a los ojos y le dijo:

—Nos he reconocido.

Pasó mucho rato antes de que continuara con voz baja:

—Eso ocurre, a veces… a mediodía…, cuando todo duerme en el calor… El mundo se vuelve transparente… Como un río, ¿entiendes?… Se puede ver el fondo.

Asintió y calló un rato, para decir en voz más baja:

—Hay allí otros tiempos, allí al fondo.

Volvió a pensar un buen rato, buscando las palabras adecuadas. Pero pareció no encontrarlas, pues de repente dijo con voz totalmente normal:

—Hoy estuve barriendo junto a las viejas murallas. Hay allí cinco sillares de otro color. Así, ¿entiendes?

Y con el dedo dibujó una gran *T* en el suelo. La miró con la cabeza torcida y, de repente, murmuró:

—Las he reconocido, las piedras.

Después de otra interrupción siguió a empellones:

—Esos eran otros tiempos, cuando se construyó la muralla… Trabajaron muchos en ella… Pero había dos, entre ellos, que colocaron esos sillares… Era una señal, ¿comprendes?… La he reconocido.

Se pasó las manos por los ojos. Parecía costarle un gran esfuerzo lo que intentaba decir, porque al seguir hablando, las palabras salían con esfuerzo:

—Tenían otro aspecto, esos dos, en aquel entonces.

Y en ese momento dijo, en tono definitivo y casi colérico.

—Pero nos he reconocido, a ti y mí. ¡Nos he reconocido!

No se le puede tomar a mal a la gente el que sonriera cuando oía hablar a Beppo Barrendero de ese modo y, a sus espaldas, algunos señalaban la sien con el dedo. Pero Momo lo quería y guardaba todas sus palabras en su corazón.

El otro amigo de Momo era joven y, en todos los aspectos, lo más opuesto a Beppo Barrendero. Era un guapo muchacho de ojos soñadores, pero una lengua increíble. Siempre estaba repleto de bromas y chistes, y sabía reír con tal ligereza, que había que reír con él, se quisiera o no. Se llamaba Girolamo, pero todos lo llamaban Gigi.

Como al viejo Beppo lo hemos llamado según su profesión, haremos lo mismo con Gigi, aunque no tenía ninguna profesión precisa. Lo vamos a llamar, pues, Gigi

Cicerone. Pero ya queda dicho que la de cicerone sólo era una de las muchas profesiones que ejercía según la ocasión, y no lo era, ni mucho menos, de modo oficial.

El único requisito que tenía para ejercer esa actividad era una gorra de plato. Se la ponía en cuanto veía aparecer, de tarde en tarde, algún grupo de viajeros que se había perdido por ese barrio. Se acercaba a ellos con la cara seria y se ofrecía a guiarlos y explicarles todo. Si los forasteros estaban de acuerdo, se disparaba y les contaba los cuentos de Calleja. Punteaba su relato de acontecimientos, nombres y fechas inventados, de tal manera que los pobres oyentes quedaban totalmente confusos. Algunos se daban cuenta y se marchaban enfadados. Pero la mayoría se lo creía y se lo retribuían cuando Gigi pasaba la gorra, al final.

La gente de los alrededores se reía de las invenciones de Gigi, pero algunos ponían caras censoras y opinaban que no estaba bien que aceptara dinero a cambio de historias que, al fin y al cabo, había inventado.

—Eso lo hacen todos los poetas —decía a eso Gigi—. ¿Y acaso la gente no ha recibido nada a cambio de su dinero? Yo os digo que han recibido exactamente lo que querían. ¿Y qué importa que lo que yo cuente esté o no escrito en algún libro muy sabio? ¿Quién os dice a vosotros que las historias que ponen en los libros sabios no sean inventadas, sólo que nadie se acuerda ya?

Otra vez decía:

—¿Quién sabe lo que es cierto y lo que no? ¿Quién puede saber lo que ha ocurrido aquí hace mil o dos mil años? ¿Lo sabéis vosotros?

—No —reconocían los demás.

—¡Lo veis! —exclamaba Gigi Cicerone—. ¡Cómo podéis decir vosotros que las historias que yo cuento no son verdad! Puede ser que, casualmente, haya ocurrido tal como yo lo cuento. Entonces he dicho la pura verdad.

A eso era difícil oponer nada. Sí, en lo que se refiere a locuacidad, Gigi fácilmente podía con todos ellos.

Lamentablemente venían muy pocos forasteros que quisieran ver el anfiteatro, por lo que Gigi tenía que practicar otras profesiones. Según la ocasión, era guarda de un aparcamiento, testigo de boda, paseador de perros, cartero de amor, participante en un funeral, traficante de recuerdos y muchas otras cosas más.

Pero Gigi soñaba con volverse rico y famoso. Viviría en una casa de fábula, rodeada de un parque; comería en platos dorados y dormiría sobre almohadas de seda. Y se veía a sí mismo en el esplendor de la fama como un sol, cuyos rayos ya lo calentaban ahora, en su miseria.

—¡Lo conseguiré! —exclamaba, cuando los otros se reían de sus sueños—. Todos os acordaréis de mis palabras.

Pero ni él mismo hubiera podido decir cómo pensaba alcanzar la fama. Porque no le atraían demasiado el esfuerzo y el trabajo.

—Eso no tiene mérito —le decía a Momo—, así se puede hacer rico cualquiera. Míralos, lo que parecen los que han vendido la vida y el alma por un poco de bienestar. No, a eso no juego yo. Y aunque muchas veces no tenga dinero, ni siquiera para pagar una taza de café, Gigi seguirá siendo Gigi.

Se pensaría que era totalmente imposible que dos personas de ideas tan diferentes acerca del mundo y la vida, como Gigi Cicerone y Beppo Barrendero, se hicieran amigos. Sin embargo, así era. Da la casualidad que el único que nunca censuraba a Gigi su ligereza era el viejo Beppo. Y por la misma casualidad era precisamente el locuaz Gigi el único que nunca se reía del sorprendente y viejo Beppo.

Probablemente fuera a causa del modo en que Momo los escuchaba a ambos.

Ninguno de los tres intuía que pronto caería una sombra sobre su amistad. Y no sólo sobre su amistad, sino sobre toda la región; una sombra que crecía y crecía y que ahora mismo, oscura y fría, se extendía ya sobre la gran ciudad.

Se trataba de una conquista callada e insensible, que avanzaba día a día, y contra la que nadie se resistía, porque nadie conseguía darse cuenta de ella. Y los conquistadores, ¿quiénes eran?

Ni siquiera el viejo Beppo, que se daba cuenta de tantas cosas que los demás no veían, observaba los hombres grises que recorrían, incansables, la ciudad y parecían estar siempre ocupados. Y eso que no eran invisibles. Se les veía, y no se les veía. De algún misterioso modo eran capaces de pasar desapercibidos, de manera que no se les observaba o se volvía a olvidar, en seguida, su aspecto. Así podían operar en la clandestinidad, precisamente porque no se ocultaban. Y como nadie reparaba en ellos, nadie les preguntaba de dónde habían salido y de dónde salían, porque cada día eran más.

Circulaban por las calles en elegantes coches grises, entraban en todas las casas, se sentaban en todos los restaurantes. Muchas veces hacían anotaciones en sus agendas.

Eran unos hombres vestidos con trajes de un color gris telaraña. Incluso sus caras parecían ser de ceniza gris. Llevaban bombines y fumaban pequeños puros grises. Cada uno llevaba siempre un maletín gris plomo.

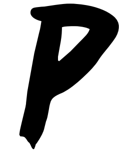
Tampoco Gigi Cicerone había notado que varias veces alguno de esos hombres grises habían estado cerca del anfiteatro y habían apuntado muchas cosas en sus agendas.

Sólo Momo había observado que una tarde habían aparecido sus oscuras siluetas por el borde superior del anfiteatro. Se habían hecho señas los unos a los otros y después se habían reunido a discutir. No se había oído nada, pero Momo, de repente, había sentido un frío muy especial, como no lo había notado nunca antes. No le sirvió de nada que se arrebujara más estrechamente en su gran chaquetón, porque no era un frío normal.

Después, los hombres grises se habían ido de nuevo y no habían vuelto a aparecer.

Esa noche, Momo no había podido oír, como otras veces, la música callada y poderosa. Pero al día siguiente, la vida había continuado como siempre, y Momo no volvió a pensar en los curiosos visitantes. También ella los había olvidado.

Cuentos para muchos y cuentos para una



oco a poco, Momo se había vuelto totalmente imprescindible para Gigi Cicerone. En la medida en que se puede afirmar eso de un tipo tan inconstante como él, había cobrado un profundo cariño por la niña, y hubiera querido llevarla consigo a todas partes.

El contar historias era, como ya sabemos, su pasión. Y precisamente en este punto se había operado un cambio en él. Antes, sus historias habían resultado de vez en cuando, un tanto pobres, no se le ocurría nada interesante, repetía algunas cosas o recurría a alguna película que había visto o alguna noticia que había leído. Por decirlo así, sus historias habían ido a pie, pero desde que conocía a Momo, le habían crecido alas.

Especialmente cuando Momo estaba con él y le escuchaba, su fantasía florecía como un prado en primavera. Niños y mayores se apiñaban a su alrededor. Ahora era capaz de contar historias que se estiraban en muchos capítulos a lo largo de días y semanas, y nunca se le agotaban las ocurrencias. Él mismo, por cierto, también se escuchaba con la máxima atención, porque no tenía la más mínima idea de adónde le conduciría su fantasía.

Una vez que llegaron unos viajeros que querían visitar el anfiteatro (Momo estaba sentada, algo apartada, en las gradas de piedra), comenzó del modo siguiente:

—¡Estimadas señoras y caballeros! Como acaso todos ustedes sepan, la emperatriz Basilisca Agustina emprendió incontables guerras para defender su imperio de los constantes ataques de los pitos y flautas.

»Tras someter una vez más esos pueblos, estaba tan irritada por la incansable molestia que amenazó con exterminar a todos los atacantes a menos que su rey Xaxotraxolus le cediera, como castigo, su carpa dorada.

»Pues en aquella época, damas y caballeros, las carpas doradas todavía eran

desconocidas aquí. Pero la emperatriz Basilisca había oído de boca de un viajero que el rey Xaxotraxolus poseía un pececito que, en cuanto que hubiera acabado de crecer, se convertiría en oro puro. Y esa rareza quería poseerla a cualquier precio la emperatriz Basilisca.

»El rey Xaxotraxolus se rió para sus adentros. Ocultó debajo de la cama la carpa dorada, que efectivamente poseía, e hizo entregar a la emperatriz, en una sopera incrustada de diamantes, una ballena pequeñita.

»Bien es cierto que la emperatriz quedó un tanto sorprendida por el tamaño del animal, pues se había imaginado la carpa dorada un poco más pequeña. Pero pensó que cuanto mayor, mejor, pues tanto más oro produciría, al final, el pez. Pero, por otro lado, ese pez no parecía dorado, y eso la intranquilizaba. Pero el emisario del rey Xaxotraxolus le declaró que el pez no se convertiría en oro hasta haber acabado de crecer, no antes. Por eso era muy importante que no se le estorbara en su crecimiento. Con eso, la emperatriz Basilisca se dio por satisfecha.

»El pececito crecía de día en día y consumía enormes cantidades de comida. Pero la emperatriz no era pobre y el pez recibía todo lo que podía tragar, con lo que se hizo grande y gordo. Pronto la sopera se quedó pequeña.

»"Cuanto mayor, mejor", dijo la emperatriz Basilisca, y lo hizo trasladar a su bañera. Pero al poco tiempo ya no cabía tampoco en la bañera. Crecía y crecía. Entonces fue trasladado a la piscina imperial. Eso ya era un transporte bastante complicado, porque el pez ya pesaba tanto como un buey. Uno de los esclavos que tenía que arrastrarlo resbaló y la emperatriz lo mandó tirar a los leones, porque el pez lo era todo para ella.

»Todos los días se pasaba muchas horas sentada al borde de la piscina y lo veía crecer. No pensaba más que en el oro, pues es sabido que llevaba una vida muy espléndida y nunca tenía oro suficiente.

»"Cuanto mayor, mejor", murmuraba para sí. Esa frase se convirtió en el lema del imperio y se grabó en letras de oro en todos los edificios estatales.

»Pero, hasta la piscina imperial resultó demasiado pequeña para el pez. Entonces, Basilisca mandó construir este edificio, cuyas ruinas, señoras y señores, tienen ante sí. Era un enorme acuario, totalmente circular, lleno hasta el borde de agua, en el que el pez, por fin, podía estirarse a gusto.

»La emperatriz, como ya hemos dicho, pasaba día y noche en este lugar y esperaba que el pez gigante se convirtiera en oro. Ya no se fiaba de nadie, ni de sus esclavos ni de sus parientes, y temía que le fueran a robar el pez. De modo que ahí estaba, adelgazaba más y más por el miedo y la preocupación, no pegaba ojo y vigilaba el pez,

que nadaba divertido y no pensaba siquiera en convertirse en oro. Y Basilisca se despreocupaba más y más de los asuntos del gobierno.

»Eso precisamente habían esperado los pitos y flautas. Bajo la dirección de su rey Xaxotraxolus, emprendieron una última campaña y conquistaron todo el imperio en un paseo militar. No se encontraron con ningún soldado y al pueblo tanto le daba quién lo gobernara.

»Cuando la emperatriz Basilisca se enteró, por fin, del asunto, pronunció las famosas palabras: "¡Ay de mí! Ojalá…". El resto por desgracia, no ha llegado hasta nosotros. Lo que sí se sabe con certeza es que se lanzó a este acuario y se ahogó al lado del pez, tumba de todas sus esperanzas. Para celebrar la victoria, el rey Xaxotraxolus mandó matar la ballena, de modo que todo el pueblo recibió, durante ocho días, filete de pescado asado.

»Así pueden ver, señoras y señores, adónde conduce la credulidad.

Con estas palabras concluyó Gigi su relato, y los oyentes estaban visiblemente impresionados. Miraban las ruinas con todo respeto. Sólo uno de ellos desconfiaba un poco y preguntó:

—¿Y cuándo dice que ocurrió todo eso?

Gigi nunca dejaba una pregunta sin contestar y dijo:

—Como todo el mundo sabe, la emperatriz Basilisca fue contemporánea del filósofo Sínaca el Viejo.

El desconfiado, claro está, no quería reconocer que no sabía cuándo había vivido el filósofo Sínaca el Viejo, por lo que sólo dijo:

—Ah, muchas gracias.

Todos los oyentes estaban sumamente satisfechos y decían que esa visita realmente había merecido la pena, y que nadie les había explicado nunca, tan comprensiblemente, los hechos de la historia. Entonces Gigi presentó, modestamente, su gorra, y la gente se mostró generosa. Incluso el desconfiado echó unas monedas en ella. Además, desde que había llegado Momo, Gigi no contaba nunca dos veces la misma historia. Le habría resultado demasiado aburrido. Si Momo estaba entre los oyentes, le parecía que en su interior se abrían unas compuertas por las que fluían más y más ocurrencias, sin que tuviera necesidad de parar a pensárselas.

Al contrario: muchas veces tenía que intentar refrenarse, para no ir demasiado lejos, como aquella vez, en que dos damas americanas, mayores, distinguidas, habían aceptado sus servicios. Pues les había dado un buen susto cuando les relató lo siguiente:

—Claro está que incluso en su bella y libre América, estimadas señoras, sabrán

que el cruel tirano Marjencio Communo había concebido un plan de cambiar el mundo según sus ideas. Pero hiciera lo que hiciera, la gente seguía siendo más o menos igual y no se dejaba cambiar. Entonces, en su vejez, Marjencio Communo se volvió loco. Como ustedes saben, estimadas señoras, en aquel tiempo no había todavía psiquiatras que supieran curar esas enfermedades. Con lo que había que dejar que los tiranos hicieran el loco como quisieran. En su locura, a Marjencio Communo se le ocurrió la idea de dejar que el mundo siguiera siendo como quisiera y hacerse otro, nuevo, a su gusto.

»Así que ordenó que se construyera un globo que tenía que tener el mismo tamaño que la vieja Tierra, y en el que había que reproducir, con toda fidelidad, cada detalle: cada casa, cada árbol, todas las montañas, ríos y mares. Toda la humanidad fue obligada, bajo pena de muerte, a trabajar en la ingente obra.

»En primer lugar, construyeron un pedestal, sobre el que debía apoyarse ese globo gigantesco. La ruina de ese pedestal, estimadas señoras, es la que tienen ustedes ante sí.

»Entonces se comenzó a construir el propio globo terráqueo, una esfera gigantesca, del mismo tamaño que la Tierra. Cuando se acabó de construir la esfera, se reprodujo con cuidado todo lo que había sobre la Tierra.

»Claro está que se necesitaba mucho material para ese globo terráqueo, y ese material no se podía tomar de ningún lado más que de la propia Tierra. Así, la Tierra se hacía cada vez más pequeña, mientras el globo se hacía mayor.

»Y cuando se hubo terminado de hacer el nuevo mundo, hubo que aprovechar para ello precisamente la última piedrecita que quedaba de la Tierra. Claro está que también todos los habitantes se habían ido de la vieja Tierra al nuevo globo terráqueo, porque la vieja se había acabado. Cuando Marjencio Communo se dio cuenta de que todo seguía igual que antes, se cubrió la cabeza con la toga y se fue. Nadie sabe adónde.

»Ven ustedes, estimadas señoras, este hueco en forma de embudo, que permite distinguir las ruinas en la actualidad es el pedestal que se apoyaba en la superficie de la vieja Tierra. Así que deben imaginárselo todo al revés.

Las dos distinguidas damas de América palidecieron, y una preguntó:

—¿Y dónde ha quedado el globo terráqueo?

—Están ustedes en él —contestó Gigi—. El mundo actual, señoras mías, es el globo terráqueo.

Las dos damas chillaron horrorizadas y huyeron. Gigi presentó en vano la gorra.

Pero lo que más le gustaba a Gigi era contarle cuentos sólo a Momo, cuando no escuchaba nadie más. Casi siempre eran cuentos que trataban de los propios Gigi y Momo. Y sólo estaban destinados a ellos dos y eran totalmente diferentes a los que Gigi contaba en otras ocasiones.

Una noche hermosa y cálida, los dos estaban sentados callados en los escalones de piedra. En el cielo brillaban ya las primeras estrellas y la luna se perfilaba, grande y plateada, sobre las siluetas negras de los pinos.

—¿Me cuentas un cuento? —pidió Momo.

—Está bien —dijo Gigi—. ¿De quién?

—De Momo y Girolamo, si puede ser —contestó Momo.

Gigi reflexionó un momento y preguntó:

—¿Y cómo ha de llamarse?

—Quizá… ¿*El cuento del espejo mágico*?

Gigi asintió, pensativo:

—Eso suena bien. Veamos qué pasa.

Puso un brazo alrededor de los hombros de Momo y comenzó:

—Érase una vez una hermosa princesa llamada Momo, que vestía de seda y terciopelo y vivía muy por encima del mundo, sobre la cima de una montaña, cubierta de nieve, en un castillo de cristal.

»Tenía todo lo que se puede desear, no comía más que los manjares más finos y no bebía más que el vino más dulce. Dormía sobre almohadas de seda y se sentaba en sillas de marfil. Lo tenía todo, pero estaba completamente sola.

»Todo lo que la rodeaba, la servidumbre, las camareras, gatos, perros y pájaros e incluso las flores, todo, no eran más que reflejos de un espejo.

»Porque resulta que la princesa Momo tenía un espejo mágico grande, redondo y de la más pura plata. Lo enviaba cada día y cada noche por todo el mundo. Y el gran espejo flotaba sobre países y mares, sobre ciudades y campos. La gente que lo veía no se sorprendía, sino que decía: "Es la luna".

»Y cada vez que el espejo volvía, ponía delante de la princesa todos los reflejos que había recogido durante su viaje. Los había bonitos y feos, interesantes y aburridos, según como salía. La princesa escogía los que le gustaban, mientras que los otros los tiraba simplemente a un arroyo. Y los reflejos liberados volvían a sus dueños, a través del agua, mucho más deprisa de lo que te imaginas. A eso se debe que veas tu propia imagen reflejada cuando te inclinas sobre un pozo o un charco de agua.

»A todo esto he olvidado decir que la princesa Momo era inmortal. Porque nunca se había mirado a sí misma en el espejo mágico. Porque quien veía en él su propia imagen, se volvía, por ello, mortal. Eso lo sabía muy bien la princesa Momo, y por lo tanto no lo hacía. De ese modo vivía con todas sus imágenes, jugaba con ellas y estaba bastante contenta.

»Pero un día, el espejo mágico le trajo una imagen que le interesó más que todas las otras. Era la imagen de un joven príncipe. Cuando lo hubo visto le entró tal nostalgia, que quería llegar hasta él como fuera. Pero ¿cómo? No sabía dónde vivía, ni quién era, no sabía ni siquiera cómo se llamaba.

»Como no encontraba otra solución, decidió mirarse por fin en el espejo. Porque pensaba: "A lo mejor el espejo llevará mi imagen hasta el príncipe. Puede que mire casualmente hacia el cielo, cuando pase el espejo, y verá mi imagen. Acaso siga el camino del espejo y me encuentre aquí".

»Así que se miró largamente en el espejo y lo envió por el mundo con su reflejo. Pero así, claro está, se había vuelto mortal.

»En seguida oirás cómo sigue esta historia, pero primero he de hablarte del príncipe.

»Este príncipe se llamaba Girolamo y vivía en un reino fabuloso. Todos los que vivían en él amaban y admiraban al príncipe. Un buen día, los ministros dijeron al príncipe: "Majestad, debéis casaros, porque así es como debe ser".

»El príncipe Girolamo no tenía nada que oponer, de modo que llegaron al palacio las más bellas señoritas del país, para que pudiera elegir una. Todas se habían puesto lo más guapas posible, porque todas querían casarse con él.

»Pero entre las muchachas también se había colado en el palacio un hada mala, que no tenía en las venas sangre roja y cálida, sino sangre verde y fría. Claro que eso no se le notaba, porque se había maquillado con mucho cuidado.

»Cuando el príncipe entró en el gran salón dorado del trono, para hacer su elección, ella pronunció rápidamente un conjuro, de modo que Girolamo no vio a nadie más que ella. Y además le pareció tan hermosa, que al momento le preguntó si quería ser su esposa.

»—Con mucho gusto —dijo el hada mala—, pero pongo una condición.

»—La cumpliré —respondió Girolamo, irreflexivo.

»—Está bien —contestó el hada mala, y sonrió con tal dulzura, que el desgraciado príncipe casi se marea—, durante un año no podrás mirar el flotante espejo de plata. Si lo haces, olvidarás al instante todo lo que es tuyo. Olvidarás lo que eres en realidad y tendrás que ir al país de Hoy, donde nadie te conoce, y allí vivirás como un pobre

diablo. ¿Estás de acuerdo?

»—Si no es más que eso —exclamó el príncipe Girolamo—, la condición es fácil.

»¿Qué ha ocurrido mientras tanto con la princesa Momo?

»Había esperado y esperado, pero el príncipe no había venido. Entonces decidió salir a buscarle ella misma. Devolvió la libertad a todas las imágenes que tenía a su alrededor. Entonces bajó, totalmente sola y en sus suaves zapatillas, desde su palacio de cristal, a través de las montañas nevadas, hacia el mundo. Recorrió todos los países, hasta que llegó al país de Hoy. A estas alturas sus zapatillas estaban gastadas y tenía que ir descalza. Pero el espejo mágico con su imagen seguía flotando por el cielo.

»Una noche el príncipe Girolamo estaba sentado en el tejado de su palacio dorado y jugaba a las damas con el hada de la sangre verde y fría. De repente cayó una gota diminuta sobre la mano del príncipe.

»—Empieza a llover —dijo el hada de la sangre verde.

»—No —contestó el príncipe—, no puede ser porque no hay ni una sola nube en el cielo.

»Y miró hacia lo alto, directamente al gran espejo mágico, plateado, que flotaba allí arriba. Entonces vio la imagen de la princesa Momo y observó que lloraba y que una de sus lágrimas le había caído sobre la mano. En el mismo momento se dio cuenta de que el hada le había engañado, que no era hermosa y que en sus venas sólo tenía sangre verde y fría. Era a la princesa Momo a la que amaba en verdad.

»—Acabas de romper tu promesa —dijo el hada verde, y su cara se crispó hasta parecer la de una serpiente— y ahora has de pagarlo.

»Introdujo sus largos dedos verdes en el pecho de Girolamo, que se quedó sentado como paralizado, y le hizo un nudo en el corazón. En ese mismo instante olvidó que era el príncipe Girolamo. Salió de su palacio y de su reino como un ladrón furtivo. Caminó por todo el mundo, hasta que llegó al país de Hoy, donde vivió en adelante como un pobre inútil desconocido y se llamaba simplemente Gigi. Lo único que había llevado consigo era la imagen del espejo mágico que desde entonces quedó vacío.

»Mientras tanto, los vestidos de seda y terciopelo de la princesa Momo se habían gastado. Ahora llevaba un chaquetón de hombre, viejo, demasiado grande, y una falda de remiendos de todos los colores. Y vivía en unas ruinas.

»Aquí se encuentran un buen día. Pero la princesa Momo no reconoce al príncipe Girolamo, porque ahora es un pobre diablo. Tampoco Gigi reconoció a la princesa, porque ya no tenía ningún aspecto de princesa. Pero en la desgracia común, los dos se

hicieron amigos y se consolaban mutuamente.

»Una noche, cuando volvía a flotar en el cielo el espejo mágico, que ahora estaba vacío, Gigi sacó del bolsillo la imagen y se la enseñó a Momo. Estaba ya muy arrugada y desvaída, pero aún así, la princesa se dio cuenta en seguida que se trataba de su propia imagen. Y entonces también reconoció, bajo la máscara de pobre diablo, al príncipe Girolamo, al que siempre había buscado y por quien se había vuelto mortal. Y se lo contó todo.

»Pero Gigi movió triste la cabeza y dijo:

»—No puedo entender nada de lo que dices, porque tengo un nudo en el corazón y no puedo acordarme de nada.

»Entonces, la princesa Momo metió la mano en su pecho y desató, con toda facilidad, el nudo que tenía en el corazón. Y, de repente, el príncipe Girolamo volvió a saber quién era. Tomó a la princesa de la mano y se fue con ella muy lejos, a su país.

Una vez que Gigi hubo concluido, ambos callaron un ratito; después Momo preguntó:

—¿Y después han sido marido y mujer?

—Creo que sí —dijo Gigi—, más tarde.

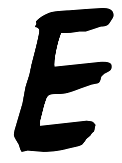
—¿Y han muerto mientras tanto?

—No —dijo Gigi con decisión—. Eso lo sé exactamente. El espejo mágico sólo hacía a alguien mortal, cuando se miraba en él a solas. Pero si se miran dos, vuelven a ser inmortales. Y eso hicieron estos dos.

La luna se veía grande y plateada sobre los pinos negros y hacía brillar misteriosamente las viejas piedras de las ruinas. Momo y Gigi estaban sentados en silencio el uno al lado del otro y se miraron largamente en ella: sintieron con toda claridad que, durante ese instante, ambos eran inmortales.

SEGUNDA PARTE:
Los hombres grises

La cuenta está equivocada, pero cuadra

xiste una cosa muy misteriosa, pero muy cotidiana. Todo el mundo participa de ella, todo el mundo la conoce, pero muy pocos se paran a pensar en ella. Casi todos se limitan a tomarla como viene, sin hacer preguntas. Esta cosa es el tiempo.

Hay calendarios y relojes para medirlo, pero eso significa poco, porque todos sabemos que, a veces, una hora puede parecernos una eternidad, y otra, en cambio, pasa en un instante; depende de lo que hagamos durante esa hora.

Porque el tiempo es vida. Y la vida reside en el corazón.

Y nadie lo sabe tan bien, precisamente, como los hombres grises. Nadie sabía apreciar tan bien el valor de una hora, de un minuto, de un segundo de vida, incluso, como ellos. Claro que lo apreciaban a su manera, como las sanguijuelas aprecian la sangre, y así actuaban.

Ellos se habían hecho sus planes con el tiempo de los hombres. Eran planes trazados muy cuidadosamente y con gran previsión. Lo más importante era que nadie prestara atención a sus actividades. Se habían incrustado en la vida de la gran ciudad y de sus habitantes sin llamar la atención. Paso a paso, sin que nadie se diera cuenta, continuaban su invasión y tomaban posesión de los hombres.

Conocían a cualquiera que parecía apto para sus planes mucho antes de que éste se diera cuenta. No hacían más que esperar el momento adecuado para atraparle. Aunque hicieran todo lo posible para que ese momento llegara pronto.

Tomemos, por ejemplo, al señor Fusi, el barbero. Es cierto que no se trataba de un peluquero famoso, pero era apreciado en su barrio. No era ni pobre ni rico. Su tienda,

situada en el centro de la ciudad, era pequeña, y ocupaba a un aprendiz.

Un día, el señor Fusi estaba a la puerta de su establecimiento y esperaba a la clientela. El aprendiz libraba aquel día, y el señor Fusi estaba solo. Miraba cómo la lluvia caía sobre la calle, pues era un día gris, y también en el espíritu del señor Fusi hacía un día plomizo.

«Mi vida va pasando», pensaba, «entre el chasquido de las tijeras, el parloteo y la espuma de jabón. ¿Qué estoy haciendo de mi vida? El día que me muera será como si nunca hubiera existido».

A todo eso no hay que creer que el señor Fusi tuviera algo que oponer a una charla. Todo lo contrario: le encantaba explicar a los clientes, con toda amplitud, sus opiniones, y oír lo que ellos pensaban de ellas. Tampoco le molestaba en absoluto el chasquido de las tijeras o la espuma de jabón. Su trabajo le gustaba mucho y sabía que lo hacía bien. Especialmente su habilidad en afeitar a contrapelo bajo la barbilla era difícil de superar. Pero hay momentos en que uno se olvida de todo eso. Le pasa a todo el mundo.

«¡Toda mi vida es un error!», pensaba el señor Fusi. «¿Qué se ha hecho de mí? Un insignificante barbero, eso es todo lo que he conseguido ser. Pero si pudiera vivir de verdad sería otra cosa distinta».

Claro que el señor Fusi no tenía la menor idea de cómo habría de ser eso de vivir de verdad. Sólo se imaginaba algo importante, algo muy lujoso, tal como veía en las revistas.

«Pero», pensaba con pesimismo, «mi trabajo no me deja tiempo para ello. Porque para vivir de verdad hay que tener tiempo. Hay que ser libre. Pero yo seguiré toda mi vida preso del chasquido de las tijeras, el parloteo y la espuma de jabón».

En ese momento se acercó un coche lujoso, gris, que se detuvo exactamente delante de la barbería del señor Fusi. Se apeó un señor gris, que entró en el establecimiento. Puso su cartera gris en la mesa, delante del espejo, colgó su bombín del perchero y, sentándose en el sillón, sacó del bolsillo un cuaderno de notas que comenzó a hojear, mientras fumaba su pequeño cigarro gris.

El señor Fusi cerró la puerta de la barbería porque le pareció que, de repente, hacía mucho frío allí.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó trastornado—. ¿Afeitar o cortar el pelo? —y en el mismo instante se maldijo por su falta de tacto, pues el señor cliente poseía una calva reluciente.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo el hombre gris, sin sonreír, con una voz átona, que podríamos llamar gris ceniza—. Vengo de la caja de ahorros de tiempo. Soy el agente

nº XYQ/384/b. Sabemos que quiere abrir una cuenta de ahorros en nuestra entidad.

—Eso me resulta nuevo —contestó el señor Fusi, más desconcertado todavía—. Si he de serle franco, no sabía que existiera una institución así.

—Pues bien, ahora lo sabe —respondió, tajante, el agente. Volvió algunas hojas de su cuaderno y prosiguió—. Usted es el señor Fusi, el barbero, ¿no es así?

—Pues sí, ése soy yo —contestó el señor Fusi.

—Entonces no me he equivocado de dirección —dijo el hombre gris mientras cerraba su cuaderno de notas—. Es usted candidato de nuestra institución.

—¿Cómo, cómo? —preguntó el señor Fusi, sorprendido todavía.

—Verá usted, querido señor Fusi —dijo el agente—, se gasta usted la vida entre el chasquido de las tijeras, el parloteo y la espuma de jabón. Cuando usted se muera, será como si nunca hubiera existido. Si tuviera tiempo para vivir de verdad, sería otra cosa. Todo lo que necesita es tiempo. ¿Tengo razón?

—En eso precisamente estaba pensando —murmuró el señor Fusi, con un escalofrío, porque a pesar de haber cerrado la puerta, cada vez hacía más frío.

—¡Lo ve! —repuso el hombre gris, chupando con satisfacción su pequeño cigarro —. Pero ¿de dónde sacar el tiempo? Hay que ahorrarlo. Usted, señor Fusi, gasta el tiempo de modo totalmente irresponsable. Se lo demostraré con una pequeña cuenta. Un minuto tiene sesenta segundos. Y una hora tiene sesenta minutos. ¿Me sigue?

—Claro —dijo el señor Fusi.

El agente nº XYQ/384/b comenzó a escribir las cifras, con un lápiz gris, en el espejo.

—Sesenta por sesenta son tres mil seiscientos. De modo que una hora tiene tres mil seiscientos segundos. Un día tiene veinticuatro horas, es decir, tres mil seiscientos por veinticuatro, lo que da ochenta y seis mil cuatrocientos segundos por día. Un año tiene, como sabe todo el mundo, trescientos sesenta y cinco días. Lo que nos da treinta y un millones quinientos treinta y seis mil segundos por año. O trescientos quince millones trescientos sesenta mil segundos en diez años. ¿En cuánto estima usted, señor Fusi, la duración de su vida?

—Bueno —tartamudeó el señor Fusi, trastornado—, espero llegar a los setenta u ochenta años.

—Está bien —prosiguió el hombre gris—, por precaución contaremos con setenta años. Eso sería, pues, trescientos quince millones trescientos sesenta mil por siete. Lo que da dos mil doscientos siete millones quinientos veinte mil segundos.

Y escribió esa cifra con grandes números en el espejo:

2.207.520.000 segundos

Después la subrayó varias veces y declaró:

—Ésta es, pues, señor Fusi, la fortuna de que dispone.

El señor Fusi tragó saliva y se pasó la mano por la frente. La cifra le daba mareos. Nunca había pensado que fuera tan rico.

—Sí —dijo el agente, asintiendo con la cabeza, mientras volvía a aspirar su pequeño cigarro gris—, es una cifra impresionante, ¿verdad? Pero todavía hemos de continuar. ¿Cuántos años tiene usted, señor Fusi?

—Cuarenta y dos —farfulló éste, mientras de repente se sentía tan culpable como si hubiera cometido un desfalco.

—¿Cuántas horas suele dormir usted, de promedio, cada noche? —siguió inquiriendo el hombre gris.

—Unas ocho horas —confesó el señor Fusi.

El agente calculó a la velocidad del rayo. El lápiz volaba con tal rapidez sobre el espejo, que al señor Fusi se le erizaba el cabello.

—Cuarenta y dos años —ocho horas diarias—, eso da cuatrocientos cuarenta y un millones quinientos cuatro mil. Esa suma podemos darla ya por perdida. ¿Cuánto tiempo tiene que sacrificar diariamente para el trabajo, señor Fusi?

—Ocho horas, más o menos, también —reconoció el señor Fusi con humildad.

—Entonces hemos de asentar una vez más la misma suma en el saldo negativo —prosiguió el agente, inflexible—. Pero resulta que también se le gasta algún tiempo debido a la necesidad de alimentarse. ¿Cuánto tiempo necesita, en total, para todas las comidas del día?

—No lo sé exactamente —dijo el señor Fusi, miedoso—, ¿dos horas, quizá?

—Eso me parece demasiado poco —dijo el agente—, pero admitámoslo. Eso da, en cuarenta y dos años, el importe de ciento diez millones trescientos setenta y seis mil. Prosigamos. Vive usted solo con su anciana madre, según sabemos. Cada día le dedica a la buena señora una hora entera, lo que significa que se sienta con ella y le habla, a pesar de que está tan sorda que apenas puede oírle. Eso es tiempo perdido: da cincuenta y cinco millones ciento ochenta y ocho mil. Además, tiene usted, sin ninguna necesidad, un periquito, cuyo cuidado le cuesta, diariamente, un cuarto de hora, lo que, al cambio, da trece millones setecientos noventa y seis mil.

—Pero… —intervino, suplicante, el señor Fusi.

—¡No me interrumpa! —gruñó el agente, que contaba más deprisa cada vez—. Como su madre está impedida, usted, señor Fusi, tiene que hacer parte de las tareas de

la casa. Tiene que ir a hacer la compra, lustrar los zapatos y otras cosas molestas. ¿Cuánto tiempo le lleva eso diariamente?

—Acaso una hora, pero…

—Eso da otros cincuenta y cinco millones ciento ochenta y ocho mil, que pierde. Sabemos, además, que va una vez a la semana al cine, que una vez a la semana canta en un orfeón, que tiene un grupo de amigos, con los que se reúne dos veces por semana y que a veces incluso lee un libro. En resumen, que mata usted el tiempo con actividades inútiles, y eso durante unas tres horas diarias, lo que da ciento sesenta y cinco millones quinientos sesenta y cuatro mil. ¿No se encuentra bien, señor Fusi?

—No —contestó el señor Fusi—, perdone, por favor…

—Enseguida acabamos —dijo el hombre gris—. Pero tenemos que hablar todavía de un capítulo especial de su vida. Porque tiene usted un pequeño secreto… Usted ya sabe…

Al señor Fusi comenzaron a castañetearle los dientes de tanto frío que tenía.

—¿Eso también lo sabe? —murmuró, agotado—. Creía que aparte de mí y la señorita Daria…

—En nuestro mundo moderno —le interrumpió el agente nº XYQ/384/b—, no hay sitio para secretitos. Vea usted las cosas con realismo, señor Fusi. Contésteme a una pregunta: ¿quiere usted casarse con la señorita Daria?

—No —dijo el señor Fusi—, eso no va…

—Precisamente —prosiguió el hombre gris—, porque la señorita Daria estará toda su vida encadenada a la silla de ruedas, porque tiene paralizadas las piernas. A pesar de eso, usted va a verla cada día, durante media hora, para llevarle una flor. ¿A qué viene eso?

—Se alegra tanto siempre —contestó el señor Fusi, a punto de llorar.

—Pero visto fríamente —repuso el agente—, es tiempo perdido para usted. Exactamente veintisiete millones quinientos noventa y cuatro mil segundos, hasta ahora. Y si a ello añadimos que tiene usted la costumbre de sentarse, cada noche, antes de acostarse, junto a la ventana, durante un cuarto de hora para reflexionar sobre el día transcurrido, podemos restar, una vez más, la suma de trece millones setecientos noventa y siete mil. Veamos ahora lo que queda, señor Fusi.

En el espejo había ahora la siguiente suma:

sueño	441.504.000 segundos	
trabajo	441.504.000	"

alimentación	110.376.000	"
madre	55.188.000	"
periquito	13.797.000	"
compra, etc.	55.188.000	"
amigos, orfeón, etc.	165.564.000	"
secreto	27.594.000	"
ventana	13.797.000	"
TOTAL	1.324.512.000 segundos	

—Esta suma —dijo el hombre gris, mientras golpeaba varias veces el espejo con su lápiz, con tal fuerza, que sonaba como tiros de revólver—, esta suma es, pues, el tiempo que ha perdido hasta ahora, señor Fusi. ¿Qué le parece?

Al señor Fusi no le parecía nada. Se sentó en una silla, en un rincón, y se secó la frente con el pañuelo, porque a pesar del frío estaba sudando.

El hombre gris asintió, serio.

—Sí, se está dando exacta cuenta —dijo—. Ya es más de la mitad de su fortuna inicial, señor Fusi. Pero ahora vamos a ver qué le ha quedado de sus cuarenta y dos años. Un año son treinta y un millones quinientos treinta y seis mil segundos, como sabe. Y eso, multiplicado por cuarenta y dos da mil trescientos veinticuatro millones quinientos doce mil.

Escribió esa cifra debajo del tiempo perdido:

	1.324.512.000 segundos	
	-1.324.512.000	"
TOTAL	0 segundos	

Se guardó el lápiz e hizo una larga pausa para que la vista de la larga serie de ceros hiciera su efecto sobre el señor Fusi.

«Éste es, pues», pensaba el señor Fusi, anonadado, «el balance de toda mi vida

hasta ahora».

Estaba tan impresionado por la cuenta, que cuadraba con tal precisión, que lo aceptó todo sin contradicción. Y la cuenta en sí era correcta. Éste era uno de los trucos con los que los hombres grises estafaban a los hombres en mil ocasiones.

—¿No cree usted —retomó la palabra, en tono suave, el agente nº XYQ/384/b—, que no puede seguir con este despilfarro? ¿No sería hora, señor Fusi, de empezar a ahorrar?

El señor Fusi asintió, mudo, con los labios morados de frío.

—Si, por ejemplo —proseguía la voz cenicienta del agente junto al oído del señor Fusi—, hubiera empezado a ahorrar una hora diaria hace veinte años, tendría ahora un saldo de veintiséis millones doscientos ochenta mil segundos. De ahorrar diariamente dos horas, el saldo, claro está, sería doble, es decir, cincuenta y dos millones quinientos sesenta mil. Y, por favor, señor Fusi, ¿qué son dos miserables horitas a la vista de esta suma?

—¡Nada! —exclamó el señor Fusi—. ¡Una pequeñez!

—Me alegra que se dé usted cuenta —prosiguió el agente—. Y si calculamos lo que habría ahorrado, en las mismas condiciones, en veinte años más, nos daría la señorial cifra de ciento cinco millones ciento veinte mil segundos. Todo este capital estaría a su libre disposición al alcanzar los sesenta y dos años.

—¡Magnífico! —farfulló el señor Fusi, poniendo ojos como platos.

—Espere —prosiguió el hombre gris—, que todavía hay más. Nosotros, los de la caja de ahorros de tiempo, no nos limitamos a guardarle el tiempo que usted ha ahorrado, sino que le pagamos intereses. Lo que significa que, en realidad, tendría usted mucho más.

—¿Cuánto más? —preguntó el señor Fusi, sin aliento.

—Eso dependerá de usted —aclaró el agente—, según la cantidad que ahorrara y el plazo en que dejara fijos sus ahorros.

—¿Plazo fijo? —se informó el señor Fusi—. ¿Qué significa eso?

—Es muy sencillo —dijo el hombre gris—. Si usted no nos exige la devolución del tiempo ahorrado antes de cinco años, nosotros se lo doblamos. Su fortuna, pues, se dobla cada cinco años, ¿entiende? A los diez años sería cuatro veces la suma original, a los quince años ocho veces y así sucesivamente. Si hubiera empezado a ahorrar sólo dos horas diarias hace veinte años, a los sesenta y dos años, es decir, después de un total de cuarenta años, dispondría del tiempo ahorrado hasta entonces por usted multiplicado por doscientos cincuenta y seis. Serían veintiséis mil novecientos diez millones setecientos veinte mil.

Tomó una vez más su lápiz gris y escribió también esa cifra en el espejo:

26.910.710.000 segundos

—Como puede ver usted, señor Fusi —dijo entonces, mientras sonreía por primera vez—, sería más del décuplo de todo el tiempo de su vida original. Y eso ahorrando sólo dos horas diarias. Piense si no merece la pena esta oferta.

—¡Y tanto! —dijo el señor Fusi agotado—. Sin duda que sí. Soy un infeliz por no haber empezado a ahorrar hace tiempo. Ahora me doy cuenta, y he de confesar que estoy desesperado.

—Para eso no hay ningún motivo —dijo el hombre gris con suavidad—. Nunca es demasiado tarde. Si usted quiere, puede empezar hoy mismo. Verá usted que merece la pena.

—¡Y tanto que quiero! —gritó el señor Fusi—. ¿Qué he de hacer?

—Querido amigo —contestó el agente, alzando las cejas—, usted sabrá cómo se ahorra tiempo. Se trata, simplemente, de trabajar más deprisa, y dejar de lado todo lo inútil. En lugar de media hora, dedique un cuarto de hora a cada cliente. Evite las charlas innecesarias. La hora que pasa con su madre la reduce a media. Lo mejor sería que la dejara en un buen asilo, pero barato, donde cuidaran de ella, y con eso ya habrá ahorrado una hora. Quítese de encima el periquito. No visite a la señorita Daria más que una vez cada quince días, si es que no puede dejarlo del todo. Deje el cuarto de hora diario de reflexión, no pierda su tiempo precioso en cantar, leer, o con sus supuestos amigos. Por lo demás, le recomiendo que cuelgue en su barbería un buen reloj, muy exacto, para poder controlar mejor el trabajo de su aprendiz.

—Está bien —dijo el señor Fusi—, puedo hacer todo eso. Pero ¿qué haré con el tiempo que me sobre? ¿Tengo que depositarlo? ¿Dónde? ¿O tengo que guardarlo? ¿Cómo funciona todo eso?

—No se preocupe —dijo el hombre gris, mientras sonreía por segunda vez—. De eso nos ocupamos nosotros. Puede estar usted seguro de que no se perderá nada del tiempo que usted ahorre. Ya se dará cuenta de que no le sobra nada.

—Está bien —respondió el señor Fusi, anonadado—, me fío de ustedes.

—Hágalo tranquilo, querido amigo —dijo el agente, mientras se levantaba—. Puedo darle, pues, la bienvenida a la gran comunidad de los ahorradores de tiempo. Ahora también usted, señor Fusi, es un hombre realmente moderno y progresista. ¡Le felicito!

Con estas palabras tomó el sombrero y la cartera.

—¡Un momento, por favor! —le llamó el señor Fusi—. ¿No tenemos que firmar algún contrato? ¿No me da algún papel?

El agente nº XYQ/384/b se volvió, en la puerta, y miró al señor Fusi con cierta desgana.

—¿Para qué? —preguntó—. El ahorro de tiempo no se puede comparar con ningún otro tipo de ahorro. Es una cuestión de confianza absoluta por ambas partes. A nosotros nos basta su asentimiento. Es irrevocable. Nosotros nos ocupamos de sus ahorros. Cuánto va a ahorrar es cosa suya. No le obligamos a nada. Usted lo pase bien, señor Fusi.

Con estas palabras, el agente se montó en su elegante coche y salió disparado.

El señor Fusi le siguió con la mirada y se frotó la frente. Poco a poco volvía a entrar en calor, pero se sentía enfermo. El humo azul del pequeño cigarro del agente siguió flotando durante mucho tiempo por la barbería, sin querer disolverse.

Sólo cuando el humo hubo desaparecido, comenzó a sentirse mejor el señor Fusi. Pero del mismo modo que desaparecía el humo, palidecían también las cifras del espejo. Y cuando se borraron del todo, se borró también de la memoria del señor Fusi el recuerdo de su visitante gris: el recuerdo del visitante, no el de la decisión. Ésta la consideró ahora como propia. El propósito de ahorrar tiempo para poder empezar otra clase de vida en algún momento del futuro se había clavado en su alma como un anzuelo.

Y entonces llegó el primer cliente del día. El señor Fusi le atendió refunfuñando, dejó de lado todo lo superfluo, se estuvo callado, y, efectivamente, en lugar de en media hora acabó en veinte minutos.

Lo mismo hizo desde entonces con todos los clientes. Su trabajo, hecho de esta manera, no le gustaba nada, pero eso ya no importaba. Además del aprendiz, contrató dos oficiales y vigilaba que no perdieran ni un solo segundo. Cada movimiento se realizaba según un plan de tiempos exactamente calculado. En la barbería del señor Fusi colgaba ahora un cartel que decía:

El tiempo ahorrado vale el doble

Escribió una cartita breve, objetiva, a la señorita Daria, en la que decía que por falta de tiempo no podría ir a verla. Vendió su periquito a una pajarería. Envió a su madre a un asilo bueno, pero barato, adonde la iba a ver una vez al mes. También en todo lo demás siguió los consejos del hombre gris, pues los tomaba por decisiones propias.

Cada vez se volvía más nervioso e intranquilo, porque ocurría una cosa curiosa: de todo el tiempo que ahorraba, no le quedaba nunca nada. Desaparecía de modo misterioso y ya no estaba. Al principio de modo apenas sensible, pero después más y más, se iban acortando sus días. Antes de que se diera cuenta, ya había pasado una semana, un mes, un año, y otro.

Como ya no se acordaba de la visita del hombre gris, debería haberse preguntado en serio a dónde iba a parar su tiempo. Pero esa pregunta nunca se la hacía, al igual que todos los demás ahorradores de tiempo. Había caído sobre él una especie de obsesión ciega. Y si alguna vez se daba cuenta de que sus días se volvían más y más cortos, ahorraba con mayor obsesión.

Al igual que al señor Fusi, le ocurría a mucha gente de la gran ciudad. Y cada día eran más los que se dedicaban a lo que ellos llamaban "ahorrar tiempo". Y cuantos más eran, más los imitaban, e incluso aquellos que en realidad no querían hacerlo no tenían más remedio que seguir el juego.

Diariamente se explicaban por radio, televisión y en los periódicos las ventajas de nuevos inventos que ahorraban tiempo, que un día, regalarían a los hombres la libertad para la vida «de verdad». En las paredes se pegaban carteles en los que se veían todas las imágenes posibles de la felicidad. Debajo ponía en letras luminosas:

Los ahorradores de tiempo viven mejor.
Los ahorradores de tiempo son dueños del futuro.
Cambia tu vida: ahorra tiempo.

Pero la realidad era muy otra. Es cierto que los ahorradores de tiempo iban mejor vestidos que los que vivían cerca del viejo anfiteatro. Ganaban más dinero y podían gastar más. Pero tenían caras desagradables, cansadas o amargadas y ojos antipáticos. Ellos, claro está, desconocían la frase: «¡Ve con Momo!». No tenían a nadie que pudiera escucharles y les ayudara a volverse listos, amistosos o contentos. Pero incluso si hubieran tenido a alguien así es más que dudoso que jamás hubieran ido a verle, a menos que se hubiera podido resolver la cuestión en cinco minutos. Si no, lo habrían considerado tiempo perdido. Según decían, tenían que aprovechar incluso los ratos libres, con lo que tenían que conseguir como fuera y a toda prisa diversión y relajación.

Así que ya no podían celebrar fiestas de verdad, ni alegres ni serias. El soñar se consideraba, entre ellos, casi un crimen. Pero lo que más les costaba soportar era el silencio. Porque en el silencio les sobrevenía el miedo, porque intuían lo que en

realidad estaba ocurriendo con su vida. Por eso hacían ruido siempre que los amenazaba el silencio. Pero está claro que no se trataba de un ruido divertido, como el que reina allí donde juegan los niños, sino de uno airado y pesimista, que de día en día hacía más ruidosa la ciudad.

El que a uno le gustara su trabajo y lo hiciera con amor no importaba; al contrario, eso sólo entretenía. Lo único importante era que hiciera el máximo trabajo en el mínimo de tiempo.

En todos los lugares de trabajo de las grandes fábricas y oficinas colgaban carteles que decían:

El tiempo es precioso — no lo pierdas.
El tiempo es oro — ahórralo.

Había carteles parecidos en los escritorios de los jefes, sobre los sillones de los directores, en las salas de consulta de los médicos, en las tiendas, restaurantes y almacenes e incluso en las escuelas y parvularios. No se libraba nadie.

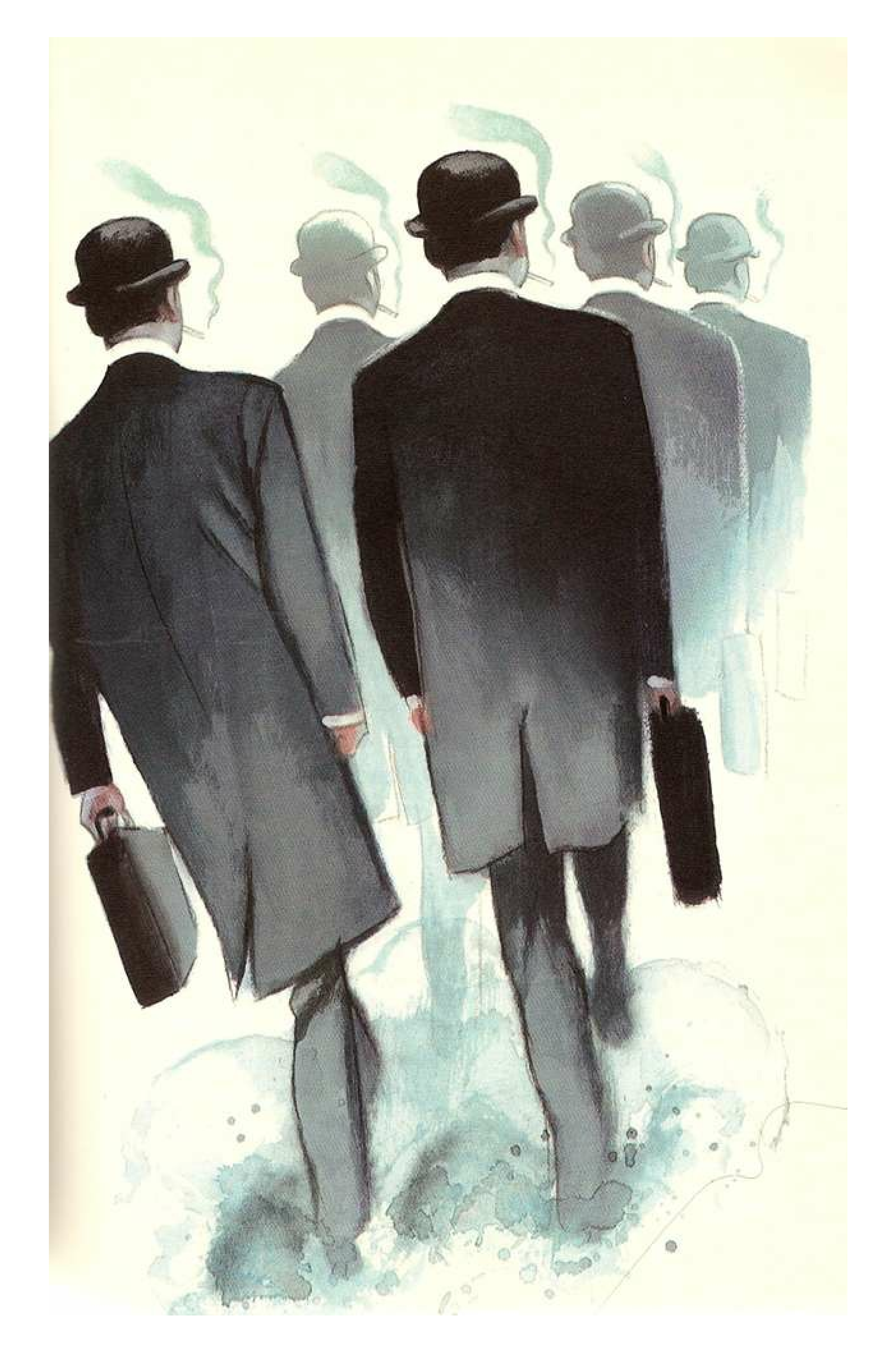
Al final, incluso la propia ciudad había cambiado más y más su aspecto. Los viejos barrios se derribaban y se construían casas nuevas en las que se dejaba de lado todo lo que parecía superfluo. Se evitaba el esfuerzo de construir las casas en función de la gente que tenía que vivir en ellas, porque entonces se tendrían que construir muchas casas diferentes. Resultaba más barato y, sobre todo, ahorraba tiempo, construir las casas todas iguales.

Al norte de la ciudad se extendían ya inmensos barrios nuevos. Se alzaban allí, en filas interminables, las casas de vecindad de muchos pisos, que se parecían entre sí como un huevo a otro. Y como todas las casas eran iguales, también las calles eran iguales. Y estas calles monótonas crecían y crecían y se extendían hasta el horizonte: un desierto de monotonía. Del mismo modo discurría la vida de los hombres que vivían en ellas: derechas hasta el horizonte. Porque aquí, todo estaba calculado y planificado con exactitud, cada centímetro y cada instante.

Nadie se daba cuenta de que, al ahorrar tiempo, en realidad ahorraba otra cosa. Nadie quería darse cuenta de que su vida se volvía cada vez más pobre, más monótona y más fría.

Los que lo sentían con claridad eran los niños, pues para ellos nadie tenía tiempo.

Pero el tiempo es vida, y la vida reside en el corazón. Y cuanto más ahorraba de esto la gente, menos tenía.



Momo busca a sus amigos y se encuentra con un enemigo

—No sé —dijo Momo un día—, me da la impresión de que nuestros viejos amigos vienen cada vez menos a verme. A algunos hace tiempo que no los he visto.

Gigi Cicerone y Beppo Barrendero estaban sentados a su lado en los escalones de piedra cubiertos de hierba, y miraban la puesta de sol.

—Sí —opinó Gigi, pensativo—, a mí me ocurre lo mismo. Cada vez son menos los que escuchan mis historias. Ya no es como antes. Pasa algo.

—Pero ¿qué? —preguntó Momo.

Gigi se encogió de hombros y borró con saliva, pensativo, unas letras que había escrito en una vieja pizarra. El viejo Beppo había encontrado la pizarra hacía algunas semanas en un cubo de la basura y se la había traído a Momo. Claro que ya no era demasiado nueva y tenía una gran raja en el medio, pero todavía se podía aprovechar. Desde entonces, Gigi le enseñaba a Momo, cada día, cómo se escribía ésta o aquella letra. Y como Momo tenía muy buena memoria, a esas alturas ya sabía leer bastante bien. Sólo fallaba un poco todavía en la escritura.

Beppo Barrendero, que había reflexionado sobre la pregunta de Momo, asintió lentamente y dijo:

—Sí, es verdad. Se acerca. En la ciudad está ya en todos lados. Ya hace tiempo que vengo observándolo.

—¿El qué? —preguntó Momo.

Beppo pensó un rato, para responder entonces:

—Nada bueno.

Al cabo de otro rato añadió:

—Empieza a hacer frío.

—¡Qué va! —dijo Gigi, y rodeó con su brazo, consolador, los hombros de Momo—. Cada vez vienen más niños.

—Precisamente por eso —dijo Beppo—. Precisamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Momo.

Beppo reflexionó largo rato y contestó, finalmente:

—No vienen por nosotros. Sólo buscan un refugio.

Los tres bajaron la mirada al centro del anfiteatro, cubierto de hierba, donde varios niños jugaban a un nuevo juego de pelota que se acababan de inventar esa tarde.

Había entre ellos algunos de los viejos amigos de Momo: el chico de las gafas, que se llamaba Paolo, la niña María con su hermano Dedé, el niño gordo de la voz aguda, cuyo nombre era Massimo, y el otro chico, que siempre parecía un poco dejado y se llamaba Blanco. Pero había, además, otros niños que hacía pocos días que venían, y un niño más pequeño, que hoy había venido por primera vez. Parecía verdad lo que había dicho Gigi: cada día eran más.

En el fondo, a Momo le habría gustado poder alegrarse por ello. Pero la mayoría de esos niños simplemente no sabían jugar. Se limitaban a sentarse, aburridos, y miraban a Momo y sus amigos. A veces molestaban, porque sí, y lo estropeaban todo. No pocas veces había gritos y peleas. Eso no duraba mucho rato, porque la presencia de Momo también hacía efecto en estos niños, que pronto empezaban a tener sus propias ideas y a jugar con entusiasmo. Pero cada día había niños nuevos, que venían incluso de barrios lejanos. De modo que todo volvía a empezar de nuevo porque, como es sabido, muchas veces basta con un solo aguafiestas para estropearlo todo.

Y había una cosa más que Momo no acababa de entender. Había empezado hacía muy poco. Cada vez era más frecuente que los niños trajeran toda clase de juguetes con los que no se podía jugar de verdad, como, por ejemplo, un tanque de mando a distancia, que se podía hacer dar vueltas, pero que no servía para nada más. O un cohete espacial, que daba vueltas alrededor de una torre, pero con el que no se podía hacer nada más. O un pequeño robot, que se paseaba con los ojos encendidos y giraba la cabeza a uno y otro lado, pero que no se podía aprovechar para nada más.

Está claro que eran juguetes muy caros, como nunca los habían tenido los amigos de Momo, y no digamos la propia Momo. Sobre todo, esas cosas eran tan perfectas hasta el menor detalle, que uno no se podía imaginar nada. De modo que los niños se sentaban durante horas y miraban atentos y, al mismo tiempo aburridos, una de esas cosas que corría por ahí, daba vueltas o se paseaba, pero no se les ocurría nada. Por eso acababan volviendo a sus viejos juegos, para los que les bastaban un par de cajas,

un mantel roto o un puñado de guijarros. Entonces podían imaginárselo todo.

Había algo que impedía que esa tarde el juego saliera bien. Los niños dejaban de jugar uno a uno, hasta que al final todos estaban sentados alrededor de Gigi, Beppo y Momo. Esperaban que, con un poco de suerte, Gigi comenzara a contar una historia. Porque el niño pequeño que hoy había venido por primera vez se había traído una radio portátil. Estaba sentado un poco aparte de los demás y había puesto el aparato a todo volumen. Era una emisión de publicidad.

—¿No podías poner esa tontería un poco más bajo? —preguntó el niño un poco dejado, que se llamaba Blanco, en tono amenazador.

—No te entiendo —dijo el niño extraño con una mueca—, mi radio está demasiado alta.

—¡Bájala en seguida! —dijo Blanco, mientras se levantaba.

El otro niño se puso un tanto pálido, pero contestó, tozudo:

—Ni tú ni nadie tiene que mandarme nada. Puedo poner mi radio tan alto como quiera.

—Tiene razón —dijo el viejo Beppo—. No podemos prohibírselo. En todo caso se lo podemos pedir.

Blanco volvió a sentarse.

—Que se vaya a otro sitio —dijo, amargado—. Lleva toda la tarde estropeando todo.

—Su razón tendrá —contestó Beppo, mientras miraba al niño nuevo con amabilidad y atención a través de sus pequeñas gafas—. Seguro que la tiene.

El niño nuevo calló. Después de un instante bajó su radio y miró a otro lado.

Momo fue hacia él y se sentó, callada, a su lado. El niño apagó la radio.

Durante un ratito hubo silencio.

—Cuéntanos algo, Gigi —pidió uno de los niños nuevos.

—¡Sí, por favor! —gritaron los demás—. Un cuento divertido.

—No, una historia de aventuras.

—No, una historia de risa.

Pero Gigi no quería. Era la primera vez que pasaba.

—Preferiría —dijo finalmente— que vosotros me contaseis algo a mí, sobre vosotros y vuestras casas, lo que hacéis y por qué venís aquí.

Los niños se quedaron callados. Sus caras, de repente, se habían puesto tristes.

—Ahora tenemos un coche muy bonito —dijo por fin uno de ellos—. El sábado, cuando mi mamá y mi papá tienen tiempo, lo lavan. Si he sido bueno, también me dejan ayudarlos. Más adelante yo también quiero tener un coche así.

—Yo —dijo una niña pequeña—, yo puedo ir cada día al cine sola, si quiero. Allí piensan que estoy bien guardada, porque ellos no tienen tiempo para ocuparse de mí.

Después de una breve pausa añadió:

—Pero no quiero estar guardada. Por eso vengo aquí a escondidas, y me guardo el dinero. Cuando tenga bastante dinero me compraré un billete para ir al país de los siete enanitos.

—¡Eres tonta! —dijo otro niño—. Si no existen.

—¡Sí que existen! —dijo, tozuda, la niña—. Lo he visto incluso en un folleto de viajes.

—Yo ya tengo once discos de cuentos —dijo un chico pequeño—, que puedo escuchar cuantas veces quiera. Antes me contaba cuentos mi papá, por la noche, cuando volvía de trabajar. Eso sí que era bonito. Pero ahora no está nunca. O está cansado y no tiene ganas.

—¿Y tu mamá? —preguntó María.

—También está fuera todo el día.

—Sí —dijo María—, en mi casa pasa igual. Pero por suerte tengo a Dedé —y le dio un beso a su hermanito, que estaba sobre su falda—. Cuando vuelvo del colegio, caliento la comida que nos han dejado. Entonces hago mis deberes. Y entonces… —se encogió de hombros—, bueno, entonces nos vamos a pasear, hasta que oscurece. Casi siempre venimos aquí.

Todos los niños asintieron, porque más o menos les ocurría lo mismo a todos.

—En realidad me alegro —dijo Blanco, aunque no parecía nada alegre—, de que mis padres no tengan tiempo para mí. Porque si no, empiezan a pelearse y me pegan.

De repente se dirigió hacia ellos el niño de la radio y dijo:

—Pues a mí me dan mucho más dinero que antes.

—¡Claro! —contestó Blanco—. Lo hacen para librarse de nosotros. Ya no nos quieren. Pero tampoco se quieren a sí mismos. Nada les gusta ya. Eso creo.

—¡Eso no es verdad! —gritó, airado, el niño nuevo—. Mis padres me quieren mucho. No es culpa de ellos que ya no tengan tiempo. Por eso me han regalado la radio portátil. Es muy cara. Eso es una prueba, ¿no es verdad?

Todos callaron.

Y, de pronto, este niño, que durante toda la tarde había sido un aguafiestas, empezó a llorar. Intentó ocultarlo y se frotó los ojos con los puños sucios, pero las lágrimas corrían en rayas claras por sus mejillas manchadas.

Los demás niños le miraban comprensivamente o miraban al suelo. Ahora lo entendían. En realidad, todos estaban en el mismo caso. Todos se sentían dejados en la

estacada.

—Sí —volvió a decir el viejo Beppo después de un rato—, empieza a hacer frío.

—Puede que pronto ya no me dejen venir —dijo Paolo, el niño de las gafas.

—¿Y por qué? —preguntó Momo, sorprendida.

—Mis padres dicen —explicó Paolo— que no sois más que gandules y vagos que perdéis el tiempo. Y por eso tenéis tanto. Y porque hay demasiados como vosotros, los demás tienen cada vez menos tiempo. Y yo no tengo que volver por aquí, porque si no me volveré como vosotros.

Volvieron a asentir algunos niños, a los que también habían dicho ya cosas parecidas.

Gigi miró a los niños de uno en uno.

—¿Acaso creéis eso de nosotros? ¿O por qué venís?

Después de un corto silencio dijo Blanco:

—A mí me da igual. Cuando sea mayor seré un bandido, dice siempre mi padre. Yo estoy de vuestro lado.

—¿Ah, sí? —preguntó Gigi, alzando las cejas—. ¿Así que vosotros también nos tenéis por vagos y maleantes?

Los niños miraron al suelo, confusos. Finalmente, Paolo miró a Beppo a la cara.

—Mis papás no dicen mentiras —dijo en voz baja. Y preguntó, en voz más baja todavía—. ¿No lo sois?

Entonces el barrendero se estiró en toda su altura, no demasiado grande, levantó tres dedos y dijo:

—Nunca, jamás en mi vida le he hecho perder a nadie ni un poquito de tiempo. ¡Lo juro!

—Yo tampoco —añadió Momo.

—Y yo tampoco —dijo Gigi, serio.

Los niños callaron impresionados. Ninguno de ellos dudaba de las palabras de los tres amigos.

—Voy a deciros algo más —prosiguió Gigi—. Antes, a la gente también le gustaba venir a ver a Momo, para que les escuchara. Se encontraban a sí mismos, ¿entendéis lo que quiero decir? Pero ahora, eso ya no les importa. Antes, a la gente le gustaba venir a escucharme. Se olvidaban de sí mismos. Eso tampoco les importa mucho ya. Dicen que ya no tienen tiempo para esas cosas. Para vosotros tampoco tienen tiempo ya. ¿Os dais cuenta? Resulta curioso ver para qué no tienen tiempo ya.

Entrecerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Hace poco me encontré en la ciudad con un viejo conocido, un barbero. Se

llama Fusi. Hacía tiempo que no le veía ya y casi no le reconocí, de tan cambiado que estaba, nervioso, gruñón. Antes era un tipo agradable, cantaba muy bien y tenía sus propias ideas sobre las cosas. Pero, de repente, ya no tiene tiempo para ello. El hombre ya no es más que la sombra de sí mismo, ya no es Fusi, ¿entendéis? Si sólo fuera él, pensaría que se había vuelto un poco loco. Pero dondequiera que se mira, se ve gente igual. Y cada vez son más. Ahora les toca a nuestros viejos amigos. Me pregunto si hay una locura contagiosa.

—Seguro —asintió el viejo Beppo—, tiene que ser una especie de contagio.

—Entonces —dijo Momo, asustada— tenemos que ayudar a nuestros amigos.

Esa noche estuvieron todos juntos discutiendo mucho rato qué podrían hacer. Pero no sabían nada de los hombres grises y su incansable actividad.

Durante los días siguientes, Momo se dedicó a buscar a sus viejos amigos para saber qué pasaba con ellos y por qué ya no iban a verla.

En primer lugar fue a ver a Nicola, el albañil. Conocía bien la pequeña buhardilla en la que vivía. Pero no estaba. Los demás habitantes de la casa sólo sabían que ahora trabajaba en uno de los barrios nuevos, al otro lado de la ciudad, y que ganaba un montón de dinero. Pocas veces volvía a casa y, cuando volvía, solía ser muy tarde. Con frecuencia no estaba del todo sereno y resultaba bastante difícil entenderse con él.

Momo decidió esperarle. Se sentó en la escalera, delante de la puerta de su habitación. Iba oscureciendo, y Momo se durmió.

Debía de ser muy tarde cuando la despertaron unos ruidosos pasos vacilantes y un canto turbio. Era Nicola, que oscilaba escaleras arriba. Cuando vio a la niña, se paró sorprendido.

—¡Eh, Momo! —dijo, y estaba claro que le turbaba el que lo viera en ese estado —. ¿Todavía vives? ¿Qué haces por aquí?

—Te espero a ti.

—¡Mira qué chica! —dijo Nicola, mientras agitaba sonriente la cabeza—. Viene aquí, en medio de la noche, para ver a su viejo amigo Nicola. Sí, hace tiempo que tenía ganas de ir a verte, pero no tenía tiempo para esos asuntos… particulares.

Se sentó pesadamente al lado de Momo, en las escaleras.

—No sabes todo lo que está pasando, niña. Ya no es como antes. Los tiempos cambian. Allí, donde estoy ahora, se trabaja a otro ritmo. De todos los diablos. Cada día levantamos un piso entero, uno después de otro. Es distinto de antes. Todo está perfectamente organizado, ¿sabes? Hasta el último detalle…

Siguió hablando, y Momo le escuchaba atentamente. Cuanto más lo hacía, menos entusiasmado hablaba. De repente calló y se pasó las callosas manos por la cara.

—No estoy diciendo más que tonterías —dijo, triste, de pronto—. Ves, Momo, otra vez he bebido demasiado. Lo confieso. Muchas veces bebo demasiado, ahora. Si no, no puedo soportarlo. Va contra la conciencia de un albañil honrado. Demasiada arena en el mortero, ¿entiendes? Aquello aguantará cuatro, cinco años y después se derrumbará con sólo que alguien tosa. Chapuzas, no son más que chapuzas. Eso no es lo peor. Lo peor son las casas que hacemos. Eso no son casas, eso son… eso son… almacenes de gente. Se le revuelve a uno el estómago. Pero ¿a mí que me importa? A mí me pagan y ya está. Los tiempos cambian. Antes era diferente, y me sentía orgulloso cuando hacíamos un trabajo bien hecho. Pero ahora… Algún día, cuando haya ganado bastante, dejaré mi trabajo y me dedicaré a otra cosa.

Dejó colgar la cabeza y miró, triste, ante sí. Momo no dijo nada, sólo le escuchaba.

—Quizá sería bueno —siguió Nicola al cabo de un ratito— que fuera a verte y te lo contara todo. De verdad que debería hacerlo. Digamos mañana mismo, ¿vale? ¿O pasado mañana? Bueno, ya veré cómo me las arreglo. Pero seguro que iré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Momo contenta.

Y entonces se separaron, porque ambos estaban muy cansados.

Pero Nicola no fue ni al día siguiente ni al otro. No fue. Puede ser que realmente no tuviera tiempo nunca.

A continuación, Momo fue a ver al tabernero Nino y a su gorda mujer. La vieja casita, con el encalado sucio por la lluvia y el emparrado delante de la puerta, estaba en el límite de la ciudad. Como antes, Momo pasó por detrás, por la puerta de la cocina. Estaba abierta, de modo que Momo pudo oír desde lejos que Nino y su mujer Liliana estaban en medio de una agria discusión. Liliana estaba manejando las ollas y cacerolas sobre el fogón. Su gorda cara relucía de sudor. Nino hablaba, gesticulando mucho, a su mujer. En un rincón estaba el bebé en un capazo y lloraba.

Momo se sentó en silencio al lado del bebé. Lo tomó sobre sus rodillas y le acunó hasta que se calló. Los esposos interrumpieron su discusión y miraron al rincón.

—Ah, Momo, eres tú —dijo Nino con una breve sonrisa—. Qué agradable es volver a verte.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Liliana, un tanto brusca.

Momo negó con la cabeza.

—Entonces ¿qué es lo que quieres? —preguntó Nino, nervioso—. De verdad que ahora no tenemos tiempo para ti.

—Sólo quería preguntar —contestó Momo, en voz baja— por qué hace tanto tiempo que no venís a verme.

—No lo sé —dijo Nino, irritado—. Tenemos otras preocupaciones ahora.

—Sí —dijo Liliana, haciendo repiquetear las ollas—, ahora tiene otras preocupaciones. ¿Te acuerdas de aquellos viejos, Momo, que antes siempre se sentaban en la mesa de la esquina? ¡Los ha echado! ¡Los ha echado a la calle!

—¡Eso no es verdad! —se defendió Nino—. Les he pedido, amablemente, que se buscaran otra taberna. Como tabernero tengo derecho a hacerlo.

—¡El derecho, el derecho! —replicó Liliana, excitada—. No se hace una cosa así. Es inhumano y cruel. Sabes exactamente que no encontrarán otra taberna. Aquí no molestaban a nadie.

—Claro que no molestaban a nadie —gritó Nino—. Porque no venían parroquianos decentes y pagadores mientras estaban aquí esos tíos sucios y barbudos. ¿Crees que a la gente le gusta ver algo así? Y con el único vaso de vino tinto que cada uno de ellos podía permitirse cada noche no podíamos ganar nada. Así no hubiéramos llegado a ningún lado.

—Hasta ahora nos las habíamos arreglado bastante bien —contestó Liliana.

—¡Hasta ahora sí! —contestó Nino con vehemencia—. Pero sabes muy bien que no podemos seguir así. El propietario me ha subido el alquiler. Tengo que pagar un tercio más que antes. Todo sube. ¿De dónde quieres que saque el dinero si convierto mi taberna en un asilo para viejos chochos? ¿Por qué tengo que cuidar de los demás? A mí tampoco me cuida nadie.

La gorda Liliana puso una olla en el fogón con tal vehemencia que resonó como un trueno.

—Te voy a decir una cosa —gritó, mientras apoyaba las manos en sus anchas caderas—. Entre esos viejos chochos, como tú los llamas, está también mi tío Ettore. Y no tolero que insultes a nadie de mi familia. Es un hombre bueno y honrado, aun cuando no tenga dinero como tus otros parroquianos.

—Ettore puede volver —replicó Nino con gesto magnánimo—. Se lo dije. Le dije que podía quedarse, si quería. Pero no quiso.

—Claro que no quiere, sin sus viejos amigos. ¿Tú qué te crees? ¿Acaso ha de quedarse solo, allí en un rincón?

—¿Y qué le voy a hacer? —gritó Nino—. No tengo ganas de gastar mi vida como mísero tabernero, sólo por cuidar a tu viejo tío Ettore. Yo también quiero ser alguien.

¿Es un crimen eso? Quiero darle un poco de movimiento a este local. Y no lo hago sólo por mí. También lo hago por ti y por nuestro hijo. ¿Es que no puedes entenderlo, Liliana?

—No —dijo Liliana con dureza—, si ha de ser con crueldad, si ya empieza así, no. Entonces me iré cualquier día. Haz lo que quieras.

Tomó el bebé de brazos de Momo y salió de la cocina.

Nino no dijo nada durante un buen rato. Encendió un cigarrillo y le daba vueltas entre los dedos.

Momo le miraba.

—Está bien —dijo finalmente—, eran tipos amables. Me gustaban. ¿Sabes Momo?, a mí mismo me sabe mal que… ¿pero qué quieres que haga? Los tiempos cambian.

»Puede que Liliana tenga razón —prosiguió al cabo de un momento—. Desde que no están los viejos, el local se me hace extraño. Frío, ¿entiendes? Ni yo mismo lo aguanto ya. La verdad es que no sé qué debo hacer. Todos lo hacen así hoy en día. ¿Por qué tengo que ser diferente yo? ¿O crees que debo serlo?

Momo asintió imperceptiblemente.

Nino la miró y también asintió. Entonces, ambos sonrieron.

—Qué bien que hayas venido —dijo Nino—. Ya había olvidado lo que decíamos antes, en casos como éste: «¡Ve con Momo!». Ahora volveré con Liliana. Pasado mañana es nuestro día de descanso, e iremos a verte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Momo.

Después, Nino le dio una bolsa llena de manzanas y naranjas, y Momo se fue a su casa.

Y Nino y su gorda mujer efectivamente fueron. También llevaron al bebé y una cesta llena de cosas ricas.

—Imagínate, Momo —dijo Liliana, radiante—, Nino ha ido a ver al tío Ettore y a los demás viejos, uno a uno, se ha disculpado y les ha pedido que vuelvan.

—Sí —dijo Nino sonriente, mientras se rascaba la oreja—, vuelven a estar todos. Supongo que mi taberna no se convertirá en gran cosa, pero vuelve a gustarme.

Rió y su mujer dijo:

—Ya sobreviviremos, Nino.

Fue una tarde muy bonita y, cuando al final se fueron, prometieron volver pronto.

Y así, Momo fue a ver, uno tras otro, a sus viejos amigos. Fue a ver al carpintero, el

que una vez le hizo la mesa y las sillas de unas cajas. Fue a ver a las mujeres que le habían regalado la cama. En resumen, vio a todos a los que antes había escuchado, y por ello se habían vuelto sabios, decididos o contentos. Todos prometieron volver. Algunos no cumplieron su promesa o no pudieron cumplirla, porque no tenían tiempo. Pero muchos amigos realmente volvieron, y casi volvió a ser como antes.

Sin saberlo, Momo se había cruzado en el camino de los hombres grises. Y esto no podían permitirlo.

Poco tiempo después —era una tarde especialmente calurosa— Momo encontró una muñeca en las escaleras laterales del anfiteatro.

Ya había pasado varias veces que los niños olvidaban y dejaban tirado alguno de aquellos juguetes caros, con los que no se podía jugar de verdad. Pero Momo no recordaba haber visto esa muñeca a ninguno de los niños. Y seguro que se hubiera fijado, porque era una muñeca muy especial.

Era casi tan grande como la propia Momo y reproducida con tal verismo, que se la hubiera tomado por una persona pequeña. Pero no parecía un niño o un bebé, sino una damisela elegante o un maniquí de escaparate. Llevaba un vestido rojo de falda corta y zapatitos de tacón.

Momo la miraba fascinada. Cuando al cabo de un rato la tocó con la mano, la muñeca agitó un par de veces los párpados, movió la boca y dijo con voz rara, como si saliera de un teléfono:

—Hola. Soy *Bebenín*, la muñeca perfecta.

Momo se retiró asustada, pero entonces contestó, casi sin querer.

—Hola; yo soy Momo.

De nuevo, la muñeca movió los labios y dijo:

—Te pertenezco. Por eso te envidian todos.

—No creo que seas mía —dijo Momo—. Más bien creo que alguien te habrá olvidado.

Tomó la muñeca y la levantó. Entonces se movieron de nuevo sus labios y dijo:

—Quiero tener más cosas.

—¿Ah, sí? —contestó Momo, y reflexionó—. No sé si tendré algo que te vaya bien. Pero espera, que te enseñaré mis cosas y podrás decir qué te gusta.

Tomó la muñeca y pasó con ella por el agujero de la pared hasta su habitación. De debajo de la cama sacó una caja con toda suerte de tesoros y la puso delante de *Bebenín*.

—Toma —dijo—, es todo lo que tengo. Si hay algo que te gusta, no tienes más que decirlo.

Y le enseñó una bonita pluma de pájaro, una piedra de muchos colores, un botón dorado y un trocito de vidrio de color.

La muñeca no dijo nada y Momo la empujó.

—Hola —sonó la muñeca—. Soy *Bebenín*, la muñeca perfecta.

—Sí —dijo Momo—, ya lo sé. Pero querías escoger algo. Aquí tengo una bonita casa de caracol. ¿Te gusta?

—Te pertenezco —contestó la muñeca—. Por eso te envidian todos.

—Eso ya lo has dicho —dijo Momo—. Si no quieres ninguna de mis cosas, podríamos jugar, ¿vale?

—Quiero tener más cosas —repitió la muñeca.

—No tengo nada más —dijo Momo.

Tomó la muñeca y volvió a salir al aire libre. Allí sentó a la perfecta *Bebenín* en el suelo y se colocó enfrente.

—Vamos a jugar a que vienes de visita —propuso Momo.

—Hola —dijo la muñeca—, soy *Bebenín*, la muñeca perfecta.

—Qué amable de venir a verme —contestó Momo—. ¿De dónde viene usted, señora mía?

—Te pertenezco —prosiguió *Bebenín*—. Por eso te envidian todos.

—Escucha —dijo Momo—, así no podemos jugar, si siempre dices lo mismo.

—Quiero tener más cosas —contestó la muñeca, mientras pestañeaba.

Momo lo intentó con otro juego, y cuando éste también fracasó, con otro, y otro, y otro más. Pero no salía bien. Si la muñeca por lo menos no hubiera dicho nada, Momo habría podido contestar por ella, y habría resultado la conversación más bonita. Pero precisamente por hablar, *Bebenín* impedía cualquier diálogo.

Al cabo de un rato, Momo tuvo una sensación que no había sentido nunca antes. Y porque le era completamente nueva, tardó en darse cuenta de que era aburrimiento.

Momo no sabía qué hacer. Le habría gustado dejar tirada la muñeca perfecta y jugar a otra cosa, pero por alguna razón desconocida no podía separarse de ella.

Así que, al final, Momo estaba sentada y miraba fijamente la muñeca que, a su vez, miraba a Momo con sus ojos azules, vidriosos, como si se hubieran hipnotizado mutuamente.

Momo por fin apartó la vista de la muñeca y se asustó un poco. Porque muy cerca había un elegante coche gris ceniza, de cuya llegada no se había dado cuenta. Dentro del coche había sentado un hombre que llevaba un traje de color telaraña, un bombín

gris en la cabeza y que fumaba un pequeño cigarro gris. También su cara era cenicienta.

El hombre debía haberla observado durante un buen rato, porque miró a Momo con una sonrisa. Y aunque esa tarde era tan calurosa que el aire ondulaba bajo el sol, Momo de repente sintió unos escalofríos.

En esto, el hombre abrió la portezuela del coche, se apeó y fue hacia Momo. En la mano llevaba una cartera de color gris plomo.

—Qué muñeca tan bonita tienes —dijo con una voz sorprendentemente monótona —. Todos tus amiguitos te la envidiarán.

Momo sólo se encogió de hombros y se calló.

—Seguro que ha sido muy cara, ¿no? —continuó el hombre gris.

—No lo sé —murmuró Momo con timidez—, la he encontrado.

—¡Qué cosas! —respondió el hombre gris—. Me parece que eres muy afortunada.

Momo volvió a callar y se arrebujó más en su chaquetón demasiado grande. El frío aumentaba.

—Pero no tengo la impresión —dijo el hombre gris con una minúscula sonrisa— de que estés demasiado contenta, pequeña.

Momo agitó un poco la cabeza. Le parecía que de pronto había desaparecido toda la alegría del mundo, como si jamás hubiera existido. Y todo lo que había tomado por alegría no hubieran sido más que imaginaciones. Pero al mismo tiempo sintió que algo la avisaba.

—Te he estado observando todo un rato —continuó el hombre gris—, y me parece que no sabes cómo hay que jugar con una muñeca tan fabulosa. ¿Quieres que te enseñe?

Momo miró sorprendida al hombre y asintió.

—Quiero tener más cosas —sonó de repente la muñeca.

—¿Lo ves, pequeña? —dijo el hombre gris—, ella misma lo está diciendo. Con una muñeca tan fabulosa no se puede jugar igual que con otra cualquiera, esto está claro. Tampoco está hecha para eso. Hay que ofrecerle algo, si uno no quiere aburrirse con ella. Fíjate, pequeña.

Fue hacia su coche y abrió el maletero.

—En primer lugar —dijo—, necesita muchos vestidos. Aquí tenemos, por ejemplo, un precioso vestido de noche.

Lo sacó del coche y lo tiró hacia Momo.

—Y aquí hay un abrigo de pieles de visón auténtico. Y aquí una bata de seda. Y un traje de tenis. Y un equipo de esquí. Y un traje de baño. Y un traje de montar. Un

pijama. Un camisón. Un vestido. Y otro. Y otro. Y otro…

Iba tirando todas estas cosas entre Momo y la muñeca, donde poco a poco se formaba una montaña.

—Bueno —dijo, y volvió a sonreír mínimamente—, con esto ya podrás jugar un buen rato, ¿no es verdad, pequeña? Pero al cabo de unos días también esto se vuelve aburrido, ¿no crees? Pues bien, entonces tendrás que tener más cosas para tu muñeca.

De nuevo se inclinó sobre el maletero y tiró cosas hacia Momo.

—Aquí hay, por ejemplo, un bolso pequeñito de piel de serpiente, con un lápiz de labios pequeñito y una polvera de verdad, dentro. Aquí hay una pequeña cámara fotográfica. Aquí una raqueta de tenis. Aquí un televisor de muñecas, que funciona de verdad. Aquí una pulsera, un collar, pendientes, un revólver de muñecas, medias de seda, un sombrero de plumas, un sombrero de paja, un sombrerito de primavera, palos de golf, frasquitos de perfume, sales de baño, desodorantes…

Hizo una pausa y miró expectante a Momo, que estaba sentada en el suelo, entre todas esas cosas, como paralizada.

—Como ves —prosiguió el hombre gris—, es muy sencillo. Sólo hace falta tener más y más cada vez, entonces no te aburres nunca. Pero a lo mejor piensas que algún día la perfecta *Bebenín* podría tenerlo todo, y que entonces volvería a ser aburrido. Pues no te preocupes, pequeña. Porque tenemos el compañero adecuado para *Bebenín*.

Con esto sacó del maletero otra muñeca. Era igual de grande que *Bebenín*, igual de perfecta, sólo que se trataba de un joven caballero. El hombre gris lo sentó al lado de *Bebenín*, la perfecta, y explicó:

—Éste es *Bebenén*. Para él también hay interminables accesorios. Y si todo eso se ha vuelto aburrido, hay todavía una amiga de *Bebenín*, que también tiene un equipo completo que sólo le va bien a ella. Y para *Bebenén* hay también el amigo adecuado, y éste a su vez tiene amigos y amigas. Como ves, no hace falta aburrirse, porque se puede seguir así interminablemente, y siempre sigue habiendo algo que todavía puedes desear.

Mientras hablaba, iba sacando una muñeca tras otra del maletero del coche, cuyo contenido parecía ser inagotable, y las colocaba alrededor de Momo, que seguía inmóvil y miraba al hombre más bien asustada.

—Y bien —dijo el hombre por fin, mientras expulsaba densas nubes de humo—, ¿comprendes ahora cómo se ha de jugar con una amiga así?

—Sí —contestó Momo. Empezaba a tiritar de frío.

El hombre gris asintió satisfecho y aspiró su cigarro.

—Ahora te gustaría quedarte con todas estas cosas, ¿no es verdad? Pues bien, pequeña, te las regalo. Recibirás todo esto —no en seguida, sino una cosa tras otra— y muchas, muchas más. Sólo has de jugar con ellas tal como te he explicado. ¿Qué te parece?

El hombre gris sonrió esperanzado a Momo, pero como ella no dijo nada, sino que sólo respondió con una mirada seria, añadió:

—Entonces ya no necesitarás a tus amigos, ¿entiendes? Ahora ya tendrás bastantes diversiones, pues tendrás todas esas cosas bonitas y recibirás cada vez más, ¿no es verdad? Y eso es lo que quieres, ¿verdad? Tú quieres tener esta fabulosa muñeca, ¿no? La quieres, ¿verdad?

Momo presentía oscuramente que habría de mantener un duro combate; y que ya estaba metida en él. Pero no sabía por qué iba a ser la lucha ni contra quién. Pues cuanto más escuchaba a ese visitante, más le ocurría lo que antes le había pasado con la muñeca: oía una voz que hablaba, oía palabras, pero no oía al que realmente hablaba. Movió la cabeza.

—Qué, ¿qué pasa? —dijo el hombre gris, enarcando las cejas—. ¿Todavía no estás contenta? Vosotros, los niños de hoy, sí que sois exigentes. ¿Quieres decirme qué le falta a esa muñeca perfecta?

Momo miró al suelo y reflexionó.

—Creo —dijo en voz baja— que no se la puede querer.

Durante un buen rato, el hombre gris no dijo nada. Miraba ante sí con la mirada vidriosa de las muñecas. Finalmente hizo un esfuerzo.

—No es eso lo que importa —dijo con voz gélida.

Momo le miró a los ojos. El hombre le daba miedo, sobre todo por el frío que salía de su mirada. Por curioso que parezca, también le daba pena, aunque no hubiera podido decir por qué.

—Pero a mis amigos —dijo—, los quiero.

El hombre gris hizo una mueca como si, de pronto, tuviera dolor de muelas. En seguida se recuperó y sonrió como un cuchillo.

—Creo —replicó con suavidad— que vale la pena que hablemos un rato en serio, pequeña, para que empieces a darte cuenta de qué es lo importante realmente.

Sacó de su bolsillo un pequeño cuadernito de notas, gris, en el que hojeó hasta encontrar lo que buscaba.

—Tú te llamas Momo, ¿no es así?

Momo asintió. El hombre gris cerró el cuadernillo de notas, lo volvió a guardar y se sentó en el suelo, al lado de Momo. Durante un rato no dijo nada, sino que se

limitaba a chupar su pequeño cigarro gris.

—Pues bien, Momo: escúchame bien —comenzó, por fin.

Momo llevaba intentándolo todo el rato. Pero resultaba mucho más difícil escucharle a él que a todos los demás, a los que había escuchado hasta entonces. En otras ocasiones, podía simplemente introducirse en el otro y entender lo que quería decir y lo que era realmente. Pero con ese visitante no lo conseguía. Cuantas veces lo intentaba tenía la sensación de caer en la oscuridad y el vacío, como si no hubiera nadie. Eso no le había ocurrido nunca.

—Lo único que importa en la vida —prosiguió el hombre—, es llegar a ser alguien, llegar a tener algo. Quien llega más lejos, quien tiene más que los demás recibe lo demás por añadidura: la amistad, el amor, el honor, etcétera. Tú crees que quieres a tus amigos. Vamos a analizar esto objetivamente.

El hombre gris expulsó unos cuantos anillos de humo. Momo escondió sus pies desnudos debajo de la falda y se arrebujó todo lo que pudo en su gran chaquetón.

—Surge en primer lugar la pregunta siguiente —prosiguió el hombre gris—: ¿De qué les sirve a tus amigos el que tú existas? ¿Les sirve para algo? No. ¿Les ayuda a hacer carrera, a ganar más dinero, a hacer algo en la vida? Decididamente no. ¿Los apoyas en sus esfuerzos por ahorrar tiempo? Al contrario. Los frenas, eres como un cepo en sus pies, arruinas su futuro. Puede que hasta ahora no te hayas dado cuenta de ello, Momo, pero lo cierto es que, por el mero hecho de existir, dañas a tus amigos. En realidad, y sin quererlo, eres su enemiga. ¿Y a eso le llamas tú quererlos?

Momo no sabía qué contestar. Nunca antes había visto las cosas de este modo. Durante un instante tuvo la duda de si no tendría razón el hombre gris.

—Y por esto —prosiguió el hombre gris— queremos proteger a tus amigos de ti. Y si realmente los quieres, nos ayudarás. No podemos estarnos con los brazos cruzados viendo cómo los apartas de todas las cosas importantes. Queremos que lleguen a ser algo. Queremos lograr que los dejes en paz. Y por eso te regalamos todas estas cosas bonitas.

—¿Quiénes sois «nosotros»? —preguntó Momo, a quien le temblaban los labios.

—Nosotros, los de la caja de ahorros de tiempo —respondió el hombre gris—. Yo soy el agente nº BLW/553/c. Personalmente no quiero más que tu bien, porque la caja de ahorros de tiempo no está para bromas.

En ese momento, Momo se acordó de lo que le habían dicho Gigi y Beppo sobre ahorrar tiempo y contagio. Le sobrevino la oscura intuición de que aquel hombre gris tenía algo que ver con el asunto. Deseaba desesperadamente que sus dos amigos estuvieran a su lado. Nunca antes se había sentido tan sola. Pero decidió no dejarse

intimidar. Reunió toda su fuerza y todo su valor y se lanzó a la oscuridad y al vacío tras el que se ocultaba el hombre gris.

Éste había observado a Momo por el rabillo del ojo. No le habían pasado desapercibidos los cambios en la cara de ella. Sonrió con ironía, mientras encendía un nuevo cigarro con la colilla del anterior.

—No te esfuerces —dijo—, con nosotros no puedes.

Momo no cedió.

—¿Es que a ti no te quiere nadie? —preguntó con un susurro.

El hombre gris se dobló y se hundió un tanto en sí mismo. Entonces contestó con voz cenicienta:

—Tengo que reconocer que no me he encontrado con mucha gente como tú. Y conozco a mucha gente. Si hubiera más como tú, pronto podríamos cerrar la caja de ahorros de tiempo y disolvernos en la nada, porque ¿de qué viviríamos entonces?

El agente se interrumpió. Miró fijamente a Momo y pareció luchar contra algo que no podía entender. Su cara se volvió un poco más cenicienta todavía.

Cuando volvió a hablar fue como si lo hiciera contra su voluntad, como si las palabras le salieran solas y él no pudiera impedirlo. Mientras tanto, su cara se agitaba más y más ante el terror de lo que le estaba ocurriendo. Y, de repente, Momo empezó a oír su verdadera voz:

—Tenemos que permanecer desconocidos —oyó, como de muy lejos—, nadie ha de saber que existimos y qué estamos haciendo… Nosotros nos ocupamos de que nadie pueda retenernos en la memoria… Sólo mientras nos mantengamos desconocidos podremos hacer nuestro negocio… Un negocio difícil, sangrarles el tiempo a los hombres hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo… Porque todo el tiempo que ahorran lo pierden… Nosotros nos lo quedamos… Lo almacenamos… Lo necesitamos… Lo ansiamos… ¡Ah, no sabéis lo que significa vuestro tiempo!… Pero nosotros lo sabemos y os lo chupamos hasta la piel… Y necesitamos más… Cada vez más… Porque nosotros también somos más… Cada vez más… Cada vez más…

Las últimas palabras las había dicho el hombre gris casi con un estertor, pero ahora se tapó la boca con las dos manos. Los ojos se le salían de las órbitas y miraba fijamente a Momo. Al cabo de un rato fue como si saliera de su estupor.

—¿Qué… qué fue eso? —tartamudeó—. Me has sonsacado. ¡Estoy enfermo! ¡Tú me has enfermado, tú! —y prosiguió, en tono casi suplicante—. No he dicho más que tonterías, querida niña. Tienes que olvidarme, tal como nos olvidan todos los otros. ¡Tienes que olvidarme! ¡Tienes que…!

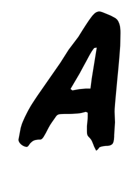
Tomó a Momo por los hombros y la agitó. Ella movió los labios, pero no pudo decir nada.

Entonces el hombre gris se levantó de un salto, miró a su alrededor como si le persiguieran, agarró su maletín gris y corrió hacia su coche. De pronto ocurrió algo notable: como en una explosión al revés, todas las muñecas y las demás cosas tiradas por el suelo volaron hacia el maletero que se cerró de un golpe. Después, el coche salió disparado de tal modo que los guijarros salieron volando.

Momo siguió sentada durante un buen rato, intentando entender qué era lo que había oído. Poco a poco huyó de su cuerpo el frío terrible, y al mismo tiempo fue entendiendo todo más y más. No olvidó nada, porque había oído la verdadera voz de un hombre gris.

Ante ella, entre las ralas hierbas, subía una pequeña columna de humo. Allí humeaba la colilla del pequeño cigarro, mientras se convertía en ceniza.

Un montón de sueños y unos pocos reparos



última hora de la tarde llegaron Gigi y Beppo. Encontraron a Momo sentada a la sombra del muro, todavía un poco pálida y turbada. Se sentaron junto a ella y le preguntaron, preocupados, qué le ocurría. Momo comenzó a informarles, a trompicones, de lo que había vivido. Y finalmente repitió, palabra por palabra, toda la conversación con el hombre gris.

Durante todo el relato, Beppo tuvo un aspecto muy serio y reflexivo. Las arrugas de su frente se hicieron más profundas. Siguió callado cuando Momo hubo acabado.

Gigi, por el contrario, había escuchado con creciente excitación. Le comenzaron a brillar los ojos, como lo hacían cuando él mismo se entusiasmaba con uno de sus propios relatos.

—¡Ahora, Momo —dijo, mientras le colocaba la mano en el hombro—, ha sonado nuestra hora! Has descubierto lo que nadie sabía. Y ahora salvaremos no sólo a nuestros viejos amigos sino a toda la ciudad. Nosotros tres, yo, Beppo y tú, Momo.

Se había puesto en pie de un salto y había extendido ambas manos. En su imaginación se veía ante una inmensa muchedumbre que lo celebraba a él, su salvador.

—Está muy bien —dijo Momo, un tanto desorientada—, ¿pero cómo lo haremos?

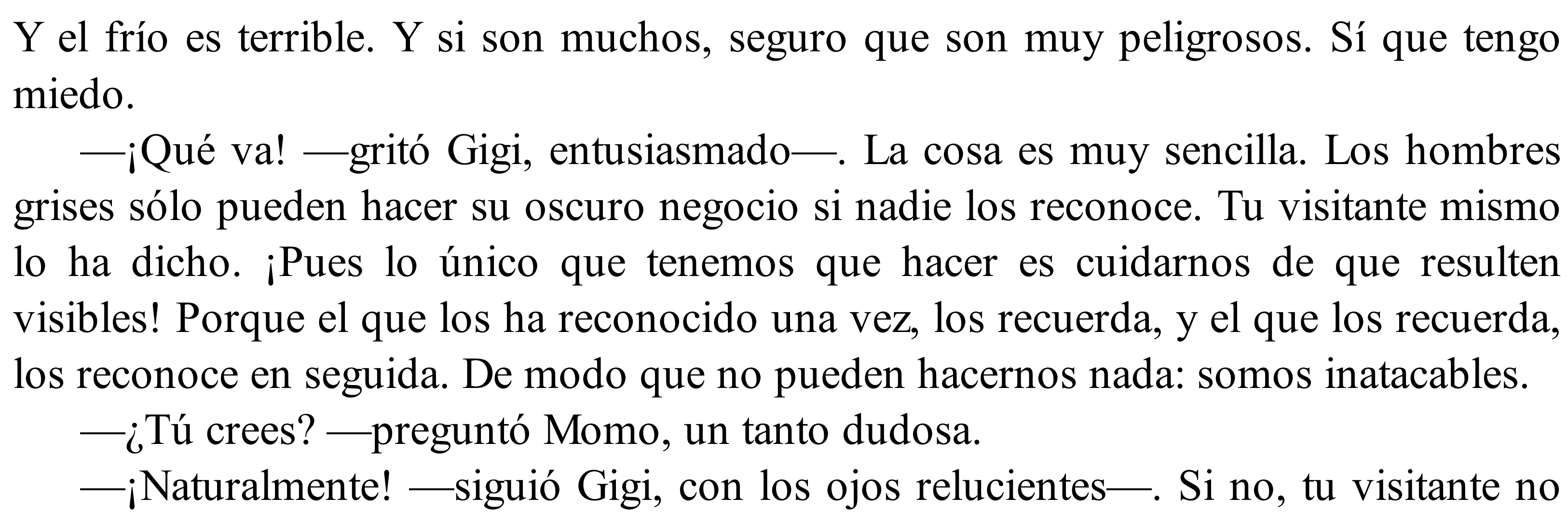
—¿Qué quieres decir? —preguntó Gigi, molesto.

—Quiero decir —aclaró Momo—, ¿cómo venceremos a los hombres grises?

—Bueno —dijo Gigi—, yo tampoco lo sé exactamente en este momento. Tendremos que pensarlo. Pero una cosa está clara: ahora que sabemos que existen y qué hacen, tenemos que entablar batalla contra ellos; ¿o es que tienes miedo?

Momo asintió confusa:

—Creo que no son personas normales. El que estuvo conmigo tenía otro aspecto.



Y el frío es terrible. Y si son muchos, seguro que son muy peligrosos. Sí que tengo miedo.

—¡Qué va! —gritó Gigi, entusiasmado—. La cosa es muy sencilla. Los hombres grises sólo pueden hacer su oscuro negocio si nadie los reconoce. Tu visitante mismo lo ha dicho. ¡Pues lo único que tenemos que hacer es cuidarnos de que resulten visibles! Porque el que los ha reconocido una vez, los recuerda, y el que los recuerda, los reconoce en seguida. De modo que no pueden hacernos nada: somos inatacables.

—¿Tú crees? —preguntó Momo, un tanto dudosa.

—¡Naturalmente! —siguió Gigi, con los ojos relucientes—. Si no, tu visitante no hubiera huido tan a la escapada. ¡Tiemblan ante nosotros!

—Pero entonces —dijo Momo—, quizá no los encontremos. Puede que se escondan de nosotros.

—Eso puede ser —concedió Gigi—. Entonces tendremos que hacerles salir de sus escondites.

—¿Cómo? —preguntó Momo—. Creo que son muy listos.

—Nada más fácil —gritó Gigi, riendo—. Los atraparemos con su propia codicia. Los ratones se cazan con queso, así que a los ladrones de tiempo se les caza con tiempo. Nosotros tenemos de sobra. Tú, por ejemplo, tendrías que sentarte, como cebo, y atraerlos. Y entonces, si vienen, Beppo y yo saldremos de nuestros escondites y los venceremos.

—Pero a mí ya me conocen —opuso Momo—. No creo que caigan en esa trampa.

—Está bien —dijo Gigi, a quien empezaban a ocurrírsele ideas a montones—, pues haremos otra cosa. El hombre gris te dijo algo de una caja de ahorros de tiempo. Eso tiene que ser un edificio. Estará en algún lugar de la ciudad. Sólo falta encontrarlo. Y seguro que lo encontramos, porque estoy seguro que se trata de un edificio especial: gris, misterioso, sin ventanas, una inmensa caja de caudales de hormigón. Lo estoy viendo. Cuando lo hayamos encontrado, entramos, cada uno lleva una pistola en cada mano. «Entregadnos al instante el tiempo robado», les digo…

—Pero no tenemos pistolas —le interrumpió Momo, preocupada.

—Pues lo hacemos sin pistolas —replicó Gigi, magnánimo—. Eso incluso los asustará más. Nuestra mera presencia bastará para hacerles huir presos de pánico.

—Quizá fuera bueno que fuéramos unos pocos más, y no nosotros tres solos. Quiero decir, que si otros nos ayudaran quizás encontráramos antes la caja de ahorros de tiempo.

—Muy buena idea —repuso Gigi—. Tendríamos que movilizar a todos nuestros viejos amigos. Y a los niños que ahora vienen siempre. Propongo que nos vayamos,

ahora mismo, para informar a todos los que podamos encontrar. Y que ésos se lo digan a los demás. Nos encontraremos todos aquí mañana a las tres de la tarde, para una gran asamblea.

De modo que todos se pusieron en camino. Momo en una dirección, Beppo y Gigi en otra.

Los dos hombres llevaban ya un rato caminando cuando Beppo, que hasta entonces había callado, se paró repentinamente.

—Escucha Gigi —dijo—, estoy preocupado.

Gigi se volvió hacia él, asombrado:

—¿Por qué?

Beppo miró durante un tiempo a su amigo y dijo entonces:

—Creo a Momo.

—¿Y qué?

—Quiero decir —siguió Beppo—, que creo que es verdad lo que nos ha contado Momo.

—Bien, ¿y qué más? —preguntó Gigi, que no entendía lo que Beppo quería decir.

—¿Sabes? —explicó Beppo—, si es verdad lo que Momo ha contado, tenemos que pensar bien lo que hacemos. Si de verdad se trata de una terrible banda de criminales, uno no se enzarza por las buenas con ellos, ¿entiendes? Si nos limitamos a retarlos, eso puede poner en peligro a Momo. Y no quiero hablar de nosotros, pero si metemos en el asunto a los niños, quizá los pongamos en peligro a todos. De verdad que tenemos que pensar bien qué hacemos.

—¡Qué va! —dijo Gigi, riendo—. ¡No te preocupes! Cuantos más seamos, mejor.

—Me parece —respondió Beppo, serio— que no crees que sea verdad lo que dijo Momo.

—¡Y qué significa verdad! —contestó Gigi—. No tienes fantasía, Beppo. Todo el mundo es un gran cuento y nosotros actuamos en él. Sí, Beppo, sí: creo todo lo que ha contado Momo, igual que tú.

A esto, Beppo no supo qué contestar, pero la respuesta de Gigi no le había dejado menos preocupado.

Entonces se separaron, y cada uno tomó una dirección para informar a los amigos y a los niños de la reunión del día siguiente. Gigi iba con el corazón alegre; Beppo, preocupado.

Durante esa noche, Gigi soñó con su futura fama como salvador de la ciudad. Se veía vestido de frac, a Beppo de levita y a Momo con un vestido de seda blanca. Y a los tres les ponían collares de oro y les daban coronas de laurel. Sonaba una música

magnífica, y la ciudad organizaba en su honor un desfile de antorchas tan largo y maravilloso como no se había visto nunca antes.

Al mismo tiempo, Beppo estaba en su cama sin poder dormir. Cuanto más pensaba, más claro se le aparecía el peligro de la empresa. Está claro que no dejaría que Gigi y Momo cayeran solos en la desgracia, él los ayudaría, pasara lo que pasara. Pero tenía que intentar, por lo menos, retenerlos.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, las viejas ruinas del anfiteatro resonaban con el parloteo excitado de muchas voces. Lamentablemente, no habían venido los amigos adultos (aparte de Beppo y Gigi, claro está), pero sí unos cincuenta o sesenta niños, de cerca y de lejos, pobres y ricos, bien y mal educados, mayores y menores. Algunos, como la niña María, llevaban a sus hermanitos de la mano o en brazos, que miraban la sorprendente escena con ojos muy abiertos y con un dedo en la boca. Está claro que estaban allí Blanco, Paolo y Massimo, mientras que los demás niños eran casi todos de los que habían ido viniendo en los últimos tiempos. Éstos, claro, se interesaban especialmente por el asunto que se iba a tratar en asamblea. Por cierto que se había presentado también el chico de la radio portátil, aunque sin radio. Estaba sentado al lado de Momo, a la que había dicho, antes que nada, que se llamaba Claudio y que le hacía mucha ilusión que le dejaran participar.

Cuando por fin se vio que no llegarían más retrasados, Gigi se levantó e impuso silencio con un gran gesto. Las conversaciones y el parloteo cesaron, y en el gran círculo de piedra se hizo un silencio expectante.

—Queridos amigos —comenzó Gigi, con voz sonora—, todos sabéis más o menos, de qué se trata. Eso ya se os ha dicho en la convocatoria de esta asamblea secreta. Hasta hoy, la cuestión era que cada vez más gente tenía menos tiempo, aunque todos se dedicaban a ahorrar tiempo por todos los medios. Pero precisamente ese tiempo que ahorraban, la gente lo perdía. ¿Por qué? ¡Momo lo ha descubierto! El tiempo es robado literalmente por una banda de ladrones. Para desenmascarar a esa fría organización del crimen necesitamos, precisamente, vuestra ayuda. Si todos estáis dispuestos a colaborar, toda esa miseria que ha caído sobre la gente se acabará de golpe. ¿No creéis que merece la pena luchar?

Hizo una pausa, y los niños aplaudieron.

—Después discutiremos —continuó Gigi— sobre lo que haremos. Pero antes, Momo ha de contaros cómo se encontró con uno de esos tipos y cómo éste se traicionó.

—Un momento —dijo, levantándose, el viejo Beppo—, escuchad un momento, niños. Yo me opongo a que Momo hable. Eso no puede ser. Si Momo habla, se pone en peligro ella y todos vosotros…

—¡Sí! —gritaron algunos niños—. ¡Que hable Momo!

Otros los apoyaron y acabaron gritando todos, a coro:

—¡Momo! ¡Momo! ¡Momo!

El viejo Beppo se sentó, se quitó las pequeñas gafas y se frotó, cansado, los ojos.

Momo se levantó, trastornada. No sabía bien a qué deseo acceder, si al de Beppo o al de los niños. Finalmente comenzó a hablar. Los niños escuchaban, tensos. Cuando hubo acabado, siguió un largo silencio.

Durante el relato de Momo, todos habían cobrado un poco de miedo. No se habían imaginado tan terribles a los ladrones del tiempo. Una niña pequeña comenzó a llorar a gritos, pero pronto la consolaron.

—¿Y bien? —preguntó Gigi en medio del silencio—. ¿Quién de vosotros se atreve a luchar con nosotros contra esos hombres grises?

—¿Por qué no quiso Beppo —preguntó Blanco— que Momo nos contara su historia?

—Él cree —explicó Gigi, mientras sonreía animador— que los hombres grises consideran un enemigo a todo aquél que conoce su secreto, por lo que le perseguirán. Pero estoy seguro de que es exactamente al revés, que todo aquel que conoce su secreto está inmunizado contra ellos y que ya no le pueden hacer nada. Esto está claro, reconócelo, Beppo.

Pero éste sólo movió la cabeza.

Los niños callaron.

—Una cosa está clara —volvió a tomar la palabra Gigi—. Ahora tenemos que mantenernos unidos pase lo que pase. Tenemos que tener cuidado, pero sin permitir que nos den miedo. Por eso os vuelvo a preguntar: ¿Quién quiere unirse a nosotros?

—¡Yo! —gritó Claudio, levantándose. Estaba un poco pálido.

Unos pocos siguieron su ejemplo tímidamente, después otros, y más, y más, hasta que al final se presentaron todos.

—Y bien, Beppo —dijo Gigi señalando a los niños—, ¿qué dices a esto?

—Está bien —dijo Beppo, y asintió con tristeza—, yo también me apunto.

—Así que —Gigi se volvió de nuevo a los niños— ahora discutiremos lo que tenemos que hacer. ¿Quién tiene una idea?

Todos pensaron. Por fin preguntó Paolo, el niño de las gafas:

—Pero ¿cómo lo hacen? Quiero decir, ¿cómo se puede robar el tiempo de verdad?

¿Cómo se hace esto?

—Sí —gritó Claudio—, ¿qué es el tiempo?

En el otro lado del ruedo de piedra se levantó María, con su hermanito Dedé, y dijo:

—Acaso sea algo así como los átomos. Éstos también pueden apuntar las ideas que sólo están en la cabeza de uno. Lo he visto por televisión. Hoy hay especialistas para todo.

—Tengo una idea —gritó el gordo Massimo con su voz de niña—. Cuando se toman imágenes con una filmadora, todo queda en la película. Y en las cintas magnetofónicas también todo queda en la cinta. Puede que tengan un aparato con el que se puede registrar el tiempo. Si supiéramos dónde está grabado, simplemente podríamos pasar de nuevo el tiempo, y volvería a estar.

—En cualquier caso —dijo Paolo, empujándose las gafas nariz arriba—, tenemos que encontrar, en primer lugar, un científico que nos ayude. Si no, no podemos hacer nada.

—¡Ya nos sales tú con tus científicos! —gritó Blanco—. De ésos no se puede fiar nadie. Suponte que encontramos uno que sabe de qué va la cosa; ¿cómo sabrás que no trabaja con los ladrones de tiempo? Entonces sí que estaríamos fastidiados.

Éste era un argumento de peso.

Entonces se levantó una niña, a la que se veía que estaba bien educada, que dijo:

—¿Y si se lo contamos todo a la policía?

—¡Lo que nos faltaba! —protestó Blanco—. ¿Qué puede hacer la policía? Si ésos no son ladrones corrientes. O bien la policía hace tiempo que está enterada del asunto, y no puede hacer nada, o bien todavía no se ha dado cuenta de nada, y entonces no merece la pena decirle nada. Ésta es mi opinión.

Le siguió un silencio de desasosiego.

—Pero tenemos que hacer una cosa u otra —dijo Paolo al fin—. Y lo antes posible, antes de que los ladrones de tiempo se enteren de nuestra conjura.

Entonces se levantó Gigi Cicerone.

—Queridos amigos —comenzó—, he pensado a fondo toda la cuestión. He concebido y desechado cientos de planes hasta que, por fin, he encontrado uno que nos llevará, con seguridad, a nuestro objetivo. ¡Si todos os apuntáis! Sólo que antes quería escuchar por si alguno de vosotros tenía un plan mejor. Así que os voy a decir lo que vamos a hacer.

Hizo una pausa y miró lentamente a su alrededor. Más de cincuenta caras de niños estaban dirigidas a él. Hacía mucho que no tenía tantos oyentes.

—El poder de los hombres grises —continuó— consiste, como vosotros sabéis ahora, en pasar desapercibidos y poder trabajar en secreto. Así que el modo más sencillo y eficaz de aniquilarlos es que la gente sepa la verdad sobre ellos. Y, ¿cómo conseguir esto? Organizaremos una gran manifestación de niños. Pintaremos pancartas y carteles e iremos con ellas por todas las calles. Así atraeremos la atención sobre nosotros. E invitaremos aquí, al anfiteatro, a toda la ciudad, para explicárselo todo. La gente se entusiasmará. Vendrán aquí a miles. Y cuando se haya reunido aquí una multitud increíble, desvelaremos el terrible secreto. Y entonces el mundo cambiará de golpe. Ya no le podrán robar el tiempo a nadie. Cada uno tendrá tanto tiempo como quiera, porque volverá a haber bastante. Y eso, mis queridos amigos, lo podemos hacer todos juntos, si queremos. ¿Queremos?

La respuesta fue un unánime grito de júbilo.

—Compruebo, pues —concluyó Gigi su discurso—, que hemos decidido por unanimidad invitar a toda la ciudad al anfiteatro el próximo domingo por la tarde. Pero hasta entonces, nuestro plan debe quedar en el más estricto secreto, ¿entendido? Y ahora, amigos, ¡manos a la obra!

Durante este día y los siguientes reinó una febril actividad en las viejas ruinas. Se trajo (mejor no preguntemos cómo ni de dónde) papel y tarros de pintura y pinceles y cola y tablones y cartón y todo lo demás que necesitaban. Y mientras los unos fabricaban pancartas y carteles, los otros, que sabían escribir bien, se pensaban frases imponentes y las pintaban en ellos.



Se trataba de frases que decían, por ejemplo, lo que esas pancartas.

Y en todas ellas ponía, además el lugar y la fecha de la invitación.

Cuando todo estuvo listo, los niños se dispusieron en el anfiteatro con Gigi, Beppo y Momo a la cabeza, y fueron en un largo desfile hacia la ciudad, con sus carteles y pancartas. Al mismo tiempo, hacían ruido con planchas de hojalata y silbatos, recitaban sus frases y cantaban la siguiente canción, que Gigi había compuesto expresamente para esta ocasión:

Oíd todos qué decimos;
casi es tarde, vigilad,
que os roban vuestro tiempo;

no seáis tontos, despertad.
Oíd todos qué decimos:

no os dejéis engañar más,
el domingo a las seis,
no seáis tontos, acudid.

Claro que la canción tenía más estrofas, veintiocho en total, pero no hace falta ponerlas aquí todas.

Un par de veces intervino la policía y disolvió a los niños, cuando entorpecían el tráfico. Pero los niños no se asustaban. Volvían a reunirse en otro sitio y empezaban de nuevo. Por lo demás, no pasó nada y, a pesar de toda su atención, no pudieron ver a ninguno de los hombres grises.

Pero muchos otros niños que vieron la manifestación y que hasta entonces no habían sabido nada del asunto, se unieron a ella, de modo que después fueron muchos cientos y al final más de mil. Por todos lados de la ciudad, los niños iban por la calle en largas procesiones e invitaban a los adultos a la asamblea que cambiaría el mundo.

Una buena asamblea, que no tiene lugar, y una mala asamblea, que sí tiene lugar

a gran hora había pasado.

Había pasado y no había venido ninguno de los invitados. Precisamente aquellos adultos a quienes más importaba apenas se habían dado cuenta de la manifestación de los niños.

Así que todo había sido en vano.

El sol ya se acercaba al horizonte y se ponía, grande y rojo, en un mar de nubes. Sus rayos sólo rozaban los escalones superiores del viejo anfiteatro, en el que los niños, sentados, esperaban desde hacía horas. No se oía ya ninguna charla. Todos estaban tristes y callados.

Las sombras se alargaban con rapidez, pronto sería de noche. Los niños empezaban a tiritar, porque hacía fresco. Una campana, a lo lejos, sonó ocho veces. Ya no cabía duda de que todo había sido un gran fracaso.

Los primeros niños se levantaron y se fueron en silencio, otros los siguieron. Nadie decía una palabra. La decepción era demasiado grande.

Finalmente, Paolo se acercó a Momo y le dijo:

—No vale la pena seguir esperando, Momo. Ya no vendrá nadie. Buenas noches, Momo.

Y se fue.

Entonces se acercó a ella Blanco y le dijo:

—No hay nada que hacer. No podemos contar ya con los adultos, ya lo hemos visto. Yo siempre había desconfiado un tanto, pero ahora no quiero saber nada más de ellos.

También se fue, y otros le siguieron. Por fin, cuando ya se hizo oscuro, hasta los últimos niños perdieron la esperanza y se marcharon. Momo se quedó sola con Beppo

y Gigi.

Al cabo de un rato se levantó también el viejo barrendero.

—¿También te vas? —preguntó Momo.

—Tengo que irme —contestó Beppo—, tengo horas extras.

—¿De noche?

—Sí; como cosa excepcional nos envían a descargar basura. Tengo que ir allí.

—Pero si es domingo. Y, además, nunca antes te han hecho hacer eso.

—No, pero ahora nos mandan hacerlo excepcionalmente, dicen. Porque si no, no consiguen acabar. Falta de personal y todo eso.

—Lástima —dijo Momo—; hoy me habría gustado que te quedaras conmigo.

—A mí tampoco me gusta tener que irme ahora —dijo Beppo—. Hasta mañana.

Montó en su bicicleta chirriante y desapareció en la oscuridad.

Gigi silbaba una melodía melancólica. Sabía silbar muy bien y Momo le escuchaba. Pero de repente se interrumpió.

—¡Si yo también tengo que irme! —dijo—. Hoy es domingo, y tengo que hacer de vigilante nocturno. ¿Te había dicho ya, que ésta es mi última profesión? Casi me había olvidado.

Momo le miró con los ojos muy abiertos, y no dijo nada.

—No estés triste —continuó Gigi—, porque nuestro plan no haya salido tan bien como esperábamos. De todos modos nos hemos divertido. Ha sido estupendo.

Como Momo seguía callando, le acarició, consolador, el cabello y añadió:

—No te entristezcas tanto, Momo. Mañana todo parecerá diferente. Nos inventaremos algo nuevo, otra historia, ¿vale?

—Eso no era una historia —dijo Momo, en voz baja.

Gigi se levantó.

—Ya te entiendo, pero mañana seguiremos hablando de ello, ¿de acuerdo? Ahora tengo que irme, ya se me hace tarde. Tú deberías acostarte ya.

Y se fue, mientras silbaba su canción melancólica.

Así que Momo se quedó sola en el gran ruedo de piedra. La noche carecía de estrellas. El cielo se había cubierto de nubes. Se levantó un viento curioso. No era fuerte, pero incesante, y de una frialdad sorprendente. Se podría decir que era un frío ceniciento.

Allá lejos, delante de la gran ciudad, se alzaban los grandes vertederos. Eran verdaderas montañas de ceniza, cascotes, latas, colchones viejos, residuos de plástico,

cajas de cartón y todas las otras cosas que cada día se tiran en una gran ciudad y que esperaban aquí desaparecer dentro de los grandes hornos de basuras.

Hasta bien entrada la noche ayudó Beppo, junto con sus compañeros, a sacar a paletadas la basura de los camiones, que esperaban en una larga fila, con los focos encendidos, a que los descargaran. Cuantos más vaciaban, más se añadían a la cola de espera.

—¡Daos prisa! —gritaban todo el rato—. ¡Vamos, vamos! O no acabaremos nunca.

Beppo había paleteado y paleteado, hasta que la camisa se le quedó pegada al cuerpo. Hacia medianoche habían acabado.

Como Beppo ya era viejo y no demasiado fuerte, estaba sentado, agotado y sudoroso, en una vieja bañera, agujereada y volcada, intentando recuperar el aliento.

—¡Eh, Beppo! —gritó uno de sus compañeros—. Nosotros nos vamos a casa. ¿Vienes?

—¡Un momento! —gritó Beppo, poniéndose la mano sobre el corazón, que le dolía.

—¿No estás bien, viejo? —preguntó otro.

—Estoy bien —respondió Beppo—, marchaos. Yo me quedo un ratito, descansando.

—De acuerdo —dijeron los demás—, ¡buenas noches!

Y se fueron. Se hizo el silencio. Sólo las ratas correteaban por los escombros y silbaban de vez en cuando. Beppo se durmió con la cabeza apoyada en los brazos.

No sabía cuánto tiempo había dormido, cuando de repente le despertó un golpe de aire frío. Miró a su alrededor, y quedó, al instante, totalmente despejado.

En toda la gigantesca montaña de escombros había hombres grises, vestidos con elegantes trajes grises, bombines grises sobre la cabeza, carteras gris plomo en las manos y pequeños cigarros grises entre los labios. Todos callaban y miraban fijamente al punto más alto del vertedero, donde se había montado una especie de tribunal; lo formaban tres señores que no se distinguían en nada de los demás.

Durante el primer momento, Beppo tuvo miedo. Temía ser descubierto. No le permitirían estar aquí, eso estaba claro sin que tuviera que pensar mucho sobre ello. Pero pronto se dio cuenta de que los hombres miraban como embrujados hacia la mesa. Podía ser que ni siquiera le vieran, aunque también era posible que lo tomaran por alguna pieza de basura tirada. De cualquier modo, Beppo decidió quedarse bien quietecito.

—¡Preséntese ante el alto tribunal el agente BLW/553/c! —se oyó, en medio del

silencio, la voz tonante del hombre que ocupaba el lugar central en la mesa.

La llamada se repitió más abajo y resonó de nuevo, como un eco, por el otro lado. Entonces se abrió un callejón entre la multitud y un hombre gris subió lentamente hacia la cima del vertedero. Lo único que le distinguía de los demás era que el color ceniciento de su cara era casi blanco.

Finalmente se detuvo ante la mesa del tribunal.

—¿Es usted el agente BLW/553/c? —le preguntó el de en medio.

—Sí señor.

—¿Desde cuándo trabaja usted para la caja de ahorros de tiempo?

—Desde mi origen.

—Eso se sobreentiende. Guárdese esas observaciones superfluas. ¿Cuándo fue?

—Hace once años, tres meses, seis días, ocho horas, treinta y dos minutos y ahora, exactamente, dieciocho segundos.

Aunque este diálogo se llevaba en voz baja y, además, tenía lugar bastante lejos, el viejo Beppo podía entenderlo palabra por palabra.

—¿Sabe usted —prosiguió el interrogatorio el hombre de en medio— que hay en esta ciudad un número no desdeñable de niños que hoy han paseado por toda la ciudad carteles y pancartas y que, encima, tenían el terrible plan de invitar a toda la ciudad para informarla acerca de nosotros?

—Lo sé —respondió el agente.

—¿Cómo se explica usted —siguió impertérrito el juez— que esos niños tuvieran noticia de nosotros y nuestras actividades?

—No me lo explico —contestó el agente—. Pero si puedo permitirme una observación a este respecto, quisiera recomendar al alto tribunal que no se tomara demasiado en serio todo el asunto. Una niñería sin importancia, nada más. Además, ruego al alto tribunal que tenga en cuenta que no nos ha costado nada impedir la asamblea prevista, al no dejarles tiempo a los adultos. Pero aun cuando no lo hubiéramos conseguido, los niños no habrían podido contar más que una insignificante historia de ladrones. En mi opinión podríamos haber permitido que la asamblea se celebrara, para así…

—¡Acusado! —le interrumpió con severidad el hombre de en medio—. ¿Se ha dado cuenta de dónde se encuentra?

El agente se encorvó un tanto:

—Sí, señor —dijo con un hilo de voz.

—No se encuentra ante un tribunal humano —continuó el juez—, sino ante un tribunal de sus semejantes. Sabe exactamente que a nosotros no puede mentirnos.

¿Por qué lo intenta?

—Es una… deformación profesional —tartamudeó el acusado.

—La importancia que se le ha de dar a la manifestación de los niños —dijo el juez —, hará el favor de dejar que la determine la presidencia. Pero incluso usted, acusado, sabe que nadie resulta tan peligroso para nuestro trabajo como los niños.

—Lo sé —confirmó tenuemente el acusado.

—Los niños —explicó el juez— son nuestros enemigos naturales. Si no existieran, hace tiempo que la Humanidad estaría en nuestras manos. Los niños son mucho más difíciles de empujar al ahorro de tiempo que todos los demás hombres. Por eso, una de nuestras leyes más severas dice: a los niños les toca al final. ¿Conocía usted esa ley, acusado?

—Muy bien, alto tribunal —susurró éste.

—No obstante, tenemos pruebas irrefutables —continuó el juez— de que uno de nosotros, repito «uno de nosotros», ha hablado con un niño y, encima, le ha dicho la verdad acerca de nosotros. ¿Sabe usted, acusado, quién fue ese «uno de nosotros»?

—Fui yo —repuso, destrozado, el agente BLW/553/c.

—¿Y por qué ha contravenido nuestra más severa ley? —interrogó el juez.

—Porque esa niña —se defendió el acusado— entorpecía enormemente nuestra labor con la gente por su influencia sobre las personas. He actuado con la mejor intención de cara a la caja de ahorros de tiempo.

—Sus intenciones no nos importan —repuso el juez—. Sólo nos importan los resultados. Y los resultados obtenidos por usted en este caso, acusado, no significan ninguna ganancia de tiempo para nosotros, sino que además ha traicionado ante esa niña algunos de nuestros más importantes secretos. ¿Lo confiesa, acusado?

—Lo confieso —susurró el agente, cabizbajo.

—Así pues, ¿se reconoce culpable?

—Sí, pero ruego que el alto tribunal considere, como circunstancia atenuante, que quedé literalmente embrujado. Por el modo en que esa niña me escuchaba, me fue sonsacando todo. Ni yo mismo puedo explicarme cómo pudo ocurrir, pero juro que así fue.

—Sus excusas no me interesan. No aceptamos las circunstancias atenuantes. Nuestra ley es intransigente y no permite ninguna excepción. De todos modos, nos ocuparemos atentamente de esa niña tan notable. ¿Cómo se llama?

—Momo.

—¿Vive en…?

—Las ruinas del anfiteatro.

—Está bien —repuso el juez, que había apuntado todo en su libretita de notas—. Puede usted estar seguro, acusado, que esa niña no volverá a molestarnos. Nos ocuparemos de ello con todos los medios a nuestro alcance. Que esto le sirva de consuelo mientras pasamos de inmediato a la ejecución de la sentencia.

El acusado comenzó a temblar.

—¿Cuál es la sentencia? —susurró.

Los tres hombres de detrás de la mesa juntaron las cabezas, murmuraron algo y asintieron.

Entonces, el que estaba en medio se volvió hacia el acusado y proclamó:

—Por unanimidad la sentencia contra el agente BLW/553/c es: el acusado ha sido hallado culpable de alta traición. Ha confesado su culpa. Nuestra ley prescribe que, como castigo, le sea confiscado, de inmediato, todo su tiempo.

—¡Piedad! ¡Piedad! —gritó el acusado.

Pero dos hombres grises, que estaban a su lado, ya le habían arrancado la cartera plomiza y el pequeño cigarro.

Entonces ocurrió algo sorprendente. En el mismo momento en que el acusado se vio sin cigarro, comenzó a volverse más y más transparente. También sus gritos se volvieron más apagados. Ahí estaba, tapándose la cara con las manos, mientras se disolvía literalmente en la nada. Al final era como si el viento hiciera revolotear sus cenizas, hasta que también éstas desaparecieron.

Los hombres grises se fueron en silencio. Los que habían mirado la escena y los que habían juzgado. Se los tragó la oscuridad, y sólo el viento gris silbaba sobre el vertedero desierto.

Beppo Barrendero seguía sentado, inmóvil, en su lugar y miraba hacia el sitio donde había desaparecido el acusado. Le parecía que se había congelado y comenzaba a deshelarse en ese momento. Ahora sabía por experiencia propia que los hombres grises existían.

Hacia la misma hora (el campanario lejano había tocado las doce), la pequeña Momo seguía sentada en los escalones de piedra de las ruinas. Esperaba. No habría podido decir qué. Pero de algún modo sentía que debía esperar. De modo que hasta entonces no había podido decidirse a acostarse. De repente sintió que algo tocaba su pie descalzo. Se inclinó hacia delante, porque era muy oscuro, y vio una gran tortuga que la miraba con la cabeza levantada y una boca extrañamente sonriente. Sus inteligentes ojos negros brillaban con tal amabilidad, como si de un momento a otro fuera a

comenzar a hablar.

Momo se inclinó hacia ella y le rascó la barbilla.

—Hola, ¿quién eres tú? —preguntó en voz baja—. Es muy amable que tú, por lo menos, vengas a visitarme, tortuga. ¿Qué quieres?

Momo no sabía si es que al principio no se había dado cuenta, o si no empezaba a hacerse visible hasta aquel momento, pero el caso es que, de pronto, empezaron a relucir en la tortuga unas letras que parecían salir del dibujo del caparazón.

«Ven», deletreó Momo con dificultad.

Sorprendida, se irguió.

—¿Te refieres a mí?

Pero la tortuga ya había empezado a moverse. Al cabo de unos pasos se detuvo y se volvió a mirar a la niña.

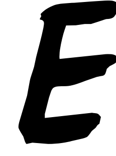
—Sí que se refiere a mí —se dijo Momo.

Se levantó y comenzó a caminar tras el animal.

—Ve —dijo en voz baja—, yo te sigo.

Pasito a pasito fue siguiendo a la tortuga, que la sacó lentamente, muy lentamente, del ruedo de piedra y tomó la dirección de la gran ciudad.

Una persecución alocada y una huida tranquila

l viejo Beppo pedaleaba sobre su chirriante bicicleta por la noche. Se apresuraba todo lo que podía. Una y otra vez resonaban en sus oídos las palabras del juez: «Esa niña no volverá a molestarnos… Puede estar seguro, acusado… Nos ocuparemos de ello con todos los medios a nuestro alcance…».

No cabía duda: Momo estaba en peligro. Tenía que ir en seguida a verla, a prevenirla de los grises, tenía que protegerla de ellos, aunque todavía no supiera cómo. Pero ya lo descubriría. Beppo pisaba los pedales con fuerza. Sus blancos cabellos ondeaban al viento. El anfiteatro quedaba lejos.

Todas las ruinas estaban brillantemente iluminadas por los faros de muchos coches lujosos, grises, que las habían rodeado por todos lados. Docenas de hombres grises corrían por los escalones de piedra arriba y abajo y registraban todos los rincones. Al final descubrieron también el agujero en la pared, tras el que se hallaba la habitación de Momo. Algunos de ellos se metieron en ella y miraron debajo de la cama e incluso en el hogar. Volvieron a salir, se cepillaron los elegantes trajes grises y se encogieron de hombros.

—El pájaro ha volado —dijo uno.

—Es un escándalo —dijo otro— que los niños estén por ahí, de noche, en lugar de estar en la cama, como deben.

—Esto no me gusta nada —dijo un tercero—. Parece que *Alguien* la hubiera avisado.

—¡Imposible! —dijo el primero—. Eso significaría que *Alguien* conocía nuestra decisión antes que nosotros mismos.

Los hombres grises se miraron alarmados.

—Si efectivamente ha sido avisada por *Alguien* —opinó el tercero—, seguro que ya no está por aquí. El seguir buscando por los alrededores sería perder el tiempo inútilmente.

—¿Tiene alguna sugerencia?

—En mi opinión, deberíamos dar parte inmediatamente a la central, para que diera la orden de movilización general.

—Lo primero que hará la central será preguntarnos si hemos registrado completamente los alrededores. Y hará muy bien.

—Está bien —dijo el primer hombre gris—. Registraremos primero los alrededores. Pero si, mientras tanto, la niña ha recibido ayuda de *Alguien*, cometemos un gran error.

—¡Eso es ridículo! —le espetó, enfadado, el otro—. Aun así la central puede ordenar una movilización general. Entonces participarán en la caza todos los agentes disponibles. La niña no tiene la menor posibilidad de escapar. Y ahora: manos a la obra, señores. Saben ustedes lo que nos jugamos.

Esa noche, mucha gente de los alrededores se sorprendió porque el ruido de los coches lanzados a toda velocidad parecía no querer acabar. Incluso las calles laterales y los caminos más pedregosos estuvieron llenos, hasta el amanecer, de un tráfico que por lo general sólo se veía en las calles principales. Nadie pudo cerrar un ojo.

A esa misma hora, Momo, conducida por la tortuga, caminaba lentamente por la gran ciudad, que ya nunca dormía, ni siquiera a esa tardía hora de la noche.

La gente corría, en grandes masas, por las calles, se empujaba violentamente o marchaba en interminables columnas. En las calzadas se embotellaban los coches, entre ellos rugían los autobuses, siempre repletos. En las fachadas de las casas relucían los rótulos luminosos, inundaban la muchedumbre con su luz multicolor y volvían a apagarse.

Momo, que nunca había visto eso, caminaba tras la tortuga con los ojos bien abiertos, como si soñara. Atravesaron grandes plazas y calles brillantemente iluminadas, los coches las rozaban por delante y por detrás, la gente, por la calle, las apretujaba, pero nadie prestaba atención a la niña con la tortuga.

Ninguna de las dos tuvo que apartarse ni una vez ante nadie, nadie las empujó, ningún coche tuvo que frenar por su causa. Era como si la tortuga supiera por adelantado, con toda seguridad, dónde y en qué momento no pasaría un coche, no

habría un peatón. De ahí resulta que nunca tuvieron que correr ni nunca tuvieron que detenerse a esperar. Momo comenzó a sorprenderse que se pudiera andar tan lentamente y avanzar tan deprisa.

Cuando Beppo Barrendero llegó por fin al viejo anfiteatro descubrió, antes de apearse de su bicicleta, a la débil luz de su faro, las muchas huellas de neumáticos alrededor de las ruinas. Dejó caer su bicicleta en la hierba y corrió hacia el agujero en la pared.

—¡Momo! —dijo en un suspiro, para repetir más alto—. ¡Momo!

No tuvo respuesta.

Beppo tragó saliva. Tenía la garganta seca. Atravesó el agujero hacia la oscura habitación, tropezó y se torció un tobillo. Con dedos temblorosos encendió una cerilla y miró a su alrededor.

La mesita y las dos sillitas hechas de caja estaban tumbadas, las mantas y el colchón estaban tirados por el suelo. Y Momo no estaba.

Beppo se mordió los labios y reprimió un sollozo ronco que por un momento quiso rasgarle el pecho.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Dios mío! Ya se la han llevado. He llegado demasiado tarde. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Qué hago?

Entonces, la cerilla le quemó los dedos. La tiró y se volvió a quedar a oscuras.

Todo lo de prisa que pudo volvió a salir al exterior y caminó a trompicones, con el pie torcido, hacia su bicicleta. Se montó en ella y comenzó a pedalear.

—Ahora le toca a Gigi —se repetía una y otra vez—, ahora le toca a Gigi. Ojalá encuentre el cobertizo donde duerme.

Beppo sabía que Gigi se ganaba últimamente unos pocos céntimos adicionales durmiendo todos los domingos por la noche en el cobertizo de las herramientas de un pequeño cementerio de coches. Allí debía cuidar de que no volvieran a esfumarse, como antes, repuestos todavía utilizables.

Cuando Beppo hubo alcanzado por fin el cobertizo y llamaba con el puño en la puerta, Gigi se mantuvo al principio bien calladito, por temer que se tratara de los ladrones de repuestos de coche. Pero entonces reconoció la voz de Beppo y abrió.

—¿Pero qué pasa? —gimió asustado—. No soporto que se me despierte de ese modo tan brusco.

—¡Momo…! —tartamudeó Beppo—. ¡A Momo le ha pasado algo terrible!

—¿Qué dices? —preguntó Gigi, sentándose, atónito, en su jergón—. ¿Momo? ¿Qué le ha pasado?

—Ni yo mismo lo sé —murmuró Beppo—. Algo terrible.

Entonces comenzó a contar todo lo que había vivido: lo del alto tribunal en el vertedero, las huellas de neumáticos junto a la ruina y lo de que Momo no estaba ya. Claro que tardó un rato en explicarlo todo, pues a pesar de todo el miedo y toda la preocupación por Momo no podía hablar más deprisa.

—Me lo temía desde el principio —acabó su informe—. Sabía que no acabaría bien. Ahora se han vengado. Han secuestrado a Momo. ¡Gigi, tenemos que ayudarla! Pero ¿cómo? ¿Qué hemos de hacer?

Durante el relato de Beppo, la cara de Gigi se había quedado pálida. Parecía que el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. Hasta entonces, todo había sido para él como un gran juego. Se lo había tomado tan en serio como se tomaba cualquier juego y cualquier cuento, sin pensar en las consecuencias. Por primera vez en su vida, una historia continuaba sin él, se hacía independiente, y ni toda la fantasía del mundo podía hacerla dar marcha atrás. Se sentía paralizado.

—¿Sabes, Beppo? —dijo al cabo de un ratito—, podría ser que Momo sólo se hubiera ido a pasear un poco. A veces lo hace. Una vez incluso estuvo fuera tres días y tres noches. Creo que, por ahora, no tenemos ningún motivo de alarma.

—¿Y las huellas de los neumáticos? —preguntó Beppo, excitado—. ¿Y el colchón tirado?

—Está bien —respondió evasivamente Gigi—, admitamos que alguien haya estado allí. ¿Quién nos asegura que haya encontrado a Momo? Puede que ya se hubiera ido antes. Si no, no estaría todo revuelto y registrado.

—Pero ¿y si la han encontrado? —gritó Beppo—. Entonces, ¿qué? —agarró a su amigo más joven por las solapas y lo sacudió—. ¡Gigi! ¡No seas loco! Los hombres grises existen de verdad. Tenemos que hacer algo en seguida.

—Tranquilízate, Beppo —tartamudeó Gigi, asustado—. Claro que tenemos que hacer algo. Pero antes hay que pensárselo bien. Por ahora no sabemos siquiera dónde debemos buscar a Momo.

Beppo soltó a Gigi.

—Yo voy a la policía —exclamó.

—Sé razonable —exclamó Gigi, aterrado—. No puedes hacer eso. Suponte que la policía se pone a buscar a Momo y la encuentra. ¿Sabes lo que harán con ella? ¿Lo sabes, Beppo? ¿Sabes a dónde llevan a los huérfanos abandonados? Los llevan a una casa de esas en que hay rejas en las ventanas. ¿Quieres hacerle eso a Momo?

—No —murmuró Beppo, mirando fijo ante sí—, no, eso no lo quiero. Pero ¿y si está en peligro?

—¿Y si no lo está? —prosiguió Gigi—. Si sólo está paseando un poco y tú le echas encima toda la policía. No quisiera estar en tu lugar cuando te mirara por última vez.

Beppo se hundió sobre una silla, junto a la mesa, y apoyó la cabeza sobre los brazos.

—No sé qué hacer —suspiró—, no sé qué hacer.

—Yo creo —dijo Gigi— que en cualquier caso deberíamos esperar hasta mañana o pasado antes de hacer nada. Si para entonces no ha vuelto, podemos ir a la policía. Pero lo más seguro es que antes todo se habrá arreglado y los tres nos reiremos de todas estas tonterías.

—¿Tú crees? —murmuró Beppo, al que de repente sobrevino un cansancio plomizo.

Habían sido demasiadas cosas en un día para el viejo.

—Seguro —contestó Gigi, mientras le quitaba el zapato del pie torcido.

Le ayudó a caminar hasta el jergón y envolvió el pie en un paño húmedo.

—Ya se arreglará —dijo, suavemente—, todo se arreglará.

Cuando vio que Beppo se había dormido, suspiró y se tendió en el suelo, usando su chaqueta como almohada. Pero no pudo dormir. Estuvo toda la noche pensando en los hombres grises. Y, por primera vez en su despreocupada vida, tuvo miedo.

De la central de la caja de ahorros de tiempo había partido la orden de movilización general. Todos los agentes en la gran ciudad habían recibido la orden de interrumpir cualquier actividad y ocuparse exclusivamente de la búsqueda de Momo.

Todas las calles estaban llenas de figuras grises: estaban sobre los tejados y en las cloacas, controlaban las estaciones y el aeropuerto, los autobuses y tranvías; estaban en todos lados.

Pero no encontraron a Momo.

—Oye, tortuga —preguntó Momo—, ¿a dónde me llevas?

Las dos atravesaban en ese momento un patio oscuro.

«No temas», apareció en el caparazón de la tortuga.

—Si no tengo miedo —dijo Momo, después de haberlo deletreado.

Pero se lo decía más bien a sí misma, para armarse de valor, porque sí tenía un poco de miedo. El camino por el que la conducía la tortuga se volvía cada vez más

extraño y recóndito. Habían atravesado jardines, puentes, pasos subterráneos, portales e incluso algunos sótanos.

De haber sabido que todo un ejército de hombres grises la buscaba y perseguía, Momo habría tenido mucho más miedo. Pero no tenía la menor idea de ello, y por eso seguía, pasito a pasito, a la tortuga en su camino aparentemente tan enrevesado.

Y estaba bien así. Del mismo modo que antes la tortuga había hallado su camino a través del tráfico urbano, ahora parecía prever dónde y cuándo aparecerían los perseguidores. A veces los hombres grises aparecían unos momentos después por el lugar en que ellas habían estado, pero no se encontraron nunca.

—Qué suerte que ya sé leer tan bien —dijo Momo, cándida—, ¿no crees?

Sobre el caparazón de la tortuga apareció, como un aviso: «Calla».

Momo no entendía por qué, pero hizo caso. A poca distancia pasaron tres personas oscuras.

Las casas de la parte de la ciudad por la que iban ahora eran cada vez más miserables. Grandes casas de vecindad, de las que se caía el enjalbegado, orillaban calles llenas de baches en los que se acumulaba el agua. Todo estaba oscuro y desierto.

A la central de la caja de ahorros de tiempo llegó la noticia de que la niña Momo había sido vista.

—Está bien —fue la respuesta—, ¿la habéis detenido?

—No. Pareció que el suelo se la tragara de repente. Hemos vuelto a perder su rastro.

—¿Cómo puede ser eso?

—También nos lo preguntamos. Algo falla.

—¿Dónde estaba cuando la visteis?

—Ése es el asunto. Se trata de un barrio que nos es totalmente desconocido.

—Ese barrio no existe —repuso la central.

—Parece que sí. Es, ¿cómo decirlo?, como si ese barrio estuviera al borde del tiempo. Y la niña se dirigía hacia ese borde.

—¿Qué? —gritó la central—. Proseguir la persecución. Tenéis que detenerla, ¡a cualquier precio! ¿Entendido?

—Entendido —fue la respuesta cenicienta.

Al principio, Momo pensó que se trataba del alba; pero esa curiosa luz había llegado tan repentinamente, para ser exactos, en el momento en que había entrado en esa calle. Aquí ya no era de noche, pero tampoco era de día. Y la penumbra no se parecía ni a la mañana ni a la noche. Era una luz que hacía aparecer con gran precisión los contornos de las cosas, pero que no parecía venir de ningún lado o, por el contrario, provenir de todos lados. Porque las largas sombras negras que proyectaban sobre la calle incluso el más minúsculo guijarro iban en todas direcciones, como si aquel árbol fuera iluminado desde la derecha, aquella casa desde la izquierda y el monumento de más allá desde enfrente.

Por cierto, que ese monumento también era bastante extraño. Sobre una gran base en forma de cubo, de piedra negra, se apoyaba un gigantesco huevo blanco. Eso era todo.

Pero también las casas eran diferentes a todas las que Momo había visto siempre. Eran de un blanco casi cegador. Detrás de las ventanas había sombras negras, de modo que no podía ver si vivía alguien en ellas. Pero por alguna razón, a Momo le parecía que esas casas no habían sido hechas para que alguien las habitara, sino para servir a algún otro objetivo misterioso.

Las calles estaban completamente desiertas, no sólo de personas, sino también de perros, pájaros y coches. Todo estaba inmóvil y parecía como si estuviese rodeado de un cristal. No se notaba el menor soplo de aire.

Momo se sorprendía de lo deprisa que avanzaban, aunque la tortuga fuera más lentamente todavía que antes.

Fuera de ese barrio extraño, allí donde todavía era de noche, tres coches de lujo con los faros encendidos corrían a lo largo de la calle irregular. En cada uno de ellos había varios hombres grises. Uno que iba en el primer coche había visto a Momo cuando entraba en la calle de las casas blancas, allí donde empezaba aquella curiosa luz.

Pero cuando llegaron a la esquina ocurrió algo muy notable. De repente, los coches ya no avanzaban. Los conductores pisaban el acelerador, las ruedas chirriaban, pero los coches no se movían del sitio, como si estuvieran sobre una cinta móvil que corriera hacia atrás a la misma velocidad que los coches. Cuanto más aceleraban, menos avanzaban. Cuando los hombres grises se dieron cuenta saltaron, jurando, de los coches e intentaron alcanzar a pie a Momo, a la que apenas veían en la lejanía.

Corrían con las caras tensas y, cuando al final se detuvieron, agotados, habían adelantado una decena de metros en total. Y la niña Momo había desaparecido en algún lugar a lo lejos entre las casas blancas.

—¡Se acabó! —dijo uno de los hombres—. Ya no la alcanzamos.

—No entiendo —dijo otro— por qué no adelantamos.

—Yo tampoco —contestó el primero—. La cuestión es si nos lo admitirán como circunstancias atenuantes de nuestro fracaso.

—¿Cree usted que nos juzgarán?

—No nos van a felicitar, seguro.

Todos los hombres grises presentes agacharon la cabeza y fueron a sentarse en los parachoques de sus coches. Ya no tenían prisa.

Muy lejos, en algún lugar del laberinto de calles y plazas blancas como la nieve, Momo caminaba tras la tortuga. Y precisamente por ir tan lentas, era como si la calle se deslizara bajo sus pies, como si los edificios pasaran volando por su lado. La tortuga volvió a doblar una esquina, Momo la siguió… y se paró sorprendida. Esta calle era de aspecto totalmente diferente a todas las anteriores.

En realidad se trataba de una callejuela estrecha. Las casas que se alineaban a derecha e izquierda parecían pequeños palacios de cristal, llenos de torrecitas, galerías y terrazas, que hubieran pasado muchísimo tiempo en el fondo del mar y de pronto hubieran salido a la superficie, cubiertos de algas, moluscos y corales. Y todos de colores suaves, nacarados.

La callejuela se encaminaba a una sola casa, que la cerraba y que formaba un ángulo recto con todas las otras. Tenía un gran portal verde cubierto de figuras artísticas.

Momo miró el cartel de la calle, que se hallaba en la pared, encima de donde ella estaba. Era de mármol blanco y ponía en él, con letras doradas:

Calle de Jamás

Al mirar y deletrear, Momo no había perdido más que unos instantes, pero aun así, la tortuga ya estaba muy lejos, casi al final de la callejuela, delante de la última casa.

—¡Espérame, tortuga! —gritó Momo, pero curiosamente no pudo oír su propia voz.

La tortuga, en cambio, pareció haberla oído, porque se paró y se volvió a mirarla.

Momo quiso seguirla, pero al entrar en la calle de Jamás fue como si, de repente, caminara debajo del agua y tuviera que avanzar contra la corriente, o como si tuviera que avanzar contra un viento muy fuerte pero insensible que la echara hacia atrás. Se inclinó contra la presión enigmática, se agarró a los salientes de las paredes y avanzó, a ratos, a cuatro patas.

—¡No puedo contra ella! —gritó finalmente a la tortuga, a la que veía, pequeñita, al extremo de la calle—. ¡Ayúdame!

La tortuga volvió lentamente. Cuando finalmente estuvo delante de Momo, apareció en su caparazón el consejo de: «Anda de espaldas».

Momo lo intentó, se dio la vuelta y caminó hacia atrás. De pronto logró avanzar sin ningún esfuerzo. Pero era muy extraño lo que le ocurría. Pues mientras caminaba hacia atrás, también pensaba hacia atrás, respiraba hacia atrás, sentía hacia atrás; en resumen: vivía hacia atrás.

Por fin se topó con algo duro. Se dio la vuelta y se vio ante la última casa, la que cerraba la calle. Se asustó un tanto, porque, vista desde aquí, la puerta de metal verde, cubierta de figuras, le pareció gigantesca.

«¿Podré abrirla?», pensó Momo, dudosa.

Pero en el mismo momento se abrieron solos los dos grandes batientes.

Momo se quedó parada un momento, porque encima de la puerta había descubierto otro cartel. Lo llevaba un unicornio blanco y en él se leía:

La Casa de Ninguna Parte

Como Momo no sabía leer demasiado aprisa, los dos grandes batientes ya estaban cerrándose cuando acababa de deletrearlo. Tuvo el tiempo justo para pasar, antes de que los batientes se cerraran tras ella con un suave trueno.

Se hallaba ahora en un pasillo alto, muy largo. A izquierda y derecha había, a tramos regulares, hombres y mujeres de piedra, desnudos, que parecían soportar el techo. Aquí no se notaba la misteriosa corriente contraria.

Momo siguió a la tortuga a través del largo pasillo. En el extremo, el animal se paró ante una puertecita, justo lo suficientemente grande como para que Momo pudiese pasar por ella agachada.

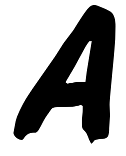
«Hemos llegado» ponía en el caparazón de la tortuga.

Momo se agachó y vio, justo delante de su nariz, un cartelito en la pequeña puerta:

Maestro Segundo Minucio Hora

Momo inspiró profundamente y giró, decidida, el pomo de la puertecita. Cuando se abrió, se pudo oír un tictac y un ronquido y un susurro y un repiqueteo musical, a muchas voces. La niña siguió a la tortuga y la puertecita se cerró tras ellas.

Cuando los malos tratan de hacer de lo malo lo mejor…



la luz cenicienta de interminables pasillos, los agentes de la caja de ahorros de tiempo corrían y se susurraban unos a otros, excitados, la última noticia: todos los señores del consejo de administración se habían reunido en una sesión extraordinaria.

Eso sólo podía significar que se avecinaba un gran peligro, deducían unos. Eso sólo podía querer decir que se habían planteado posibilidades nuevas, desconocidas, de ganar tiempo, concluían otros.

En la gran sala de sesiones estaban reunidos los señores grises del consejo de administración. Estaban sentados, uno al lado de otro, alrededor de una mesa casi interminable. Cada uno de ellos llevaba, como siempre, su cartera gris plomo y cada uno fumaba su pequeño cigarro gris. Sólo se habían quitado los bombines, por lo que se veía que todos eran totalmente calvos.

El ambiente, en la medida en que entre esos hombres se puede hablar de ambiente, era bastante pesado.

El presidente, en la cabecera de la larga mesa, se levantó. Se acabaron los murmullos y dos filas interminables de caras grises se volvieron hacia él.

—Señores —comenzó—, la situación es seria. Me veo obligado a ponerlos a todos en conocimiento de los hechos amargos, pero irremediables.

»Durante la caza de Momo hemos empleado a casi todos nuestros agentes disponibles. En total, la persecución duró seis horas, trece minutos y ocho segundos. Mientras tanto, todos los agentes participantes tuvieron que abandonar, necesariamente, su razón de ser, es decir, aportar tiempo. A esa pérdida hay que añadir el tiempo consumido por nuestros agentes durante la búsqueda. De esos dos puntos negativos resulta una pérdida de tiempo calculada muy exactamente en tres mil setecientos treinta y ocho millones doscientos cincuenta y nueve mil ciento catorce

segundos.

»Señores, eso es más que toda una vida humana. Creo que no hace falta que explique lo que ello significa para nosotros.

Se interrumpió y señaló con gesto majestuoso hacia una gran puerta de acero con numerosos cerrojos y combinaciones en la pared frontal de la sala.

—Nuestros almacenes de tiempo, señores —dijo, alzando la voz—, no son inagotables. ¡Si la persecución, por lo menos, hubiera sido fructuosa! Pero se trata de tiempo perdido con toda inutilidad. La niña Momo se nos ha escapado.

»Señores, no puede volver a pasar por segunda vez un asunto de esta índole. Me opondré con todas mis fuerzas a cualquier otra empresa de proporciones tan costosas. Tenemos que ahorrar, señores, no malversar. Por eso les ruego que hagan todos los planes futuros en este sentido. No tengo más que decir. Muchas gracias.

Se sentó y expelió densas nubes de humo. Recorrieron la sala unos excitados murmullos.

Al otro extremo de la mesa se levantó un segundo orador, y todas las caras se volvieron a él.

—Señores —dijo—, a todos nos importa por igual el buen funcionamiento de nuestra caja de ahorros de tiempo. Pero me parece totalmente innecesario que nos intranquilicemos por este asunto o tratemos de convertirlo en una especie de catástrofe. Nada es menos cierto. Todos sabemos que nuestros almacenes de tiempo albergan ya tal cantidad de reservas, que incluso un múltiplo de la pérdida de la que se trata no nos pondría en peligro serio. ¿Qué es una vida humana? ¡Una pequeñez!

»No obstante, estoy de acuerdo con nuestro presidente en que no debería repetirse un asunto así. Pero un suceso como el ocurrido con la niña Momo es totalmente irrepetible. Nunca antes ha ocurrido nada parecido y es altamente improbable que vuelva a ocurrir.

»El señor presidente ha censurado, con razón, que la niña Momo se nos haya escapado. Pero ¿qué otra cosa queríamos, sino deshacernos de la niña? Y eso lo hemos conseguido. La niña ha desaparecido, ha huido del alcance del tiempo. Nos hemos librado de ella, creo que podemos estar satisfechos con este resultado.

El orador se sentó, sonriendo con autosuficiencia. Desde algunos lados se oyeron débiles aplausos.

Entonces se levantó un tercer orador de en medio de la larga mesa.

—Seré breve —comenzó—. Considero irresponsables las palabras tranquilizadoras que acabamos de oír. Esa niña no es una niña corriente. Todos sabemos que dispone de facultades que pueden llegar a ser muy peligrosas para

nosotros. El que el suceso no haya ocurrido antes de ahora no significa que no pueda repetirse. Debemos estar vigilantes. No podemos darnos por satisfechos antes de tener a esa niña realmente en nuestro poder. Sólo así podremos estar seguros de que no nos volverá a dañar. Porque si ha abandonado el alcance del tiempo, puede volver a él en cualquier momento. ¡Y volverá!

Se sentó. Los demás señores del consejo de administración agacharon la cabeza y quedaron encogidos.

—Señores —tomó la palabra un cuarto orador, sentado enfrente del que había hablado antes—, espero que me perdonen, pero debo decirlo con toda claridad: nos estamos yendo por las ramas. Tenemos que enfrentarnos al hecho de que una potencia extraña se ha inmiscuido en nuestros asuntos. He calculado con exactitud todas las posibilidades. La probabilidad de que un ser humano pueda abandonar vivo y por sus propias fuerzas el alcance del tiempo es, exactamente de uno a cuarenta y dos millones. Dicho de otro modo: es prácticamente imposible.

Un murmullo expectante recorrió las filas de los miembros del consejo de administración.

—Todo apunta —prosiguió el orador, cuando los murmullos se hubieron acallado— a que la niña Momo ha sido ayudada a escapar de nuestra detención. Todos saben de quién estoy hablando. Se trata de aquel maestro Hora.

Al oír este nombre, la mayor parte de los hombres grises se encogieron como si los hubieran pegado, otros se levantaron y empezaron a gritar, a la vez, como energúmenos.

—¡Por favor, señores! —gritó el cuarto orador con los brazos extendidos—. Les ruego encarecidamente que se dominen. Sé perfectamente, como todos ustedes, que la mención de ese nombre no es del todo decente. Yo mismo he tenido que vencerme, pero tenemos que ver las cosas con claridad. Si aquél… *Alguien* ha ayudado a Momo, tendrá sus razones. Y esas razones, me parece evidente, están dirigidas contra nosotros. En resumen, señores: tenemos que prever que aquel *Alguien* no devolverá simplemente a la niña, sino que la armará contra nosotros. Entonces se nos convertirá en un peligro mortal. Lo que significa que no sólo debemos estar dispuestos a sacrificar el tiempo de una vida humana una vez más, o un múltiplo de ello; no, señores, si es necesario tenemos que estar dispuestos a arriesgarlo todo, repito, todo. Porque en ese caso cualquier ahorro podría costarnos muy caro. Creo que entienden a qué me refiero.

La excitación creció entre los hombres grises, todos hablaban a la vez. Un quinto orador se puso de pie encima de su silla y agitó vehementemente las manos.

—¡Orden! ¡Orden! —gritaba—. El orador anterior se limita, lamentablemente, a insinuar toda clase de eventualidades catastróficas. Pero parece ser que ni él mismo sabe qué hacer contra ellas. Dice que debemos estar preparados para cualquier sacrificio: ¡Está bien! Debemos estar decididos a todo: ¡Está bien! No debemos ser demasiado tacaños con nuestras reservas: ¡Está bien! Pero todo eso no son más que palabras vacías. Que nos diga qué podemos hacer. Nadie de entre nosotros sabe cómo armará *Alguien* a la niña Momo. Nos enfrentamos a un peligro totalmente desconocido. ¡Ése es el problema que hay que resolver!

El ruido imperante en la sala creció hasta ser tumultuoso. Todos chillaban a la vez, algunos daban puñetazos en la mesa, otros se escondían la cara entre las manos. Había estallado el pánico.

Con muchas dificultades pudo hacerse oír un sexto orador.

—¡Pero, señores! —repetía una y otra vez, apaciguador, hasta que se hizo el silencio—. ¡Pero, señores! Debo rogarles, encarecidamente, que mantengan la calma. Eso es lo más importante, ahora. Supongamos que la niña Momo vuelve armada con lo que sea de aquel *Alguien*; no tenemos que enfrentarnos personalmente al combate. Nosotros no estamos demasiado bien preparados para ese enfrentamiento, como lo prueba el triste destino del agente BLW/553/c, actualmente disuelto. Pero tampoco es necesario. Tenemos ayudantes más que suficientes entre los hombres. Si usamos a éstos de modo discreto, señores, podemos eliminar a la niña Momo, y el peligro que significa, sin arriesgarnos personalmente. Actuar así resultaría ahorrativo, no supondría ningún peligro para nosotros y resultaría, a todas luces, efectivo.

Los miembros del consejo de administración dieron un suspiro de alivio. Esta propuesta les parecía clara. Posiblemente hubiera sido aceptada de inmediato, si en el extremo superior de la mesa no hubiera tomado la palabra un séptimo orador.

—Señores —comenzó—, estamos pensando todo el rato en cómo librarnos de la niña Momo. Confesémoslo: el miedo nos impulsa a ello. Pero el miedo es mal consejero. Porque creo que nos estamos dejando escapar una gran oportunidad. ¿No hay un refrán que dice que al que no se puede vencer conviene hacerlo amigo? ¿Por qué no intentamos poner a la niña Momo de nuestro bando?

—¡Oíd, oíd! —gritaron algunas voces—. Explíquese mejor.

—Es evidente —prosiguió el orador— que esa niña ha encontrado, efectivamente, el camino que conduce hacia *Alguien*, el mismo camino que nosotros hemos buscado en vano desde el principio. Seguro que la niña sabría recorrer en cualquier ocasión el mismo camino, así que podría guiarnos. Entonces nosotros podríamos discutir con *Alguien*. Estoy seguro de que pronto nos arreglaríamos con él. Y una vez puestos en

su lugar, ya no tendríamos que reunir penosamente horas, minutos, segundos, sino que, de un solo golpe, seríamos dueños de todo el tiempo de todos los hombres. Y quien posee el tiempo de los hombres tiene un poder ilimitado. Para eso podría ayudarnos la niña Momo, a quien todos ustedes quieren eliminar.

Por la sala se había extendido un silencio total.

—Pero usted sabe —gritó uno— que no se le puede mentir a la niña Momo. ¡Acuérdese del agente BLW/553/c! A cualquiera de nosotros le ocurriría lo mismo.

—¿Quien ha hablado de mentir? —contestó el orador—. Claro que a ella le explicaríamos, abiertamente, nuestro plan.

—Pero ella nunca nos ayudaría —gritó otro, gesticulando—. Es totalmente impensable.

—Yo no estaría tan seguro —se mezcló en el debate un noveno orador—. Sólo que tendríamos que ofrecerle algo que le resultara valioso. Pienso, por ejemplo, en prometerle tanto tiempo como quiera…

—Promesa que —interrumpió otro—, naturalmente no cumpliríamos.

—Naturalmente que sí —replicó el noveno orador, sonriendo glacialmente—. Porque si no somos honrados con ella, ella lo oiría.

—¡No! ¡No! —gritó el presidente, golpeando la mesa—. No puedo permitirlo. Si efectivamente le damos tanto tiempo como quiera, nos costaría una fortuna.

—No lo creo —le apaciguó el orador—. ¿Cuánto tiempo puede gastar un niño? Es cierto que sería una pequeña pérdida constante, pero piense en lo que obtendríamos a cambio. ¡El tiempo de todos los hombres! La pequeña parte que Momo gastaría de él tendríamos que anotarla en concepto de dietas en la cuenta de gastos. Piensen en las enormes ventajas, señores.

El orador se sentó, y todos pensaron en las ventajas.

—No obstante —dijo finalmente el sexto orador—, no funciona.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que la niña, desgraciadamente, ya tiene tanto tiempo como quiere. Es inútil tratar de sobornarla con algo que tiene ya en abundancia.

—Entonces tendremos que quitárselo antes —replicó el noveno orador.

—Mi querido amigo —dijo, cansino, el presidente—, estamos dándole vueltas. No podemos llegar hasta la niña. Éste es, precisamente, el problema.

Un suspiro de decepción recorrió las largas filas de los miembros del consejo de administración.

—Tengo una sugerencia —dijo un décimo orador—. ¿Con su permiso?

—Tiene usted la palabra —dijo el presidente.

El hombre hizo una pequeña reverencia hacia el presidente y continuó:

—Esa niñita depende de sus amigos. Le gusta regalar su tiempo a los demás. Pero pensemos, por un momento, qué ocurriría si ya no hubiese nadie con quien pudiera compartir su tiempo. Como la niña no apoyará voluntariamente nuestros planes, tomaremos a sus amigos como rehenes.

Sacó una carpeta de su cartera y la abrió:

—Se trata, sobre todo, de un tal Beppo Barrendero y un Gigi Cicerone. Y además hay una lista algo más larga de niños que la visitan con regularidad. Como ven, señores, nada demasiado importante.

»Nos limitaremos a apartar de ella a todas esas personas, de modo que ya no pueda encontrarlas. Entonces la niña Momo estará completamente sola. ¿De qué le servirá entonces el tiempo? Será una carga, incluso una maldición. A la corta o a la larga ya no lo soportará. Y entonces, señores, en ese momento nos presentaremos nosotros e impondremos nuestras condiciones. Me apuesto mil años contra una décima de segundo a que nos enseñará el camino en cuestión sólo para poder volver a ver a sus amigos.

Los hombres grises, que un ratito antes tenían un aspecto tan decaído, levantaron las cabezas. En sus labios había una delgada sonrisa de triunfo. Aplaudieron, y el ruido se repetía en los interminables pasillos de tal manera que parecía un alud de piedras.

Momo llega al lugar de donde viene el tiempo

omo se hallaba en la mayor sala que jamás hubiera visto.

Era más alta que la más extensa de las iglesias y más amplia que la mayor de las estaciones de ferrocarril. Inmensas columnas soportaban un techo que se adivinaba más que se veía allí arriba, en la semioscuridad. No había ventanas. La luz dorada que tramaba toda esa inconmensurable sala provenía de incontables velas que ardían por todos lados y cuyas llamas quemaban con tal inmovilidad como si hubieran estado pintadas de colores y no necesitaran consumir cera para arder.

Todos los ruidos que Momo había oído al entrar provenían de innumerables relojes de todos los tamaños y formas. Estaban de pie y tendidos sobre largas mesas, en vitrinas de cristal, en consolas doradas y en interminables estantes.

Había relojes de bolsillo incrustados de pedrería, vulgares despertadores de hojalata, relojes de arena, carillones con figuritas de bailarines encima, relojes de sol, relojes de madera, de piedra, de cristal y relojes impulsados por un salto de agua cantarín. De las paredes colgaban toda clase de relojes de cuco y otros con pesas y péndulos, algunos de los cuales oscilaban lenta y majestuosamente y otros que bailaban agitados de un lado a otro. A la altura del primer piso había, por toda la sala, una galería, a la que conducía una escalera de caracol. Más arriba, otra galería, encima otra y otra. Y en todos lados había relojes. Relojes mundiales en forma de globo terráqueo, que indicaban la hora de todos los puntos de la Tierra, y planetarios, grandes y pequeños, con el sol, la luna y las estrellas. En el centro de la sala se alzaba todo un bosque de relojes de pie.

Continuamente estaba sonando la hora en uno u otro reloj, porque cada reloj marcaba una hora diferente.

Pero no era un ruido desagradable, sino un susurro constante, como en un bosque, en verano.

Momo daba vueltas y miraba, con grandes ojos, todas esas rarezas. Precisamente estaba ante un reloj de pared, muy decorado, en el que dos figuritas, una de hombre y otra de mujer, se daban la mano para el baile. Iba a darles un golpecito con el dedo, para ver si así se movían, cuando de repente oyó decir a una voz desconocida:

—¡Ah, Casiopea! ¿Ya estás aquí? ¿Es que no me has traído a la pequeña Momo?

La niña se volvió y vio, en un callejón entre los grandes relojes de pie, a un delicado anciano de pelo plateado que se agachaba y miraba a la tortuga que estaba en el suelo delante de él. Llevaba una larga casaca bordada de plata, calzones de seda azul, medias blancas y zapatos con grandes hebillas de oro. Por los puños y el cuello sobresalían de la casaca unas puntillas, y su pelo plateado estaba trenzado en una pequeña coleta. Momo no había visto nunca un traje así, pero alguien menos ignorante habría descubierto en seguida que se trataba de la moda de hacía doscientos años.

—¿Qué dices? —prosiguió el anciano, dirigiéndose todavía a la tortuga—. ¿Ya está aquí? ¿Dónde está, pues?

Sacó del bolsillo unas gafitas, parecidas a las que llevaba Beppo, sólo que éstas eran de oro, y miró a su alrededor, buscando.

—¡Estoy aquí! —gritó Momo.

El anciano se dirigió hacia ella con una alegre sonrisa y las manos extendidas. Mientras se acercaba, le pareció a Momo que a cada paso se volvía más joven. Cuando se paró ante ella, le tomó las dos manos y se las estrechó cordialmente, apenas parecía mayor que la propia Momo.

—¡Bienvenida! —exclamó, con alegría—. ¡Cordialmente bienvenida a la casa de Ninguna Parte! Permíteme, pequeña Momo, que me presente. Soy el maestro Hora, Segundo Minucio Hora.

—¿De veras que me esperabas? —preguntó Momo, sorprendida.

—¡Pues claro! Si he enviado especialmente a mi tortuga Casiopea para que te recogiera.

Sacó de su chaleco un pequeño reloj de bolsillo, incrustado de diamantes, y levantó la tapa.

—Incluso has llegado muy puntual —comentó, mientras le enseñaba el reloj.

Momo vio que en la esfera no había ni cifras ni manecillas, sino sólo dos finas espirales superpuestas que giraban en direcciones contrarias. En los lugares donde se cruzaban las rayas aparecían de vez en cuando minúsculos puntos luminosos.

—Esto —dijo el maestro Hora— es un reloj de horas astrosas. Muestra con gran precisión las horas astrosas, y ahora acaba de comenzar una.

—¿Qué es una hora astrosa? —preguntó Momo.

—En el curso del mundo hay de vez en cuando momentos —explicó el maestro Hora— en que las cosas y los seres, hasta lo alto de los astros, colaboran de un modo muy especial, de modo que puede ocurrir algo que no habría sido posible ni antes ni después. Por desgracia, los hombres no son demasiado afortunados al usarlas, de modo que las horas astrosas pasan, muchas veces, sin que nadie se dé cuenta. Pero si hay alguien que la reconoce, pasan grandes cosas en el mundo.

—Puede ser —opinó Momo— que para ello se necesite un reloj así.

El maestro Hora negó, sonriente, con la cabeza:

—El reloj solo no serviría de nada. También habría que saber leerlo.

Volvió a cerrarlo y se lo guardó en el bolsillo del chaleco. Cuando vio la sorprendida mirada de Momo al estudiar su traje, se miró pensativamente, arrugó la frente y dijo:

—¡Oh! Creo que yo sí me he retrasado un poco; en cuanto a la moda, quiero decir. ¡Qué distracción! Lo arreglaré en seguida.

Chasqueó los dedos, y al instante apareció vestido con una levita y un duro alzacuellos.

—¿Está mejor así? —preguntó, dudoso. Pero al ver la cara atónita de Momo continuó en seguida—. ¡Claro que no! ¡En qué estaría pensando!

Volvió a chasquear los dedos y apareció con un traje como ni Momo ni nadie lo había visto jamás, porque era la moda de dentro de cien años.

—¿Tampoco? —preguntó a Momo—. Por Orión, que he de descubrirlo. Espera, lo intentaré otra vez.

Chasqueó los dedos por tercera vez y por fin apareció con un traje normal, como se lleva hoy.

—Así está bien, ¿verdad? —preguntó, mientras guiñaba un ojo—. Sólo espero que no te hayas asustado. No era más que una pequeña broma. Pero, antes que nada, te conduciré a la mesa, querida Momo. El desayuno está servido. Has hecho un largo camino y espero que te gustará.

La tomó de la mano y la condujo al centro del bosque de relojes. La tortuga los siguió y quedó un tanto rezagada. La senda daba toda clase de vueltas y revueltas y condujo, por fin, a una pequeña habitación formada por las paredes posteriores de unos cuantos relojes enormes. En un rincón había una mesita y un lindo sofá, con las sillas adecuadas. También aquí, todo estaba iluminado por la luz dorada de las llamas

inmóviles de las velas.

Sobre la mesita había una jarra dorada, panzona, dos tacitas, platos, cucharillas y cuchillos, todo de oro puro. En una cestita había panecillos frescos, tostaditos y crujientes, y en otra había miel, que realmente parecía oro líquido. De la jarra, el maestro Hora vertió chocolate en las dos tacitas y dijo, con gesto invitador:

—¡Por favor, mi pequeño huésped, sírvete!

Momo no se lo hizo repetir. Hasta entonces nunca había sabido que existiera chocolate que se pudiera beber. También los panecillos untados de mantequilla y miel se contaban entre las cosas más deliciosas de la vida. Y nunca se había encontrado con una miel tan deliciosa como ésta. De ello resulta que, al principio, estaba totalmente ocupada en su desayuno y comía a dos carrillos, sin pensar en otra cosa. Lo más sorprendente es que con esa comida iba abandonando todo el cansancio, se volvía a sentir descansada, aunque no había pegado ojo en toda la noche. Cuanto más comía, más le gustaba. Le parecía que podría seguir comiendo días y días.

El maestro Hora la miraba con amabilidad y tuvo el suficiente tacto como para no interrumpirla con conversaciones el primer rato. Entendía que su huésped tenía que saciar el hambre de muchos años. Puede que ésta fuera la razón de que, mientras la miraba, parecía, de nuevo, más y más viejo, hasta volver a ser el anciano de cabellos canosos. Cuando se dio cuenta de que Momo no se las arreglaba demasiado bien con el cuchillo, le fue untando los panecillos y se los dejaba en el plato. Él mismo apenas comía, si lo hacía era más que nada para acompañar.

Pero finalmente Momo quedó ahíta. Mientras se acababa su chocolate, miró con atención a su anfitrión por encima de la tacita dorada y se preguntaba quién y qué podría ser. Ya se había dado cuenta de que no era nadie cualquiera, pero hasta ahora no sabía de él nada más que su nombre.

—¿Por qué —preguntó— me has hecho buscar por la tortuga?

—Para protegerte de los hombres grises —contestó serio, el maestro Hora—. Te están buscando por todas partes y sólo aquí estás a salvo de ellos.

—¿Me quieren hacer daño? —preguntó Momo, asustada.

—Sí, querida —suspiró el maestro Hora—, bien se puede decir.

—¿Por qué? —preguntó Momo.

—Te temen —explicó el maestro Hora—, porque les has hecho lo peor que existe para ellos.

—Yo no les he hecho nada —dijo Momo.

—Sí. Tú has hecho que uno de ellos se traicionara. Y se lo has contado a tus amigos. Incluso les querías decir a todos la verdad acerca de los hombres grises.

¿Crees que eso no basta para convertirlos en tus enemigos mortales?

—Pero hemos atravesado la ciudad, la tortuga y yo —dijo Momo—. Si me buscaban por todas partes podrían haberme encontrado con mucha facilidad. Y hemos ido muy poquito a poco.

El maestro Hora se puso la tortuga, que se había acurrucado a sus pies, sobre las rodillas y le acarició el cuello.

—¿Tú qué dices, Casiopea? —preguntó, sonriendo—. ¿Os habrían encontrado?

Sobre el caparazón apareció la palabra «Nunca», que brillaba con tal alegría, que se creería escuchar una risita.

—Casiopea —explicó el maestro Hora— tiene la facultad de ver un poquito el futuro. Cosa de media hora.

«Exacto», apareció en el caparazón.

—Perdón —se corrigió el maestro Hora—, exactamente media hora. Sabe siempre con media hora de antelación qué es lo que ocurrirá con exactitud. Por eso también sabía si se encontraría, o no, con los hombres grises.

—¡Ah! —dijo Momo sorprendida—. Y si sabe que aquí o allá se encontrará con los hombres grises, no tiene más que tomar otro camino.

—No —replicó el maestro Hora—, no es tan sencillo. No puede cambiar nada de lo que sabe con antelación, porque sólo sabe lo que realmente ocurrirá. Si supiera que aquí o allí se encuentra con los hombres grises, se los encontraría. No puede cambiar nada.

—Eso no lo entiendo —dijo Momo, un tanto decepcionada—, entonces no le sirve de nada saber algo por adelantado.

—A veces sí —contestó el maestro Hora—. En tu caso, por ejemplo, sabía que si tomaba este o aquel camino, no se encontraría con los hombres grises. Y eso ya vale algo, ¿no?

Momo calló. Sus pensamientos se embrollaban como en un ovillo.

—Pero volviendo a ti y a tus amigos —prosiguió el maestro Hora—, tengo que felicitaros. Vuestras pancartas me impresionaron mucho.

—¿Acaso las has visto? —preguntó Momo, contenta.

—Todas —dijo el maestro Hora—, palabra por palabra.

—Por desgracia —siguió Momo— no las ha leído nadie más, según parece.

El maestro Hora asintió triste:

—Sí, por desgracia. De eso se ocuparon los hombres grises.

—¿Los conoces? —inquirió Momo.

El maestro Hora volvió a asentir y a suspirar:

—Yo los conozco a ellos y ellos me conocen a mí.

Momo no sabía bien cómo entender esta respuesta.

—¿Has estado muchas veces con ellos?

—No, nunca. Nunca abandono la casa de Ninguna Parte.

—Pero ¿los hombres grises te visitan a veces?

El maestro Hora sonrió:

—No te preocupes, pequeña Momo. No pueden llegar hasta aquí. Ni aunque supieran el camino hasta la calle de Jamás.

Momo reflexionó un rato. La explicación del maestro Hora la tranquilizó un tanto, pero todavía quería saber algunas cosas más.

—¿Cómo es que sabes todo eso —preguntó de nuevo— lo de nuestras pancartas y lo de los hombres grises?

—Los observo constantemente, a ellos y todo lo que se refiere a ellos —le explicó el maestro Hora—. De modo que también os observé a ti y a tus amigos.

—Pero si nunca sales de casa.

—No es necesario —dijo el maestro Hora, mientras de nuevo se volvía cada vez más joven—, para eso tengo mis gafas de visión total.

Se quitó las gafas y se las pasó a Momo.

—¿No quieres mirar un poco?

Momo se las puso, pestañeó, y dijo:

—No veo nada de nada.

Porque sólo veía un torbellino de colores, luces y sombras difuminados que le daban mareos.

—Sí —oyó la voz del maestro Hora—, siempre cuesta un poco al principio. En seguida te acostumbrarás a mirar con las gafas de visión total.

Se levantó, se colocó tras la silla de Momo y puso con suavidad ambas manos sobre el puente de las gafas en la nariz de Momo. La imagen se aclaró en seguida.

Al principio, Momo vio el grupo de hombres grises con los tres coches al borde de aquel barrio de extraña luminosidad. En aquel momento estaban empujando los coches hacia atrás.

Después miró más allá y vio otros grupos en las calles de la ciudad que hablaban, agitados, entre sí, gesticulando ampliamente con las manos y que se parecían transmitir una noticia.

—Están hablando de ti —dijo el maestro Hora—. No pueden explicarse todavía cómo puedes haberte escapado.

—¿Por qué tienen la cara tan gris? —preguntó Momo, mientras seguía mirando.

—Porque viven de algo muerto —contestó el maestro Hora—. Tú sabes que viven del tiempo de los hombres. Pero ese tiempo muere literalmente cuando se lo arrancan a su verdadero propietario. Porque cada hombre tiene *su propio tiempo*. Y sólo mientras siga siendo suyo se mantiene vivo.

—Así, pues, ¿los hombres grises no son hombres de verdad?

—No. Sólo han adoptado forma humana.

—¿Qué son entonces?

—En realidad no son nada.

—¿De dónde vienen?

—Nacen porque los hombres les dan posibilidad de nacer. Con eso basta para que existan. Y ahora los hombres les dan, encima, la posibilidad de dominarlos. Y también eso basta para que ocurra.

—¿Y si no pudieran robar más tiempo?

—Tendrían que volver a la nada de la que han nacido.

El maestro Hora le quitó a Momo las gafas y se las guardó.

—Pero, por desgracia, ya tienen muchos ayudantes entre los hombres —continuó al acabo de un ratito—. Eso es lo peor.

—Yo —dijo Momo, decidida— no dejaré que nadie me robe mi tiempo.

—Así lo espero —contestó el maestro Hora—. Ven, Momo, te enseñaré mi colección.

De repente volvía a parecer un anciano.

Tomó a Momo de la mano y la llevó a la gran sala. Allí le mostró sus relojes, hizo sonar los carillones, le explicó los planetarios y fue rejuveneciendo a la vista de la alegría que mostraba la niña ante todas esas maravillas.

—¿Te gustan los acertijos? —le preguntó, como quien no quiere la cosa, mientras seguía su camino.

—¡Sí! ¡Mucho! —contestó Momo—. ¿Sabes alguno?

—Sí —dijo el maestro Hora, mirando sonriente a Momo—, pero es muy difícil. Muy pocos saben resolverlo.

—Eso está bien —dijo Momo—, así me lo aprenderé más tarde y se lo repetiré a mis amigos.

—A ver si lo adivinas —contestó el maestro Hora—. Atiende:

Tres hermanos viven en una casa:
son de veras diferentes;
si quieres distinguirlos,

los tres se parecen.
El primero no está: ha de venir.
El segundo no está: ya se fue.
Sólo está el tercero, menor de todos;
sin él, no existirían los otros.
Aun así, el tercero sólo existe porque
en el segundo se convierte el primero.
Si quieres mirarlo
no ves más que otro de sus hermanos.
Dime pues: ¿los tres son uno?,
¿o sólo dos?, ¿o ninguno?
Si sabes cómo se llaman
reconocerás tres soberanos.
Juntos reinan en un país
que ellos son. En eso son iguales.

El maestro Hora miró a Momo y agitó la cabeza, dándole ánimos. Había escuchado con mucha atención. Como tenía muy buena memoria, repitió el acertijo palabra por palabra.

—¡Uy! —exclamó entonces—. Sí que es difícil. No tengo ni idea de lo que podría ser. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¡Inténtalo! —dijo el maestro Hora.

Momo volvió a murmurar el acertijo desde el principio hasta el fin. Entonces movió la cabeza.

—No puedo —se resignó.

Mientras tanto se había acercado la tortuga. Estaba al lado del maestro Hora y miraba atentamente a Momo.

—Y bien, Casiopea —le preguntó el maestro Hora—, tú lo sabes todo media hora antes. ¿Sabrá Momo resolver el acertijo?

«Sabrá» apareció en el caparazón de Casiopea.

—¡Lo ves! —le dijo el maestro Hora a Momo—. Lo resolverás. Casiopea no se equivoca nunca.

Momo arrugó la frente y volvió a pensar esforzadamente. ¿Qué tres hermanos había que vivieran juntos en una casa? Estaba claro que no se trataba de hombres. En los acertijos, los hermanos siempre eran semillas de manzana o dientes, o cosas así, pero siempre cosas de la misma especie. Pero aquí se trataba de tres hermanos que, de

alguna manera, se convertían el uno en el otro. ¿Qué cosas había que se convirtieran la una en la otra? Momo miró alrededor. Allí había, por ejemplo, las velas con sus llamas inmóviles. En ellas, la cera se transformaba en luz a través de la llama. Sí, eso eran tres hermanos. Pero no, no valía, porque los tres estaban allí. Y dos de ellos *no* debían estar. Quizá podía ser algo así como flor, fruto y semilla. Era verdad, había muchas cosas que concordaban. La semilla era el menor de los tres. Y cuando ella estaba, los otros dos no estaban. Y sin ella no existirían los otros. Pero no valía. Porque a la semilla se la podía mirar perfectamente bien. Y el acertijo decía que, de querer mirar al menor, sólo se veía alguno de los otros dos.

Los pensamientos de Momo revoloteaban locos. No encontraba la menor pista. Pero Casiopea había dicho que encontraría la solución. De modo que volvió a empezar por el principio y repitió lentamente las palabras del acertijo.

Cuando llegó al lugar que decía: «El primero *no* está: ha de venir…» vio que la tortuga le guiñaba un ojo. Sobre su caparazón aparecieron las palabras «Lo que sé», para desaparecer de nuevo al instante.

—¡Calla, Casiopea! —dijo sonriente el maestro Hora, que no la había mirado—. No se lo soples. Momo sabe hacerlo sola.

Claro que Momo había visto las palabras en el caparazón de la tortuga, y empezó a pensar qué querían decir. ¿Qué era lo que sabía Casiopea? Sabía que Momo resolvería el acertijo. Pero eso no resolvía nada.

¿Qué más sabía? Siempre sabía qué iba a ocurrir. Sabía…

—¡El futuro! —gritó Momo—. El primero *no* está: ha de venir… Es el futuro.

El maestro Hora asintió.

—Y el segundo —prosiguió Momo— *no* está: ya se fue… Es el pasado.

El maestro Hora asintió y sonrió encantado.

—Pero ahora —dijo Momo pensativa—, ahora se vuelve difícil. ¿Quién es el tercero? Es el menor de todos, sin él no existirían los otros, dice. Pero es el único que está.

Reflexionó y exclamó de repente:

—¡Es ahora! ¡Este instante! El pasado son los instantes que ya han sido y el futuro son los que han de venir. Así que los dos no existirían si no hubiera presente. Eso es verdad.

A Momo empezaban a encendérsele las mejillas por el esfuerzo. Continuó:

—¿Pero qué significa lo que viene ahora? «Aun así, el tercero sólo existe porque en el segundo se convierte el primero…». Eso quiere decir que el presente sólo existe porque el futuro se convierte en pasado.

Miró, sorprendida, al maestro Hora.

—¡Es verdad! Nunca se me había ocurrido. Pero entonces, en realidad, no existe el instante, sólo el pasado o el futuro. Porque ahora, por ejemplo, este instante… cuando hablo de él ya ha pasado. Ahora entiendo lo que quiere decir: «Si quieres mirarlo, no ves más que otro de sus hermanos». Y ahora entiendo también lo demás, porque se puede pensar que sólo existe uno de los tres hermanos: o el presente, o el futuro o el pasado. O ninguno, porque cada uno de ellos debe su existencia a la de los demás. Se le revuelve a uno la cabeza.

—Pero el acertijo no ha terminado todavía —dijo el maestro Hora—. ¿Cuál es el país en que los tres reinan juntos y que ellos mismos son?

Momo le miró perpleja. ¿Qué podría ser eso? ¿Qué eran juntos, el pasado, el presente y el futuro?

Paseó la vista por la inmensa sala, a lo largo de los millares de relojes, y de repente cruzó sus ojos un relámpago.

—¡El tiempo! —exclamó, mientras batía palmas—. ¡Sí, es el tiempo! ¡Es el tiempo!

—Dime todavía cuál es la casa en la que viven los tres hermanos —le exigió el maestro Hora.

—Es el mundo —contestó Momo.

—¡Bravo! —exclamó el maestro Hora, mientras también daba palmadas—. Te felicito, Momo. Tú sí que sabes resolver acertijos. Me has dado una gran alegría.

—A mí también —contestó Momo, que se sorprendía un poco de por qué le daba tanta alegría al maestro Hora el que ella supiera resolver el acertijo.

Siguieron paseando por la gran sala y el maestro Hora le fue enseñando más cosas todavía, pero Momo todavía estaba pensando en el acertijo.

—Dime —dijo al final—, ¿qué es el tiempo, de verdad?

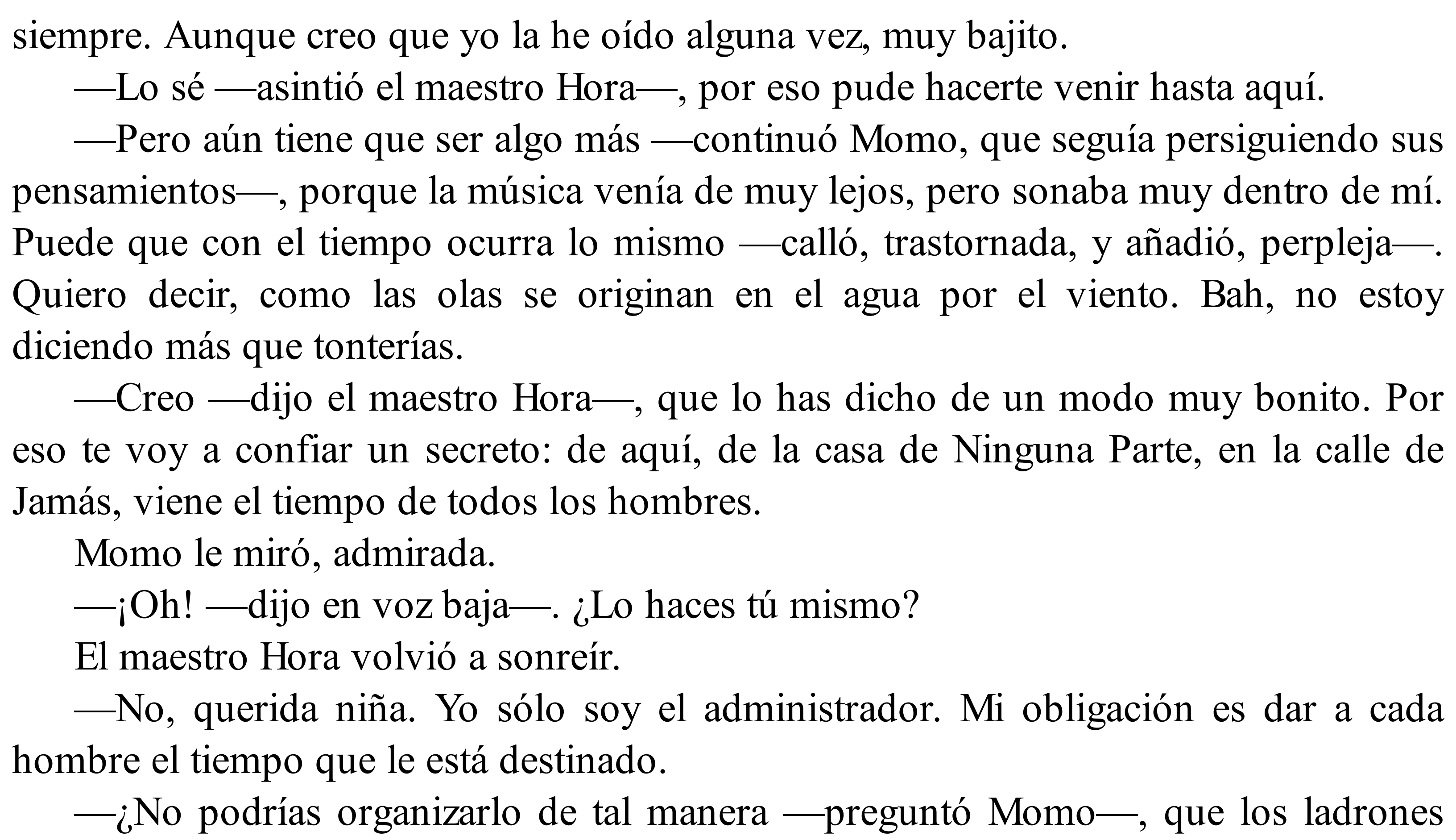
—Si acabas de descubrirlo tú misma —le contestó el maestro Hora.

—No —dijo Momo—, quiero decir el tiempo mismo. Tiene que ser una cosa u otra. Existe. ¿Qué es en realidad?

—Sería bonito —contestó el maestro Hora— que también a esto pudieras contestar tú misma.

Momo reflexionó largo rato.

—Está ahí —dijo, hundida en sus pensamientos—, eso es seguro. Pero no se le puede tocar. Ni retener. ¿Acaso sea algo parecido a un olor? Pero también es algo que siempre pasa. Así que tiene que venir de algún lugar. ¿Acaso es algo así como el viento? O no. Ya lo sé. Quizá sea una especie de música que no se oye porque suena



siempre. Aunque creo que yo la he oído alguna vez, muy bajito.

—Lo sé —asintió el maestro Hora—, por eso pude hacerte venir hasta aquí.

—Pero aún tiene que ser algo más —continuó Momo, que seguía persiguiendo sus pensamientos—, porque la música venía de muy lejos, pero sonaba muy dentro de mí. Puede que con el tiempo ocurra lo mismo —calló, trastornada, y añadió, perpleja—. Quiero decir, como las olas se originan en el agua por el viento. Bah, no estoy diciendo más que tonterías.

—Creo —dijo el maestro Hora—, que lo has dicho de un modo muy bonito. Por eso te voy a confiar un secreto: de aquí, de la casa de Ninguna Parte, en la calle de Jamás, viene el tiempo de todos los hombres.

Momo le miró, admirada.

—¡Oh! —dijo en voz baja—. ¿Lo haces tú mismo?

El maestro Hora volvió a sonreír.

—No, querida niña. Yo sólo soy el administrador. Mi obligación es dar a cada hombre el tiempo que le está destinado.

—¿No podrías organizarlo de tal manera —preguntó Momo—, que los ladrones de tiempo no pudieran robar más a los hombres?

—No, eso no puedo hacerlo —contestó el maestro Hora—, porque lo que los hombres hacen con su tiempo, tienen que decidirlo ellos mismos. También son ellos quienes han de defenderlo. Yo sólo puedo adjudicárselo.

Momo recorrió con la mirada la sala y preguntó:

—Para eso tienes tantos relojes, ¿no? ¿Uno para cada hombre?

—No, Momo —contestó el maestro Hora—. Esos relojes no son más que una afición mía. Sólo son reproducciones muy imperfectas de algo que todo hombre lleva en su pecho. Porque al igual que tenéis ojos para ver la luz, oídos para oír los sonidos, tenéis un corazón para percibir, con él, el tiempo. Y todo el tiempo que no se percibe con el corazón está tan perdido como los colores del arco iris para un ciego o el canto de un pájaro para un sordo. Pero, por desgracia, hay corazones ciegos y sordos que no perciben nada, a pesar de latir.

—¿Y si un día mi corazón dejara de latir? —preguntó Momo.

—Entonces —replicó el maestro Hora—, el tiempo se habrá acabado para ti, mi niña. También se podría decir que eres tú quien vuelve a través del tiempo, a través de todos tus días y noches, tus meses y años. Regresas a través de tu vida hasta llegar al gran portal de plata por el que una vez entraste. Por allí vuelves a salir.

—¿Y qué hay al otro lado?

—Entonces has llegado al lugar de donde procede la música que, muy bajito, ya

has oído alguna vez. Pero entonces tú formas parte de ella, eres un sonido dentro de ella.

Miró, inquisitivo, a Momo.

—Pero eso no podrás entenderlo todavía, ¿verdad?

—Sí —contestó Momo—, creo que sí.

Recordó su camino a través de la calle de Jamás, en la que lo había vivido todo al revés, y preguntó:

—¿Eres tú la muerte?

El maestro Hora sonrió y calló un rato antes de contestar:

—Si los hombres supiesen lo que es la muerte ya no le tendrían miedo. Y si ya no le tuvieran miedo, nadie podría robarles, nunca más, su tiempo de vida.

—No hace falta más que decírselo —propuso Momo.

—¿Tú crees? —preguntó el maestro Hora—. Yo se lo digo con cada hora que les adjudico. Pero creo que no quieren escucharlo. Prefieren creer a aquellos que les dan miedo. Eso también es un enigma.

—Yo no tengo miedo —dijo Momo.

El maestro Hora asintió lentamente. Miró largo rato a Momo para preguntarle:

—¿Quieres ver de dónde procede el tiempo?

—Sí —murmuró.

—Yo te conduciré —dijo el maestro Hora—. Pero en aquel lugar hay que callar. No se puede preguntar ni decir nada. ¿Me lo prometes?

Momo asintió, muda.

El maestro Hora se agachó hacia ella, la levantó y la retuvo fuertemente en sus brazos. De repente le pareció muy grande e indefiniblemente viejo, pero no como un anciano, sino como un árbol centenario o una roca. Le cubrió los ojos con la mano y le pareció que caía sobre su cara nieve levísima y fresca.

A Momo le pareció que el maestro Hora caminaba con ella por un largo pasillo oscuro. Pero se sentía totalmente protegida y no tenía miedo. Al principio creyó oír los latidos de su propio corazón, pero después le pareció que era, más bien, el eco de los pasos del maestro Hora.

Era un largo camino, pero finalmente dejó a Momo en el suelo. Su cara estaba cerca de la de ella, la miró con fijeza y puso un dedo en sus labios. Se enderezó y dio unos pasos atrás.

La rodeaba una penumbra dorada.

Poco a poco, Momo se fue dando cuenta de que se hallaba bajo una cúpula inmensa, totalmente redonda, que le pareció tan grande como todo el firmamento. Y

esa inmensa cúpula era de oro puro.

En el centro, en el punto más alto, había una abertura circular por la que caía, vertical, una columna de luz sobre un estanque igualmente circular, cuya agua negra estaba lisa e inmóvil como un espejo oscuro.

Muy poco por encima del agua titilaba en la columna de luz algo así como una estrella luminosa. Se movía con lentitud majestuosa, y Momo vio un péndulo increíble que oscilaba sobre el espejo oscuro. Flotaba y parecía carecer de peso.

Cuando el péndulo estelar se acercaba lentamente a un extremo del estanque, salía del agua, en aquel punto, un gran capullo floral. Cuanto más se acercaba el péndulo, más se abría, hasta que por fin quedaba totalmente abierto sobre las aguas.

Era una flor de belleza tal, que Momo no la había visto nunca. Parecía componerse solamente de colores luminosos. Momo nunca había sospechado que esos colores siquiera existieran. El péndulo se detuvo un momento sobre la flor y Momo se ensimismó totalmente en su visión, olvidando todo lo demás. El aroma le parecía algo que siempre había deseado sin saber de qué se trataba.

Pero entonces, muy lentamente, el péndulo volvió a oscilar hacia el otro lado. Y mientras, muy poco a poco, se alejaba, Momo vio consternada, que la maravillosa flor comenzaba a marchitarse. Una hoja tras otra caía y se hundía en la negra profundidad. Momo lo sentía con tal dolor, como si desapareciera para siempre de ella algo totalmente irrepetible.

Cuando el péndulo hubo llegado al centro del estanque, la extraordinaria flor había desaparecido del todo. Pero al mismo tiempo comenzaba a salir, al otro lado del estanque, del agua negra, otro capullo. Y mientras el péndulo se acercaba lentamente a él, Momo vio que el capullo que comenzaba a abrirse era mucho más hermoso todavía. La niña dio la vuelta al estanque para verlo de cerca.

Era totalmente diferente a la flor anterior. Tampoco los colores de ésta los había visto jamás Momo, pero le pareció que era todavía más rica y preciosa que la anterior. Tenía un olor completamente diferente, más maravilloso, y cuanto más la miraba Momo, más detalles extraordinarios descubría.

Pero de nuevo volvió el péndulo estelar, y toda esa maravilla se disolvió y se hundió, hoja a hoja, en las inescrutables profundidades del estanque oscuro.

Lentamente, muy lentamente, el péndulo volvió al otro lado, pero no alcanzó exactamente el lugar anterior, sino que había avanzado un corto trecho. Y allí, a un paso del punto anterior, comenzaba a emerger y abrirse nuevamente un capullo.

Esa flor era, realmente, la más hermosa, según le pareció a Momo. Era la flor de las flores, un milagro.

Momo hubiera querido llorar cuando tuvo que ver que también esa perfección comenzaba a marchitarse y a hundirse en las oscuras profundidades. Pero recordó la promesa que le había hecho al maestro Hora, y calló.

También al otro lado había avanzado un paso el péndulo, y de las negras aguas comenzaba a surgir una nueva flor.

Momo se fue dando cuenta de que cada nueva flor era totalmente diferente a la anterior y que la que estaba floreciendo le parecía cada vez la más hermosa.

Paseando todo el rato alrededor del estanque, miraba cómo nacía y se marchitaba una flor tras otra. Y le parecía que nunca se cansaría de este espectáculo. De pronto se dio cuenta de que, además, al mismo tiempo estaba pasando otra cosa, algo que no había notado hasta entonces.

La columna de luz que irradiaba desde el centro de la cúpula no sólo era visible: Momo estaba empezando a oírla.

Al principio era como un susurro, como el que, de lejos, produce el viento en las copas de los árboles, pero después el bramido se hizo más potente, hasta que se pareció al de una catarata o al tronar de las olas del mar contra una costa rocosa.

Y Momo escuchó, cada vez con mayor claridad, que ese estruendo se componía de incontables sonidos que cada vez se ordenaban de nuevo entre sí, se transformaban y formaban cada vez nuevas armonías. Era música y, al mismo tiempo, otra cosa. Y, de pronto, Momo lo reconoció: era la música que a veces oía, muy bajito y como de muy lejos, mientras escuchaba el silencio de la noche estrellada.

Pero ahora, los sonidos se volvían más y más claros y brillantes. Momo intuyó que era esa luz sonora la que hacía nacer de las profundidades del agua negra cada una de las flores de forma cada vez diferente, única e irrepetible.

Cuanto más escuchaba, más claramente podía distinguir voces singulares. Pero no eran voces humanas, sino que sonaba como si cantaran el oro, la plata y todos los demás metales. Y entonces aparecieron como en segundo término voces de índole totalmente diferentes, voces de lejanías impensables y de potencia indescriptible. Se hacían cada vez más claras, de modo que Momo iba entendiendo poco a poco las palabras, palabras de una lengua que nunca había oído y que, no obstante, entendía. Eran el sol y la luna y todos los planetas y las estrellas que revelaban sus propios nombres, los verdaderos. Y en esos nombres estaba decidido lo que hacen y cómo colaboran todos para hacer nacer y marchitarse cada una de esas flores horarias.

Y, de pronto, Momo comprendió que todas esas palabras iban dirigidas a *ella*. Todo el mundo, hasta las más lejanas estrellas, estaba dirigido a ella como una sola cara de tamaño impensable que la miraba y le hablaba.

Y le sobrevino algo más grande que el miedo.

En ese momento vio al maestro Hora, que le hacía señas con la mano. Se lanzó hacia él, que la tomó en sus brazos, y ocultó la cara en su pecho. De nuevo, sus manos se posaron con la lentitud de la nieve sobre sus ojos, se hizo oscuridad y silencio y se sintió protegida. Volvió a recorrer de regreso todo el largo pasillo.

Cuando volvieron a estar en la pequeña habitación entre los relojes, la tendió en el sofá.

—Maestro Hora —murmuró—, nunca pensé que el tiempo de todos los hombres es… —buscó la palabra adecuada, sin encontrarla—… tan grande —dijo por fin.

—Lo que has visto y oído, Momo —respondió el maestro Hora—, no era el tiempo de todos los hombres. Sólo era tu propio tiempo. En cada hombre existe ese lugar, en el que acabas de estar. Pero sólo puede llegar a él quien se deja llevar por mí. Y no se puede ver con ojos corrientes.

—¿Dónde estuve, pues?

—En tu propio corazón —dijo el maestro Hora, y le acarició el revuelto pelo.

—Maestro Hora —volvió a murmurar Momo—, ¿puedo traerte también a mis amigos?

—No —contestó—, no puede ser, todavía.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme contigo?

—Hasta que tú misma quieras volver con tus amigos.

—Pero ¿puedo contarles lo que han dicho las estrellas?

—Puedes, pero no serás capaz.

—¿Por qué no?

—Porque todavía han de crecer en ti las palabras.

—Pero quiero hablarles de eso, a todos. Quiero poder cantarles las voces. Creo que entonces todo volvería a estar bien.

—Si de verdad lo quieres, Momo, tendrás que saber esperar.

—No me importa esperar.

—Esperar, mi niña, como una semilla que duerme toda una vuelta solar en la tierra antes de poder germinar. Tanto tardarán las palabras en crecer en ti. ¿Quieres eso?

—Sí —murmuró Momo.

—Pues duerme —dijo el maestro Hora, pasándole la mano por los ojos—, duerme.

Y Momo tomó aliento, profundamente feliz, y se durmió.



TERCERA PARTE:
Las flores horarias

Allí un día y aquí un año

omo despertó y abrió los ojos.

Tardó un poco en darse cuenta de dónde estaba. Le trastornó un poco encontrarse en las gradas de piedra, cubiertas de hierba, del viejo anfiteatro. ¿No acababa de estar hacía unos momentos en la casa de Ninguna Parte con el maestro Hora? ¿Cómo había venido a parar aquí?

Estaba oscuro y hacía fresco. Sobre el horizonte oriental empezaba a alborear el día. Momo tiritó y se apretó más su chaquetón demasiado grande.

Recordaba con toda claridad todo lo que había vivido, la marcha nocturna a través de la ciudad detrás de la tortuga, el barrio con la luz sorprendente y las casas blancas, relucientes, la calle de Jamás, la sala con los incontrolables relojes, el chocolate y los panecillos con miel, cada una de las palabras de su conversación con el maestro Hora y el acertijo. Pero sobre todo se acordaba de su experiencia bajo la cúpula dorada. No tenía más que cerrar los ojos para volver a ver ante sí la maravilla de color nunca vista de las flores. Y las voces del sol, la luna y las estrellas seguían resonando en su oído con tal claridad que incluso podía canturrear la melodía.

Mientras hacía eso, se formaban en ella las palabras, palabras que realmente expresaban el olor de las flores y los colores nunca vistos. Eran las voces del recuerdo de Momo las que decían esas palabras, pero con el propio recuerdo había ocurrido algo extraordinario. Momo no sólo encontró en él lo que había visto y oído, sino más, y más, y cada vez más. Como de un pozo mágico inagotable surgían mil imágenes de flores horarias. Y con cada flor sonaban nuevas palabras. Momo no tenía más que escuchar con atención hacia adentro para poder repetirlas, incluso cantarlas. Se hablaba de cosas misteriosas y maravillosas, pero mientras Momo repetía las palabras entendía su significado.

Eso es lo que había querido decir el maestro Hora cuando dijo que las palabras tenían que crecer en ella.

¿O es que, al fin, todo había sido un sueño? ¿No había ocurrido nada de verdad?

Mientras Momo pensaba esto vio moverse algo en la plazuela redonda del fondo. Era la tortuga que buscaba, con toda tranquilidad, hierbas comestibles.

Momo descendió a toda prisa hasta ella y se acurrucó en el suelo a su lado. La tortuga sólo levantó la cabeza, miró a la niña con sus ojos negros, antiquísimos, y siguió comiendo tranquilamente.

—Buenos días, tortuga —dijo Momo.

No apareció ninguna respuesta en el caparazón.

—¿Fuiste tú —preguntó Momo— quien me llevó esta noche a casa del maestro Hora?

No hubo respuesta. Momo suspiró, desencantada.

—Lástima —murmuró—. Así que sólo eres una tortuga normal y no la… ¡Ay! He olvidado su nombre. Era un nombre bonito, pero largo y raro. No lo había oído nunca antes.

«Casiopea» relució débilmente, de pronto, en el caparazón de la tortuga. Momo lo descifró, encantada.

—¡Sí! —batió palmas—. ¡Éste era el nombre! ¿Así que sí eres tú? Eres la tortuga del maestro Hora, ¿verdad?

«Quién si no».

—Pero ¿por qué no me contestaste antes?

«Desayuno», se pudo leer en el caparazón.

—¡Perdona! —se disculpó Momo—. No te quería interrumpir. Sólo quisiera saber cómo es que vuelvo a estar aquí.

«Tu deseo», apareció como respuesta.

—Es curioso —murmuró Momo—, no puedo acordarme de eso. Y tú, Casiopea, ¿por qué no te has quedado con el maestro Hora, sino que has venido conmigo?

«Mi deseo», rezaba el caparazón.

—Muchas gracias —dijo Momo—, es muy amable por tu parte.

«De nada», fue la respuesta. Con eso, la conversación parecía haber terminado para la tortuga, porque siguió su camino para proseguir con su desayuno interrumpido.

Momo se sentó sobre las gradas de piedra y se alegró por esperar a Beppo, Gigi y los niños. Volvió a escuchar la música que no dejaba de sonar en su interior. Y aunque estaba sola y nadie la escuchaba, cantó en voz cada vez más alta y con más ánimo las

melodías y palabras, directamente hacia el sol naciente. Y le pareció que los pájaros y los grillos y los árboles e incluso las viejas piedras la escuchaban esta vez.

No sabía que, durante mucho tiempo, no tendría otros oyentes. No podía saber que esperaba en vano a sus amigos, que había estado fuera mucho tiempo y que, mientras tanto, el mundo había cambiado.

Con Gigi Cicerone a los hombres grises les había resultado muy fácil.

La cosa había empezado cuando, hacía cosa de un año, poco después de que Momo hubiera desaparecido sin dejar rastro, apareció en un periódico un largo artículo sobre Gigi. «El último narrador auténtico», afirmaba el titular. Además se decía dónde y cuándo se le podía encontrar y que era una atracción que no se debía pasar por alto.

Como resultado de ello, cada vez venía más gente al viejo anfiteatro para ver y oír a Gigi. Gigi, claro está, no tenía nada que oponer. Como siempre, contaba lo que se le ocurría y después pasaba la gorra, que cada vez quedaba más llena de monedas y billetes. Pronto le contrató una agencia de viajes que le pagaba, además, una buena suma por el derecho de poder enseñarle como un monumento. Los turistas llegaban en autocares, y Gigi tuvo que atenerse pronto a un horario estricto para que todos los que habían pagado por ello pudieran oírle.

Ya entonces comenzó a echar de menos a Momo, porque sus cuentos ya no tenían alas, aunque seguía negándose firmemente a contar dos veces la misma historia, incluso cuando se le ofrecía, por ello, el doble de dinero.

A los pocos meses ya no necesitaba actuar en el viejo anfiteatro y pasar la gorra. Le contrató la radio y después la televisión. Allí contaba ahora sus historias tres veces por semana ante millones de oyentes y ganaba montones de dinero.

Por esa época ya no vivía cerca del viejo anfiteatro, sino en otro barrio, donde vivía toda la gente rica y famosa. Había alquilado una gran casa moderna, situada en medio de un gran parque. Tampoco se llamaba Gigi, sino Girolamo.

Claro que hacía tiempo que había dejado de inventar, como antes, historias nuevas. Ya no tenía tiempo.

Empezó a ser parco en el gasto de sus ocurrencias. De una sola de ellas ahora hacía, a veces, cinco historias diferentes.

Y cuando eso ya no bastó para satisfacer a la demanda siempre creciente, un día hizo algo que nunca debería haber hecho: contó uno de los cuentos que era exclusivamente de Momo.

Aquella historia fue devorada con la misma urgencia que todas las otras y olvidada con la misma rapidez. Se le exigían más historias. Gigi estaba tan aturdido por esa velocidad que, una tras otra, dejó escapar todas las historias que habían estado destinadas únicamente a Momo. Y cuando hubo contado la última sintió, de repente, que estaba vacío y hueco y que no podía inventar nada más.

Llevado por el miedo de que el éxito pudiera abandonarlo, empezó a contar de nuevo todos sus cuentos, sólo que con otros nombres y algunos cambios. Lo sorprendente fue que nadie pareció darse cuenta. Por lo menos no influyó en la demanda.

Gigi se agarró a ello como un náufrago a una plancha de madera. Porque ahora era rico y famoso y, ¿acaso no era eso lo que había soñado toda su vida?

Pero a veces, de noche, bajo su colcha de seda, en la cama, sentía nostalgia de su otra vida, cuando podía estar junto con Momo y el viejo Beppo y los niños y cuando realmente había sabido contar cuentos.

Pero no había ningún camino de retorno, porque Momo seguía sin aparecer. Al principio, Gigi había hecho algunos intentos serios de encontrarla, pero más tarde ya ni había tenido tiempo para ello. Ahora tenía tres secretarias eficientes que hacían los contratos por él, a las que dictaba sus historias, que le hacían la publicidad y regulaban sus citas. Ya no le quedó ningún momento para buscar a Momo.

Quedaba poco del viejo Gigi. Pero un día hizo de tripas corazón y decidió tomar conciencia de sí mismo. Ahora era alguien, se decía, cuya voz tenía peso y al que escuchaban millones. Quién, sino él, podía decirles la verdad a los hombres. Él les hablaría de los hombres grises. Y de paso les diría que ésta no era una historia inventada y que pedía a todos sus oyentes que le ayudaran a buscar a Momo.

Había tomado esa decisión una de las noches en que echaba de menos a sus amigos. Cuando llegó el amanecer, ya estaba sentado ante su gran escritorio para tomar notas sobre su plan. Pero antes de haber escrito la primera palabra, sonó el teléfono. Levantó el auricular, escuchó, y quedó rígido de terror.

Le hablaba una voz curiosamente átona, se podría decir cenicienta, y al mismo tiempo sintió que le invadía un frío terrible que le congelaba hasta la médula.

—¡Déjalo estar! —dijo la voz—. Te lo aconsejamos por tu bien.

—¿Quién está ahí?

—Lo sabes muy bien —contestó la voz—. No hace falta que nos presentemos. Si bien es cierto que todavía no has tenido el placer de conocernos, nos perteneces desde hace tiempo. No digas que no lo sabías.

—¿Qué queréis de mí?

—Eso que te has propuesto no nos gusta nada. Sé buen chico y déjalo estar, ¿eh?

Gigi reunió todo su valor.

—No —dijo—, no lo dejo. Ya no soy el pequeño Gigi Cicerone, el desconocido. Ahora soy un gran hombre. ¡Veremos si podéis conmigo!

La voz rió sin alegría y, de pronto, comenzaron a castañetearle los dientes a Gigi.

—Tú no eres nadie —dijo la voz—. Nosotros te hemos hecho. Tú eres un muñeco de goma. Nosotros te hemos hinchado. Pero si nos molestas, te haremos deshinchar. ¿Acaso crees en serio que lo que eres ahora lo debes a tu insignificante talento?

—Sí, lo creo —contestó Gigi, ronco.

—Pobre, pequeño Gigi —dijo la voz—. Eres y seguirás siendo un iluso. Antes eras el príncipe Girolamo disfrazado de pobre Gigi. ¿Y qué eres ahora? El pobre Gigi disfrazado de príncipe Girolamo. Aun así, deberías estarnos agradecido, porque al fin y al cabo, hemos sido nosotros los que hemos hecho realidad todos tus sueños.

—¡Eso no es verdad! —replicó Gigi——. ¡Es mentira!

—¡Por mis tiempos! —contestó la voz, volviendo a reír sin alegría—. Precisamente tú quieres venirnos a nosotros con la verdad. Antes gastabas tantas palabras sobre lo que es y no es la verdad. Pobre Gigi, no sacarás nada bueno si tratas de remitirte a la verdad. Te has hecho famoso con nuestra ayuda por tus embustes. No eres ninguna autoridad en cuanto a la verdad. Por eso, ¡déjalo estar!

—¿Qué habéis hecho con Momo? —murmuró Gigi.

—No te rompas tu cabecita por eso. A ella no puedes ayudarla ya, y menos si empiezas a contar ese cuento acerca de nosotros. Lo único que conseguirás es que tu éxito se vaya tan rápidamente como vino. Claro que eso has de decidirlo por ti mismo. Nosotros no queremos impedirte que juegues a ser el héroe, si tanto te importa. Pero no puedes esperar que sigamos protegiéndote si tú eres tan desagradecido. ¿Acaso no es mucho más agradable ser rico y famoso?

—Sí —reconoció Gigi, con voz ahogada.

—¡Lo ves! A nosotros nos dejas fuera del juego. Mejor que le cuentes a la gente lo que quiere oír.

—¿Cómo he de hacerlo, ahora que lo sé todo?

—Te voy a dar un consejo: No te tomes tan en serio a ti mismo. En el fondo, tú no importas. Visto así, bien puedes continuar como hasta ahora.

—Sí —dijo Gigi, mirando fijamente ante sí—, visto así…

Se interrumpió la comunicación, y Gigi colgó el teléfono. Cayó sobre la superficie de su gran escritorio y ocultó la cara entre los brazos. Un sollozo sordo le agitó.

A partir de ese día, Gigi había perdido todo el respeto por sí mismo. Renunció a su

plan y siguió como hasta entonces, pero se sentía un estafador. Y lo era. Antes, su fantasía le había llevado por caminos alados, y él la había seguido. Pero ahora mentía.

Se convirtió en el payaso, en el pelele de su público, y lo sabía. Comenzó a odiar su actividad. Y así, sus cuentos se volvían cada vez más estúpidos o sentimentaloides. Pero eso no dañaba su éxito; al contrario, se decía que era un nuevo estilo y muchos trataban de imitarlo. Se convirtió en la gran moda. Pero a Gigi no le causaba alegría. Ahora sabía a quién se lo debía. No había ganado nada. Lo había perdido todo.

Pero seguía corriendo con el coche de una cita a otra, volaba en los aviones más rápidos y dictaba ininterrumpidamente, estuviera donde estuviera, sus viejas historias, con ropajes nuevos, a sus secretarias. Según todos los periódicos, era «sorprendentemente fructífero».

Así, Gigi el soñador se había convertido en Girolamo el embustero.

A los hombres grises les había resultado mucho más difícil con Beppo Barrendero.

Desde aquella noche en que Momo desapareció, estaba sentado, siempre que su trabajo se lo permitía, en el viejo anfiteatro y esperaba. Su preocupación e intranquilidad crecía de día en día. Cuando por fin no pudo aguantar más, decidió ir, a pesar de todas las justificadas objeciones de Gigi, a la policía.

«Es mejor», se decía, «que vuelvan a meter a Momo en uno de esos hospicios con rejas en las ventanas, a que la tengan prisionera los hombres grises. Si es que todavía vive. Ya se ha escapado una vez de uno de esos hospicios, y podría hacerlo de nuevo. Acaso yo pueda ocuparme de que no la metan. Pero primero hay que encontrarla».

Se fue, pues, a la comisaría más cercana, que estaba al extremo de la ciudad. Todavía estuvo un rato ante la puerta, dando vueltas a su sombrero entre las manos, pero al final se decidió y entró.

—¿Qué desea? —le preguntó un policía que estaba ocupado en rellenar un impreso largo y difícil.

Beppo necesitó un rato antes de comenzar:

—Tiene que haber pasado algo terrible.

—¿Ah, sí? —preguntó el policía, mientras seguía escribiendo—. ¿De qué se trata?

—Se trata —contestó Beppo— de nuestra Momo.

—¿Un niño?

—Una niña pequeña.

—¿Es suya esa niña?

—No —contestó Beppo, trastornado—, quiero decir sí, pero no soy el padre.

—No, quiero decir sí —repitió, irritado, el policía—. ¿De quién es esa niña? ¿Quiénes son sus padres?

—No lo sabe nadie —contestó Beppo.

—¿Dónde está registrada esa niña?

—¿Registrada? —preguntó Beppo—. Supongo que entre nosotros. Todos la conocemos.

—Así que no está registrada —contestó el policía con un suspiro—. ¿Sabe que eso está prohibido? ¡A dónde iríamos a parar! ¿Dónde vive la niña?

—En su casa —dijo Beppo—, quiero decir, en el anfiteatro. Pero ya no vive allí. Ha desaparecido.

—¡Un momento! —dijo el policía—. Si lo entiendo bien, vivía hasta ahora en las ruinas de allá afuera una pequeña niña que se llama… ¿cómo decía que se llama?

—Momo —contestó Beppo.

El policía empezó a apuntarlo todo.

—… que se llama Momo. Momo, ¿y qué más? ¡El nombre completo, por favor!

—Momo y nada más —dijo Beppo.

El policía se rascó la barbilla y miró apesadumbrado a Beppo.

—Eso no puede ser, señor mío. Yo quiero ayudarle, pero así no se puede formular una denuncia. Dígame, primero, cómo se llama usted.

—Beppo.

—¿Qué más?

—Beppo Barrendero.

—Quiero saber el apellido, no la profesión.

—Es ambas cosas —explicó Beppo, paciente.

El policía dejó caer la pluma y enterró la cara en las manos.

—¡Dios santo! —murmuró desesperado—. ¡Por qué tenía que estar de servicio precisamente yo!

Se enderezó, echó los hombros hacia atrás, sonrió animoso al viejo y dijo, con la suavidad de un enfermero:

—Podemos tomar los datos personales más tarde. Cuénteme ahora, por orden, qué ocurrió.

—¿Todo? —preguntó Beppo, dudoso.

—Todo lo que importa —contestó el policía—. Si bien no tengo tiempo, antes del mediodía tengo que rellenar toda esa montaña de impresos, y ya no puedo más, tómese su tiempo y cuénteme qué le ocurre.

Se echó atrás en su asiento con la expresión de un mártir al que estuvieran asando

a la parrilla. El viejo Beppo comenzó a contar, a su modo lento, toda la historia, empezando por la aparición de Momo y su cualidad extraordinaria, hasta los hombres grises del vertedero, a los que él mismo había espiado.

—Y esa misma noche —concluyó— desapareció Momo.

El policía le miró, pesaroso, largo rato.

—Dicho de otro modo —dijo por fin—, que había una vez una niña muy inverosímil, cuya existencia no se puede demostrar, que ha sido raptada por una especie de fantasmas, que, como todo el mundo sabe, no existen, hacia quién sabe dónde. Pero ni siquiera eso es seguro. ¿Y de eso se ha de ocupar la policía?

—Sí, por favor —dijo Beppo.

El policía se inclinó hacia adelante y dijo, con rudeza:

—¡Écheme el aliento!

Beppo no entendió el por qué de esa orden, se encogió de hombros, pero le echó el aliento al policía.

Éste olisqueó y dijo:

—Está claro que no está borracho.

—No —dijo Beppo, rojo de vergüenza—, no lo he estado nunca.

—Entonces, ¿por qué me cuenta todas esas insensateces? —preguntó el policía—. ¿Se cree que la policía es tan estúpida como para creerse todos esos cuentos?

—Sí —dijo Beppo, cándido.

Ahí se acabó la paciencia del policía. Saltó de su silla y pegó un puñetazo en la mesa:

—¡Ya basta! —gritó, rojo de ira—. ¡Lárguese inmediatamente si no quiere que le encierre por insultos a la fuerza pública!

—Perdón —dijo Beppo, asustado—, quería decir otra cosa. Quería decir que…

—¡Fuera! —chilló el policía.

Beppo se volvió y salió.

Durante los días siguientes apareció en las diversas comisarías. Las escenas que tenían lugar en ellas apenas se diferenciaban de la primera. Se le echaba, se le enviaba amablemente a casa o se le consolaba, para librarse de él. Pero, una vez, Beppo cayó en manos de un jefe de policía que tenía menos sentido del humor que sus compañeros. Sin un gesto, se hizo relatar toda la historia, para decir fríamente:

—Este viejo está loco. Habrá que comprobar que no sea un loco peligroso. Llévenlo a la celda.

En la celda, Beppo tuvo que esperar medio día hasta que dos policías le metieron en un coche. Le llevaron, a través de toda la ciudad, hasta un gran edificio blanco con

barrotes en las ventanas. Pero no era una prisión ni nada parecido, según pensaba Beppo al principio, sino un hospital para enfermedades nerviosas.

Aquí se le revisó a fondo. El médico y los enfermeros eran amables con él, no se reían de él ni se enfadaban, incluso parecían interesarse por su historia, porque tenía que contarla una y otra vez. Aunque nunca le contradijeran, Beppo nunca tuvo la sensación de que le creyeran. No sabía lo que querían de él, pero no le dejaban marchar.

Cada vez que preguntaba cuándo le dejarían marchar, se le decía:

—Pronto. Pero todavía le necesitamos. Debe entenderlo. Las investigaciones no están terminadas todavía, pero avanzamos.

Y Beppo, que creía que las investigaciones eran por el paradero de Momo, se cargaba de paciencia.

Se le había señalado una cama en un gran dormitorio donde también dormían muchos otros pacientes. Una noche despertó y vio a la luz de la tenue iluminación nocturna que había alguien al lado de su cama. Primero sólo vio el pequeño punto luminoso de un cigarro encendido, pero después distinguió el bombín y la cartera. Comprendió que se trataba de alguno de los hombres grises, sintió frío hasta en los huesos y quiso pedir auxilio.

—¡Silencio! —dijo en la oscuridad la voz cenicienta—. Tengo la misión de hacerle una oferta. Escúcheme y no conteste hasta que yo se lo diga. Habrá podido darse cuenta, un poco, de hasta dónde llega nuestro poder. Depende de usted el que tenga que darse más cuenta todavía. Es cierto que no nos puede dañar lo más mínimo al contar esta historia que va contando, pero no nos gusta. Claro que tiene toda la razón al pensar que nosotros tenemos presa a Momo. Pero no se haga ilusiones de que jamás se la encuentre. Eso no ocurrirá jamás. Y con sus esfuerzos no le hace la situación más fácil a ella. Cada uno de sus intentos, mi querido amigo, lo ha de pagar ella. Así que, en el futuro, piense bien lo que hace y dice.

El hombre gris sopló algunos anillos de humo y observó con satisfacción el efecto que su discurso hacía en el viejo Beppo.

—Para decirlo del modo más resumido posible, porque también mi tiempo es precioso —continuó el hombre gris—, le hago la siguiente oferta: nosotros le devolvemos a la niña con la condición de que usted no vuelva a decir nunca ni una sola palabra sobre nuestra actividad. Además le exigimos, a modo de rescate, la suma de cien mil horas de tiempo ahorrado. Usted no se preocupe de cómo nos apropiamos del tiempo; eso es cosa nuestra. Usted limítese a ahorrarlo. Cómo lo consiga es cosa suya. Si está de acuerdo, nosotros nos encargamos de que, dentro de unos días, le

suelten de aquí. Si no, usted se quedará siempre aquí y Momo se quedará para siempre con nosotros. Piénselo. Sólo le haremos una vez esa generosa oferta. ¿Qué dice?

Beppo tragó saliva dos veces y dijo entonces:

—De acuerdo.

—Muy razonable —dijo, satisfecho, el hombre gris—. Recuérdelo: silencio absoluto y cien mil horas. En cuanto las tengamos le devolvemos a la pequeña Momo. Usted lo pase bien, mi querido amigo.

Con eso el hombre gris abandonó la sala. La nube de humo que dejó tras de sí parecía brillar en la oscuridad como un tenue fuego fatuo.

A partir de esa noche, Beppo no volvió a contar su historia. Y si le preguntaban por qué la había contado antes, se encogía, triste, de hombros. A los pocos días le enviaron a su casa.

Pero Beppo no fue a su casa, sino que se marchó directamente hacia aquella gran casa con el patio, donde él y sus compañeros siempre recibían las escobas y los carritos. Tomó su escoba, se adentró con ella en la gran ciudad y comenzó a barrer.

Pero ahora ya no barría como antes: a cada paso una inspiración y a cada inspiración una barrida, sino que ahora lo hacía de prisa y sin amor por su trabajo, sino sólo por ahorrar tiempo. Sentía con dolorosa claridad que con ello renunciaba y traicionaba su más profunda convicción, más aún, toda su vida anterior, y eso le enfermaba y le llenaba de odio por lo que hacía.

Si hubiera sido por él, habría preferido morirse de hambre antes que ser tan infiel a sí mismo. Pero se trataba de Momo, a la que tenía que rescatar, y ése era el único modo de ahorrar tiempo que conocía.

Barría de día y de noche, sin ir nunca a su casa. Cuando le sobrevenía el agotamiento, se sentaba en el banco de algún parque o sobre el bordillo de la acera y dormía un poco. Al poco, volvía a levantarse y seguía barriendo. Lo mismo hacía cuando alguna vez tenía que detenerse a comer alguna cosa. No volvió a su cabaña cerca del viejo anfiteatro.

Barrió durante semanas y meses. Llegó el otoño y llegó el invierno, y Beppo barría.

Llegó la primavera y volvió el verano. Beppo apenas se daba cuenta, barría y barría, para ahorrar las cien mil horas del rescate.

La gente de la gran ciudad apenas tenía tiempo para prestar atención al pequeño viejo. Y los pocos que lo hacían se llevaban el dedo a la sien tras sus espaldas, cuando pasaba a su lado a toda prisa, blandiendo la escoba como si le fuera en ello la vida.

Pero que se le tomara por loco no era ninguna novedad para Beppo, por lo que apenas le prestaba atención. Sólo cuando alguien alguna vez le preguntaba por qué tenía tanta prisa, interrumpía su trabajo por un momento, miraba al preguntón con miedo y lleno de tristeza se llevaba un dedo a los labios.

La tarea más difícil para los hombres grises fue guiar, según sus planes, a los niños amigos de Momo. Después de que Momo hubo desaparecido, los niños se reunían, siempre que les era posible, en el viejo anfiteatro. Habían inventado cada vez juegos nuevos, y un par de cajas viejas les bastaban para emprender largos viajes de exploración o construir castillos y fortalezas. Habían seguido trazando sus planes y contándose sus cuentos; en resumen, habían hecho como si Momo estuviera todavía con ellos. Y, sorprendentemente, había resultado que parecía que en verdad estuviera con ellos.

Los niños, además, no habían dudado ni por un momento de que Momo volvería. Si bien nunca se había hablado de ello, tampoco era necesario. La callada certidumbre unía a los niños entre sí. Momo les pertenecía y era su centro secreto, estuviera allí o no.

Contra ellos no habían podido los hombres grises.

Si no podían hacerse con los niños directamente, para apartarlos de Momo, tendrían que hacerlo a través de un rodeo. Y ese rodeo eran los adultos, que mandaban sobre los niños. No todos los adultos, claro está, sino aquellos que servían como auxiliares de los hombres grises que, por desgracia, no eran pocos. Además, los hombres grises usaron contra los niños sus propias armas.

Porque, de repente, algunos se acordaron de las manifestaciones, de las pancartas y los letreros de los niños.

—Tenemos que emprender alguna cosa —se decía—, porque no puede ser que haya cada vez más niños que estén solos, sin que nadie se ocupe de ellos. No se les puede hacer ningún reproche a los padres, porque la vida moderna no les deja tiempo para cuidar suficientemente a sus hijos. Pero el ayuntamiento debería ocuparse de ello.

—No puede ser —decían otros— que se ponga en peligro la fluidez del tráfico por culpa de niños vagabundos. El aumento de accidentes causados por los niños en las calles cuesta cada vez más dinero que se podría emplear mejor en otros usos.

—Los niños sin vigilancia —explicaban otros— se estropean moralmente y se convierten en delincuentes. El ayuntamiento ha de cuidar de que se registre a todos los niños. Hay que construir instalaciones donde se les eduque para que sean miembros

útiles y eficientes de la sociedad.

Otros decían:

—Los niños son el material humano del futuro. El futuro será una época de máquinas a reacción y cerebros electrónicos. Se necesitará un ejército de especialistas y técnicos para manejar todas esas máquinas. Pero en lugar de preparar a nuestros hijos para ese mundo de mañana permitimos todavía que muchos de ellos pierdan gran parte de su precioso tiempo en juegos inútiles. Es una vergüenza para nuestra civilización y un crimen ante la humanidad futura.

Todo eso les resultaba enormemente convincente a los ahorradores de tiempo. Y como ya había muchos ahorradores de tiempo en la gran ciudad, pronto consiguieron convencer al ayuntamiento de la necesidad de hacer algo por todos esos niños descuidados.

Como consecuencia, en todos los barrios se construyeron los llamados «depósitos de niños». Se trataba de grandes edificios en los que había que entregar, y recoger, si era posible, a todos los niños de los que nadie se podía ocupar. Se prohibió severamente que los niños jugaran por las calles, en los parques o en cualquier otro lugar. Si se encontraba a algún niño en esos lugares, siempre había alguien que los llevaba al depósito de niños más cercano. Y a los padres se les castigaba con una buena multa.

Tampoco los amigos de Momo escaparon a esa nueva normativa. Fueron separados, según el barrio del que provenían, y los metieron en depósitos de niños diversos. Se acabó lo de inventarse ellos mismos sus juegos. Los vigilantes prescribían los juegos, que sólo eran de aquellos con los que también aprendían alguna cosa útil. Mientras tanto olvidaron otra cosa, claro está: la capacidad de alegrarse, de entusiasmarse y de soñar.

Con el tiempo, los niños tuvieron la misma cara que los ahorradores de tiempo. Desencantados, aburridos y hostiles, hacían lo que se les exigía. Y si alguna vez los dejaban que se entretuvieran solos, ya no se les ocurría nada.

Lo único que todavía sabían hacer era meter ruido, pero ya no era un ruido alegre, sino enfadado e iracundo.

Los hombres grises no se acercaron a ninguno de los niños. La red que se había tendido sobre la ciudad era densa y —según parecía— indestructible. Ni siquiera los niños más listos supieron escapar de sus mallas. Se había cumplido el plan de los hombres grises.

Desde entonces, el anfiteatro había quedado triste y solo.

De modo que Momo estaba ahora sentada en los escalones de piedra y esperaba a

sus amigos. Había estado sentada y esperando así todo el día. Pero no había venido nadie. Nadie.

El sol se encaminaba hacia el horizonte occidental. Crecían las sombras y empezaba a refrescar.

Por fin, Momo se levantó. Tenía hambre porque nadie le había llevado nada que comer. Eso no había ocurrido nunca. Incluso Beppo y Gigi parecían haberla olvidado hoy. Pero seguro, pensaba Momo, que eso debía ser algún descuido tonto, que mañana se aclararía.

Bajó hacia la tortuga, que ya se había retirado a dormir dentro de su caparazón. Momo se acurrucó junto a ella y llamó tímidamente con los nudillos en el caparazón. La tortuga sacó la cabeza y miró a Momo.

—Perdóname si te he despertado, lo siento, pero ¿puedes decirme por qué no ha venido hoy ninguno de mis amigos?

Sobre el caparazón aparecieron las palabras:

«No hay nadie».

Momo las leyó, pero no entendió lo que significaban.

—Bueno —dijo confiada—, mañana se aclarará. Seguro que mañana vienen mis amigos.

«Nunca más», fue la respuesta.

Momo miró con fijeza, durante un rato, las letras de brillo apagado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, temerosa, por fin—. ¿Qué pasa con mis amigos?

«Se han ido», leyó.

Movió la cabeza.

—No —dijo en voz baja—, no puede ser. Seguro que te equivocas, Casiopea. Ayer todavía estuvieron todos para la gran asamblea, que fracasó.

«Has dormido», fue la respuesta de Casiopea.

Momo se acordó de que el maestro Hora le había dicho que tendría que dormir toda una vuelta solar, como una semilla en la tierra. No había pensado cuánto tiempo podría ser eso, cuando estuvo de acuerdo. Ahora empezaba a intuirlo.

—¿Cuánto? —preguntó, con un suspiro.

«Un año».

Momo necesitó un rato para entenderlo.

—Pero Beppo y Gigi —tartamudeó al fin—, estos dos seguro que me esperan.

«No hay nadie», ponía en el caparazón.

—¿Cómo puede ser? —los labios de Momo temblaban—. No puede haber

desaparecido todo; todo lo que había…

Lentamente apareció en la espalda de Casiopea:

«Se fue».

Por primera vez en su vida, Momo entendía lo que eso significaba. Se sintió más triste que nunca.

—Pero yo —murmuró atónita—, estoy yo.

Habría llorado, pero no podía.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que la tortuga le tocaba el pie descalzo.

«Yo estoy contigo», ponía en el caparazón.

—Sí —dijo Momo, y sonrió valerosa—, tú estás conmigo, Casiopea. Y me alegro de ello. Ven, vámonos a dormir.

Levantó a la tortuga y la llevó a través del agujero de la pared a su habitación. A la luz del sol poniente, Momo vio que todo estaba como lo había dejado (Beppo había vuelto a ordenarlo todo). Pero por todos lados había una gruesa capa de polvo y telarañas.

Sobre la mesita, apoyada en una lata, había una carta. También estaba cubierta de telarañas.

«Para Momo», ponía encima.

El corazón de Momo empezó a latir más de prisa. Nunca había recibido una carta. La tomó en la mano y la miró por todos lados, después la abrió y sacó del sobre una hoja. Leyó:

Querida Momo:

Me he mudado. Si vuelves, vente enseguida a mi casa. Me preocupo mucho por ti. Te echo mucho de menos. Espero que no te haya ocurrido nada. Si tienes hambre ve, por favor, a casa de Nino. Él me enviará la cuenta: yo lo pago todo. Come, pues, tanto como quieras. Todo lo demás te lo dirá Nino.

Quiéreme. Yo también te quiero.

Siempre tuyo,

Gigi

Momo tardó mucho en deletrear toda la carta, aunque Gigi se había esforzado mucho en escribir con letra bonita y clara. Cuando acabó se apagaba el último resto de luz diurna.

Pero Momo estaba consolada.

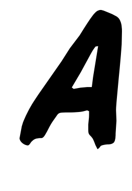
Levantó a la tortuga y la puso encima de su cama. Mientras se envolvía en la manta polvorienta, dijo, en voz baja:

—¿Ves, Casiopea, que no estoy sola?

Pero la tortuga parecía dormir ya. Y Momo, que al leer la carta había visto a Gigi ante sí, no cayó en la cuenta de que hacía casi un año que esta carta la esperaba.

Puso su mejilla sobre el papel. Ya no tenía frío.

Demasiada comida y muy pocas respuestas



l mediodía siguiente, Momo tomó la tortuga bajo el brazo y se puso en camino hacia el pequeño local de Nino.

—Verás Casiopea —dijo—, como ahora se aclarará todo. Nino sabe dónde están Gigi y Beppo. Y entonces iremos a buscar a los niños y volveremos a estar todos juntos. Puede que vengan también Nino y su mujer y todos los demás. Seguro que te gustan mis amigos. Podría ser que hiciésemos una pequeña fiesta esta noche. Les hablaré de las flores y de la música y del maestro Hora y de todo lo demás. Ya tengo ganas de volver a verlos a todos. Pero de lo que más ganas tengo ahora es de una buena comida. Tengo hambre, ¿sabes?

Así siguió parloteando. Una y otra vez se llevaba la mano a la carta de Gigi, que llevaba en el bolsillo de su chaquetón. La tortuga sólo la miraba, con sus ojos antiquísimos, pero no decía nada.

Momo comenzó a canturrear mientras caminaba, para, por fin, cantar a voz en grito. Eran de nuevo las melodías y las palabras de las voces, que seguían sonando en su memoria con la misma claridad que el día antes. Momo sabía que nunca más las perdería.

Pero de repente calló. Ante ella estaba el local de Nino. En un primer momento, Momo creyó que se había equivocado de camino. En lugar de la vieja casa con el enjalbegado descolorido por la lluvia y el emparrado ante la puerta, se encontró con un cajón alargado de hormigón, con grandes ventanales que cubrían toda la fachada. La calle misma estaba asfaltada y circulaban por ella muchos coches. En la acera de enfrente había una gran gasolinera y, muy cerca, un enorme edificio de oficinas. Había muchos coches aparcados delante del nuevo local, sobre cuya puerta de entrada, un gran cartel decía:

Momo entró, y de momento le costó orientarse. A lo largo de las ventanas había muchas mesas de minúscula superficie y enormes patas, de modo que parecían setas deformes. Eran tan altas que los adultos podían comer en ellas de pie. Ya no había sillas.

En el otro lado había una larga barrera de relucientes barras de metal, una especie de cercado. Detrás de éste, una fila de pequeños armarios de vidrio, en los que había bocadillos de queso y jamón, platos de ensalada, flan, pasteles y muchas otras cosas que Momo no conocía.

Pero de eso Momo no pudo darse cuenta hasta al cabo de un rato, porque la sala estaba repleta de gente a la que siempre parecía molestar: dondequiera que se pusiera, la empujaban a un lado. La mayor parte de la gente llevaba bandejas con platos y botellas e intentaba conseguir un sitio en una de las mesitas. Detrás de los que estaban en las mesas y comían a toda prisa ya había otros que esperaban su sitio. Aquí y allá, los comensales y los que esperaban intercambiaban palabras poco amables. De hecho, todos parecían estar muy descontentos.

Entre la barrera de metal y los armarios de vidrio avanzaba lentamente una cola. Cada uno sacaba de los armarios aquí un plato, allí una botella o un vaso de cartón.

Momo estaba asombrada. ¡Así que aquí todo el mundo podía coger cuanto quería! No vio a nadie que lo impidiera o que exigiera dinero a cambio. ¿Y si todo era gratis? Eso habría explicado las apreturas.

Al cabo de un rato, Momo logró descubrir a Nino. Estaba tapado por mucha gente, al final de la fila de armarios, sentado detrás de la caja registradora, en la que continuamente marcaba algo, cobraba y devolvía el cambio. ¡Así que era allí donde la gente pagaba! Y a causa de la cerca de metal, nadie podía llegar hasta las mesas sin haber pasado por delante de Nino.

—¡Nino! —gritó Momo, mientras intentaba abrirse paso entre la gente.

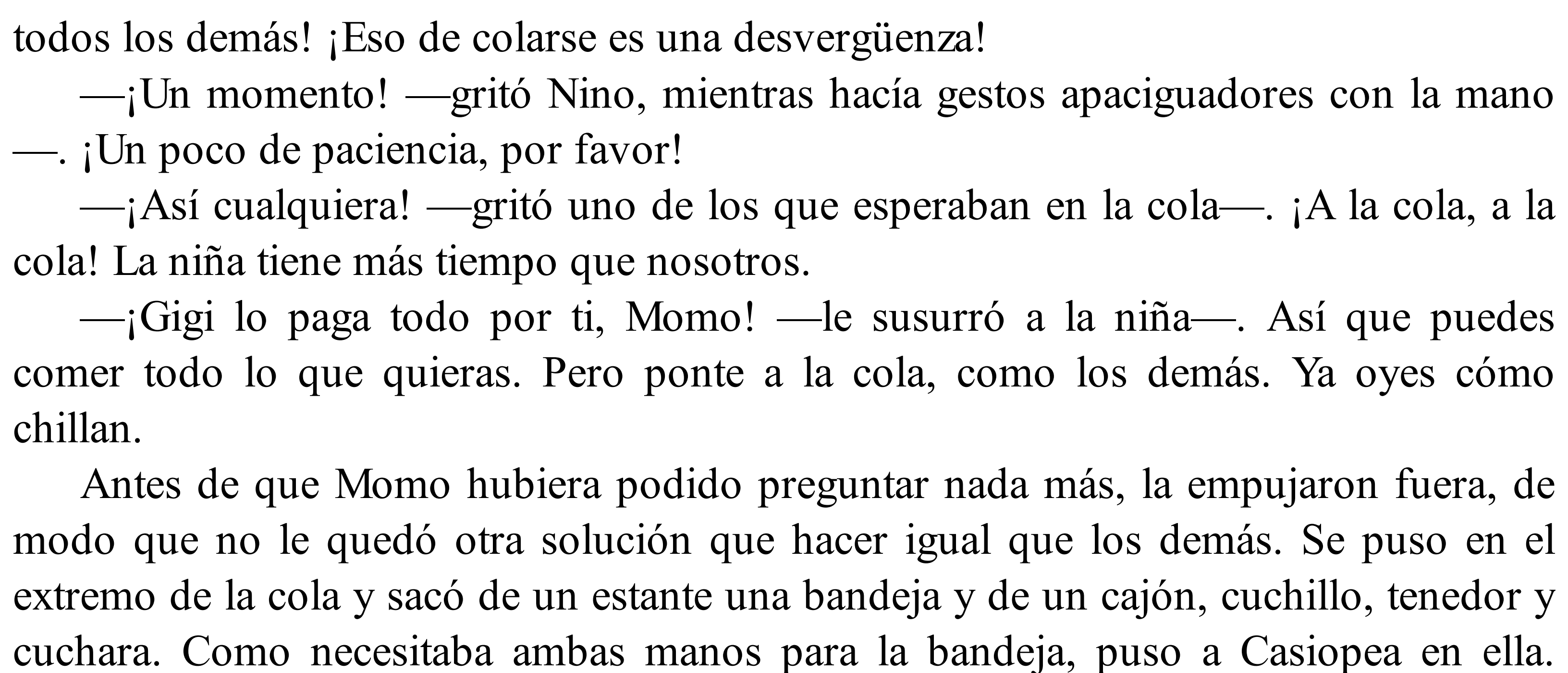
Hacía señas con la carta de Gigi, pero Nino no la oía. La caja hacía demasiado ruido y exigía toda su atención.

Momo tomó ánimos, trepó por encima de la barrera y adelantó a la cola hacia Nino. Éste alzó la cabeza, porque la gente empezaba a murmurar con desagrado.

Cuando vio a Momo desapareció de su cara, al instante, la expresión de mal humor.

—¡Momo! —gritó radiante como antes—. ¡Estás aquí otra vez! ¡Qué sorpresa!

—¡Atrás! —gritaba la gente de la cola—. ¡Que la niña se ponga a la cola como



todos los demás! ¡Eso de colarse es una desvergüenza!

—¡Un momento! —gritó Nino, mientras hacía gestos apaciguadores con la mano—. ¡Un poco de paciencia, por favor!

—¡Así cualquiera! —gritó uno de los que esperaban en la cola—. ¡A la cola, a la cola! La niña tiene más tiempo que nosotros.

—¡Gigi lo paga todo por ti, Momo! —le susurró a la niña—. Así que puedes comer todo lo que quieras. Pero ponte a la cola, como los demás. Ya oyes cómo chillan.

Antes de que Momo hubiera podido preguntar nada más, la empujaron fuera, de modo que no le quedó otra solución que hacer igual que los demás. Se puso en el extremo de la cola y sacó de un estante una bandeja y de un cajón, cuchillo, tenedor y cuchara. Como necesitaba ambas manos para la bandeja, puso a Casiopea en ella. Mientras pasaba por delante de los armarios, sacaba alguna cosa de ellos y lo ponía en la bandeja, alrededor de Casiopea.

Momo estaba un poco trastornada, por lo que se compuso una mezcla bastante curiosa: un trozo de pescado asado, un panecillo con mermelada, una salchicha, un pastelillo y un vaso de naranjada. Casiopea, colocada en medio de todo eso, prefirió retirarse enteramente al interior de su caparazón y no decir nada.

Cuando Momo llegó por fin a la caja, le preguntó rápidamente a Nino:

—¿Sabes dónde está Gigi?

—Sí —dijo Nino—. Nuestro Gigi se ha hecho famoso. Todos estamos muy orgullosos de él porque, al fin y al cabo, es uno de los nuestros. Se le puede ver muchas veces en la televisión y también habla por radio. Y los periódicos siempre dicen una u otra cosa de él. Hace poco vinieron a verme dos periodistas para conocer su vida de antes. Yo les conté la historia de cuando Gigi…

—¡Más deprisa, los de delante! —gritaron algunas voces de la cola.

—Pero ¿por qué ya no viene? —preguntó Momo.

—¿Sabes? —dijo Nino, que ya estaba un poco nervioso—, ya no tiene tiempo. Tiene cosas más importantes que hacer y en el anfiteatro ya no pasa nada ahora.

—¿Qué pasa con vosotros? —gritó una voz enfadada en la cola—. ¿Creéis que tenemos ganas de quedarnos aquí para siempre?

—¿Y dónde vive ahora? —preguntó Momo tenaz.

—En algún lugar de la colina verde —contestó Nino—. Parece que tiene una villa muy bonita, con un gran parque. Pero ahora sigue, por favor.

En realidad, Momo no quería irse, porque aún le quedaban muchas preguntas por hacer, pero la empujaron. Se fue con su bandeja hacia las mesitas, donde

efectivamente encontró, después de haber esperado un poquito, un sitio. Aunque también es verdad que la mesita era demasiado alta para ella, de modo que apenas podía asomar la nariz.

Cuando puso su bandeja en la mesa, los demás miraron con cara de asco la tortuga.

—¡Qué cosas! —le dijo uno a su vecino—. ¡Lo que hay que soportar hoy en día!

—¡Qué quiere usted! —gruñó el otro—. ¡La juventud de hoy!

Pero no dijeron nada más ni se ocuparon de Momo. Aunque ya de por sí resultaba suficientemente difícil la comida, porque apenas podía ver su plato. Pero como tenía mucha hambre, se lo comió todo.

Ahora ya no tenía más apetito, pero todavía quería saber qué había sido de Beppo. Así que volvió a ponerse en la cola. Y como temía que la gente volviera a enfadarse si se limitaba a estarse ahí en medio, otra vez colocó en su bandeja una serie de cosas.

Cuando, por fin, volvió a estar ante Nino, preguntó:

—¿Y dónde está Beppo Barrendero?

—Te ha esperado mucho tiempo —explicó Nino a toda prisa, pues temía un nuevo enfado de su clientela—. Pensaba que te había ocurrido algo terrible. Siempre contaba no sé qué de unos hombres grises. Ya sabes, siempre fue un poco raro.

—¡Eh, esos dos! —gritó uno, en la cola—. ¿Os habéis dormido?

—¡En seguida, señor! —le gritó Nino.

—¿Y entonces? —preguntó Momo.

—Entonces hizo enfadar a la policía —continuó Nino, pasándose nervioso la mano por la cara—. Quería, a toda costa que te buscaran. Por lo que sé, lo encerraron finalmente en una especie de sanatorio. No sé nada más.

—¡Maldita sea! —gritó uno, colérico—. ¿Qué es esto, un autoservicio rápido o una sala de espera? ¿Tenéis una reunión de familia, vosotros dos?

—¡Un instante! —gritó Nino, suplicante.

—¿Todavía sigue allí? —preguntó Momo.

—Creo que no —contestó Nino—. Dicen que lo soltaron porque era inofensivo.

—Entonces, ¿dónde está ahora?

—Ni idea, de verdad, Momo. Pero ahora, por favor, sigue adelante.

Una vez más, la gente de la cola apartó a Momo a empujones. Una vez más, se fue a una de las mesas, esperó hasta que le dejaron un sitio, y tragó la comida lo mejor que pudo. Esta vez ya le gustó bastante menos. Está claro que a Momo no se le ocurrió siquiera dejarse la comida en el plato.

Todavía le quedaba por saber qué había sido de los niños que antes siempre iban a

verla. No había otro remedio, tenía que ponerse de nuevo en la cola de los que esperaban, pasar por delante de los armarios y llenar la bandeja de alimentos para que la gente no se enfadara con ella.

Por fin volvía a estar ante la caja con Nino.

—¿Y los niños? —preguntó—. ¿Qué es de ellos?

—Todo eso ha cambiado ahora —explicó Nino, a quien, al ver de nuevo a Momo, se le cubrió la cara de sudor—. No te lo puedo explicar ahora, ya ves cómo van las cosas aquí.

—Pero ¿por qué no vienen ya? —insistió Momo, tozuda, en su pregunta.

—Todos los niños de los que no puede ocuparse nadie están alojados ahora en depósitos de niños. No se les puede dejar solos, porque… Bueno, ahora cuidan de ellos.

—¡Eh, vosotros, charlatanes! —volvían a gritar las voces de la cola—. ¡A ver si os dais un poco de prisa! ¡Nosotros también queremos comer!

—¿Mis amigos? —preguntó Momo, incrédula—. ¿De verdad que ellos han querido eso?

—No les han preguntado —replicó Nino, mientras pasaba, nervioso, con las manos sobre las teclas de la caja registradora—. No se puede dejar que los niños decidan sobre una cosa así. Se ha procurado que desaparezcan de la calle. Y eso es lo importante, ¿no?

Momo no contestó, sino que se limitó a mirar a Nino. Y esto acabó de confundirle.

—¡Por todos los diablos! —volvió a gritar desde la cola una voz iracunda—. ¡Qué modo de perder el tiempo! ¿Teníais que hacer vuestra tertulia precisamente ahora?

—¿Y qué voy a hacer yo ahora —preguntó Momo, en voz baja—, sin mis amigos?

Nino se encogió de hombros y se estrujó los dedos.

—Momo —dijo, tomando aliento profundamente como alguien que ha de hacer un gran esfuerzo para conservar la calma—, sé razonable y vuelve en cualquier otro momento; en serio que ahora no tengo tiempo para discutir contigo lo que has de hacer. Siempre podrás comer, ya lo sabes. Pero yo, en tu lugar, iría a uno de esos depósitos de niños, donde estarás ocupada y donde incluso aprenderás algo. De todos modos te llevarán allí si vas paseando sola por la calle.

Momo volvió a quedarse callada y sólo miró a Nino. La gente que esperaba la apartó. Fue a una de las mesas y se comió automáticamente su tercera comida, aunque apenas le cabía y sabía a lana y papel. Después se sintió mal.

Tomó a Casiopea bajo el brazo y salió, sin volver a mirar atrás.

—¡Eh, Momo! —le gritó Nino, que la vio en el último momento—. Todavía no

me has dicho dónde has estado todo este tiempo. Espera un poco.

Pero ya llegaban los clientes siguientes, y volvió a teclear sobre la caja, a recibir dinero y a dar el cambio. Hacía rato que había vuelto a desaparecer la sonrisa de su cara.

—Comida sí —le dijo Momo a Casiopea cuando volvieron a estar en el viejo anfiteatro—, comida sí que me han dado, pero aun así me da la sensación de no estar satisfecha —y al cabo de un rato añadió—. No habría podido hablarle a Nino de la música y de las flores.

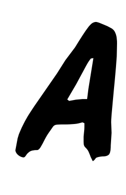
Al cabo de un ratito más, volvió a añadir:

—Pero mañana iremos a buscar a Gigi. Seguro que te gusta, Casiopea. Ya verás.

Pero en el caparazón de la tortuga no apareció más que un gran interrogante.



Encontrado y perdido



l día siguiente, Momo se puso en camino bien temprano para buscar la casa de Gigi. Claro que volvió a llevarse la tortuga.

Momo sabía dónde estaba la colina verde. Era un barrio residencial, muy lejos de la zona del viejo anfiteatro. Estaba cerca de los barrios nuevos, es decir, al otro lado de la gran ciudad.

Era un largo camino. Es cierto que Momo estaba acostumbrada a caminar descalza, pero cuando por fin llegó a la colina verde, le dolían los pies.

Se sentó en el bordillo para descansar un poquito.

Era realmente un barrio muy distinguido. Las calles eran muy anchas, estaban muy limpias y casi desiertas. En los jardines, detrás de los muros y de las rejas de hierro, árboles seculares alzaban al cielo sus copas. Las casas, en los jardines, eran por lo general edificios alargados, chatos, de hormigón y cristal. El césped afeitado delante de las casas era jugoso e invitaba a dar volteretas en él. Pero por ningún lado se veía pasear a nadie por los jardines ni jugar en el césped. Puede que sus habitantes no tuvieran tiempo.

—Si supiera cómo descubrir dónde vive Gigi —le dijo Momo a la tortuga.

«Lo sabrás», apareció escrito en la espalda de Casiopea.

—¿Tú crees? —preguntó Momo, esperanzada.

—¡Eh, tú, cochina! —dijo de repente, una voz detrás de ella—. ¿Qué haces aquí?

Momo se volvió. Había allí un hombre que llevaba un curioso chaleco a rayas. Momo no sabía que los criados de la gente rica llevaban chalecos así. Se levantó y dijo:

—Buenos días. Busco la casa de Gigi. Nino me ha dicho que ahora vive aquí.

—¿Que buscas la casa de quién?

—De Gigi Cicerone. Es mi amigo.

El hombre del chaleco a rayas miró a Momo con desconfianza. Detrás de él, la

puerta de hierro había quedado algo abierta, y Momo pudo echar una mirada al jardín. Vio un amplio césped en el que jugaban unos galgos y chapoteaba una fuente. Sobre un árbol en flor estaba posada una pareja de pavos reales.

—¡Oh! —gritó Momo admirada—. ¡Qué pájaros tan bonitos!

Quiso entrar para verlos más de cerca, pero el hombre del chaleco la retuvo por el cuello.

—¡Quieta! —dijo—. ¡Qué te has creído, cochina!

Soltó a Momo y se limpió la mano con su pañuelo, como si hubiera tocado algo muy asqueroso.

—¿Es tuyo todo esto? —preguntó Momo, señalando a través de la puerta abierta.

—No —dijo el hombre, menos amable todavía—. ¡Lárgate! No se te ha perdido nada por aquí.

—Sí —contestó Momo, con tesón—, he de buscar a Gigi Cicerone. Me espera. ¿No lo conoces?

—Por aquí no hay cicerones —replicó el hombre del chaleco y se volvió.

Entró en el jardín y quería cerrar la puerta, cuando, en el último momento, se le ocurrió algo.

—¿No te referirás acaso a Girolamo, el famoso narrador?

—Pues claro, Gigi Cicerone —contestó Momo, alegre—, así se llama. ¿Sabes dónde está su casa?

—¿De verdad que te espera? —quiso saber el hombre.

—Sí —dijo Momo—, de verdad. Es mi amigo y me paga todo lo que como en casa de Nino.

El hombre del chaleco arqueó las cejas y movió la cabeza.

—Esos artistas —dijo, agrio—, qué caprichos tan tontos tienen. Pero si de verdad crees que apreciará tu visita, su casa es la última de allí arriba, en esta calle.

Y cerró la puerta.

«Lacayo», ponía en el caparazón de Casiopea, pero las letras desaparecieron enseguida.

La última casa, en lo alto de la calle, estaba rodeada de un muro de altura superior a un hombre. Y la puerta del jardín, al igual que la del hombre del chaleco, era de planchas de hierro, de modo que no se podía mirar al interior. No se veía por ninguna parte un timbre o una placa con un nombre.

—Me gustaría saber —dijo Momo— si ésta es de verdad la casa de Gigi. No se le parece.

«Lo es», ponía en el caparazón de la tortuga.

—¿Por qué está todo tan cerrado? —preguntó Momo—. Así no puedo entrar.

«Espera», apareció como respuesta.

—Está bien —dijo Momo, con un suspiro—. Pero puede que tenga que esperar mucho. Cómo ha de saber Gigi que estoy aquí fuera… si es que está dentro.

«Ya viene», se podía leer en el caparazón.

Así que Momo se sentó justo delante de la puerta y esperó pacientemente. Durante mucho rato no pasó nada, y Momo comenzó a pensar si Casiopea no se habría equivocado esta única vez.

—¿Estás bien segura? —preguntó al rato.

En lugar de la respuesta esperada apareció en el caparazón la palabra «Adiós».

Momo se asustó.

—¿Qué quieres decir, Casiopea? ¿Ya quieres dejarme? ¿Qué vas a hacer?

«Buscarte», fue la respuesta, más enigmática todavía, de Casiopea.

En ese momento se abrió, de repente, la puerta y salió, a toda marcha, un gran coche de lujo. Momo tuvo el tiempo justo de salvarse con un salto hacia atrás y cayó.

El coche siguió su camino un poco para frenar después con gran chirrido de neumáticos. Se abrió la portezuela y Gigi saltó al suelo.

—¡Momo! —gritó, con los brazos extendidos—. Es Momo en persona; mi pequeña Momo.

Momo se había levantado de un salto y corrió hacia él. Gigi la recogió y la levantó en sus brazos, le dio cien besos y bailó con ella por la calle.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, sin aliento, pero no esperó lo que ella pudiera decir, sino que siguió hablando, excitadísimo—. Me sabe mal haberte asustado, pero tengo una prisa enorme, ¿entiendes? Ya vuelvo a llegar tarde. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Tienes que contármelo todo. Ya no creía que volvieras. ¿Has encontrado mi carta? ¿Sí? ¿Estaba todavía? ¿Y has ido a comer a casa de Nino? ¿Te ha gustado? Tenemos que contarnos tantas cosas, Momo; han pasado tantas cosas mientras tanto. ¿Como te va? ¡Pero habla! Y el viejo Beppo, ¿qué hace? Hace siglos que no le veo. ¿Y los niños? ¿Sabes, Momo?, muchas veces pienso en la época en que todavía estábamos todos juntos y yo os contaba historias. ¡Qué tiempos tan bonitos! Pero ahora todo, todo es diferente.

Momo había intentado varias veces contestar a las preguntas de Gigi. Pero él no interrumpía su torrente de palabras, se limitó a esperar y mirarle. Tenía un aspecto distinto de antes, tan cuidado, y olía tan bien. Pero, de alguna manera, le resultaba muy extraño.

Mientras tanto, se habían apeado del coche cuatro personas más: un hombre con

un uniforme de cuero de chófer y tres señoras de caras severas y muy maquilladas.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó una, más reprochadora que preocupada.

—No, no, nada —aseguró Gigi—, sólo se ha asustado.

—¿Por qué vagabundea delante de la puerta? —dijo la segunda señora.

—¡Pero si es Momo! —gritó Gigi, riéndose—. ¡Es mi vieja amiga Momo!

—¿Así que esa niña existe de verdad? —preguntó sorprendida la tercera señora—. Yo siempre la había tenido por una de sus invenciones. Podíamos pasarlo en seguida a la prensa. «Reencuentro con la princesa de los cuentos», o algo así; eso hará mucho efecto. Lo organizaré inmediatamente. ¡Qué historia!

—No —dijo Gigi—, no me gustaría eso.

—Pero a ti, pequeña —la primera señora se volvió, sonriendo ahora, a Momo—, a ti sí te gustaría salir en los periódicos, ¿verdad?

—Deje en paz a la niña —dijo Gigi, molesto.

La segunda señora echó una mirada a su reloj.

—Si no vamos a toda velocidad, el avión se nos irá delante de las narices. Y usted sabe lo que esto significaría.

—Dios mío —contestó Gigi, nervioso—, es que ya no puedo hablar unas palabras con tranquilidad con Momo, después de tanto tiempo. Ya lo ves, Momo, que esos negreros no me dejan.

—A nosotras nos es igual —replicó puntillosa, la segunda señora—. Nosotras sólo hacemos nuestro trabajo. Usted nos paga para que le organicemos sus citas, estimado jefe.

—Sí, claro, claro —concedió Gigi—. Vámonos, pues. ¿Sabes qué, Momo? Te vienes con nosotros al aeropuerto. Así podremos hablar por el camino. Y, después, mi chófer te llevará a casa. ¿De acuerdo?

No esperó a que Momo contestara, sino que la llevó de la mano hacia el coche. Las tres señoras se sentaron en el asiento posterior. Gigi se sentó al lado del chófer y sentó a Momo en sus rodillas. Se pusieron en marcha.

—Bien —dijo Gigi—, ahora cuenta, Momo. Pero todo por orden. ¿Cómo desapareciste tan de repente?

Precisamente cuando Momo quería empezar a hablar del maestro Hora y sus flores horarias, fue cuando una de las señoras se inclinó hacia adelante.

—Perdón —dijo—, pero se me acaba de ocurrir una idea fabulosa. Deberíamos presentar a Momo a la Public Film. Sería exactamente la nueva estrella infantil que necesitamos para su historia de vagabundos, que pronto se empezará a rodar. Imagínese qué sensación: Momo interpreta a Momo.

—¿Es que no me has entendido? —preguntó Gigi con dureza—. No quiero que, bajo ningún concepto, mezcle a la niña en eso.

—La verdad, no sé lo que quiere —respondió la señora, ofendida—. Cualquier otro se chuparía los dedos por una ocasión así.

—¡Yo no soy cualquier otro! —gritó Gigi encolerizado. Vuelto hacia Momo, añadió—. Perdona, Momo; puede que no lo entiendas, pero no quiero que esa jauría también te agarre a ti.

Ahora estaban ofendidas las tres señoras.

Gigi suspiró, se llevó las manos a la cabeza, después sacó del bolsillo de su chaleco una cajita de plata, extrajo de ella una píldora y se la tomó.

Durante unos minutos nadie dijo nada.

Por fin, Gigi se volvió hacia las señoras:

—Perdonen —dijo, agotado—, no me refería a ustedes. Tengo los nervios destrozados.

—Está bien, ya estamos acostumbradas —dijo la primera señora.

—Y ahora —prosiguió Gigi, dedicándole a Momo una sonrisa un tanto torcida—, sólo hablaremos de nosotros, Momo.

—Una pregunta más, antes de que sea demasiado tarde —interrumpió la segunda señora—. Es que estamos a punto de llegar. ¿No me podría dejar que le hiciera rápidamente una entrevista a la niña?

—¡Basta! —chilló Gigi, iracundo—. Yo quiero hablar ahora con Momo, y en privado. Es importante para mí. ¿Cuántas veces habré de decirlo?

—Usted mismo siempre nos reprocha —replicó, iracunda también la señora— que no le hago la suficiente publicidad.

—Es verdad —sollozó Gigi—. Pero no ahora. ¡Ahora no!

—Es una verdadera lástima —opinó la señora—. Haría llorar a la gente. Pero como usted quiera. Podemos dejarlo para más adelante, si…

—¡No! —la interrumpió Gigi—. Ni ahora ni más adelante. Y, ahora cállese, por favor, mientras hablo con Momo.

—Un momento —contestó la señora con igual vehemencia—, se trata de *su* publicidad, no de la mía. Y debería reflexionar si en los momentos actuales puede permitirse el dejar escapar una ocasión así.

—¡No! —gritó Gigi, desesperado—. No me lo puedo permitir. Pero dejaremos a Momo fuera del juego. Y ahora, se lo suplico, déjennos en paz a los dos durante cinco minutos.

Las señoras se callaron. Gigi se pasó la mano, agotado, por los ojos.

—Ya lo ves. A eso hemos llegado —dejó oír una risita amarga—. No puedo volverme atrás, ni aunque quisiera. Se acabó. Una cosa te puedo decir, Momo: lo más peligroso que existe en la vida son las ilusiones que se cumplen. Por lo menos, cuando ocurre como en mi caso. Ya no me queda nada con qué soñar. Ni siquiera entre vosotros podría volver a aprenderlo. Estoy tan harto de todo.

Miró por la ventanilla, triste.

—Lo único que todavía podría hacer sería cerrar la boca, no contar nada más, enmudecer, quizá hasta el fin de mi vida, por lo menos hasta que se me hubiera olvidado y volviera a ser un pobre diablo desconocido. Pero pobre, y sin ilusiones… No, Momo, eso será el infierno. Por eso prefiero quedarme donde estoy. También es un infierno, pero por lo menos es cómodo… ¡Qué tonterías estoy diciendo! No podrás entenderlo.

Momo sólo le miraba y entendía que estaba enfermo, mortalmente enfermo. Intuía que los hombres grises no eran ajenos a ello. Pero no sabía cómo ayudarle cuando él mismo no lo quería.

—No paro de hablar de mí mismo —dijo Gigi—. Cuenta ahora, por fin, qué te ha ocurrido a ti mientras tanto, Momo.

En ese momento, el coche paró ante el aeropuerto.

Todos se apearon y corrieron hacia la terminal. Allí ya esperaban a Gigi algunas azafatas uniformadas. Unos periodistas le fotografiaban y le hacían preguntas. Pero las azafatas le daban prisa, porque el avión tenía que despegar en pocos minutos.

Gigi se inclinó hacia Momo y la miró. De repente se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Escúchame, Momo —dijo en voz tan baja que los demás no pudieran oírlo—, quédate conmigo. Te llevo conmigo en este viaje y a todas partes. Vivirás conmigo en mi hermosa casa y vestirás de seda y terciopelo como una princesa de verdad. Sólo tendrás que escucharme. Puede que entonces se me vuelvan a ocurrir cuentos de verdad, como los de antes, ¿te acuerdas? Sólo tienes que decir que sí, Momo, y todo se arreglará. Por favor, ayúdame.

A Momo le habría gustado ayudar a Gigi. Le dolía el corazón por ello. Pero sentía que ése no era el buen camino, que Gigi tenía que volver a ser Gigi y que no le serviría de nada el que ella dejara de ser Momo. También sus ojos se llenaron de lágrimas. Movió la cabeza. Y Gigi la entendió. Asintió, triste, mientras que las señoras, a las que él mismo pagaba para eso, se le llevaron. Volvió a saludar con la mano, desde lejos. Momo le devolvió el saludo, y ya había desaparecido.

Durante su encuentro con Gigi, Momo no había podido decir ni una sola palabra.

Y habría tenido tanto que decirle. Le parecía que ahora, cuando le había encontrado, le había perdido de verdad.

Se volvió lentamente y se dirigió a la salida de la terminal. De pronto le recorrió un susto tremendo: ¡también había perdido a Casiopea!

Miseria en la abundancia

—¿Y bien? ¿A dónde? —preguntó el chófer cuando Momo volvió a sentarse a su lado en el gran coche de Gigi.

La niña miraba ante sí, consternada. ¿Qué debía decirle? ¿A dónde quería ir? Tenía que buscar a Casiopea. Pero ¿dónde? ¿Dónde y cuándo la había perdido? Durante todo el viaje con Gigi ya no estaba con ella, de esto estaba segura Momo. Así que delante de la casa de Gigi. Y entonces recordó que en el caparazón había aparecido «Adiós» y «Buscarte». Estaba claro que Casiopea había sabido de antemano que se iban a perder. De modo que iría a buscar a Momo. Pero ¿dónde debía buscar Momo a Casiopea?

—¿Qué, no te aclaras? —preguntó el chófer, mientras tamborileaba con los dedos sobre el volante—. Tengo otras cosas que hacer que llevarte a ti de paseo.

—A casa de Gigi, por favor —contestó Momo.

El chófer la miró un tanto sorprendido:

—Creía que tenía que llevarte a tu casa. ¿O acaso vas a vivir con nosotros?

—No —contestó Momo—. He olvidado algo en la calle, y ahora he de buscarlo.

Al chófer le pareció bien, porque de todos modos tenía que ir allí.

Cuando llegaron ante la villa de Gigi, Momo se apeó y empezó, en seguida, a buscar por los alrededores.

—Casiopea —llamaba una y otra vez, en voz baja—, Casiopea.

—¿Qué es lo que buscas? —le preguntó el chófer desde la ventanilla del coche.

—La tortuga del maestro Hora —le respondió Momo—. Se llama Casiopea y siempre sabe el futuro con media hora de antelación. Y escribe en su caparazón. Tengo que encontrarla. ¿Me ayudas, por favor?

—No tengo tiempo para estas bromas estúpidas —gruñó, y atravesó la puerta, que

se cerró detrás del coche.

Así que Momo siguió buscando sola. Registró toda la calle, pero no vio a Casiopea.

«Podría ser», pensó Momo, «que ya se hubiera ido hacia el anfiteatro».

Así pues, Momo hizo el mismo camino que había hecho al venir, caminando lentamente. Mientras tanto, miraba en todos los rincones y buscaba en todas las cunetas. Una y otra vez llamaba a la tortuga. En vano.

Momo no llegó al anfiteatro hasta bien entrada la noche. También aquí lo registró todo meticulosamente, en la medida en que le fue posible en la oscuridad. Alimentaba la tenue esperanza de que la tortuga hubiera llegado al anfiteatro antes que ella. Pero, con lo lenta que era, eso era imposible.

Momo se metió en la cama. Y ahora sí que por primera vez, estaba completamente sola.

Las próximas semanas las empleó Momo en recorrer la ciudad, sin meta fija, para buscar a Beppo. Como nadie le podía decir dónde estaba, no le quedaba más que la esperanza desesperada de que sus caminos se cruzaran por casualidad. Pero, claro está, en esa enorme ciudad, la posibilidad de que dos personas se encontraran por casualidad era menor que una barca de pesca encontrara ante la costa la botella que unos náufragos habían echado al agua en medio del océano.

Y, no obstante, se decía Momo, podía ser que estuvieran muy cerca. Quién sabe cuántas veces ella pasaba por un lugar en el que Beppo había estado hacía una hora, un minuto, quizá un solo instante. O al revés, cuántas veces podría ocurrir que Beppo pasaría, a la corta o a la larga, por esa plaza o aquella esquina. Por eso, Momo esperaba a veces muchas horas en un mismo sitio. Pero a una hora u otra tenía que seguir. Y así volvía a ser posible que se perdieran.

Qué bien le hubiera ido ahora tener a Casiopea. Si todavía hubiera estado con ella, le hubiera aconsejado «Espera» o «Sigue»; pero así Momo no sabía nunca qué debía hacer. Temía perder a Beppo por esperarle y temía perderle por no esperarle.

También buscaba a los niños que antes siempre habían ido a verla. Pero no vio a ninguno. De hecho, no vio ningún niño por la calle, y se acordó de las palabras de Nino de que ahora se cuidaba de los niños.

El que la propia Momo nunca fuera recogida por un policía o un adulto para ser llevada a un depósito de niños era por la vigilancia secreta, ininterrumpida por parte de los hombres grises. Porque eso no hubiera convenido a sus planes. Pero de eso no

sabía nada Momo.

Cada día iba una vez a comer a casa de Nino. Pero no podía hablar con él más que el primer día. Nino siempre tenía la misma prisa y nunca tenía tiempo.

Y las semanas se convirtieron en meses. Y Momo siempre estaba sola.

Una vez, sentada al anochecer en la barandilla de un puente, vio, a lo lejos, sobre otro puente, una pequeña figura encorvada que manejaba una escoba como si le fuera en ello la vida. Momo creyó reconocer a Beppo y gritó y agitó los brazos, pero la figura no interrumpió su actividad ni por un instante. Momo echó a correr, pero cuando llegó al otro lado ya no pudo ver a nadie.

—No habrá sido Beppo —se dijo Momo, para consolarse—, no puede haber sido Beppo. Yo sé cómo barre Beppo.

Algunos días se quedaba en casa, en el viejo anfiteatro, porque de repente pensaba que Beppo podría pasar para ver si ella ya había vuelto. Si ella no estaba en aquel momento, él creería que ella seguía desaparecida. También aquí la atormentaba la idea de que eso ya hubiera pasado, a lo mejor ayer, o hacía una semana. Así que esperaba, siempre en vano, claro. Finalmente pintó, con grandes letras, en la pared: «He vuelto». Pero nunca lo leyó nadie más que ella misma.

Hubo una cosa que no la abandonó en todo ese tiempo: el vivo recuerdo de lo que había vivido junto al maestro Hora, de las flores y de la música. Sólo tenía que cerrar los ojos y escuchar dentro de sí para ver la reluciente magnificencia de colores de las flores y la música de las voces. E, igual que el primer día, podía repetir las palabras y cantar las melodías, aunque éstas nacían cada vez nuevas y nunca eran las mismas.

Estuvo días enteros sentada en las gradas de piedra hablando y cantando sola. No había nadie para escucharla, salvo los árboles, los pájaros y las viejas piedras.

Hay muchas clases de soledad, pero Momo vivía una que muy pocos hombres conocen, y menos con tanta fuerza.

Le parecía estar encerrada en una caverna rodeada de riquezas incontables que se hacían cada vez más y mayores y amenazaban asfixiarla. Y no había salida. Nadie podía llegar hasta ella y ella no se podía hacer notar a nadie, tan aplastada estaba bajo una montaña de tiempo.

Incluso llegaron horas en que deseaba no haber oído nunca la música ni haber visto los colores. No obstante, si la hubiesen dado a elegir, no habría renunciado a ese recuerdo por nada del mundo. Aunque se hubiera muerto por ello. Pues eso era lo que vivía ahora: que hay riquezas que lo matan a uno si no puede compartirlas.

Cada pocos días, Momo iba a la villa de Gigi y esperaba mucho tiempo delante de la puerta del jardín. Esperaba volver a verle una vez más. Mientras tanto, estaba de acuerdo con todo. Quería quedarse con él, escucharle y hablarle, aunque no fuera como antes. Pero la puerta no volvió a abrirse nunca más.

Fueron pocos meses los que pasaron así, y no obstante fue la temporada más larga que Momo experimentó jamás. Porque el verdadero tiempo no se puede medir por el reloj o el calendario.

Poco se puede explicar de una soledad así. Quizá baste con decir lo siguiente: si Momo hubiera sabido encontrar el camino hasta el maestro Hora —y lo intentó muchas veces— habría ido y le habría pedido que no le concediera más tiempo o que le dejara quedarse con él en la casa de Ninguna Parte para siempre.

Pero sin Casiopea no sabía encontrar el camino. Y Casiopea seguía perdida. Acaso había vuelto hacía tiempo junto al maestro Hora. O se había perdido en algún lugar del mundo. El caso es que no volvió.

En lugar de eso ocurrió otra cosa muy distinta.

Un día, Momo se encontró en la ciudad con tres de los niños que antes siempre iban a verla. Se trataba de Paolo, Blanco y María, que entonces siempre llevaba a su hermanito Dedé. Los tres tenían un aspecto muy diferente. Llevaban una especie de uniforme gris, y sus caras parecían notablemente rígidas y sin vida.

Incluso cuando Momo los saludó jubilosamente apenas sonrieron.

—Os he buscado tanto —dijo Momo, sin aliento—. ¿Volveréis conmigo ahora?

Los tres intercambiaron una mirada, después movieron la cabeza negativamente.

—¿Mañana, quizá? —preguntó Momo—. ¿O pasado?

Los tres volvieron a mover la cabeza.

—¡Volved! —les pidió Momo—. Si antes siempre veníais.

—¡Antes! —contestó Paolo—. Pero ahora todo es diferente. No nos dejan perder el tiempo inútilmente.

—Pero si eso no lo hemos hecho nunca —dijo Momo.

—Sí, era bonito —dijo María—, pero eso no importa.

Los tres niños siguieron adelante a toda prisa. Momo caminó a su lado.

—¿A dónde vais ahora? —quiso saber.

—A la clase de juegos —contestó Blanco—. Allí aprendemos a jugar.

—¿A qué? —preguntó Momo.

—Hoy jugamos a tarjetas perforadas —explicó Paolo—. Es muy útil, pero hay que prestar mucha atención.

—¿Y cómo funciona?

—Cada uno de nosotros representa una tarjeta perforada. Cada tarjeta perforada contiene gran número de indicaciones: la talla, la edad, el peso y así. Pero, claro, no lo que se es en realidad, porque sería demasiado sencillo. A veces no son más que números largos, por ejemplo MUX/763/y. Entonces nos mezclan y nos meten en un archivo. Y, entonces, uno de nosotros ha de encontrar una ficha determinada. Tiene que hacer preguntas, de tal manera que elimine todas las demás tarjetas y se quede con una sola. El que lo hace más deprisa ha ganado.

—¿Y eso es divertido? —preguntó Momo, un tanto dudosa.

—Eso no importa —dijo María, un poco miedosa—, no se puede hablar así.

—¿Y qué es lo que importa? —quiso saber Momo.

—El que sea útil para el futuro —contestó Paolo.

Mientras tanto habían llegado delante de la puerta de una casa grande, gris. «Depósito de niños», ponía encima de la puerta.

—Tengo tantas cosas que contaros —dijo Momo.

—Puede que algún día volvamos a vernos —contestó María, triste.

A su alrededor había más niños, que entraban todos por la puerta. Todos tenían el mismo aspecto que los amigos de Momo.

—A tu lado era más divertido —dijo Blanco, de pronto—. Siempre se nos ocurría algo a nosotros mismos. Pero con eso no se aprende nada, dicen.

—¿Es que no podéis escaparos? —propuso Momo.

Los tres movieron la cabeza y miraron alrededor, por si alguien lo había oído.

—Yo lo intenté un par de veces, al principio —susurró Blanco—, pero no merece la pena. Siempre vuelven a pescarte.

—No se puede hablar así —dijo María—, al fin y al cabo, ahora cuidan de nosotros.

Todos callaron y miraron ante sí. Por fin, Momo tomó ánimos y preguntó:

—¿No me podríais llevar con vosotros? Ahora estoy siempre sola.

Pero entonces ocurrió algo notable: antes de que los niños pudieran contestar, una fuerza enorme, como un imán, los arrastró dentro de la casa. La puerta se cerró con un estallido tras ellos.

Momo lo había observado asustada. No obstante, al cabo de un ratito se acercó a la puerta para llamar o tocar el timbre. Quería pedir una vez más que también la

dejaran jugar a ella, fueran los juegos que fueran. Pero apenas había dado un paso hacia la puerta, cuando quedó paralizada por el susto. Entre ella y la pared apareció de repente un hombre gris.

—No vale la pena —dijo con una delgada sonrisa, con el cigarro en la comisura de la boca—. Ni lo intentes. No nos interesa que entres aquí.

—¿Por qué? —preguntó Momo.

Volvía a notar cómo subía por ella un frío glacial.

—Porque contigo hemos previsto otra cosa —explicó el hombre gris, exhalando un anillo de humo que se colocó, como un lazo, alrededor del cuello de Momo, donde tardó mucho en desaparecer.

Pasaba la gente, pero todos tenían mucha prisa.

Momo señaló con el dedo hacia el hombre gris y quiso gritar pidiendo auxilio, pero no pudo producir ningún sonido.

—¡Déjalo estar! —dijo el hombre gris, mientras soltaba una risa cenicienta, sin alegría—. ¿Tan poco nos conoces todavía? ¿No sabes todavía lo poderosos que somos? Te hemos quitado todos tus amigos. Nadie puede ayudarte. Y también nosotros podemos hacer contigo lo que queramos. Pero todavía te perdonamos, como puedes ver.

—¿Por qué? —pudo preguntar Momo, con esfuerzo.

—Porque queremos que nos hagas un pequeño favor —respondió el hombre gris —. Si eres razonable, puedes ganar mucho para ti y para tus amigos. ¿Qué te parece?

—Bien —susurró.

El hombre gris sonrió.

—Entonces nos encontraremos a medianoche para una discusión.

Momo asintió muda. Pero el hombre gris ya no estaba. Sólo quedaba en el aire el humo de su cigarro.

No había dicho dónde tenían que encontrarse.

Mucho miedo y más valor



omo tenía miedo de volver al viejo anfiteatro. Le parecía seguro que el hombre gris, que la había citado para medianoche, iría allí.

Y Momo tenía un pánico terrible cuando pensaba que estaría allí totalmente sola con él.

No, no quería volver a verle nunca más, ni allí ni en ningún otro sitio. Cualquiera que fuera la propuesta que tenía que hacerle, estaba muy claro que no significaría nada bueno ni para ella ni para sus amigos.

Pero ¿dónde podría esconderse de él?

El sitio más seguro le parecía ser en medio de la muchedumbre. Cierto que había visto que nadie le había prestado atención, ni a ella ni al hombre gris, pero si de verdad le hacía algo y ella pedía auxilio, la gente la atendería y la salvaría. Además, se decía, en medio de una muchedumbre era más difícil de encontrar.

Así que, durante todo el resto de la tarde, hasta bien entrada la noche, Momo caminó entre la gente por las calles y plazas más transitadas hasta que, habiendo dado una gran vuelta, volvió al mismo punto en que había comenzado su camino. Lo hizo otra vez, y una tercera; se dejaba llevar por la corriente de gente, siempre con prisas.

Pero ya había caminado todo el día, y le dolían los pies de cansancio. Se hizo tarde, y Momo andaba medio dormida, y andaba y andaba…

«No descansaré más que un momento», pensó por fin, «sólo un pequeño instante, y entonces podré vigilar mejor…».

Junto al bordillo había, en aquel lugar, un triciclo de reparto, cargado con toda clase de sacos y cajas. Momo se subió a él y se apoyó contra un saco agradablemente blando. Alzó los cansados pies y los recogió debajo de su falda. ¡Ah, qué bien se estaba! Suspiró aliviada, se arrebujó contra el saco y se durmió de agotamiento antes de que se hubiera dado cuenta.

La agitaron sueños confusos. Vio al viejo Beppo, que usaba su escoba con tiento, mientras se balanceaba sobre una cuerda por encima de un abismo tenebroso.

—¿Dónde está el final? —le oía gritar una y otra vez—. No encuentro el final…

Y la cuerda parecía, efectivamente, interminable. Desaparecía en la oscuridad por ambos extremos.

Momo habría querido ayudar a Beppo, pero ni siquiera consiguió que la viera. Estaba demasiado lejos, demasiado arriba.

Después vio a Gigi que se sacaba de la boca una interminable tira de papel. Tiraba y tiraba, pero la cinta de papel ni se acababa ni se rompía. Gigi estaba ya encima de una montaña de tiras de papel. A Momo le pareció que la miraba suplicante, como si ya no pudiera respirar si ella no le ayudaba.

Quiso correr en su ayuda, pero sus pies se enredaron en las tiras de papel. Cuanto más intentaba librarse de ellas, más se enredaba.

Entonces vio a los niños. Eran planos como naipes. En cada carta se habían perforado muchos agujeros. Se barajaban las cartas, que tenían que ordenarse de nuevo y les perforaban más agujeros. Los niños naipes lloraban en silencio, pero volvían a barajarlos, con lo que hacían un ruido trepidante.

«¡Alto!», quería gritar Momo, «¡Paren!».

Pero la trepidación era más fuerte que su débil voz. Y se hacía cada vez más fuerte, hasta que se despertó.

En un primer momento no supo dónde se encontraba, porque todo estaba oscuro. Pero entonces recordó que se había montado en un triciclo. Y el triciclo estaba ahora moviéndose y su motor hacía ruido.

Momo se secó las mejillas, húmedas de lágrimas. ¿Dónde estaba?

El triciclo debía haber circulado un buen rato sin que ella se diera cuenta, porque ya estaba en aquella parte de la ciudad que de noche parecía deshabitada. Las calles estaban desiertas y las casas oscuras.

El triciclo no iba aprisa, y Momo saltó de él antes de pensárselo dos veces. Quería volver a las calles animadas, donde se creía segura de los hombres grises. Pero de repente recordó lo que había soñado, y se paró.

El ruido del motor se perdió lentamente en las calles oscuras, y se hizo el silencio.

Momo ya no quería huir. Se había ido con la esperanza de salvarse. Todo el tiempo había pensado sólo en sí misma, en su propio abandono, en su miedo. Cuando en realidad eran sus amigos los que estaban en peligro. Si había alguien que podía ayudarlos todavía era ella. Por pequeña que fuera la posibilidad de que los hombres grises soltaran a sus amigos, había que intentarlo.

Después de pensar esto, sintió, de pronto, un cambio dentro de sí. El sentimiento de miedo y desamparo se había hecho tan grande que, repentinamente, se volvió en su contrario. Lo había superado. Ahora se sentía tan valerosa y confiada como si ninguna fuerza del mundo pudiera hacerle nada; o, mejor dicho, ya no le importaba nada lo que le pudiera ocurrir.

Ahora *quería* encontrarse con los hombres grises. Lo quería a cualquier precio.

«Tengo que volver en seguida al anfiteatro», se dijo, «puede que no sea demasiado tarde, puede que me espere todavía».

Pero eso era más fácil decirlo que hacerlo. No sabía dónde estaba, y no tenía la menor idea de hacia dónde tenía que ir. Aun así, se puso a caminar en una dirección cualquiera.

Siguió andando y andando a través de las calles oscuras, muertas. Y, como iba descalza, no oía siquiera el ruido de sus propios pasos. Cada vez que entraba en una calle nueva esperaba encontrar algo que le dijera a dónde tenía que ir, esperaba reconocer alguna señal. Pero no encontró ninguna. Ni siquiera podía preguntarle el camino a nadie, porque el único ser vivo con el que se cruzó fue un perro flaco, sucio, que buscaba algo comestible en un montón de basura y que huyó, miedoso, en cuanto se acercó.

Por fin, Momo llegó a una plaza inmensa, vacía. No era una de esas plazas bonitas, con árboles o fuentes, sino sólo una gran superficie vacía. Sólo en su extremo se destacaban contra el cielo nocturno los perfiles de las casas.

Momo atravesó la plaza. Cuando acababa de llegar a su centro, comenzó a sonar, cerca, un campanario. Sonó muchas veces, de modo que podía ser medianoche. Si el hombre gris la esperaba en el anfiteatro, pensó Momo, ya no llegaría a tiempo para encontrarse con él. Se iría, sin haber resuelto nada. Habría perdido la oportunidad de ayudar a sus amigos, quizá para siempre.

Momo se mordió el puño. ¿Qué debía, qué podía hacer? No lo sabía.

—¡Estoy aquí! —gritó todo lo fuerte que pudo, hacia la oscuridad.

No tenía la menor esperanza de que el hombre gris la pudiera oír. Pero en eso se equivocaba.

Apenas se había acabado el eco de la última campanada, cuando se hizo notar en todas las calles que llevaban a la plaza, a la vez, un tenue brillo luminoso, que aumentaba rápidamente. Momo se dio cuenta de que eran los faros de muchos coches que se acercaban desde todos los lados hacia el centro de la plaza. Hacia cualquier lado que se volviera, siempre se encontraba con un chorro de luz, de modo que tuvo que protegerse los ojos con la mano. ¡Ya venían!

Momo no había contado con una movilización tal. Por un instante sintió que la abandonaba el valor. Y como estaba rodeada y no podía huir, se escondió lo que pudo, en su chaquetón de hombre, demasiado grande.

Pero después pensó en las flores y en las voces de la gran música, y en seguida se sintió consolada y confortada.

Con los motores ronroneando, los coches se habían acercado más y más. Finalmente se pararon, uno junto a otro, formando un gran círculo cuyo centro era Momo.

Entonces se apearon los hombres grises. Momo no podía ver cuántos eran, porque se quedaron en la oscuridad, detrás de los faros. Pero sintió que muchas miradas se posaban en ella, miradas que no contenían nada bueno. Tuvo frío.

Durante un rato, nadie dijo nada, ni Momo ni ninguno de los hombres grises.

—Así que ésta —oyó, por fin, que decía una voz cenicienta— es la niña Momo, que creía poder enfrentarse a nosotros. Miradla, qué poquita cosa.

A esas palabras siguió un ruido castañeante que, desde lejos, podía parecerse a una risa a muchas voces.

—¡Cuidado! —dijo, retenida, otra voz cenicienta—. Saben lo peligrosa que puede llegar a ser esa niña. No vale la pena tratar de engañarla.

Momo se avivó.

—Está bien —dijo, desde la oscuridad más allá de los faros, la primera voz—, vamos a intentarlo, pues, con la verdad por delante.

De nuevo hubo un largo silencio. Momo sintió que los hombres grises temían decir la verdad. Parecía costarles un esfuerzo increíble. Momo oyó algo que parecía un jadeo de muchas gargantas.

Por fin volvió a hablar uno. La voz llegaba de otra dirección, pero igual de cenicienta:

—Hablemos, pues, con franqueza. Estás sola, querida niña. Tus amigos están fuera de tu alcance. Ya no hay nadie con quien puedas compartir tu tiempo. Todo eso lo planeamos nosotros. Ya ves lo poderosos que somos. No vale la pena resistirse a nosotros. Todas esas horas solitarias, ¿qué son, ahora, para ti? Una maldición que te aplasta, un peso que te asfixia, un mar que te ahoga, una tortura que te quema. Estás marginada de todos los demás hombres.

Momo escuchaba y seguía callando.

—Llegará un momento —continuó la voz—, en que no lo soportarás, acaso mañana, dentro de una semana, dentro de un año. A nosotros nos es igual, nos limitamos a esperar. Porque sabemos que tarde o temprano vendrás, arrastrándote, y

dirás: «Estoy dispuesta a todo, pero libradme de esta carga». ¿O ya has llegado a ese punto? No tienes más que decirlo.

Momo movió la cabeza.

—¿No quieres que te ayudemos? —preguntó, glacial, la voz.

Desde todos lados cayó sobre Momo una ola de frío, pero ella apretó los dientes y volvió a mover la cabeza.

—Sabes lo que es el tiempo —murmuró otra voz.

—Eso demuestra que realmente ha estado con *Alguien* —contestó, en el mismo tono, la primera voz, para preguntar—. ¿Conoces al maestro Hora?

Momo asintió.

—¿Has estado con él, de verdad?

Momo asintió de nuevo.

—¿Así que conoces las flores horarias?

Momo asintió por tercera vez. ¡Y tanto que las conocía!

Volvió a hacerse un largo silencio. Cuando la voz volvió a hablar, vino de otra dirección.

—Quieres a tus amigos, ¿verdad?

Momo asintió.

—¿Y te gustaría librarlos de nuestro poder?

Momo asintió otra vez.

—Podrías hacerlo, sólo con que quisieras.

Momo se apretó más aún el chaquetón, porque tiritaba de frío de la cabeza a los pies.

—No te costaría más que una pequeñez librar a tus amigos. Nosotros te ayudamos y tú nos ayudas. Me parece que es justo.

Momo miró atentamente hacia la zona de donde provenía la voz.

—A nosotros también nos gustaría conocer personalmente a ese tal maestro Hora, ¿sabes? Pero no sabemos dónde vive. Sólo queremos de ti que nos lleves hasta él. Eso es todo. Sí, Momo, escucha bien, para convencerte de que hablamos contigo con total franqueza y honradez: a cambio te devolvemos a tus amigos y podréis vivir vuestra vieja vida, alegre y divertida. Me parece que es un buen trato.

Momo abrió la boca por primera vez. Le costaba hablar, porque le parecía tener los labios congelados.

—¿Qué queréis del maestro Hora? —preguntó lentamente.

—Queremos conocerle —replicó la voz con dureza, y el frío aumentó—. Eso te ha de bastar.

Momo calló y esperó. Corrió cierto movimiento entre los hombres grises. Parecían ponerse intranquilos.

—No te entiendo —dijo la voz—. Piensa en ti y en tus amigos. ¿Por qué te ocupas del maestro Hora? Es lo suficientemente mayor como para ocuparse de sí mismo. Y, además, si es razonable y llega a un acuerdo amistoso con nosotros, no le tocaremos siquiera un cabello. En caso contrario, tenemos nuestros medios para obligarle.

—¿A qué? —preguntó Momo con los labios morados.

De repente, la voz sonó chillona y agotada, cuando contestó:

—Estamos hartos de reunir penosamente, una a una, las horas, los minutos y los segundos de los hombres. Queremos todo el tiempo de todos los hombres. Y tiene que dárnoslo Hora.

Momo miró horrorizada en la dirección de la que venía la voz.

—¿Y los hombres? —preguntó—. ¿Qué será de ellos?

—Los hombres —gritó la voz, en falsete— hace tiempo que son inútiles. Ellos mismos han convertido el mundo en un lugar donde ya no hay sitio para ellos. *Nosotros* dominaremos el mundo.

El frío ahora era tan terrible, que Momo sólo podía mover los labios con dificultad, pero no podía decir palabra.

—Pero no te preocupes, pequeña Momo —prosiguió la voz ahora baja y halagadora—, tú y tus amigos, vosotros quedáis excluidos. Seréis los últimos hombres que jueguen y se cuenten historias. No os mezcléis más en nuestros asuntos y nosotros os dejaremos en paz.

La voz calló, pero comenzó a hablar de nuevo, al poco, desde otra dirección:

—Sabes que hemos dicho la verdad. Mantendremos nuestra promesa. Y ahora llévanos a casa de Hora.

Momo intentó hablar. Casi había perdido el conocimiento por el frío. Después de varios intentos consiguió decir:

—Ni aunque pudiera lo haría.

Desde algún lugar llegó una voz amenazadora:

—¿Qué significa eso de que si pudieras? Sí puedes. Has estado en casa de Hora, o sea que sabes el camino.

—No lo encontraría de nuevo —susurró Momo—; lo he intentado. Sólo Casiopea lo sabe.

—¿Quién es ésa?

—La tortuga del maestro Hora.

—¿Dónde está ahora?

Momo, apenas consciente, tartamudeó:

—Volvió… conmigo… pero… la he… perdido.

Como de muy lejos se oyó una gran confusión de voces excitadas.

—¡Alarma general! —oyó gritar—. Hay que encontrar la tortuga. Hay que registrar todas las tortugas. ¡Hay que encontrar a Casiopea!

Las voces se difuminaron. Se hizo el silencio. Momo se recuperó poco a poco. Estaba sola en medio de la gran plaza, sobre la que sólo soplaba una racha de viento gris, un viento que parecía no venir de ningún lado, un viento helado.

Cuando se prevé sin mirar atrás

omo no sabía cuánto tiempo había pasado. El campanario sonaba de vez en cuando, pero Momo apenas lo oía. Muy lentamente volvía a su cuerpo entumecido el calor. Se sentía como paralizada y no sabía decidirse a nada.

¿Tenía que ir al viejo anfiteatro y ponerse a dormir? ¿Ahora, cuando habían desaparecido todas las esperanzas para ella y sus amigos? Porque ahora sabía que nunca volvería a ser igual que antes…

A ello se añadía el miedo por Casiopea. ¿Qué ocurriría si los hombres grises la encontraban? Momo empezó a hacerse amargos reproches por haber mencionado a la tortuga. Pero había estado tan atontada que no había tenido oportunidad de reflexionar.

—Y puede ser —trataba de consolarse Momo— que Casiopea ya esté de vuelta con el maestro Hora. Sí. ¡Ojalá ya no me busque! Sería una suerte, tanto para ella como para mí…

En ese momento, algo tocó con suavidad su pie. Momo se asustó y se agachó lentamente.

¡Ante ella estaba la tortuga! En la oscuridad relucían las palabras «Ya estoy aquí».

Sin pensárselo, Momo la recogió y la ocultó debajo del chaquetón. Entonces se enderezó y escuchó y miró en la oscuridad, porque temía que los hombres grises pudieran estar cerca todavía.

Pero todo estaba silencioso.

Casiopea pataleaba con fuerza bajo el chaquetón e intentaba soltarse. Momo la sujetaba con fuerza, pero miró hacia ella y susurró:

—¡Por favor, estate quieta!

«¿A qué vienen estas tonterías?», ponía en el caparazón.

—No tienen que verte —susurró Momo.

Ahora aparecieron en el caparazón las palabras «¿No estás contenta?».

—¡Claro! —dijo Momo, y casi sollozó—. ¡Claro, Casiopea, y tanto!

Y la besó repetidamente en la nariz.

Las letras en el caparazón de la tortuga enrojecieron visiblemente cuando contestó: «¡Por favor!».

Momo sonrió.

—¿Me has buscado todo el tiempo?

«Cierto».

—¿Y cómo has venido a encontrarme precisamente aquí y justo ahora?

«Lo preveía».

Así que la tortuga había estado buscando todo el tiempo a Momo, aun sabiendo que no la encontraría. Entonces, no habría hecho falta que la buscara. Eso era otro de los enigmas de Casiopea que hacía que uno se volviera loco si lo pensaba demasiado tiempo. Pero ahora, por lo menos, no era el momento más apropiado para reflexionar sobre esa cuestión.

Momo le contó en susurros a la tortuga lo que había ocurrido mientras tanto.

—¿Qué hemos de hacer ahora? —preguntó, al fin.

Casiopea había escuchado atentamente. Ahora aparecieron en su caparazón las palabras: «Vamos a ver a Hora».

—¿Ahora? —preguntó Momo, aterrada—. ¡Pero si te están buscando por todas partes! Sólo aquí no están ahora. ¿No sería mejor quedarse aquí?

Pero en la tortuga sólo ponía: «Yo sé, nos vamos».

—Entonces —dijo Momo— iremos a parar directamente a sus manos.

«No encontraremos a nadie», era la respuesta de Casiopea.

Pues bien, si lo sabía con toda seguridad, se podía fiar de ella. Momo dejó a Casiopea en el suelo. Pero entonces pensó en el largo y penoso camino que había recorrido la otra vez y sintió, de pronto, que no tendría las fuerzas necesarias.

—Ve sola, Casiopea —dijo en voz baja—, yo no puedo más. Ve sola y dale recuerdos al maestro Hora.

«Es muy cerca», ponía en la espalda de Casiopea.

Momo lo leyó y se volvió, asombrada. Poco a poco se dio cuenta de que estaba en aquel barrio mísero y como desierto del que había pasado, la vez anterior, a la zona de las casas blancas y aquella luz tan curiosa. Si era así, acaso podría llegar todavía hasta la calle de Jamás y la casa de Ninguna Parte.

—Está bien —dijo Momo—, voy contigo. ¿Pero no podría llevarte, para ir un poco más deprisa?

«No», ponía en el caparazón de Casiopea.

—¿Por qué tienes que arrastrarte tú misma? —preguntó Momo.

A esto vino la enigmática respuesta: «El camino está en mí».

Con esto, la tortuga se puso en marcha y Momo la siguió, poco a poco y pasito a pasito.

Apenas la niña y la tortuga habían desaparecido por una de las callejuelas, las sombras de las casas alrededor de la gran plaza cobraron vida. Recorrió la plaza una risita cenicienta. Se trataba de los hombres grises, que habían espiado toda la escena. Una parte de ellos se había quedado atrás para observar secretamente a la niña. Habían tenido que esperar mucho, pero ni ellos mismos habían pensado que la larga espera tendría tanto éxito.

—¡Allá van! —susurró una voz cenicienta—. ¿Las cogemos?

—Claro que no —murmuró otra—. Las dejamos marchar.

—¿Por qué? —preguntó la primera voz—. Si tenemos que cazar la tortuga, nos han dicho. A cualquier precio.

—Es verdad. ¿Y para qué la queremos?

—Para que nos lleve a casa de Hora.

—Exacto. Y es justo lo que está haciendo. Y ni siquiera tenemos que obligarla. Lo hace voluntariamente…, aunque sin querer.

Volvió a recorrer las sombras de la plaza una risita átona.

—Pasen en seguida la noticia a todos los agentes de la ciudad. Puede interrumpirse la búsqueda. Que todos se unan a nosotros. Pero cuidado, señores. Ninguno de nosotros ha de interponerse en su camino. Que les dejen la vía libre. No han de encontrarse con ninguno de nosotros. Y ahora, señores, sigamos a nuestros cándidos guías.

De ahí que Momo y Casiopea no se encontraran, efectivamente, con ninguno de sus perseguidores. Porque fueran donde fueran, los perseguidores las esquivaban y desaparecían a tiempo, para juntarse a sus compañeros que iban detrás de la niña y la tortuga. Una procesión de hombres grises cada vez más larga, seguía en silencio a las dos fugitivas, manteniéndose siempre oculta detrás de una esquina.

Momo estaba tan cansada como no lo había estado nunca en toda su vida. A veces creía que al instante siguiente iba a caerse y quedarse dormida. Pero se obligaba a dar

el paso siguiente, y el siguiente a éste. Y, durante un breve ratito, parecía ir mejor.

¡Si la tortuga no hubiera ido tan lenta! Pero no podía hacerle nada. Momo ya no miraba ni a derecha ni a izquierda, sino sólo sus propios pies y a Casiopea.

Después de lo que le pareció una eternidad se dio cuenta de que la calle se iba haciendo más clara. Momo alzó los párpados, que le parecían pesar como plomo, y miró alrededor.

¡Sí! Por fin habían llegado a aquel barrio en que había aquella luz que no era el amanecer ni el atardecer y donde las sombras se proyectaban en todas direcciones. Las casas eran de un blanco resplandeciente con sus ventanas negras. Y ahí estaba también aquel curioso monumento, que no representaba nada más que un huevo gigantesco sobre un sillar de piedra negra.

Momo cobró ánimos, porque ya no podía faltar demasiado para llegar a casa del maestro Hora.

—Por favor —le dijo a Casiopea—, ¿no podríamos ir un poco más de prisa?

«Cuanto más lento, más aprisa» fue la respuesta de la tortuga.

Siguió arrastrándose, acaso más lentamente que antes. Y Momo notó —como la primera vez— que, precisamente por eso, avanzaban más de prisa. Era como si la calle se deslizara debajo de sus pies, tanto más de prisa cuanto más lentamente caminaban.

Éste era el secreto de aquel barrio: cuanto más lentamente caminaban, tanto más de prisa avanzaban. Y cuanto más se apresuraban, menos se adelantaba. Eso no lo habían sabido la otra vez, cuando perseguían a Momo en tres coches, los hombres grises. Así se les había escapado Momo.

¡La otra vez!

Pero ahora las cosas eran de otro modo. Porque ahora no querían alcanzar a la niña ni a la tortuga. Ahora las seguían tan poquito a poco como caminaban aquéllas. Y así también ellos descubrieron este secreto. Lentamente, las calles blancas detrás de las dos se llenaron con un ejército de hombres grises. Y como éstos sabían ahora cómo había que moverse, iban incluso más lentamente todavía que la tortuga, por lo que iban alcanzándola. Era como una carrera al revés, una carrera de lentitud.

El camino iba en zigzag a través de aquellas calles de sueño, más y más profundamente dentro del barrio blanco. Entonces llegaron a la esquina de la calle de Jamás. Casiopea ya había entrado en ella y marchaba hacia la casa de Ninguna Parte. Momo se acordó de que en esa calle no había podido avanzar hasta que se había dado la vuelta y caminaba hacia atrás. Por eso lo volvió a hacer ahora.

El corazón casi se le paró del susto.

Los ladrones de tiempo se acercaban como un muro gris, móvil, uno al lado del

otro, llenando toda la anchura de la calle, hilera tras hilera hasta donde alcanzaba la vista.

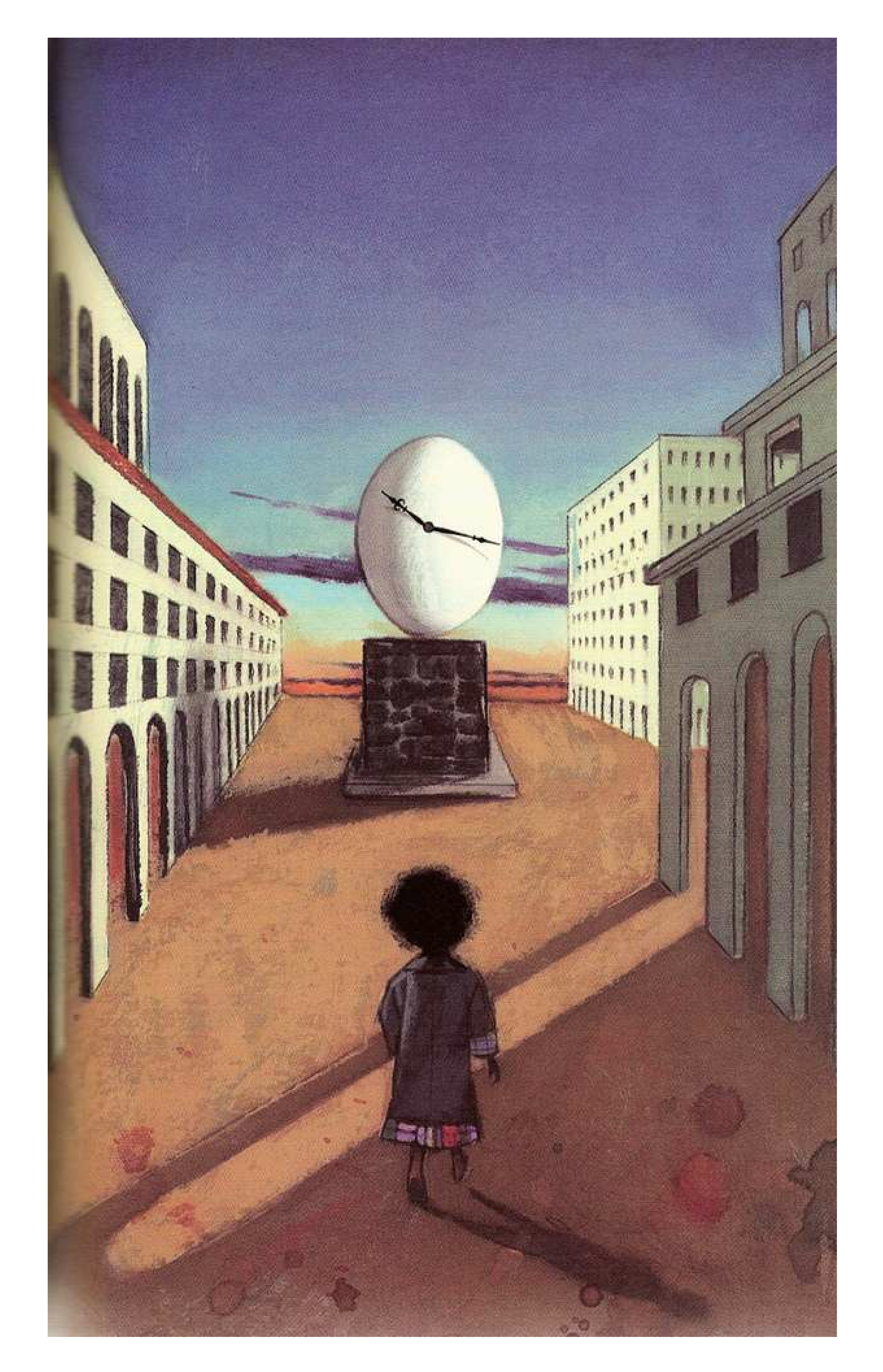
Momo gritó, pero no pudo oír su propia voz. Anduvo hacia atrás por la calle de Jamás y miró, con ojos como platos, el ejército de hombres grises que la seguía.

Pero de nuevo ocurrió algo notable: cuando los primeros perseguidores intentaron entrar en la calle de Jamás, se disolvieron, ante los ojos de Momo, literalmente en la nada. Primero desaparecieron sus manos adelantadas, luego las piernas y los cuerpos y finalmente las caras, en las que había una expresión de sorpresa y terror.

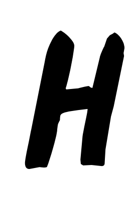
Pero Momo no era la única que observó este suceso, sino también los hombres grises que venían detrás. Los primeros se apretaron contra la masa de los que empujaban por detrás, por lo que, durante un rato, hubo como una pelea entre ellos. Momo vio las caras iracundas y sus puños amenazadores. Pero ninguno se atrevió a seguirla más allá.

Por fin, Momo llegó a la casa de Ninguna Parte.

Se abrió el gran portal de metal verde. Momo se lanzó por él, atravesó corriendo el pasillo con las estatuas de piedra, abrió la puertecita del otro extremo, pasó por ella, recorrió la sala con los innumerables relojes hacia la salita en el centro, entre los relojes de pie, se echó en el sofá y escondió la cara en un cojín, para no ver ni oír nada más.



Los encerrados han de decidirse



ablaba una voz suave.

Momo salió lentamente de la profundidad de su sueño. Se sentía refrescada y descansada de modo maravilloso.

—La niña no tiene la culpa —oyó decir a la voz—, pero tú, Casiopea, ¿por qué lo has hecho?

Momo abrió los ojos. Junto a la mesita, delante del sofá, estaba sentado el maestro Hora. Miraba con cara apesadumbrada hacia el suelo, donde estaba la tortuga.

—¿No podías imaginarte que los hombres grises os seguirían?

«Sólo preveo», apareció en el caparazón de la tortuga, «no medito».

El maestro Hora movió la cabeza, suspirando.

—¡Ay, Casiopea! A veces eres un enigma incluso para mí.

Momo se sentó.

—¡Ajá! Nuestra pequeña Momo ha despertado —dijo, amablemente, el maestro Hora—. Espero que te encuentres bien.

—Muy bien, gracias —contestó Momo—. Perdona que me haya dormido aquí.

—No te preocupes —contestó el maestro Hora—. Está bien. No hace falta que me digas nada. En la medida en que no lo haya observado yo mismo por las gafas de visión total, Casiopea me lo ha contado todo.

—¿Y qué hay de los hombres grises? —preguntó Momo.

El maestro Hora sacó del bolsillo un gran pañuelo azul.

—Nos sitian. Han rodeado totalmente la casa de Ninguna Parte. Hasta donde pueden acercarse, claro.

—No pueden entrar aquí, ¿verdad? —preguntó Momo.

El maestro Hora se sonó.

—No. Tú misma has visto cómo se disuelven en la nada en cuanto pisan la calle de Jamás.

—¿Y cómo es eso? —quiso saber Momo.

—Es por la aspiración del tiempo —contestó el maestro Hora—. Sabes que allí hay que hacerlo todo al revés, ¿no? Y es que alrededor de la casa de Ninguna Parte, el tiempo corre al revés. Normalmente, el tiempo entra en ti. Por tener cada vez más tiempo dentro de ti, envejeces. Pero en la calle de Jamás, el tiempo sale de ti. Se puede decir que te has vuelto más joven mientras la recorrías. No mucho, sólo el tiempo que tardabas en recorrerla.

—No me he dado cuenta de nada —dijo Momo, sorprendida.

—Claro —explicó el maestro Hora, sonriendo—; para un hombre, apenas significa nada, porque es muchas cosas más, además del tiempo que hay en él. Pero con los hombres grises es otra cosa. Sólo se componen del tiempo robado. Y éste se les escapa en un instante si entran en la aspiración del tiempo, igual que el aire de un globo pinchado. Pero del globo queda, por lo menos, la funda; de ellos, nada.

Momo pensaba concentradamente. Al cabo de un rato preguntó:

—¿No se podría hacer correr al revés todo el tiempo? Sólo por un ratito, claro. Todos los hombres serían un poco más jóvenes, pero eso no importaría. Pero los ladrones de tiempo se disolverían en la nada.

El maestro Hora sonrió.

—Sería bonito. Pero no funcionaría. Las dos corrientes se mantienen en equilibrio. Si se elimina la una, desaparece la otra. Entonces no habría tiempo…

Calló y se subió a la frente las gafas de visión total.

—Esto quiere decir… —murmuró, se levantó, y recorrió algunas veces, pensativo, la salita.

Momo le observaba, tensa, y también Casiopea le seguía con la vista.

Finalmente se sentó de nuevo y miró, atento, a Momo.

—Me has dado una idea —dijo—, pero el llevarla a la práctica no depende sólo de mí.

Se dirigió a la tortuga, que seguía a sus pies:

—Casiopea, querida, ¿qué crees que es lo mejor que se puede hacer durante el asedio?

«Desayunar», fue la respuesta que apareció en el caparazón.

—Sí —dijo el maestro Hora—, no es mala idea.

Al momento estaba puesta la mesa. ¿O acaso ya lo había estado todo el tiempo, sin que Momo se hubiera dado cuenta? En cualquier caso, ahí volvían a estar las tacitas de

oro y todo el resto del desayuno: la jarrita del chocolate humeante, la miel, la mantequilla y los panecillos tiernos.

En el tiempo transcurrido, Momo había recordado con frecuencia estas deliciosas cosas y comenzó, en seguida, a comer a dos carrillos. Y esta vez le gustó más aún que la primera. Por cierto que esta vez también el maestro Hora comió con apetito.

—Quieren —dijo Momo al ratito, masticando con entusiasmo— que les des todo el tiempo de todos los hombres. Pero no lo harás, ¿verdad?

—No, Momo —contestó el maestro Hora—, no lo haré nunca. El tiempo ha comenzado una vez y acabará una vez, cuando los hombres no lo necesiten más. De mí, los hombres grises no recibirán el más breve instante.

—Pero dicen —prosiguió Momo— que pueden obligarte.

—Antes de que sigamos hablando de ello —dijo, serio—, quisiera que los vieras tú misma.

Se quitó las gafas de oro y se las pasó a Momo, que se las puso.

Al principio vio de nuevo los torbellinos de formas y colores, que le daban mareos, como la primera vez. Pero esta vez pasó pronto. Al cabo de un momento sus ojos ya se habían adaptado a la visión total.

¡Y ahora vio el ejército de sitiadores!

Los hombres grises estaban, codo con codo, en una hilera interminable. No sólo estaban ante la calle de Jamás, sino en un gran círculo que se tendía a través del barrio de las casas blancas y cuyo centro era la casa de Ninguna Parte. Estaban totalmente rodeados.

Pero entonces Momo se dio cuenta de otra cosa más, algo raro. Primero creyó que los cristales de las gafas de visión total estaban algo empañados, o que todavía no sabía mirar bien, porque una niebla gris hacía que los hombres grises se vieran como desvaídos. Pero entonces comprendió que esa niebla no tenía nada que ver con las gafas ni con sus ojos, sino que nacía allí, en la calle. En algunos lugares ya era densa y opaca, en otros sólo empezaba a formarse.

Los hombres grises estaban inmóviles. Cada uno llevaba, como siempre, su bombín, su cartera y, en la boca, humeaba el pequeño cigarro gris. Pero las nubes de humo no se difuminaban, tal como lo hacían en el aire normal. Aquí, donde no se movía el más leve viento, en este aire vítreo, el humo se tendía como espesas telarañas, se arrastraba por las calles, subía por las fachadas de las casas blancas y se tendía en largas banderas de balcón a balcón. Se reunía en jirones repugnantes, azulverdosos, que se apilaban cada vez a mayor altura y rodeaban la casa de Ninguna Parte con una muralla que crecía sin parar.

Momo vio también que de vez en cuando llegaban hombres grises nuevos, que se colocaban en la hilera y relevaban a otros. Pero ¿por qué hacían eso? ¿Qué plan tenían los ladrones de tiempo? Se quitó las gafas y miró interrogadora al maestro Hora.

—¿Has visto bastante? —preguntó éste—. Entonces, devuélveme las gafas.

Mientras él se las ponía, prosiguió:

—Has preguntado si me pueden obligar. A mí no pueden alcanzarme. Pero pueden causarles a los hombres un daño mayor que todo lo que han hecho hasta ahora. Con eso intentan hacerme chantaje.

—¿Algo peor? —preguntó Momo, asustada.

El maestro Hora asintió:

—Yo adjudico su tiempo a cada hombre. Contra eso no pueden hacer nada los hombres grises. Tampoco pueden detener el tiempo que yo envío. Pero pueden envenenarlo.

—¿Envenenar el tiempo? —preguntó Momo, espantada.

—Con el humo de sus cigarros —explicó el maestro Hora—. Te dije una vez que cada hombre posee un templo dorado del tiempo porque tiene corazón. Si los hombres permiten la entrada en él de los hombres grises, éstos consiguen hacerse con más y más de aquellas flores. Pero las flores horarias arrancadas del corazón de un hombre no pueden morir, porque no se han marchitado de verdad. Pero tampoco pueden vivir, porque están separadas de su verdadero propietario. Con todas las fibras de su ser tienden a volver al hombre al que pertenecen.

Momo escuchaba, sin aliento.

—Has de saber, Momo, que también el mal tiene su secreto. No sé dónde guardan los hombres grises las flores horarias robadas. Sólo sé que las congelan mediante su propio frío, hasta que las flores se quedan rígidas como copas de cristal. Esto les impide volver. En algún lugar, bajo suelo, debe haber unos almacenes enormes, donde está todo el tiempo congelado. Pero ni aun así mueren las flores horarias.

Las mejillas de Momo empezaron a brillar de enfado.

—Los hombres grises se aprovisionan en estos almacenes. Les arrancan los pétalos a las flores horarias, hasta que se vuelven grises y duras. Con eso se hacen sus pequeños cigarros. Pero hasta este momento todavía queda un poco de vida en los pétalos. Y el tiempo vivo es indigerible para los hombres grises. Por eso encienden los cigarros y se los fuman. Porque sólo en el humo está totalmente muerto el tiempo. Y de ese tiempo muerto viven.

Momo se había levantado.

—¡Ah! —exclamó—. Todo ese tiempo muerto…

—Sí. Esa muralla de humo que están haciendo crecer alrededor de la casa de Ninguna Parte, se compone de tiempo muerto. Todavía queda cielo abierto suficiente, todavía puedo hacerles llegar a los hombres su tiempo no contaminado. Pero cuando la campana de humo se haya cerrado a nuestro alrededor y encima de nosotros, en cada hora que yo envíe se mezclará un poco del tiempo muerto, fantasmal, de los hombres grises. Y cuando los hombres lo reciban, enfermarán de muerte.

Momo miraba fijamente al maestro Hora. En voz baja preguntó:

—¿Qué enfermedad es ésa?

—Al principio apenas se nota. Un día, ya no se tiene ganas de hacer nada. Nada le interesa a uno, se aburre. Y esa desgana no desaparece, sino que aumenta lentamente. Se hace peor de día en día, de semana en semana. Uno se siente cada vez más descontento, más vacío, más insatisfecho con uno mismo y con el mundo. Después desaparece incluso este sentimiento y ya no se siente nada. Uno se vuelve totalmente indiferente y gris, todo el mundo parece extraño y ya no importa nada. Ya no hay ira ni entusiasmo, uno ya no puede alegrarse ni entristecerse, se olvida de reír y llorar. Entonces se ha hecho el frío dentro de uno y ya no se puede querer a nadie. Cuando se ha llegado a este punto, la enfermedad es incurable. Ya no hay retorno. Se corre de un lado a otro con la cara vacía, gris, y se ha vuelto uno igual que los propios hombres grises. Se es uno de ellos. Esta enfermedad se llama aburrimiento mortal.

Momo sintió un escalofrío.

—Y si no le das el tiempo de todos los hombres —preguntó—, ¿harán que todos los hombres se vuelvan como ellos?

—Sí —contestó el maestro Hora—. Con eso quieren chantajearme.

Se levantó y se volvió.

—Hasta ahora he esperado que los hombres hicieran alguna cosa por su propia cuenta para librarse de estos parásitos. Habrían podido hacerlo, porque ellos mismos han ayudado a darles la existencia. Pero ahora no puedo esperar más. Tengo que hacer algo. Pero no puedo hacerlo solo.

Miró a Momo.

—¿Quieres ayudarme?

—Sí —susurró Momo.

—Tengo que enviarte a un peligro que no se puede calibrar siquiera —dijo el maestro Hora—, y dependerá de ti, Momo, el que el mundo se quede parado para siempre o vuelva a cobrar vida. ¿Querrás atreverte?

—Sí —repitió Momo, y esta vez su voz sonó firme.

—Entonces —dijo el maestro Hora—, presta mucha atención a lo que te digo,

porque estarás totalmemte sola y yo no podré ayudarte más. Ni yo ni nadie.

Momo asintió y miró al maestro Hora con gran atención.

—Has de saber —empezó— que yo nunca duermo. Si yo durmiera, se acabaría, en el mismo instante, todo el tiempo. El mundo se pararía. Pero si no hay tiempo, los hombres grises ya no pueden robar a nadie. Cierto que pueden seguir existiendo un rato, porque tienen grandes reservas de tiempo. Pero cuando éstas se hayan consumido, se disolverán en la nada.

—Pero entonces —opinó Momo—, es muy sencillo.

—Por desgracia, no es tan sencillo; por eso necesito tu ayuda, mi niña. Porque si no hay más tiempo, yo tampoco puedo volver a despertar. Con eso, el mundo se quedaría quieto y rígido por toda la eternidad. Pero tengo la facultad, Momo, de darte a ti, sólo a ti, una flor horaria. Pero sólo una, porque sólo florece una cada vez. Así que, cuando se hubiera acabado todo el tiempo del mundo, tú todavía tendrías una hora.

—Pero entonces podría despertarte —dijo Momo.

—Con eso sólo —opuso el maestro Hora—, no habríamos conseguido nada, porque las provisiones de los hombres grises son mucho mayores. En una sola hora no habrían gastado apenas nada de ellas. Todavía existirían. Los problemas que has de resolver son mucho mayores. En cuanto los hombres grises se den cuenta de que se ha acabado el tiempo —y se darán cuenta pronto, porque se quedarán sin aprovisionamiento de cigarros— levantarán el sitio y correrán hacia sus provisiones. Y tú tendrás que seguirlos hacia allí, Momo. Cuando hayas encontrado su escondite, tendrás que impedirles que puedan acceder a sus provisiones. En cuanto se acaben sus cigarros, también se acabarán ellos. Pero entonces todavía te quedará una cosa por hacer, que podría ser la más difícil. Cuando haya desaparecido el último ladrón de tiempo, tendrás que dejar en libertad todo el tiempo robado. Porque sólo si vuelve a los hombres, el mundo dejará de estar detenido y yo podré volver a despertarme. Y para todo eso no tienes más que una sola hora.

Momo miró perpleja al maestro Hora. No había contado con tal montaña de dificultades y peligros.

—Aun así, ¿quieres intentarlo? —preguntó el maestro Hora—. Es la única y última posibilidad.

Momo calló. Le parecía imposible poder hacer todo aquello.

«Voy contigo», leyó de pronto, en la coraza de Casiopea.

¡De qué le serviría la tortuga! Y, no obstante, era un rayo de esperanza para Momo. La idea de no estar del todo sola le daba valor. Cierto que era un valor sin

ningún motivo razonable, pero hizo que, de pronto, pudiera decidirse.

—Lo intentaré —dijo, decidida.

El maestro Hora la miró largo rato y comenzó a sonreír.

—Muchas cosas serán más sencillas de lo que parecen ahora. Has oído la voz de las estrellas. No has de tener miedo.

Entonces se volvió a la tortuga y preguntó:

—¿Así que tú, Casiopea, quieres ir con ella?

«Claro», apareció en el caparazón. La palabra desapareció y se formó la frase: «Alguien ha de cuidar de ella».

El maestro Hora y Momo se sonrieron.

—¿También le darás una flor horaria? —preguntó Momo.

—Casiopea no la necesita —explicó el maestro Hora, mientras le rascaba la cabeza —, es un ser de fuera del tiempo. Ella lleva su tiempo en sí misma. Podría seguir arrastrándose por el mundo aun cuando todo se hubiera detenido para siempre.

—Bien —dijo Momo, en quien despertaba el deseo de la acción—, ¿qué hay que hacer ahora?

—Ahora —contestó el maestro Hora—, vamos a despedirnos.

Momo tragó saliva, para preguntar en voz baja:

—¿Es que no nos veremos más?

—Volveremos a vernos, Momo —repuso el maestro Hora—, y hasta entonces, cada hora de tu vida te traerá un saludo mío. Porque seguiremos siendo amigos, ¿no?

—Sí —dijo Momo, y asintió.

—Ahora me voy —prosiguió el maestro Hora— y no debes seguirme ni preguntarme a dónde voy. Porque mi sueño no es un sueño normal y es mejor que no estés presente. Una cosa más: en cuanto me haya ido, tienes que abrir en seguida las dos puertas, tanto la pequeña, en la que está mi nombre, como la grande, de metal verde, que conduce a la calle de Jamás. Porque en cuanto se pare el tiempo, todo se detendrá y ninguna fuerza del mundo podría abrir esas puertas. ¿Lo has entendido todo, mi niña?

—Sí —dijo Momo—, pero ¿cómo sabré que se ha detenido el tiempo?

—No te preocupes; te darás cuenta.

El maestro Hora se levantó, y también Momo se puso en pie. Le pasó suavemente la mano por la crespa cabellera.

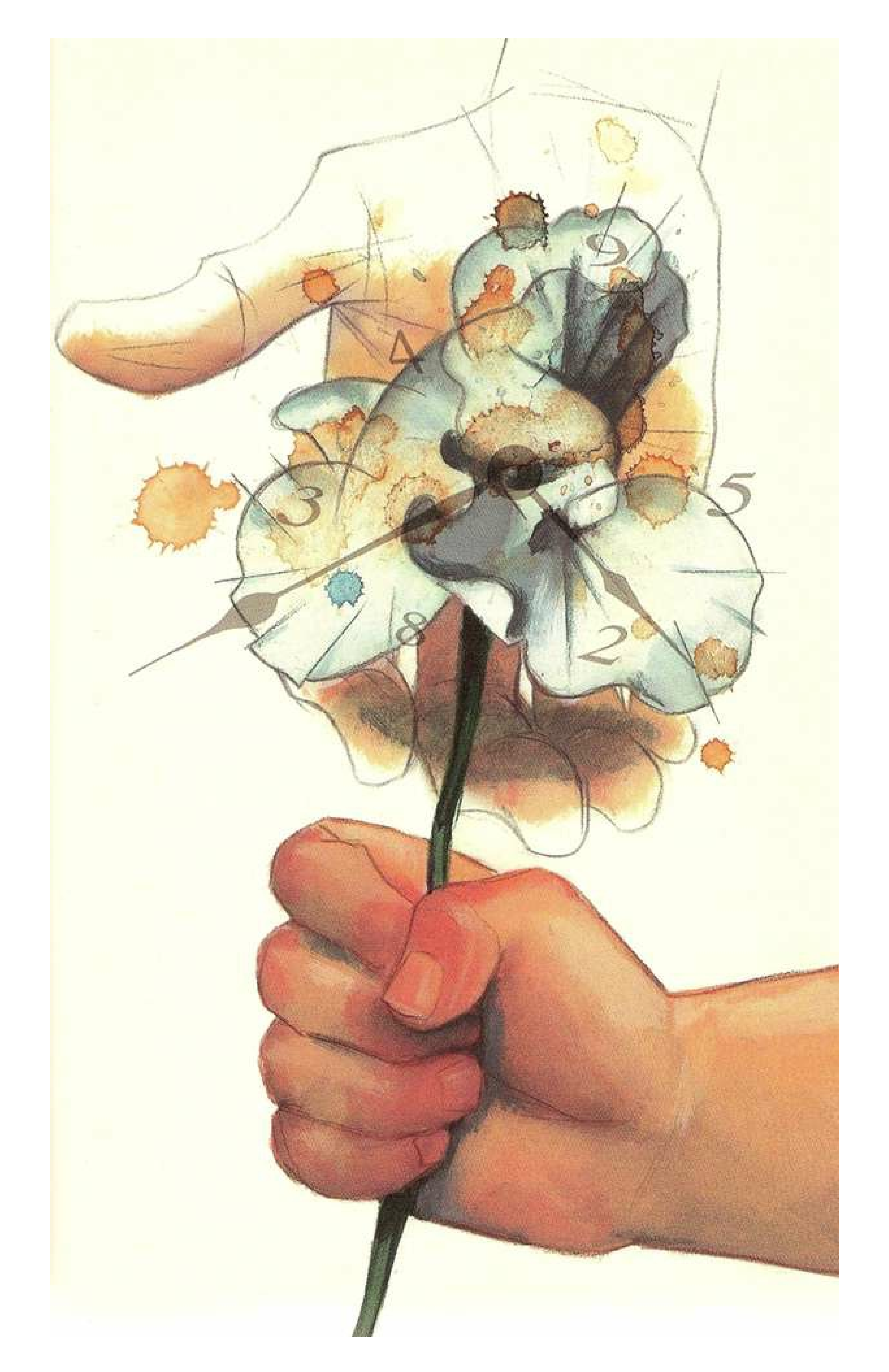
—Adiós, mi querida Momo —dijo—, me has dado una gran alegría al escucharme también a mí.

—Les hablaré a todos de ti —contestó Momo—, más tarde.

Y, de repente, el maestro Hora volvió a parecer inexplicablemente viejo, como aquel día en que la llevó al templo dorado, viejo como una roca o como un árbol secular.

Se volvió y salió rápidamente de la habitación formada por las paredes posteriores de los relojes. Momo oyó sus pasos, cada vez más lejos, hasta que ya no se pudieron distinguir del tictac de los muchos relojes. Acaso se había hundido en ese tictac.

Momo levantó a Casiopea y la apretó contra su cuerpo. Había empezado, irrevocablemente, su mayor aventura.


9
4
3
5
8
2

La persecución de los perseguidores



o primero que hizo Momo fue abrir la pequeña puerta interior, en la que estaba el nombre del maestro Hora. Después recorrió deprisa el pasillo con las estatuas de piedra y abrió también la gran puerta exterior de metal verde. Tuvo que emplear todas sus fuerzas, porque era muy pesada.

Cuando hubo acabado volvió a la sala de los incontables relojes y esperó, con Casiopea en los brazos, lo que ocurriría.

Y entonces ocurrió.

Hubo de repente una sacudida que no hizo temblar el espacio, sino el tiempo; digamos un temblor de tiempo. No hay palabras para explicar cómo se sentía. Este suceso se vio acompañado de un sonido como no lo había oído nunca ningún hombre. Era como un suspiro que surgía de la profundidad de los siglos.

Y todo había pasado.

En el mismo instante se detuvo el múltiple repicar de los incontables relojes. Los péndulos oscilantes se detuvieron donde estaban en aquel momento. No se movía nada. Y se extendió un silencio tan absoluto como no lo había habido nunca antes en el mundo. Se había detenido el tiempo.

Y Momo se dio cuenta de que llevaba en la mano una flor horaria maravillosa, muy grande. No había notado cuándo había llegado a su mano esa flor. Simplemente estaba ahí como si siempre hubiera estado.

Con cuidado, Momo dio un paso. Efectivamente, podía moverse con la misma facilidad de siempre. Sobre la mesita estaban todavía los restos del desayuno. Momo se sentó sobre uno de los sillones tapizados, pero los almohadones eran ahora duros como el mármol y ya no cedían. En su taza quedaba todavía un sorbo de chocolate, pero no se podía mover la tacita. Momo quiso hundir el dedo en el líquido, pero

estaba duro como el vidrio. Lo mismo ocurría con la miel. Incluso las migas que había sobre el plato eran totalmente inamovibles. Nada, ni la más minúscula pequeñez podía cambiarse ya, ahora que ni había tiempo. Casiopea pataleó y Momo la miró.

«¡Pierdes el tiempo!», ponía en el caparazón.

¡Y tanto! Momo se enderezó. Atravesó la sala, pasó por la puertecita, siguió por el pasillo y espió por el gran portal, para echarse atrás en seguida. Su corazón empezó a latir más de prisa. ¡Los ladrones de tiempo no se iban! Al contrario, venían a través de la calle de Jamás, en la que también había dejado de correr el tiempo al revés, hacia la casa de Ninguna Parte. Esto no lo habían previsto.

Momo corrió hacia atrás a la gran sala y se escondió, con Casiopea en brazos, detrás de un gran reloj.

—¡Empezamos bien! —murmuró.

Entonces oyó resonar fuera, en el pasillo, los pasos de los hombres grises. Uno tras otro se arrastraron a través de la puertecilla hasta que hubo en la sala todo un grupo. Miraron a su alrededor.

—Impresionante —dijo uno de ellos—. Así que esta es nuestra nueva casa.

—La niña Momo ha abierto la puerta —dijo otra voz cenicienta—, lo he visto exactamente. Una niña razonable. Me gustaría saber cómo se las ha arreglado para persuadir al viejo.

Y una tercera voz, muy semejante, contestó:

—En mi opinión, habrá cedido el propio *Alguien*. Porque el que no exista la aspiración del tiempo en la calle de Jamás sólo puede significar que él mismo la ha detenido. Se habrá dado cuenta de que tiene que someterse a nosotros. Ahora lo arreglaremos. ¿Dónde estará metido?

Los hombres grises miraron alrededor, buscando, cuando, de pronto, dijo uno de ellos, con una voz más cenicienta aún, si cabe:

—Algo falla, señores. ¡Los relojes! Miren los relojes. Están todos parados. Incluso este reloj de arena.

—Los habrá parado —dijo otro, inseguro.

—No se puede parar un reloj de arena —dijo el primero—. Y, sin embargo, mírenlo señores, la arena se ha detenido en medio de la caída. Ni se puede mover el reloj. ¿Qué significa eso?

Todavía hablaba, cuando se oyeron pasos por el pasillo, y otro hombre gris se introdujo penosamente por la puertecita, gesticulando salvajemente.

—Acaban de llegar noticias de nuestros agentes de la ciudad. Se han detenido sus coches. Todo está parado. Es imposible sacar de ningún hombre ni la más pequeña

cantidad de tiempo. Se ha desmoronado todo nuestro servicio de aprovisionamiento. ¡Ya no hay tiempo! ¡Hora ha detenido el tiempo!

Durante un instante reinó un silencio sepulcral. Entonces, uno preguntó:

—¿Qué dice? ¿Que se ha desmoronado el servicio de aprovisionamiento? ¿Y qué será de nosotros cuando se hayan consumido los cigarros que llevamos?

—Usted sabe perfectamente qué será de nosotros —gritó otro—. ¡Es una catástrofe, señores!

Y de repente, todos empezaron a gritar a la vez:

—¡Hora quiere destruirnos!

—¡Tenemos que levantar en seguida el asedio!

—Tenemos que llegar a nuestros almacenes de tiempo.

—¿Sin coche? ¡No llegaremos a tiempo!

—¡Sólo tengo cigarros para veintisiete minutos!

—¡Y yo para cuarenta y ocho!

—¡Déme!

—¿Está loco?

—¡Sálvese quien pueda!

Todos habían corrido hacia la puertecita y pretendían salir al mismo tiempo. Desde su escondrijo, Momo podía ver cómo, en su pánico todos se golpeaban, tiraban y empujaban y se embrollaban en una pelea terrible. Todos querían salir antes que los demás y peleaban por su vida gris. Se tiraban los sombreros de la cabeza, se arrancaban de la boca, mutuamente, los pequeños cigarros. A quien esto le ocurría parecía perder, al momento, toda su fuerza. Se quedaba con las manos extendidas, una expresión llorosa y aterrorizada en la cara, se volvía transparente y desaparecía. No quedaba nada de él, ni siquiera el bombín.

Al final no quedaron más que tres hombres grises en la sala, que consiguieron ir saliendo, uno tras otro.

Momo, con la tortuga en un brazo y la flor horaria en la otra mano, los siguió. Ahora todo dependía de que no perdiera de vista a los hombres grises.

Cuando salió del gran portal vio que los ladrones de tiempo ya habían corrido hasta el extremo de la calle de Jamás. Allí estaban, en medio de nubes de humo, otros grupos de hombres grises, que discutían con gestos airados. Cuando vieron correr a los que salían de la casa de Ninguna Parte, también empezaron a correr, otros se sumaron a los que huían y, al poco rato, todo el ejército se hallaba en una retirada a la desbandada. Una caravana casi interminable de hombres grises corría hacia el centro de la ciudad a través del misterioso barrio de sueños con sus casas blancas como la

nieve y las sombras que caían en distintas direcciones. A causa de la desaparición del tiempo, también había desaparecido aquí la curiosa inversión de prisa y lentitud. La comitiva de hombres grises pasó al lado del monumento del huevo y llegó hasta donde estaban aquellas casas de vecindad grises, tristes, en las que moraba la gente que vivía al borde del tiempo. Pero también aquí todo estaba rígido.

Momo seguía a una distancia prudencial detrás de los últimos rezagados. Así comenzó una persecución al revés a través de la gran ciudad, una persecución en la que un grupo enorme de hombres grises huía y una niña con una flor en una mano y una tortuga en la otra los perseguía.

¡Pero qué aspecto tan misterioso tenía la gran ciudad! En la calzada, los coches estaban parados uno al lado del otro; detrás del volante, los conductores estaban inmóviles, con las manos en el cambio de marchas o en la bocina (uno tenía un dedo en la sien y miraba muy enfadado a su vecino); los ciclistas tenían un brazo levantado, como señal de que iban a girar; y en las aceras, todos los peatones, hombres, mujeres, niños, perros y gatos, totalmente inmóviles, incluso los gases de los tubos de escape.

En los cruces estaban los guardias de tráfico, con los silbatos en la boca, detenidos mientras hacían señales. Una bandada de palomas flotaba en el aire encima de una plaza. En lo alto había un avión que parecía pintado en el cielo. El agua de las fuentes parecía hielo. Las hojas que caían de los árboles se mantenían inmóviles a medio camino. Y un perrito, que precisamente levantaba la pata junto a un farol, parecía disecado.

Por esa ciudad, muerta como una fotografía, corrían los hombres grises. Y Momo detrás, siempre cuidando que no la vieran. Pero aquéllos ya no prestaban atención a nada, porque, de todos modos, su huida resultaba cada vez más difícil y agotadora.

No estaban acostumbrados a recorrer trechos tan largos. Jadeaban y respiraban anhelosamente. Además, tenían que mantener entre los labios sus pequeños cigarros, sin los cuales estaban perdidos. A más de uno se le escapaba en la carrera, y antes de haberlo podido recoger del suelo, ya se disolvía.

Pero no eran sólo estas circunstancias externas las que dificultaban su huida, sino que cada vez se hacían más peligrosos los propios compañeros de infortunio. Porque algunos cuyos últimos cigarros se acababan, se lo arrancaban a otro de la boca. De este modo, su número se reducía lenta, pero constantemente.

Aquellos que todavía llevaban una pequeña reserva en sus carteras tenían que ir con mucho cuidado para que los demás no se dieran cuenta, porque si no, los que ya no tenían se abalanzaban sobre los más ricos e intentaban apoderarse de sus riquezas. Montones enteros se lanzaban los unos sobre los otros para conseguir algún

fragmento de las reservas. En esto, los cigarros rodaban por la calle y eran pisoteados en el tumulto. El miedo a tener que desaparecer del mundo había hecho perder la cabeza a los hombres grises.

Había otra cosa que les deparaba más dificultades cuanto más se acercaban al centro de la ciudad. En algunos puntos de la gran ciudad, la gente estaba tan apretada, que los hombres grises apenas podían pasar entre las personas inmóviles como árboles en el bosque. A Momo, que era pequeña y delgada, le resultaba mucho más fácil. Pero incluso una pluma que flotaba en el aire estaba tan inmóvil que los hombres casi se hundían la cabeza cuando, sin querer, topaban con ella.

Era un largo camino, y Momo no tenía ni idea de cuánto quedaba por recorrer. Preocupada, miró su flor horaria. Pero ésta sólo acababa de abrirse del todo. Todavía no había motivo de preocupación.

Entonces ocurrió algo que hizo que Momo olvidase de inmediato todo lo demás: en una calle lateral vio a Beppo Barrendero.

—¡Beppo! —gritó, fuera de sí de alegría, y corrió hacia él—. ¡Beppo, te he buscado por todas partes! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¡Beppo, Beppo, querido!

Quiso saltarle al cuello, pero salió rechazada como si fuera de hierro. Momo se hizo bastante daño y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se quedó sollozando ante él y le miró.

Su cuerpo pequeño parecía más encorvado que antes. Su cara bondadosa estaba delgada y hundida y muy pálida. Alrededor de la barbilla le había crecido una barba blanca, porque ya no tenía tiempo de afeitarse. Entre las manos sostenía una vieja escoba, gastada ya de tanto barrer. Así estaba, inmóvil como todo lo demás, y miraba, a través de sus viejas gafas, la porquería de la calle.

Ahora, por fin, le había encontrado Momo, ahora, cuando ya no servía de nada, porque ya no podía lograr que él la viera. Podría ser que fuera la última vez que le veía. Quién sabe cómo acabaría todo. Si todo acababa mal, Beppo estaría parado aquí por toda la eternidad.

La tortuga se agitaba en el brazo de Momo.

«Sigue», ponía en su caparazón.

Momo volvió corriendo a la calle principal y se asustó. Ya no se veía ninguno de los ladrones de tiempo. Momo corrió un trecho en la dirección en que habían huido antes los hombres grises, pero en vano.

¡Había perdido la pista!

Se quedó quieta, perpleja. ¿Qué hacer? Miró interrogadora a Casiopea.

«Los encuentras, sigue», fue el consejo de la tortuga.

Si Casiopea sabía de antemano que encontraría a los ladrones de tiempo, eso ocurriría, tomara el camino que tomara. Así que siguió corriendo como le parecía, a veces a la derecha, a veces a la izquierda, a veces seguía recto.

Mientras tanto había llegado a aquella parte en el extremo norte de la gran ciudad donde estaban los barrios nuevos con sus casas, todas iguales, y las calles tiradas a cordel hasta el horizonte. Momo siguió corriendo, pero como todas las casas y calles eran exactamente iguales, pronto le pareció que no se movía, que estaba corriendo siempre en el mismo sitio. Era un verdadero laberinto, pero un laberinto de regularidad e igualdad.

Momo ya casi había perdido el ánimo cuando, de repente, vio volver la esquina a uno de los hombres grises. Cojeaba, sus pantalones estaban desgarrados, le faltaba el bombín y la cartera; sólo en su boca, voluntariosamente apretada, humeaba todavía la colilla de un pequeño cigarro gris.

Momo le siguió hasta un punto en que, en la interminable fila de casas, faltaba una. En su lugar, había una gran valla que rodeaba un amplio solar. En la valla había una puerta entreabierta, por la que se coló el último hombre gris rezagado.

Sobre la puerta había un cartel, y Momo se paró para descifrarlo:

¡ATENCIÓN!
PELIGRO DE MUERTE
PROHIBIDA LA ENTRADA
A TODA PERSONA EXTRAÑA
PROHIBIDO

Un fin con el que comienza algo nuevo

omo se había entretenido al deletrear el aviso. Cuando atravesó la puerta, ya no se veía nada del último hombre gris.

Ante ella se extendía una fosa de obra que podría tener veinte o treinta metros de profundidad. Había excavadoras y otras máquinas de la construcción. En una rampa que conducía al fondo de la fosa, unos cuantos camiones se habían parado en medio de su recorrido. Acá y allá había obreros de la construcción, paralizados en sus posturas respectivas.

¿A dónde ir? Momo no podía descubrir ninguna entrada que pudiera haber usado el hombre gris. Miró a Casiopea, pero ésta tampoco parecía saber nada más. No apareció nada en su caparazón.

Momo bajó al fondo de la fosa y miró alrededor. Y, así, volvió a ver una cara conocida. Allí estaba Nicola, el albañil que le había pintado su bonito cuadro de flores en la pared. Claro que él también estaba inmóvil, como todos los demás, pero en su postura había algo curioso. Tenía una mano al lado de la boca, como si le gritara algo a alguien, y con la otra mano señalaba la abertura de un tubo gigantesco que salía del fondo de la fosa a su lado. Y resultó que parecía mirar directamente a Momo.

Ésta no lo pensó mucho, sino que lo tomó como una señal y se metió en el tubo. Apenas estuvo dentro, empezó a resbalar, porque el tubo conducía derecho abajo. Daba toda clase de vueltas, de modo que daba tumbos de un lado a otro como en un tobogán. La bajada, en una oscuridad cada vez más espesa, se hizo vertiginosa. A veces daba una voltereta, de modo que bajaba con la cabeza por delante. Pero no soltó la tortuga ni la flor. Cuanto más bajaba, más frío hacía.

Durante un momento pensó, también, si jamás volvería a salir de allí, pero antes de poder asustarse, el tubo acabó de repente en un pasillo subterráneo. Ya no estaba

oscuro. Reinaba una media luz cenicienta que parecía surgir de las propias paredes.

Momo se levantó y siguió andando. Como iba descalza, sus pasos no hacían ruido, pero sí los del hombre gris, que volvía a oír delante de ella. Siguió ese ruido.

Del pasillo que recorría se bifurcaban otros hacia todos lados, como un laberinto subterráneo que parecía extenderse por todo el barrio de reciente construcción.

Entonces oyó un revoltijo de voces. Se guió hacia él y espió por una esquina.

Ante sus ojos había una sala inmensa con una mesa casi interminable en su centro. Alrededor de esa mesa estaban sentados en dos largas filas los hombres grises o, mejor dicho, los pocos que quedaban. ¡Qué mísero aspecto tenían ahora esos ladrones de tiempo! Sus trajes estaban destrozados, tenían arañazos y chichones en sus calvas cabezas y sus caras estaban distorsionadas por el miedo.

Sólo sus cigarros humeaban todavía.

Momo vio que en la lejana pared del fondo de la sala había, algo entreabierta, una puerta acorazada enorme. Salía de la sala un frío glacial. Aunque Momo sabía que no servía de nada, se acurrucó en el suelo y se tapó los pies con la falda.

—Tenemos que ser ahorrativos con nuestras provisiones —oyó que decía el hombre gris que estaba en el extremo superior de la mesa, ante la puerta acorazada—, porque no sabemos cuánto tendremos que resistir con ellas. Tenemos que limitarnos.

—¡Si sólo somos unos pocos! —gritó otro—. Las provisiones bastan para muchos años.

—Cuanto antes empecemos a ahorrar —continuó impertérrito, el orador—, más aguantaremos. Y ustedes, señores, saben a qué me refiero cuando digo *ahorrar*. Basta que unos pocos de nosotros sobrevivan a la catástrofe. Tenemos que ver las cosas objetivamente. Los que estamos aquí, señores míos, somos demasiados. Tenemos que reducir notablemente nuestro número. Es un imperativo de la razón. ¿Serían tan amables, señores, de numerarse?

Los hombres grises se numeraron. Después, el presidente sacó del bolsillo una moneda y dijo:

—Vamos a sortearlo. Cara quiere decir que se quedan los señores con los números pares; cruz, que se quedan los impares.

Echó la moneda al aire y la recogió.

—¡Cara! —gritó—. Los señores con los números pares se quedan, a los otros se les ruega que se disuelvan inmediatamente.

Un gemido átono recorrió la fila de los perdedores, pero nadie protestó. Los ladrones de tiempo con los números pares les arrancaron a los otros sus cigarros y éstos se disolvieron en la nada.

—Ahora —dijo, en medio del silencio, el presidente—, vamos a repetirlo, por favor.

El mismo terrible procedimiento se repitió una segunda, una tercera e incluso una cuarta vez. Al final no quedaron más que seis de los hombres grises. Estaban sentados, tres a cada lado, frente a frente, en el extremo superior de la mesa y se miraban glacialmente.

Momo había observado el espectáculo temblorosa. Notó que, cada vez que se reducía el número de los hombres grises, disminuía sensiblemente el frío. Ahora casi era soportable.

—Seis —dijo uno de los hombres grises— es un número feo.

—Ya basta —dijo otro desde el otro lado de la mesa—. No vale la pena reducir todavía más nuestro número. Si nosotros seis no conseguimos sobrevivir a la catástrofe, tampoco lo conseguirían tres.

—Eso está por ver —opinó otro—, pero en caso necesario se puede discutir todavía, más adelante.

Calló durante un rato, para decir:

—Qué bien que la puerta de los almacenes estuviera abierta cuando comenzó la catástrofe. Si en ese momento hubiera estado cerrada, ninguna fuerza del mundo sería capaz de abrirla ahora. Habríamos estado perdidos.

—Por desgracia, no tiene toda la razón, señor mío —contestó otro—. Al estar abierta la puerta, se escapa el frío de los almacenes congeladores. Poco a poco, las flores horarias se irán descongelando. Y todos ustedes saben que entonces no podremos impedirles que vuelvan allí de donde han venido.

—¿Quiere usted decir —repuso el segundo hombre gris— que nuestro frío ya no basta para mantener las provisiones congeladas?

—Sólo somos seis —respondió el otro—, lamentablemente, y ya me dirá usted qué podemos hacer. Me parece que nos apresuramos demasiado en limitar tan rigurosamente nuestro número. No ganaremos nada.

—Teníamos que decidirnos por una de las dos posibilidades —dijo el primer hombre gris—, y nos hemos decidido.

De nuevo se hizo el silencio.

—Así que puede ser que durante muchos años no hagamos otra cosa que estar sentados aquí y vigilarnos mutuamente —dijo uno—. Tengo que decir que no me parece una perspectiva demasiado agradable.

Momo reflexionaba. No tenía sentido estarse allí y esperar. Así que si ya no había más hombres grises, las flores horarias se descongelarían por sí mismas. Pero todavía

había hombres grises. Y continuaría habiéndolos si ella no hacía nada. Pero ¿qué podía hacer, cuando la puerta del almacén estaba abierta y los hombres grises podían aprovisionarse cuando quisieran?

Casiopea pataleaba y Momo la miró.

«Cierras la puerta», ponía en su caparazón.

—No sería posible —susurró Momo—. Está inmovilizada.

«Tocarla con la flor», era la respuesta.

—¿Puedo moverla si la toco con la flor horaria? —preguntó Momo en un murmullo.

«Lo harás», apareció en el caparazón.

Si Casiopea lo preveía, sería así. Momo dejó la tortuga cuidadosamente en el suelo. Entonces ocultó la flor horaria, que ya estaba bastante marchita y sólo tenía muy pocos pétalos, bajo su chaquetón.

Consiguió arrastrarse bajo la larga mesa sin que los hombres grises la vieran. Gateó bajo la mesa hasta que llegó al otro extremo. Ahora se encontraba entre los pies de los ladrones de tiempo. El corazón le latía como si quisiera reventar.

Muy, muy despacio sacó la flor horaria, se la puso entre los dientes y gateó entre las sillas sin que ningún hombre gris se diera cuenta.

Llegó a la puerta abierta y la tocó con la flor, empujándola al mismo tiempo, con la mano. La puerta giró silenciosamente sobre sus goznes y se cerró con estrépito. El golpe hizo nacer un eco centuplicado en la sala y en todos los corredores subterráneos.

Momo se levantó de un salto. Los hombres grises que ni por casualidad habían pensado en que podía haber alguien, además de ellos, exceptuando la inmovilidad total, quedaron rígidos por el espanto y clavaron la vista en la niña.

Sin pensarlo dos veces, Momo corrió por su lado hacia la salida de la sala. Entonces también se recobraron los hombres grises, que se lanzaron en su persecución.

—¡Esa niña terrible! —oyó que gritaba uno—. ¡Es Momo!

—¡No puede ser! —gritó otro—. ¿Cómo puede moverse?

—Tiene una flor horaria —gritó un tercero.

—¿Y con eso —preguntó el cuarto— pudo mover la puerta?

El quinto se dio un golpe en la frente:

—También habríamos podido hacerlo nosotros. Tenemos de sobra.

—¡Teníamos! ¡Teníamos! —chilló el sexto—. Ahora la puerta está cerrada. Sólo hay un remedio: tenemos que quitarle la flor. Si no, se acabó.

Mientras tanto, Momo ya había desaparecido por los pasillos, que se bifurcaban una y otra vez. Pero los hombres grises le llevaban ventaja, porque conocían los corredores. Momo corría de un lado a otro, alguna vez iba casi directamente a los brazos de algún perseguidor, pero siempre consiguió esquivarlos.

También Casiopea participaba a su manera en esa lucha. Cierto que sólo podía arrastrarse lentamente, pero como sabía de antemano por dónde iban a pasar los perseguidores, llegaba a tiempo a ese sitio y se ponía de tal manera que los hombres grises tropezaran con ella y cayeran al suelo dando tumbos. Los que venían detrás caían sobre el caído, y de ese modo la tortuga salvó varias veces a la niña de ser atrapada. Claro está que ella también fue a parar varias veces contra la pared, de una patada. Pero eso no le impedía seguir haciendo lo que sabía de antemano que iba a hacer.

Durante la persecución, varios hombres grises perdieron, por puro afán de alcanzar la flor horaria, sus cigarros, por lo que se disolvieron, uno tras otro, en la nada. Al final no quedaron más que dos.

Momo había vuelto, en su huida, a la gran sala con la mesa. Los dos ladrones de tiempo la perseguían alrededor de la mesa, pero no consiguieron alcanzarla. Entonces se separaron, corrieron en direcciones opuestas. Ya no quedaba escapatoria para Momo. Estaba refugiada en uno de los rincones de la sala y miraba, llena de miedo, a sus dos perseguidores. Apretaba la flor contra su cuerpo. Sólo le quedaban tres pétalos.

Justo cuando el primer perseguidor extendía la mano para arrebatarle la flor, el segundo le tiró para atrás.

—¡No! —chillaba—. ¡La flor es mía! ¡Mía!

Los dos comenzaron a pelearse entre sí. El primero arrancó el cigarro de la boca del segundo, que, con un grito fantasmal, giró sobre sí mismo, se volvió transparente, y desapareció. Entonces, el último de los hombres grises se dirigió hacia Momo. Entre sus labios humeaba una minúscula colilla.

—¡Dame esa flor! —dijo, entrecortadamente.

En eso, se le cayó rodando la colilla. El hombre gris se lanzó hacia el suelo y trató de atraparla pero ya no la alcanzó. Volvió hacia Momo su cara cenicienta, se enderezó dificultosamente y alzó una mano temblorosa.

—Por favor —susurró—, por favor, querida niña, dame la flor.

Momo seguía apretada en su rincón, apretaba la flor contra su cuerpo y movió, incapaz de hablar, la cabeza.

El hombre gris asintió lentamente:

—Está bien… está bien… que todo haya terminado…

Y ya había desaparecido.

Momo miraba, atónita, el lugar en que había estado. Pero allí estaba ahora Casiopea, en cuya espalda ponía: «Abre la puerta».

Momo fue hacia la puerta, la tocó con su flor horaria, en la que ya no había más que un solo pétalo, y la abrió de par en par.

Con la desaparición del último ladrón de tiempo había desaparecido, también, el frío.

Momo entró, con los ojos admirados, en los inmensos almacenes. Había incontables flores horarias, como copas de cristal, alineadas en estanterías sin fin, la una más hermosa que la otra, y todas diferentes: cientos, miles, millones de horas de vida. Hacía más y más calor, como en un invernadero.

Mientras caía la última hoja de la flor de Momo comenzó una especie de tempestad. Nubes de flores horarias pasaron en torbellinos por su lado. Era como una cálida tempestad de primavera, pero una tempestad de tiempo liberado.

Momo miraba a su alrededor como en sueños y vio a Casiopea en el suelo delante de ella. En su caparazón ponía, con letras luminosas: «Vuela a casa, pequeña Momo, vuela a casa».

Y eso fue lo último que Momo vio de Casiopea. Porque la tempestad de flores se acrecentó de modo indescriptible, se hizo tan potente, que levantó a Momo como si ella también fuera una flor, y la llevó afuera, más allá de los corredores tenebrosos, hacia la tierra y la gran ciudad. Volaba sobre los tejados y torres en una inmensa nube de flores que se hacía cada vez mayor.

Entonces la nube de flores se posó lenta y suavemente, y las flores caían sobre el mundo detenido como copos de nieve. Y, al igual que los copos de nieve, se fundían y se volvían invisibles para regresar allí donde debían estar: en el corazón de los hombres.

En el mismo momento comenzó de nuevo el tiempo, y todo volvió a moverse. Los coches corrían, los guardias de tráfico silbaban, las palomas volaban y el perrito hizo su pis junto al farol. Los hombres no se habían dado cuenta siquiera de que el mundo estuvo detenido una hora. Porque, efectivamente, no había pasado tiempo desde el final y el nuevo comienzo. Para ellos había transcurrido como un abrir y cerrar de ojos.

No obstante, había cambiado algo. De pronto, todo el mundo tenía tiempo de sobra. Claro que todo el mundo estaba muy contento por ello, pero nadie sabía que en realidad era su propio tiempo ahorrado, que volvía a él de modo maravilloso.

Cuando Momo volvió a darse cuenta de dónde estaba, vio que era la calle en la que antes había encontrado a Beppo. Y, efectivamente, ¡allí estaba! Estaba vuelto de espaldas a ella, apoyado en su escoba, y miraba pensativamente ante sí, como antes. De repente ya no tenía ninguna prisa, y no podía explicarse por qué se sentía tan consolado y lleno de esperanza.

«Puede ser», pensaba, «que ya he ahorrado las cien mil horas para rescatar a Momo».

Y, en este mismo momento, alguien tiró de la manga de su chaqueta, se volvió, y tuvo ante sí a Momo.

Probablemente no existan palabras para definir la felicidad de este reencuentro. Ambos reían y lloraban alternativamente y hablaban a la vez, sin decir más que tonterías, como ocurre cuando se está como ebrio de alegría. Se abrazaban una y otra vez y la gente que pasaba se paraba y se reía y lloraba con ellos, porque ahora, al fin y al cabo, tenían tiempo suficiente para ello.

Por fin, Beppo se puso la escoba al hombro, porque está claro que no pensaba trabajar más aquel día. Así que los dos atravesaron la ciudad, cogidos del brazo, hacia el anfiteatro. Y cada uno tenía infinidad de cosas que contarle al otro.

En la gran ciudad se veía lo que hacía tiempo que ya no se había visto: los niños jugaban en medio de la calle, y los automovilistas, que tenían que parar, los miraban sonriendo o se apeaban para jugar con ellos. Por todos lados había corrillos de personas que charlaban amigablemente y se informaban largamente sobre el estado de salud de los demás. Quien iba al trabajo tenía tiempo para admirar las flores de un balcón o dar de comer a los pájaros. Y los médicos tenían tiempo para dedicarse extensamente a sus enfermos. Los trabajadores tenían tiempo para trabajar con tranquilidad y amor por su trabajo, porque ya no importaba hacer el mayor número de cosas en el menor tiempo posible. Todos podían dedicar a cualquier cosa todo el tiempo que necesitaban o querían, porque volvía a haberlo en cantidad.

Pero mucha gente no se ha enterado nunca de a quién se lo debía y qué ocurrió realmente durante aquel instante que les pareció que pasaba en un abrir y cerrar de ojos. La mayoría no lo habría creído. Sólo lo han sabido y creído los amigos de Momo.

Porque cuando la pequeña Momo y el viejo Beppo volvieron aquel día al anfiteatro ya estaban allí, esperándolos, todos: Gigi Cicerone, Paolo, Massimo, Blanco, la niña María y su hermanito Dedé, Claudio y todos los demás niños, Nino, el tabernero, con Liliana, su gorda mujer, y el bebé, Nicola, el albañil, y toda la gente de los alrededores que antes siempre había venido y a los que Momo había escuchado.

Entonces se celebró una fiesta tan divertida como sólo sabían celebrarla los amigos de Momo, y duró hasta que el cielo estuvo cubierto de estrellas.

Y cuando hubieron acabado el júbilo y los abrazos y los apretones de manos y las risas y los gritos, todos se sentaron en las gradas de piedra, cubiertas de hierba. Se hizo un gran silencio.

Momo se puso en el centro de la plazoleta circular. Pensaba en las voces de las estrellas y las flores horarias.

Y empezó a cantar con voz clara.

En la casa de Ninguna Parte, el maestro Hora a quien el tiempo devuelto había despertado de su primer y único sueño, estaba sentado en su sillón y miraba sonriente a Momo y sus amigos a través de sus gafas de visión total. Todavía estaba pálido, y parecía que acabara de sanar de una enfermedad grave. Pero sus ojos radiaban.

Entonces notó que algo le tocaba el pie. Se quitó las gafas y se inclinó. Ante él estaba la tortuga.

—Casiopea —dijo con ternura, mientras le rascaba el cuello—. Lo habéis hecho muy bien, las dos. Tienes que contármelo todo, porque esta vez no he visto nada.

«Más tarde», ponía en el caparazón. Entonces Casiopea estornudó.

—¿No me vas a decir que te has resfriado? —preguntó el maestro Hora, preocupado.

«¡Y tanto!», fue la respuesta de Casiopea.

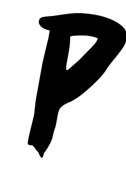
—Habrá sido por el frío de los hombres grises —dijo el maestro Hora—. Puedo imaginarme que estés muy agotada y que primero quieras descansar. Retírate, pues.

«Gracias», ponía en el caparazón.

Casiopea fue arrastrándose hasta un rincón tranquilo y oscuro. Recogió dentro de su caparazón la cabeza y las cuatro extremidades, y en su espalda aparecieron, sólo visibles para quien ha leído esta historia, las letras:

«ENDE»

Breve epílogo del autor

uede que alguno de mis lectores tenga ahora muchas preguntas preparadas. Pero temo no poder ayudarle. He de confesar que escribí toda esta historia de memoria, tal como me fue contada. Personalmente no he conocido a Momo ni a ninguno de sus amigos. No sé qué ha sido de ellos ni qué hacen hoy. En lo que se refiere a la gran ciudad, no puedo hacer más que suposiciones.

Lo único que puedo añadir es lo siguiente:

Estaba en un largo viaje (todavía lo estoy) cuando pasé una noche en el compartimento del tren con un pasajero curioso. Era curioso porque me resultaba totalmente imposible determinar su edad. Al principio creí estar sentado frente a un anciano, pero pronto vi que debía haberme equivocado, porque mi compañero de viaje parecía muy joven. Pero también esa impresión resultó ser un error.

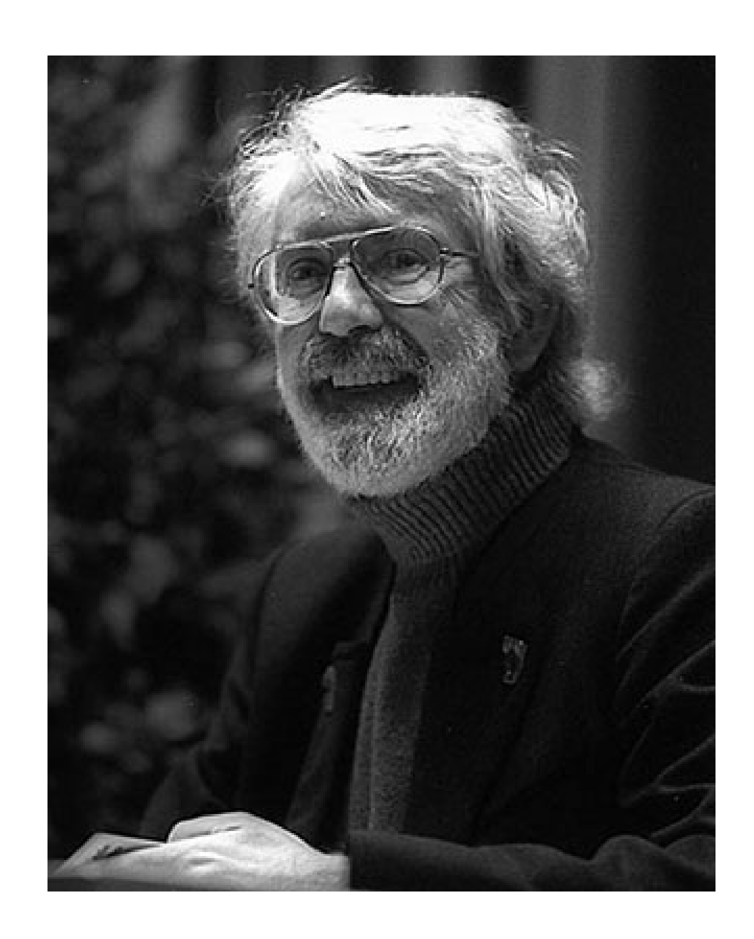
Lo cierto es que durante el largo recorrido nocturno me contó toda esta historia.

Cuando hubo terminado, los dos callamos un rato. Entonces, el enigmático pasajero añadió todavía una frase que no puedo escatimarle al lector.

—Le he contado todo esto —dijo—, como si ya hubiera ocurrido. También hubiera podido contarlo como si fuera a ocurrir en el futuro. Para mí, no hay demasiada diferencia.

Supongo que se apeó del tren a la parada siguiente, porque al cabo de un rato me di cuenta de que estaba solo en el compartimento. Por desgracia, no me he vuelto a encontrar nunca más con el narrador.

Pero si algún día, por casualidad, vuelvo a encontrármelo, pienso hacerle muchas preguntas.



MICHAEL ENDE. Nació en Garmisch-Partenkirchen, Baviera, Alemania, el 12 de noviembre de 1929.

Hijo único del pintor surrealista Edgar Ende y de Luise Bartholomä, una fisioterapeuta. Su infancia estuvo marcada por el ambiente artístico y bohemio en que se movía su padre. En su juventud participó en una agrupación antinazi llamada «Frente Libre Bávaro», mientras era estudiante, pero debió suspender sus estudios para servir al ejército alemán. Tiempo después, su familia se mudó a una zona de artistas en Múnich, lo cual sería una gran influencia para Ende más tarde. Entre 1947 y 1950 estudió interpretación en la escuela de Otto Falckenburg, en Múnich.

Comenzó a escribir relatos de corte infantil y juvenil a principios de los años 50. Trabajó como actor, guionista de espectáculos de cabaret y como escritor de críticas cinematográficas. Logró popularidad en su país con la obra *Jim Botón y Lucas el Maquinista* (1960) una novela fantástica que le mereció el premio Deutscher Jugendbuchpreis como mejor libro alemán del año para público infantil. En 1962 publicó la segunda parte, *Jim Botón y los 13 salvajes*. Contrajo matrimonio con Ingeborg Hoffman, quien era cantante y con quien viviría en Roma. Ingeborg falleció en 1985 debido a un cáncer. Cuatro años después, Ende se casaría por segunda vez

con la japonesa Mariko Sato.

Su obra se enmarca en el género fantástico. Ha conseguido fama universal con libros como *Momo* (1973) y *La historia interminable* (1979), ambas llevadas al cine. El primero narra las aventuras de una niña que se enfrenta a los hombres grises que le roban el tiempo a los hombres (una historia fantástica que tiene cortes surrealistas y metafísicos). El segundo es un libro que habla de un libro. Es la historia de Bastián Baltasar Bux, quien al robar un libro descubre que el libro habla de él y es absorbido por su trama. Esta obra fue llevada al cine en tres ocasiones, la primera vez en 1984, modificando muchos aspectos del libro, por lo que Ende mostró su desilusión. Aun así fue un éxito de taquilla.

Sus libros tienen nombres llamativos y extraños. Algunos de los más destacados son: *El libro de los monicacos* (1970), *Tragasueños* (1978), *Jojo: Historia de un saltimbanqui* (obra de teatro, 1982), *El Goggolori* (1984), *El espejo en el espejo* (1986), *El ponche de los deseos* (1989) y *Carpeta de apuntes* (1994), que contiene algunos ensayos autobiográficos con algunos relatos fantásticos y de aventura.

En el año 1992 se le diagnosticó un cáncer de estómago que acabó con su vida al cabo de dos años. Michael Ende falleció a la edad de 65 años, en Stuttgart (Alemania), el 28 de agosto de 1995.